



# El beso del infierno

**Jennifer L. Armentrout**

Por la autora de la saga L

Lectulandia

Layla, de diecisiete años, solo quiere ser normal. Pero con un beso que mata a cualquiera que tenga alma, ella es cualquier cosa menos normal. Mitad demonio, mitad gárgola, Layla tiene habilidades que nadie más posee.

Criada entre los Guardianes —una raza de gárgolas que tiene la misión de cazar demonios y mantener a la humanidad a salvo—, Layla intenta encontrar su lugar, pero eso significa esconder su lado oscuro de aquellos que más ama. Especialmente del atractivo Zayne, un Guardián de quien ha estado enamorada desde siempre.

Cuando menos se lo espera, Layla conoce a Roth, un demonio sexy y tatuado que dice saber todos sus secretos. Layla es consciente de que debería permanecer lejos de ese chico, pero hay algo que se lo impide..., especialmente cuando se percata de que con él sus besos no son mortales, ya que Roth no tiene alma.

Pero en el momento en que Layla descubre que ella es la razón del violento levantamiento demoniaco, confiar en Roth no solo puede arruinar su oportunidad con Zayne... Podría convertirla en una traidora para su familia. Peor aún, podría llevarla a un viaje sin retorno al fin del mundo.

**Lectulandia**

Jennifer L. Armentrout

# **El beso del infierno**

**Dark Elements - 1**

ePub r1.0

Titivillus 26.09.16

Título original: *White Hot Kiss*  
Jennifer L. Armentrout, 2014  
Traducción: Miguel Trujillo  
Diseño de cubierta: Lola Rodríguez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

JENNIFER L. ARMENTROUT

El peso  
del  
infierno

Traducción de Miguel Trujillo

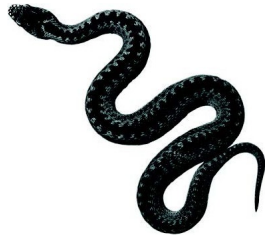
**No era posible que se encontrara allí.**

Pero así era, y yo no lograba apartar la mirada. De repente deseé saber dibujar, porque los dedos me picaban de las ganas de dibujar los contornos de su rostro, de tratar de capturar la curva exacta de su labio inferior, que era más grueso que el superior.

El demonio sonrió, se agachó y puso las palmas de las manos sobre mi escritorio, desprendiendo un olor que resultaba dulce y almizcleño.

—Me he pasado toda la noche pensando en ti...

## Capítulo uno



Había un demonio en el McDonald's.

Y tenía muchísima hambre de Big Macs.

La mayoría de los días, me encantaba mi trabajo de después del instituto. Identificar a los desalmados y a los condenados normalmente me provocaba un cosquilleo cálido y agradable. Incluso me había impuesto una cuota mínima por puro aburrimiento, pero aquella noche era diferente.

Tenía que planear un trabajo para mi clase de Inglés Avanzado.

—¿Vas a comerte esas patatas? —me preguntó Sam mientras tomaba un puñado de mi bandeja. El pelo castaño y rizado le caía sobre las gafas de montura metálica—. Gracias.

—Mientras no le quites el té dulce... —dijo Stacey, que le dio un golpe en el brazo a Sam, provocando que unas cuantas patatas cayeran al suelo—. Perderías el brazo entero.

Dejé de dar golpecitos en el suelo con el pie, pero mantuve los ojos fijos en la intrusa. No sabía qué les pasaba a los demonios con las hamburguesas, pero, joder, les encantaba ir allí.

—Ja, ja.

—¿Qué estás mirando tan fijamente, Layla? —Stacey se giró en el reservado y miró a nuestro alrededor, al local de comida rápida abarrotado de gente—. ¿Hay algún tío bueno? Si es así, será mejor que... oh. Vaya. ¿Quién sale a la calle vestida de esa manera?

—¿Qué? —Sam también se giró—. Vamos, venga ya, Stacey. ¿Qué más da? No todo el mundo se viste de Prada de imitación como tú.

Para ellos, el demonio parecía una inofensiva mujer de mediana edad con un sentido de la moda espantoso. Su pelo, de un apagado color castaño, estaba recogido con uno de esos antiguos broches de mariposas color púrpura. Llevaba pantalones de chándal verdes con deportivas rosas, pero lo verdaderamente épico era su jersey. En la parte delantera había un perro basset hound tejido, y sus ojos grandes y bobalicones estaban hechos de hilo marrón.

Pero, a pesar de su apariencia corriente, la señora no era humana.

Aunque yo no era la más indicada para hablar.

La mujer era un demonio Impostor; su apetito voraz era lo que delataba la raza a

la que pertenecía. Los Impostores podían comerse de una sentada la ración de comida de una nación pequeña.

Puede que los Impostores tuvieran aspecto humano y actuaran como tales, pero yo sabía que aquella mujer podría arrancarle la cabeza a la persona que había en el reservado de al lado con muy poco esfuerzo. Sin embargo, su fuerza sobrehumana no era la auténtica amenaza. El verdadero peligro eran los dientes y la saliva infecciosa de los Impostores.

Eran mordedores.

Bastaba con un mordisquito para transmitir la versión demoníaca de la rabia a un humano. Era totalmente incurable, y en cuestión de tres días la víctima del Impostor se parecería a algo salido de una película de zombis, con tendencias caníbales incluidas.

Obviamente, los demonios Impostores suponían un gran problema, salvo que consideres que un apocalipsis zombi es algo muy divertido. La única parte buena era que los Impostores escaseaban, y cada vez que mordían a alguien, su esperanza de vida se reducía. Normalmente podían dar unos siete mordiscos antes de que hicieran *puf*. Un poco como las abejas con sus aguijones, solo que peor.

Los Impostores podían adoptar el aspecto que desearan, así que no lograba comprender por qué aquella llevaba un conjunto como ese.

Stacey hizo una mueca mientras la Impostora comenzaba a devorar su tercera hamburguesa. No se había dado cuenta de que estábamos observándola. Los Impostores no eran conocidos por sus sagaces poderes de observación, sobre todo cuando estaban ocupados con deliciosas salsas secretas.

—Qué asco —dijo Stacey, y volvió a girarse.

—Yo creo que ese jersey es muy sexi —replicó Sam, sonriendo con la boca llena de otro puñado de mis patatas—. Oye, Layla, ¿crees que Zayne me dejaría entrevistarle para el periódico del instituto?

Alcé las cejas.

—¿Por qué quieres entrevistarlo?

Me lanzó una mirada astuta.

—Para preguntarle cómo es ser un Guardián en Washington D. C., cazando a los malos, impartiendo justicia y todas esas movidas.

Stacey soltó una risita.

—Hablas como si los Guardianes fueran superhéroes.

Sam encogió sus huesudos hombros.

—Bueno, en cierto sentido lo son. O sea, venga ya, los has visto.

—No son superhéroes —dije, repitiendo el discurso estándar que llevaba dando desde que los Guardianes se revelaron al público hacía diez años. Después de un incremento cada vez mayor del índice de criminalidad, que no tenía nada que ver con la crisis económica a la que se enfrentaba el mundo, sino que era más bien una señal del Infierno diciendo que ya no querían seguir cumpliendo las reglas, los Alfas



habían ordenado a los Guardianes que salieran de las sombras. Para los humanos, los Guardianes habían salido de sus caparazones de piedra. Después de todo, las gárgolas que adornaban muchas iglesias y edificios habían sido talladas para asemejarse a un Guardián. Más o menos.

Había demasiados demonios en la superficie terrestre como para que los Guardianes siguieran actuando sin exponerse.

—Son gente —continuó—. Igual que tú, pero...

—Lo sé. —Sam levantó las manos—. Mira, yo no soy como esos fanáticos que piensan que son malvados y esas chorradas. Tan solo pienso que mola, y que podría ser un artículo genial para el periódico. Así que, ¿qué te parece? ¿Crees que Zayne aceptaría?

Me moví en mi asiento, incómoda. Vivir con los Guardianes a menudo me convertía en una de estas dos cosas: una puerta trasera para obtener acceso a ellos, o un bicho raro. Porque todo el mundo, incluidos mis dos mejores amigos, creía que yo era igual que ellos: humana.

—No lo sé, Sam. No creo que se sientan cómodos con ninguna clase de publicidad.

Parecía alicaído.

—¿Se lo preguntarás al menos?

—Claro. —Jugueteé con mi pajita—. Pero no te hagas muchas ilusiones.

Sam se reclinó sobre el respaldo duro de la silla, satisfecho.

—¿Pues sabéis qué?

—¿Qué? —preguntó Stacey con un suspiro, intercambiando una mirada de aflicción conmigo—. ¿Con qué conocimiento irrelevante vas a impresionarnos?

—¿Sabíais que se puede congelar un plátano hasta que esté tan duro como para clavar clavos con él?

Dejé mi té dulce sobre la mesa.

—¿Cómo sabes esas cosas?

Sam se terminó mis patatas.

—Simplemente las sé.

—Se pasa la vida delante del ordenador —dijo Stacey, y se apartó el espeso flequillo negro de la cara. No entendía por qué no se lo cortaba; siempre se estaba peleando con él—. Probablemente busca mierda irrelevante para pasar el rato.

—Eso es exactamente lo que hago en casa —asintió Sam, enrollando su servilleta—. Busco hechos poco conocidos. Soy así de guay.

Le lanzó la servilleta a Stacey a la cara.

—Me corrijo —replicó ella con desdén—. Lo que te pasas buscando todas las noches es porno.

Las mejillas hundidas de Sam se volvieron de un rojo brillante mientras se colocaba bien las gafas.

—Lo que tú digas. ¿Estáis listas? Tenemos que hacer el trabajo de Inglés.

Stacey gruñó.

—No me puedo creer que el señor Leto no nos deje hacer una reseña sobre *Crepúsculo*. Es un clásico.

Me reí, olvidando momentáneamente el trabajo que tenía pendiente.

—*Crepúsculo* no es un clásico, Stacey.

—Pues para mí Edward es claramente un clásico. —Se sacó una goma para el pelo del bolsillo y se recogió el cabello, que le llegaba hasta los hombros—. Y *Crepúsculo* es mucho más interesante que *Sin novedad en el frente*.

Sam negó con la cabeza.

—No me puedo creer que acabes de utilizar *Crepúsculo* y *Sin novedad en el frente* en la misma frase.

Ella lo ignoró, y sus ojos fueron desde mi cara hasta mi comida.

—Layla, ni siquiera has tocado tu hamburguesa.

Quizá, de algún modo, había sabido de forma instintiva que iba a necesitar una razón para quedarme allí. Solté un suspiro.

—Id vosotros primero, chicos. Nos vemos en un par de minutos.

—¿Seguro? —dijo Sam, poniéndose en pie.

—Sip. —Tomé mi hamburguesa—. Enseguida salgo.

Stacey me observó con aire sospechoso.

—¿No vas a dejarnos plantados como haces siempre?

Me ruboricé a causa de la culpa. Había perdido la cuenta de todas las veces que había tenido que dejarlos colgados.

—No. Te lo juro. Tan solo voy a terminarme la comida y enseguida salgo.

—Vamos —dijo Sam, y rodeó los hombros de Stacey con el brazo para conducirla hasta la papelería—. Layla ya habría terminado de comer si tú no hubieras estado hablándole todo el rato.

—Claro, ahora échame a mí la culpa.

Stacey tiró los restos de su comida a la basura y se despidió de mí con un gesto de la mano mientras se dirigían al exterior.

Dejé la hamburguesa sobre mi bandeja, observando a la señora Impostora con impaciencia. De su boca caían trozos de panecillo y carne que se desperdigaban por la bandeja marrón. Perdí el apetito por completo en cuestión de segundos, aunque en realidad no me importaba. La comida solo calmaba el dolor que me roía por dentro, pero nunca lo detenía por completo.

La señora Impostora terminó por fin con su festín de grasa, así que agarré el bolso mientras ella salía sin prisa por la puerta. Se chocó contra un hombre mayor, y lo derribó mientras él trataba de entrar. Vaya. Era una auténtica joya.

Su risa, semejante a un cacareo, se oyó en el ruidoso restaurante, aunque sonaba tan ligera como el papel. Por suerte, un tío ayudó al hombre a levantarse, mientras este agitaba el puño en dirección al demonio que se alejaba.

Con un suspiro, tiré mi comida y la seguí hasta la brisa de finales de septiembre.

Había distintos tonos de almas por todas partes, zumbando alrededor de los cuerpos como si se trataran de campos eléctricos. Unos rastros de un rosa pálido y de un azul como el del huevo de un petirrojo seguían a una pareja que caminaba de la mano. Tenían almas inocentes... pero no puras.

Todos los humanos tenían un alma, una esencia que podía ser buena o mala, pero los demonios no tenían nada parecido. Y dado que la mayoría de los demonios parecían humanos al primer vistazo, la falta de alma a su alrededor hacía que mi trabajo de encontrarlos e identificarlos fuera fácil. Además del factor desalmado, la única diferencia entre ellos y los humanos era la extraña forma que tenían sus ojos de reflejar la luz, como los gatos.

La señora Impostora bajó la calle arrastrando los pies, cojeando ligeramente. Fuera, bajo la luz natural, no tenía buen aspecto. Probablemente ya habría mordido a unos cuantos humanos, de modo que debía identificarla para que se ocuparan de ella lo antes posible.

Un folleto en una farola verde me llamó la atención. Fruncí el ceño con furia y un sentimiento de protección me invadió mientras lo leía. «Advertencia. Los Guardianes no son los hijos de Dios. Arrepentíos ahora. El final está cerca».

Debajo de las palabras había un dibujo muy mal hecho de lo que supuse que sería un coyote con la rabia mezclado con un chupacabras.

—Patrocinado por la Iglesia de los Hijos de Dios —murmuré, poniendo los ojos en blanco.

Genial. Odiaba a los fanáticos.

Una cafetería al otro lado de la manzana tenía los folletos pegados a las ventanas con un cartel que proclamaba que se negaban a servir a los Guardianes.

La furia se extendió por mi interior como un fuego descontrolado. Aquellos idiotas no tenían ni idea de todo lo que los Guardianes habían sacrificado por ellos. Inspiré hondo, y después solté el aire con lentitud. Necesitaba concentrarme en la Impostora en lugar de zapatear mentalmente sobre una tarima imaginaria.

La señora Impostora dobló una esquina y echó un vistazo por encima del hombro. Sus ojos vidriosos no se detuvieron en mí, desestimándome por completo. El demonio que había en ella no sentía nada anormal en mí.

El demonio que había en mí tenía prisa por terminar con todo aquello.

Sobre todo después de que alguien me llamara al móvil, que comenzó a vibrar contra mi muslo. Probablemente fuera Stacey, preguntándose dónde diablos estaba. Tan solo quería terminar con aquel asunto y volver a ser normal durante el resto de la noche. Sin pensar, levanté la mano y tiré de la cadena que llevaba al cuello. El viejo anillo que se balanceaba de la cadena de plata parecía caliente y pesado en mi mano.

Mientras caminaba junto a un grupo de jóvenes que tendrían más o menos mi edad, sus miradas me pasaron de largo, para después detenerse y volver a mí. Por supuesto que me miraban. Todo el mundo lo hacía.

Tenía el pelo largo. No es que ese fuera el problema, pero era de un rubio tan

pálido que casi parecía blanco. Odiaba que la gente me mirara; me hacía sentir como si fuera albina. Pero eran mis ojos lo que de verdad captaba la atención de la gente, pues eran de un gris claro, casi desteñidos.

Zayne decía que parecía la hermana perdida del elfo de *El Señor de los Anillos*. Aquello sí que me aumentaba la autoestima. Solté un suspiro.

El crepúsculo había comenzado a caer en la capital del país mientras rodeaba Rhode Island Avenue y me detenía en seco. Todo y todos a mi alrededor desaparecieron en un instante. Ahí, bajo el parpadeo suave de las farolas de la calle, vi el alma.

Parecía como si alguien hubiera metido un pincel en pintura roja para esparcirla después por un suave lienzo negro. Aquel tío tenía un alma mala. No se encontraba bajo la influencia de ningún demonio, simplemente era malvado por cuenta propia. El dolor sordo de mis tripas cobró vida ardientemente. La gente pasaba junto a mí dándome empujones y lanzándome miradas de enfado. Algunos incluso murmuraban, pero no me importaba. Ni siquiera me importaban sus almas de un rosa claro, un color que normalmente me resultaba muy bonito.

Finalmente me centré en la figura que había detrás del alma; un hombre mayor vestido con un traje de negocios ordinario con corbata, y que aferraba el asa de un maletín con una mano carnosa. No parecía nada de lo que salir huyendo, nada de lo que asustarse, pero yo sabía la verdad.

Había pecado a lo grande.

Mis piernas se movieron hacia delante, a pesar de que mi cerebro me gritaba que me detuviera, que me diera la vuelta, incluso que llamara a Zayne. El hecho de oír su voz bastaría para detenerme. Evitaría que hiciera lo que cada célula de mi cuerpo exigía que hiciera, lo que resultaba casi natural para mí.

El hombre se giró ligeramente, y sus ojos recorrieron mi cara y bajaron por mi cuerpo. Su alma giró con rapidez, volviéndose más roja que negra. Era lo bastante mayor como para ser mi padre, y aquello era asqueroso, muy asqueroso.

Me sonrió de tal forma que debería haber hecho que saliera corriendo en la dirección contraria. Y necesitaba ir en esa dirección, porque, sin importar lo podrido que estuviera aquel hombre, sin importar cuántas chicas me darían una medalla de oro por cargármelo, Abbot me había criado para reprimir al demonio que tenía dentro. Me había criado para ser una Guardiana, para actuar como una Guardiana.

Pero Abbot no estaba allí.

Miré al hombre a los ojos, le sostuve la mirada y noté cómo mis labios se curvaban en una sonrisa. El corazón me latía a toda velocidad, y mi piel se estremeció y se sonrojó. Quería su alma, la anhelaba tanto que mi piel deseaba desprenderse de mis huesos. La sensación era como la de esperar un beso, cuando los labios están a punto de unirse, esos segundos de expectación sin aliento. Pero a mí nunca me habían besado.

Todo lo que tenía era aquello.

El alma de ese hombre me llamaba como la canción de una sirena. Me ponía enferma sentirme tan tentada por el mal en su espíritu, pero un alma oscura servía tanto como una pura.

Sonrió mientras me observaba, y sus nudillos se pusieron blancos al tensarse en el asa del maletín. Y esa sonrisa me hizo pensar en todas las cosas horribles que podía haber hecho para ganar el vacío que se arremolinaba a su alrededor.

Un codo se clavó en la parte baja de mi espalda. Aquella pequeña descarga de dolor no era nada comparado con la exquisita expectación. Tan solo unos pasos más y su alma estaría muy cerca, ahí mismo. Sabía que la primera vez que la probara sentiría el fuego más dulce que pudiera imaginar; un embriagamiento que no tenía ningún equivalente. No duraría demasiado, pero los breves momentos de puro éxtasis permanecían ahí, con una potente atracción.

Sus labios ni siquiera tendrían que tocar los míos. Tan solo un par de centímetros y saborearía su alma; aunque nunca se la quitaría por completo. Quitarle su alma lo mataría, y eso sería malvado, pero yo no era...

Aquello era malvado.

Retrocedí de golpe y rompí el contacto visual. El dolor explotó en mi estómago y salió disparado a través de mis miembros. Apartarme de aquel hombre era como negarle el oxígeno a mis pulmones. La piel me quemaba, y sentía la garganta en carne viva mientras me obligaba a poner una pierna delante de la otra. Supuso un gran esfuerzo seguir caminando, no pensar en el hombre y volver a encontrar a la Impostora, pero, cuando finalmente la vi, solté el aliento que había estado conteniendo. Centrarme en el demonio al menos me servía como distracción.

La seguí hasta un callejón estrecho entre una tienda de todo a cien y una de cobro de cheques. Solo necesitaba tocarla, cosa que debería haber hecho en el McDonald's. Me detuve a mitad de camino, miré a mi alrededor y después solté una maldición.

El callejón estaba vacío.

Había bolsas de basura negras que recorrían las paredes de ladrillo cubiertas de moho. Los contenedores estaban rebosantes de más basura, y había criaturas que correteaban sobre la grava. Me estremecí, mirando las bolsas con cautela. Probablemente fueran ratas, pero había otras cosas que se ocultaban entre las sombras; cosas que eran mucho peor que las ratas.

Y endemoniadamente más espeluznantes.

Seguí avanzando, examinando el pasaje que se oscurecía mientras hacía girar distraídamente el collar entre mis dedos. Deseé haber tenido la previsión de guardar una linterna en la mochila del instituto, pero aquello habría tenido demasiado sentido. En lugar de eso, aquella mañana había puesto un brillo de labios nuevo y una bolsa de plástico llena de galletas. Cosas que iban a servirme de mucho.

Una repentina sensación de intranquilidad bajó por mi columna. Solté el anillo y dejé que rebotara en mi camiseta. Algo no iba bien. Metí la mano en el bolsillo delantero de los vaqueros y saqué mi móvil hecho polvo mientras me daba la vuelta.

La Impostora se encontraba a un par de metros. Cuando sonrió, las arrugas de su rostro le agrietaron la piel. Tenía unos pequeños restos de lechuga pegados a los dientes amarillos. Tomé aliento y deseé de inmediato no haberlo hecho: olía a sulfuro y carne podrida.

La Impostora inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos. Ningún demonio podía sentirme, ya que yo no tenía suficiente sangre demoníaca fluyendo por mis venas como para que la captaran, pero me estaba mirando como si de verdad viera lo que se ocultaba en mi interior.

Su mirada bajó hasta mi pecho y después sus ojos volvieron a subir, encontrándose con los míos. Solté un jadeo sobresaltado. Sus iris azules desteñidos comenzaron a rotar como un remolino alrededor de unas pupilas que se retrajeron en un punto estrecho.

Maldita sea. Aquella señora no era una Impostora ni de broma.

Su forma ondeó y después se revolvió, como un televisor tratando de reconstruir digitalmente una imagen. El pelo gris y el broche desaparecieron. La piel agrietada se suavizó y se volvió del color de la cera. Su cuerpo se estiró y se expandió. Los pantalones de chándal y el horrible jersey se esfumaron y fueron reemplazados por unos pantalones de cuero y un pecho ancho y musculoso. Los ojos tenían forma ovalada y se agitaban como un mar infinito, sin pupilas. La nariz era plana; en realidad no era más que dos rendijas por encima de una boca ancha y cruel.

Maldita fuera una y otra vez.

Era un demonio Buscador. Tan solo había visto uno en los libros viejos que Abbot guardaba en su estudio. Los Buscadores eran como los Indiana Jones del mundo demoníaco, capaces de localizar y conseguir prácticamente cualquier cosa que les pidieran sus clientes. Sin embargo, a diferencia de Indy, los Buscadores eran malvados y agresivos.

El demonio sonrió, mostrando una boca llena de dientes terriblemente afilados.

—Ya te tengo.

¿Ya te tengo? ¿A quién? ¿A mí?

Se lanzó hacia mí y yo me apresuré a apartarme a un lado, mientras mi miedo crecía con tanta rapidez que las palmas de las manos se me cubrieron de sudor mientras le tocaba el brazo. Unos estallidos de luces de neón resplandecieron alrededor de su cuerpo, convirtiéndolo en un borrón rosado. Pero no reaccionó a la identificación, nunca lo hacían. Solo los Guardianes eran capaces de ver la marca que dejaba yo.

El Buscador me agarró un puñado de pelo, y tiró de mi cabeza hacia un lado mientras trataba de sujetarme la parte delantera de la camiseta. El móvil se me resbaló de la mano y se estampó contra el suelo. Una sensación punzante bajó disparada por mi cuello y subió por mis hombros.

El pánico me inundó como si se hubiera reventado un dique, pero el instinto me hizo lanzarme a la acción. Todas las tardes que había pasado entrenando con Zayne

hicieron efecto. Mi tarea de identificar demonios podía volverse peliaguda de vez en cuando y, aunque no tenía habilidades ninjas, ni de broma iba a dejar que me derrotaran sin oponer resistencia.

Me eché hacia atrás, levanté la pierna y clavé la rodilla justo donde más dolía. Gracias a Dios que los demonios eran anatómicamente correctos. El Buscador gruñó y retrocedió, arrancándome varios mechones de pelo. Sentí como si unas agujas al rojo vivo me quemaran la cabeza.

A diferencia de los otros Guardianes, yo no podía despojarme de mi piel humana para dar grandes palizas, pero que me tiraran del pelo hacía que mi lado zorra se activara como ninguna otra cosa.

Un dolor agónico explotó en mis nudillos cuando mi puño golpeó al Buscador en la mandíbula, y su cabeza se inclinó hacia un lado. No era un puñetazo de niña pequeña; Zayne estaría muy orgulloso.

El demonio volvió a girar la cabeza hacia mí con lentitud.

—Eso me ha gustado. Hazlo otra vez.

Abrí mucho los ojos.

Corrió hacia mí, y entonces me di cuenta de que iba a morir. Un demonio iba a hacerme pedazos o, peor todavía, meterme por uno de los muchos portales que había ocultos por toda la ciudad para llevarme «abajo». Cuando la gente desaparecía inexplicablemente sin dejar rastro, normalmente era porque tenían un nuevo código postal, algo así como el 666, y la muerte sería una bendición comparada con esa clase de viaje. Me preparé para el impacto.

—Basta.

Ambos nos quedamos paralizados en respuesta a la voz profunda y desconocida, que rezumaba autoridad. El Buscador respondió primero, y se apartó a un lado. Me giré, y entonces lo vi.

El recién llegado superaba con mucho el metro ochenta, y era tan alto como cualquier Guardián. Su pelo era oscuro, del color de la obsidiana, y emitía un reflejo azulado bajo la escasa luz. Unos mechones perezosos le caían sobre la frente y se rizaban justo por debajo de las orejas. Las cejas se arqueaban sobre unos ojos dorados, y sus pómulos eran anchos y altos. Era atractivo, muy atractivo. De hecho, era increíblemente guapo, pero la mueca sarcástica de sus gruesos labios enfriaba un poco esa belleza. La camiseta negra se estiraba sobre su pecho y su estómago plano. Un enorme tatuaje de una serpiente se enroscaba alrededor de su antebrazo; la cola desaparecía bajo la manga y la cabeza con forma de diamante descansaba sobre su mano. Parecía tener mi edad, y habría estado muy bien liarme con él... de no ser por el hecho de que no tenía alma.

Di un paso hacia atrás a trompicones. ¿Qué era peor que un demonio? Dos demonios. Las rodillas me temblaban tanto que pensé que iba a caerme de cara en el callejón. Nunca me había salido tan terriblemente mal una identificación. Estaba tan jodida que ni siquiera era gracioso.

—No deberías intervenir en esto —dijo el demonio Buscador, y sus manos se cerraron en puños.

El recién llegado avanzó sin hacer ningún ruido.

—Y tú deberías besarme el culo. ¿Qué te parece?

Eh...

El Buscador se quedó muy quieto, respirando pesadamente. La tensión se convirtió en una cuarta entidad en el callejón. Di otro paso hacia atrás, esperando tener el camino despejado para huir. Estaba tan claro que aquellos dos no se llevaban bien que no quería verme metida en medio. Cuando dos demonios luchaban, eran capaces de derribar edificios enteros. ¿Cimientos defectuosos o tejados mal hechos? Sí, claro. Más bien épicas batallas a muerte entre demonios.

Dos pasos a la izquierda y podría...

La mirada del chico me golpeó. Tomé aire y me tambaleé a causa de la intensidad de su mirada. La correa de mi mochila cayó de mis dedos entumecidos. Él bajó la cabeza, y sus espesas pestañas le abanicaron las mejillas. Una sonrisita tiró de sus labios, y cuando habló su voz era suave, aunque profunda y poderosa.

—En menudo aprieto te has metido.

No sabía qué raza de demonio era, pero, a juzgar por la forma que tenía de estar allí como si hubiera creado la palabra «poder», supuse que no sería un demonio inferior, como el Buscador o un Impostor. Oh, no, probablemente fuera un demonio de Nivel Superior, como un Duque o un Dirigente Infernal. Solo los Guardianes se ocupaban de ellos, y eso normalmente acababa en un desastre con mucha sangre.

El corazón me golpeaba las costillas. Tenía que salir de allí, y rápido: ni de coña iba a enfrentarme a un demonio de Nivel Superior. Mis escasas habilidades harían que me ganara una paliza digna de recordar. Y el demonio Buscador se estaba poniendo más furioso con cada segundo que pasaba, abriendo y cerrando sus carnosos puños. Las cosas estaban a punto de liarse, y de liarse bien gordas.

Tomé la mochila llena de libros y la sostuve frente a mí como el escudo más cutre del mundo. Por supuesto, no había nada, aparte de un Guardián, que pudiera detener a un demonio de Nivel Superior.

—Espera —dijo—. No salgas huyendo todavía.

—Ni se te ocurra acercarte un paso más —le advertí.

—No se me ocurriría hacer algo que no quisieras que haga.

Ignoré aquello, significara lo que significase, y continué rodeando al demonio Buscador para dirigirme hacia la entrada del callejón, que parecía increíblemente lejana.

—Estás huyendo —señaló el demonio Superior con un suspiro—. A pesar de que te he pedido que no lo hicieras, y creo que lo he hecho muy amablemente. —Eché un vistazo hacia el Buscador y frunció el ceño—. ¿No he sido amable?

El aludido gruñó.

—No te ofendas, pero me da igual lo amable que seas. Estás interfiriendo en mi



trabajo, imbécil.

Tropecé al oír el insulto. Aparte del hecho de que el Buscador le hubiera hablado a un demonio de Nivel Superior de ese modo, había dicho algo tan... humano.

—Ya sabes lo que dicen —contraatacó el otro—. A palabras necias, tortas como panes.

A la mierda. Si conseguía regresar a la calle principal, podría darles esquinazo a los dos. No podían atacar delante de los humanos; las reglas y todo eso. Bueno, si es que aquellos dos iban a jugar siguiendo las reglas, algo que me parecía dudoso. Me giré con rapidez y corrí hacia la entrada del callejón.

No llegué muy lejos.

El Buscador me golpeó como un maldito *linebacker* de fútbol americano y me estampó contra un contenedor. Unos puntos negros me oscurecieron la visión, y algo peludo que chillaba cayó sobre mi cabeza. Gritando como una *banshee*, levanté los brazos y sujeté el cuerpo que se retorció. Unas garras pequeñas se enredaron en mi pelo. A dos segundos de que me diera un derrame cerebral, me arranqué la rata del pelo y la lancé hacia las bolsas de basura. El animal chilló mientras rebotaba, y después corrió hacia una grieta en la pared.

Con un gruñido grave, el demonio de Nivel Superior apareció detrás del Buscador y lo agarró por la garganta. Un segundo más tarde, lo tenía sujeto a un metro del suelo.

—Vale, eso sí que no ha sido muy amable —dijo con voz baja y ominosa.

Giró y lo lanzó como si fuera una pelota de goma. El Buscador se estampó contra la pared de enfrente y golpeó el suelo con las rodillas. El demonio de Nivel Superior levantó la mano... y el tatuaje de la serpiente se alzó de su piel, dividiéndose en un millón de puntos negros. Flotaron en el aire entre él y el Buscador, permanecieron allí durante un segundo, y después cayeron al suelo. A continuación se unieron y formaron una masa negra y espesa.

No... No era una masa, sino una maldita serpiente. Era enorme, de al menos tres metros de largo y tan ancha como yo. Me puse en pie de golpe, ignorando la oleada de mareo, y la cosa giró hacia mí, alzando medio cuerpo. Sus ojos ardían con un rojo impío.

Un grito se quedó atrapado en mi garganta.

—No tengas miedo de *Bambi* —dijo el demonio—. Tan solo siente curiosidad, y tal vez un poquito de hambre.

¿Aquella cosa se llamaba *Bambi*?

Oh, Dios, la cosa me estaba mirando como si quisiera comerme.

Pero la serpiente gigante no trató de convertirme en su aperitivo. Cuando se volvió de nuevo en dirección al Buscador, casi me caí al suelo por el alivio. Pero entonces salió disparada por el pequeño espacio, y se alzó hasta que su cabeza monstruosa quedó por encima del petrificado demonio inferior. La serpiente abrió la boca, revelando dos colmillos del tamaño de mi mano y, más allá de ellos, un enorme

agujero negro.

—Está bien —murmuró el demonio, sonriendo con suficiencia—. A lo mejor tiene un montón de hambre. —Interpreté aquello como una señal para largarme del callejón—. ¡Espera! —gritó el demonio, y cuando en lugar de detenerme seguí corriendo más deprisa de lo que nunca lo había hecho, su maldición reverberó en mi cabeza.

Crucé las avenidas que rodeaban Dupont Circle y pasé junto a la tienda donde planeaba encontrarme con Stacey y Sam. Solo cuando llegué al lugar donde iba a recogerme Morris, nuestro chófer y una docena de cosas más, me detuve para respirar.

Las almas de tonos suaves vibraban a mi alrededor, pero no les presté atención. Adormecida por dentro, me senté en un banco que había junto a la cuneta. Me sentía rara, como si me pasara algo malo. ¿Qué diablos había ocurrido? Lo único que quería hacer era empezar el trabajo sobre *Sin novedad en el frente* aquella noche, no estar a punto de devorar un alma, conseguir que casi me mataran, conocer a mi primer demonio de Nivel Superior o ver cómo un tatuaje se convertía en una anaconda, por el amor de Dios.

Bajé la mirada hasta mi mano vacía.

O perder mi teléfono móvil.

Mierda.

## Capítulo dos



Morris no habló durante todo el camino hasta la casa de Dunmore Lane. Aquello no era ninguna sorpresa; Morris jamás hablaba. Quizás eran las cosas que veía en el interior de nuestra casa lo que lo dejaba sin habla, pero la verdad es que no lo sabía.

Estaba de los nervios por haberme quedado sentada en el banco durante casi una hora esperando a Morris, y di golpecitos con el pie en el salpicadero durante todo el camino a casa. Tan solo eran unos seis kilómetros y medio, pero eso en Washington D. C. equivalía a un millón de kilómetros en cualquier otro lugar. La única parte del viaje que fue rápida fue el trozo privado de calle que conducía hasta la monstruosa casa de Abbot.

Con cuatro plantas, incontables habitaciones para invitados e incluso una piscina cubierta, parecía más un hotel que una casa. En realidad era un lugar donde los hombres Guardianes solteros del clan vivían y trabajaban, como si fuera una central de mando. Mientras nos aproximábamos, pestañeé y solté una maldición entre dientes que me hizo ganarme una mirada desaprobadora de Morris.

Seis gárgolas de piedra que no habían estado allí aquella mañana se encontraban posadas en el borde de nuestro tejado. Visitantes. Genial.

Bajé el pie del salpicadero y tomé mi mochila del suelo. Incluso con las alas plegadas y las caras hacia abajo, las formas encorvadas eran una visión formidable contra la noche estrellada.

En su forma de descanso, los Guardianes eran casi indestructibles. El fuego no los dañaba. Los cinceles y los martillos no podían romper su coraza. La gente había probado toda clase de armas desde que los Guardianes se revelaron al público. Lo mismo llevaban haciendo los demonios desde, bueno, desde siempre, pero los Guardianes tan solo eran débiles cuando parecían humanos.

En cuanto el coche se detuvo enfrente del enorme porche, salté al exterior, subí los escalones a toda velocidad y derrapé hasta detenerme enfrente de la puerta. En la esquina superior izquierda del porche, una pequeña cámara se movió en mi dirección, con una luz roja que parpadeaba. En algún lugar, en las habitaciones enormes y los túneles que había bajo la mansión, Geoff se encontraba en la sala de control, detrás de la cámara. Sin duda se lo estaba pasando muy bien haciéndome esperar.

Le saqué la lengua.

La luz se volvió verde un segundo más tarde.

Puse los ojos en blanco cuando oí la puerta desbloqueándose, y después la abrí y solté la mochila en el recibidor. Me dirigí de inmediato hacia la escalera, pero

después de pensarlo mejor di media vuelta y corrí hacia la cocina. Encontré la habitación felizmente vacía, y saqué la masa de galletas de azúcar del frigorífico. Tomé un pedazo y subí la escalera. La casa se encontraba tan silenciosa como un cementerio. En ese momento del día, la mayoría de la gente estaría en las instalaciones de entrenamiento bajo tierra o se habría marchado ya para cazar.

Todos menos Zayne. Desde hacía tanto tiempo como podía recordar, él jamás se había marchado a cazar sin esperar a verme a mí primero.

Subí los peldaños de tres en tres, masticando la masa. Me limpié los dedos pringosos en la falda vaquera, abrí la puerta con la cadera y me quedé paralizada. Tenía que aprender a llamar antes de entrar a toda prisa.

Primero vi su resplandor de un blanco perlado y luminoso; un alma pura. La esencia de un Guardián era distinta al alma humana, pura, un producto de lo que eran. Muy pocos humanos conservaban un alma pura en cuanto comenzaban a ejercitar esa cosa llamada libre albedrío. A causa de la sangre demoníaca que había en mi interior, sabía que yo no tenía un alma pura. Ni siquiera estaba segura de tener un alma; jamás podía ver la mía.

A veces... a veces no me parecía que mi lugar estuviera con ellos... con Zayne.

Una sensación de vergüenza se enroscó en mi estómago, pero, antes de que pudiera expandirse como un humo nocivo, el alma de Zayne se desvaneció, y ya no pude pensar en ninguna otra cosa.

Recién salido de la ducha, Zayne se puso una camiseta negra y lisa, pero no lo bastante rápido como para que no captara un tentador vistazo de sus abdominales. Un riguroso entrenamiento mantenía su cuerpo bien formado y duro como una roca. Me obligué a levantar la mirada cuando el trozo de piel desapareció. El pelo húmedo de color arena se le pegaba al cuello y a sus mejillas esculpidas. Sus facciones habrían sido demasiado perfectas de no ser por los ojos de un azul aguado que tenían todos los Guardianes.

Fui hasta el borde de su cama y me senté en ella. No debía pensar en él como lo hacía, pues era lo más parecido que tenía a un hermano. Su padre, Abbot, nos había criado juntos, y Zayne me miraba como si fuera una hermana pequeña que de algún modo hubieran acabado endosándole.

—¿Qué hay, bichito? —dijo.

A una parte de mí le encantaba que utilizara mi mote de la infancia. La otra parte, la parte que ya no era una niña pequeña, lo detestaba. Le eché un vistazo a través de las pestañas. Ya estaba completamente vestido... una pena.

—¿Quiénes son los del tejado?

Se sentó junto a mí.

—Unos cuantos viajeros de fuera de la ciudad necesitaban un lugar donde descansar. Abbot les ofreció camas, pero prefirieron el tejado. No... —Se detuvo de repente y se inclinó hacia delante para sujetarme la pierna—. ¿Por qué tienes rasguños en las rodillas?

A mi cerebro le dio una especie de cortocircuito en el momento en que su mano tocó mi pierna desnuda. Un rubor ardiente brotó en mis mejillas y se extendió hacia abajo, muy abajo. Observé sus pómulos altos y aquellos labios... oh, Dios, aquellos labios perfectos. Un millar de fantasías brotaron en mi mente. Todas tenían que ver con él, conmigo y con la capacidad de besarle sin absorberle el alma.

—Layla, ¿en qué lío te has metido esta noche?

Me soltó la pierna, y yo negué con la cabeza, disipando esos sueños inútiles.

—Hum... Bueno, en nada.

Zayne se acercó más, mirándome como si pudiera ver a través de mis mentiras. Tenía una habilidad impresionante para hacerlo. Pero, si se lo contaba todo, como la parte del demonio de Nivel Superior, jamás me dejarían volver a salir de la casa sola. Me gustaba mi libertad; era prácticamente la única cosa que tenía.

Suspiré.

—Pensaba que estaba siguiendo a un Impostor.

—¿Y no lo era?

—Nop. —Deseé que volviera a tocarme la pierna—. Resultó que era un Buscador fingiendo ser un Impostor.

Era increíble lo rápido que pasaba de ser un tío superbuenorro a un Guardián superserio.

—¿Qué quieres decir con que el Buscador estaba fingiendo?

Me obligué a encogerme de hombros de forma distraída.

—En realidad no lo sé. Lo vi en el McDonald's. Tenía el apetito de un Impostor y se comportaba como uno, así que lo seguí. Resultó que no era un Impostor, pero lo identifiqué de todos modos.

—Eso no tiene sentido. —Frunció el ceño, un gesto que solía hacer siempre que le daba vueltas a algo en la cabeza—. Los demonios Buscadores son recaderos, o los invoca algún idiota que quiere encontrar alguna estupidez como ojos de rana o la sangre de un águila calva para algún hechizo que saldrá inevitablemente mal. Fingir ser un Impostor no es muy común.

Recordé lo que había dicho el Buscador. «Ya te tengo». Como si hubiera estado buscándome. Sabía que debía decirle eso a Zayne, pero su padre ya era muy pesado en lo referente a dónde iba y con quién estaba. Y Zayne estaba básicamente obligado a contárselo todo a su padre, ya que Abbot era el jefe del clan de Guardianes de Washington D. C. Además, tenía que haber oído mal al Buscador, y los demonios rara vez tenían razones para hacer cosas extrañas o inesperadas. Eran demonios, y eso era explicación suficiente.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Zayne.

—Sí, estoy bien. —Hice una pausa—. Aunque he perdido el móvil.

Se rio y, ay, cielos, me encantaba el sonido de su risa. Era profundo e intenso.

—Dios santo, Layla, ¿cuántos llevas ya en lo que va de año?

—Cinco. —Miré sus estanterías repletas de libros y solté un suspiro—. Abbot no

va a comprarme uno nuevo. Piensa que los pierdo a propósito, pero no es verdad. Simplemente... dejan de quererme.

Zayne volvió a reírse, y me dio un golpecito con la rodilla cubierta por los vaqueros.

—¿A cuántos has identificado esta noche?

Pensé en las pocas horas después de clase, antes de encontrarme con Stacey y Sam.

—Nueve. Dos eran Buscadores y el resto Esbirros, a excepción del Buscador.

A quien Zayne probablemente jamás encontraría, ya que había muchas posibilidades de que *Bambi* se lo hubiera comido. Soltó un silbido bajo.

—Estupendo. Voy a tener una noche entretenida.

Eso era lo que hacían los Guardianes. Generación tras generación, habían estado manteniendo la población demoníaca a raya desde mucho antes de que se hicieran públicos. Yo tan solo tenía siete años cuando eso sucedió, así que no recordaba cómo habían respondido los humanos, pero estoy segura de que la gran revelación hizo que mucha gente flipara. Curiosamente, más o menos fue en esa época cuando empecé a vivir con ellos.

Los Alfas, los tíos angelicales que dirigían el cotarro, comprendían que tenía que haber bien y mal en el mundo: la Ley del Equilibrio. Pero algo pasó hace diez años. Los demonios empezaron a salir a puñados de los portales, creando el caos mientras causaban estragos en todo aquello con lo que entablaban contacto. La posesión de los humanos se convirtió en un grave problema, y las cosas empezaron a quedar cada vez más fuera de control. Los encantos del Infierno ya no querían permanecer escondidos entre las sombras, y los Alfas no podían dejar que la humanidad supiera que los demonios existían realmente. Abbot me dijo una vez que tenía que ver con el libre albedrío y la fe. El hombre necesitaba creer en Dios sin saber que el Infierno existía de verdad. Dispuestos a hacer lo que hiciera falta para que la humanidad siguiera ignorando la existencia de los demonios, los Alfas habían emitido su orden. Parecía un gran riesgo, y los humanos probablemente acabarían sumando dos y dos para averiguar lo de los demonios, pero ¿qué sabía yo?

Solo unos cuantos humanos bien escogidos conocían la verdad. Además de Morris, había unos cuantos en los departamentos de policía, el gobierno y probablemente el personal militar de todo el mundo que sabían que los demonios existían. Aquellos humanos tenían sus propias razones para mantener a la población general alejada de la realidad, razones que no tenían nada que ver con la fe. El mundo caería en el caos si los humanos supieran que los demonios pedían el café de la mañana junto a ellos.

Pero así era como funcionaban las cosas. Los Guardianes ayudaban a los departamentos de policía a capturar criminales, y algunos de esos criminales que atrapaban eran demonios, que tal vez se librasen de la cárcel, pero volverían directamente al Infierno sin posibilidad de salir de nuevo. Si los demonios alguna vez

se exponían al mundo, los Alfas destruirían a todos los que se encontraran en la superficie, incluyendo mi feliz culo mitad demoníaco.

—Las cosas están siendo una locura —dijo, más para sí mismo que para mí—. Hay muchísima más actividad de Impostores. Algunos de los Guardianes de distritos diferentes incluso se han encontrado con Sicarios Infernales.

Abrí mucho los ojos.

—¿Sicarios Infernales?

Mientras Zayne asentía con la cabeza, una imagen de aquellas cosas enormes y bestiales apareció en mi mente. Teóricamente, los Sicarios Infernales no podían estar en la superficie. Eran como simios mutantes trastornados y pitbulls combinados en un solo ser.

Zayne se dobló por la cintura y rebuscó debajo de su cama. Unos mechones de pelo cayeron hacia delante y le oscurecieron el rostro, así que ya podía quedarme embobada mirándolo abiertamente. Zayne tan solo tenía cuatro años más que yo, pero al ser un Guardián era mucho más maduro que la mayoría de los chicos humanos de su edad. Yo lo sabía todo acerca de él, a excepción del aspecto que tenía en realidad.

Eso era lo que pasaba con las gárgolas: la piel que llevaban durante el día no era su verdadera apariencia. Por millonésima vez, me pregunté cuál sería el verdadero aspecto de Zayne. Su forma humana era muy sexi, pero, a diferencia de los demás, él nunca me permitía ver su auténtica forma.

Y como yo solo era mitad Guardian, no podía transformarme como lo haría uno normal. Estaba permanentemente atrapada en mi forma humana, irrevocablemente imperfecta. A los Guardianes no solía gustarles la imperfección. De no ser por mi habilidad única de ver las almas e identificar a aquellos que no las tenían, sería básicamente inútil en el gran esquema de las cosas.

Zayne se sentó, con un bulto peludo en la mano.

—Mira a quién he encontrado. Lo dejaste aquí hace un par de noches.

—¡Señor Mocosito! —Tomé el andrajoso osito de peluche con una sonrisa—. Me preguntaba dónde estaría.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—No me puedo creer que sigas teniendo ese oso.

Me tumbé de espaldas, abrazando al Señor Mocosito contra mi pecho.

—Me lo regalaste tú.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Es mi muñeco de peluche favorito.

—Es tu único muñeco de peluche. —Zayne se tumbó junto a mí y miró el techo—. Has vuelto a casa antes de lo que esperaba. Pensaba que ibas a estudiar con tus amigos. —Alcé un único hombro. Zayne se dio unos golpecitos en el estómago con los dedos—. Eso es muy raro. Normalmente te quejas por no poder volver más tarde a casa, pero ni siquiera son las nueve todavía.

Me mordí el labio.

—¿Y qué? Ya te he contado lo que ha pasado.

—Pero sé que no me lo estás contando todo. —Había algo en su forma de decirme eso que me hizo girar la cabeza hacia él—. ¿Por qué ibas a mentirme?

Nuestras caras estaban cerca, pero no lo bastante como para que fuera peligroso. Y Zayne confiaba en mí, creía que yo era más Guardianas que demonio. Pensé en la serpiente... y en el chico que no era en realidad un chico, sino un demonio de alto rango.

Me estremecí.

Zayne cruzó el pequeño espacio que nos separaba y puso la mano sobre la mía. Mi corazón se saltó un latido.

—Dime la verdad, bichito.

Recordaba fácilmente la primera vez que me había llamado así.

Fue la noche que me trajeron a esa casa. A los siete años, había sentido terror de las criaturas aladas con dientes serrados y ojos rojos que me habían sacado de mi hogar de acogida. En cuanto me dejaron en el recibidor de aquella casa, salí corriendo y me escondí hecha una bola en la parte trasera del primer armario que pude encontrar. Horas después, Zayne me había convencido para que saliera de mi escondite, con un osito de peluche nuevo y llamándome «bichito». Incluso a los once años, me parecía que era enorme, y desde ese momento me mantuve pegada a él. Eso era algo por lo que a los Guardianes mayores les gustaba burlarse de él.

—¿Layla? —murmuró, apretándome la mano con más fuerza.

Se me escaparon las palabras de forma atropellada.

—¿Crees que soy malvada?

Frunció el ceño.

—¿Por qué preguntas eso?

Lo miré intensamente.

—Zayne, si soy mitad demonio...

—Eres una Guardianas, Layla...

—Siempre dices eso, pero no es verdad. Soy más bien como... como una mula.

—¿Una mula? —repetió con lentitud, frunciendo aún más el ceño.

—Sí, una mula. Ya sabes, mitad caballo, mitad burro...

—Sé lo que es una mula, Layla. Y espero de verdad que no te estés comparando con una.

No contesté, porque era lo que estaba haciendo. Al igual que una mula, yo era una híbrida extraña; mitad demonio y mitad Guardianas. Y por eso, jamás me emparejarían con otro Guardián. Ni siquiera los demonios me reclamarían si supieran lo que era. Así que sí, me parecía que la comparación era adecuada.

Zayne suspiró.

—Que tu madre fuera lo que fuera no te convierte a ti en una mala persona, y ni de coña te convierte en una mula.

Giré la cabeza y seguí mirando al vacío. El ventilador giraba de forma mareante,



proyectando unas sombras extrañas en el techo. Una madre demoníaca a la que jamás había conocido, y un padre al que no recordaba. Y Stacey pensaba que su vida era un caos por no vivir con sus dos padres. Bajé la mano y jugueteé nerviosamente con el anillo.

—Lo sabes, ¿verdad? —continuó Zayne con seriedad—. Sabes que no eres una persona malvada, Layla. Eres buena, lista y... —Se detuvo, y entonces se sentó y se alzó sobre mí como un ángel guardián—. No... no habrás quitado un alma esta noche, ¿verdad? Layla, si lo has hecho, tienes que decírmelo ahora mismo. Lo arreglaremos de alguna manera. Jamás se lo diría a mi padre, pero tienes que decírmelo.

Por supuesto que Abbot jamás debería enterarse si hacía algo así, aunque fuera por accidente. Por mucho que le importara, me repudiaría de todos modos. Quitar un alma estaba prohibido por un montón de razones morales.

—No. No he quitado ningún alma.

Me miró fijamente, y después cuadró los hombros.

—No me asustes de ese modo, bichito.

De pronto quise abrazar al Señor Mocosito con más fuerza.

—Lo siento.

Zayne bajó la mano y me quitó la mía de encima del oso.

—Has cometido errores, pero has aprendido de ellos. No eres malvada; eso es lo que tienes que recordar. Y lo que está en el pasado, se queda en el pasado.

Me mordí el labio inferior, pensando en esos «errores». Habían sido más de uno. El primer incidente había sido lo que había llevado a los Guardianes a mi hogar de acogida. Le había quitado el alma por accidente a una de las cuidadoras; no toda, pero sí lo suficiente como para que tuvieran que hospitalizar a la mujer. De algún modo los Guardianes lo habían descubierto a través de sus conexiones y me localizaron.

Hasta ese día, no comprendía por qué Abbot se había quedado conmigo. Los demonios eran un asunto de blanco o negro para los Guardianes. No había demonios buenos o inocentes. Ser mitad demonio significaba que debería haber caído bajo el viejo lema de «el único demonio bueno es un demonio muerto», pero por alguna razón yo había sido diferente para ellos.

«Ya sabes por qué», susurró una fea voz en mi cabeza, y cerré los ojos. Mi habilidad para ver almas y la falta de ellas, producto de mi sangre demoníaca, era una herramienta valiosa en la lucha contra el mal, pero los Guardianes podían sentir a los demonios cuando se acercaban a ellos lo suficiente. Sin mí, su trabajo sería más difícil, pero no imposible.

Al menos eso era lo que me decía a mí misma.

Zayne me giró la mano y entrelazó los dedos con los míos.

—Has vuelto a comer masa de galletas. ¿Has dejado un poco para mí esta vez?

El amor verdadero significaba compartir el apetito por comidas extrañas. Era algo en lo que creía firmemente. Abrí los ojos.

—Queda medio paquete.

Sonrió y se tumbó de costado, dejando la mano alrededor de la mía. El pelo le caía por encima de la mejilla. Quería quitárselo de la cara, pero no tenía suficiente valor.

—Te conseguiré un teléfono nuevo mañana —dijo finalmente.

Le dirigí una enorme sonrisa, como si fuera mi propio fabricante de teléfonos personal.

—Por favor, consígueme uno de pantalla táctil esta vez. Todos en el instituto tienen uno.

Él arqueó una ceja.

—Lo destruirías en cuestión de segundos. Necesitas uno de esos teléfonos por satélite gigantes.

—Eso me haría ser muy guay. —Arrugué la nariz mientras echaba un vistazo al reloj de la pared. Tendría que marcharse pronto—. Supongo que debería irme a estudiar.

Su piel de un tono dorado se arrugó mientras sonreía.

—No te vayas aún.

Nada en el mundo podría detener la calidez que comenzó a crecer en mi pecho. Eché un vistazo otra vez al reloj que había junto a la cama. Todavía le quedaban unas cuantas horas antes de marcharse a cazar a los demonios que yo había identificado antes. Agradecida, me puse de lado. El Señor Mocososo estaba entre nosotros.

Separó los dedos de los míos y me tomó unos mechones de pelo.

—Siempre tienes el pelo lleno de nudos. ¿Sabes siquiera cómo usar un cepillo?

Le aparté la mano de un manotazo, estremeciéndome al recordar a la rata.

—Sí, sé cómo usar un cepillo, imbécil.

Zayne se rio entre dientes y volvió a mi pelo enredado.

—Esa boca, Layla, esa boca.

Me quedé en silencio mientras él me deshacía algunos de los nudos. Lo de tocarme el pelo era nuevo, y no me importaba que lo hiciera. Sostuvo los mechones pálidos entre nosotros, entrecerrando los ojos con concentración.

—Necesito un corte de pelo —murmuré tras unos pocos momentos.

—No. —Me colocó el pelo por encima del hombro otra vez—. Es... es bonito así de largo. Y te pega.

Mi corazón estuvo a punto de explotar y hacerse papilla.

—¿Quieres que te cuente qué tal en el instituto?

Su mirada se iluminó. A excepción de mí, todos los Guardianes habían sido educados en casa, y la mayoría de las clases de la universidad de Zayne habían sido por internet. Me escuchó mientras le hablaba del trabajo en el que había sacado un notable, la pelea en la cafetería entre dos chicas por un chico, y cómo Stacey se había quedado encerrada por accidente en el despacho del asesor académico después de clase.

—Ah. Casi se me olvida. —Hice una pausa y bostecé de forma molesta—. Sam quiere hacerte una entrevista para el periódico del instituto. Tiene algo que ver con el hecho de que seas un Guardián.

Esbozó una mueca.

—No sé yo... No se nos permite conceder entrevistas. Los Alfas lo verían como ser orgullosos.

—Lo sé. Le dije que no se hiciera ilusiones.

—Bien. Mi padre fliparía si pensara que hablo con la prensa.

Solté una risita.

—Sam no es la prensa, pero te entiendo.

Me mantuvo ahí despierta un rato más, haciéndome una pregunta tras otra, hasta que mis ojos se cerraron en contra de mi voluntad. Hacía mucho que se había ido cuando me desperté; había salido a cazar demonios. Quizás incluso algunos de Nivel Superior. Quizás incluso al chico demonio con la serpiente llamada *Bambi*.

\* \* \*

Con los ojos nublados, saqué mi libro de Biología. Tuve tres segundos para mí misma antes de que un alma de un verde claro apareciera en mi campo de visión. Levanté la cabeza e inspiré profundamente. Me gustaba estar cerca de almas inocentes; eran bastante corrientes y no tan tentadoras como...

Un puño me golpeó el brazo.

—¡No fuiste a estudiar con nosotros, Layla!

Me tambaleé hacia un lado y me estabilicé en la puerta de la taquilla.

—Jo, Stacey, me va a salir un moratón.

—Nos dejaste colgados. Otra vez.

Cerré la puerta de mi taquilla y miré a mi mejor amiga. Stacey era entusiasta con los puñetazos.

—Lo siento. Tuve que irme corriendo a casa, me surgió algo.

—Siempre te surge algo. —Me fulminó con la mirada—. Es ridículo. ¿Sabes que tuve que quedarme sentada escuchando a Sam hablar de cuánta gente había matado en *Assassin's Creed* durante una hora entera?

Metí los libros en mi mochila, riendo.

—Qué coñazo.

—Pues sí. —Se quitó una goma para el pelo de la muñeca y se hizo una coleta corta—. Pero te perdono.

Stacey siempre me perdonaba por llegar tarde o por dejarla plantada, aunque la verdad era que no comprendía por qué. Yo a veces era una amiga terrible, y además Stacey era muy popular. Tenía muchos otros amigos, pero desde el primer año había parecido que yo le caía bien.

Nos internamos en la multitud de estudiantes. Los aromas mezclados de perfume

y olor corporal me provocaron náuseas. Tenía los sentidos ligeramente aumentados. No era nada extraordinario, como si fuera un demonio o una Guardiania completa, pero por desgracia era capaz de oler lo que la mayoría de los humanos no podían.

—Siento mucho lo de anoche. Ni siquiera he podido estudiar para el examen de Biología.

Me miró fijamente, entrecerrando sus ojos con forma de almendra.

—Todavía pareces medio dormida.

—Estaba tan aburrida en clase que me he quedado adormilada y casi me he caído de la silla. —Eché un vistazo a un grupo de deportistas que se encorvaban junto a la vitrina de trofeos vacía. Nuestro equipo de fútbol era un asco. Sus almas eran un arcoíris de azules suaves—. El señor Brown me ha gritado.

Soltó una risita.

—El señor Brown le grita a todo el mundo. Entonces, ¿no has estudiado nada?

Unas almas rosadas que rodeaban a un grupo de alumnos de segundo que se reían me llamaron la atención.

—¿Qué?

Soltó un suspiro como si estuviera sufriendo mucho y dijo:

—Biología... Ya sabes, ¿la ciencia de la vida? Estamos de camino a clase y tenemos examen.

Aparté la mirada de los bonitos rastros, frunciendo el ceño.

—Ah. Claro. No, como te he dicho, no he estudiado nada.

Stacey se cambió los libros de brazo.

—Te odio. Ni siquiera has abierto un libro y probablemente sacarás un sobresaliente de todos modos. —Se apartó el flequillo del pelo y negó con la cabeza—. No es justo.

—No sé yo... La señora Cleo me puso un notable en el último examen, y con este la verdad es que no tengo ni idea. —Fruncí el ceño, dándome cuenta de lo cierto que era aquello—. Puf, tendría que haber estudiado anoche.

—¿Todavía tienes los apuntes de Sam? —Me agarró el brazo y me apartó del camino de otro estudiante. Capté el rastro de un alma de un rosa intenso emborronado con manchas de rojo—. Vaya, te está comiendo con los ojos.

—¿Eh? —Miré a Stacey—. ¿Quién?

Eché un vistazo por encima del hombro y me acercó más a ella.

—El tío con el que casi te estampas... Gareth Richmond. Sigue comiéndote con los ojos. ¡No! —siseó junto a mi oreja—. No mires. Es demasiado obvio.

Luché contra la necesidad natural de darme la vuelta.

Stacey soltó una risita.

—En realidad, te está mirando el culo. —Soltó mi brazo y se puso recta—. Es un buen culo.

—Gracias —murmuré, y mi mirada siguió el alma de un azul cielo que rodeaba a un chico delante de nosotros.

—Que Gareth te mire el culo es buena señal —continuó Stacey—. Su padre es el propietario de la mitad del centro de la ciudad, y sus fiestas son una verdadera pasada.

Giré hacia el largo pasillo que llevaba al aula de Biología.

—Creo que solo te estás imaginando cosas.

Negó con la cabeza.

—No te hagas la tonta. Eres guapa, y estás mucho más buena que ese putón de ahí.

Mi mirada se dirigió directamente hacia el lugar que estaba señalando Stacey. Un aura de un púrpura claro rodeaba a Eva Hasher, lo cual significaba que tan solo estaba a unos pocos actos de chica mala antes de caer en un estatus de alma cuestionable. Mi garganta se constriñó de pronto. Cuanto más oscura o pura fuera el alma, más fuerte era la atracción.

Los muy muy malos y los muy muy buenos eran los más atractivos, lo cual hacía que Eva me resultara muy interesante, pero comerme el alma perteneciente a la chica más popular del instituto no estaría nada bien.

Eva se reclinó sobre una taquilla, rodeada por lo que Stacey llamaba su séquito de zorras. Al ver a mi amiga le mostró el dedo corazón, con una uña perfectamente pintada de azul, y después me echó un vistazo a mí.

—¡Oh, mirad! ¡Es la puta de las gárgolas!

Su séquito de seguidoras descerebradas se rio.

Puse los ojos en blanco.

—Au. Esa es nueva.

Stacey le devolvió el gesto con ambas manos.

—Menuda zorra estúpida.

—Qué más da. —Me encogí de hombros. Que Eva me llamara «puta» cuando yo conocía el estatus de su alma resultaba demasiado irónico como para enfadarme.

—Sabes que Gareth y ella han roto, ¿verdad?

—Ah, ¿sí?

Era incapaz de seguirles el ritmo a esos dos. Stacey asintió con la cabeza.

—Sip. La ha cortado de todas sus fotos de Facebook. Y además la ha cortado fatal, porque en la mitad de ellas todavía se le puede ver el brazo o la pierna. En cualquier caso, deberías salir con él solo para cabrearla.

—¿Solo porque me haya mirado el culo tengo que acabar saliendo con un tío que ni siquiera sabe cómo me llamo?

—Ah, estoy segura de que sabe cómo te llamas, y probablemente también cuál es tu talla de sujetador. —Pasó junto a mí y abrió la puerta del aula de Biología—. Sí, hay alumnas de sexto que son más altas que tú, pero a los tíos les gusta eso. Quieren levantarte y meterte en el bolsillo, cuidar de ti.

Pasé junto a ella, rozándola y sonriendo con suficiencia.

—Esa es la cosa más estúpida que has dicho nunca.

Me siguió hasta nuestros pupitres en la parte trasera del aula.

—Eres como una muñequita, con esos ojos grises y grandes y esos labios que parecen estar haciendo pucheros.

La fulminé con la mirada mientras me sentaba en mi sitio. La mayoría de los días parecía un personaje espeluznante de algún *anime*.

—¿Es que estás saliendo del armario o qué?

Me dirigió una sonrisa malévola.

—Por ti me haría lesbiana.

Saqué los apuntes de Sam y resoplé.

—Pues yo no me haría lesbiana por ti. Por Eva Hasher, quizá.

Soltó un jadeo y se aferró la parte delantera de la camiseta.

—Eso ha dolido. De todos modos, ayer por la noche te mandé al menos doce mensajes, y no me respondiste a ninguno.

—Lo siento. Perdí el móvil. —Pasé una página, preguntándome en qué idioma habría garabateado Sam aquella mierda—. Se supone que Zayne va a conseguirme uno nuevo hoy. Espero que sea de pantalla táctil como el tuyo.

Esa vez Stacey sonrió.

—Dios, ¿no podría adoptarme Abbot a mí también? En serio. Quiero un hermano adoptivo buenorro, y en lugar de eso tengo a un hermano llorón que se caga encima. Necesito tener un Zayne.

Traté de ignorar el ramalazo de posesividad al rojo vivo que me recorrió las venas.

—Zayne no es mi hermano.

—Gracias a Dios que no. De lo contrario, estarías llena de pensamientos incestuosos todo el tiempo, y eso es una asquerosidad.

—¡Yo no pienso en Zayne de ese modo!

Ella se rio.

—¿Qué mujer heterosexual de este mundo no piensa en Zayne de ese modo? Yo apenas consigo seguir respirando cuando lo veo. Todos los tíos del instituto tienen el cuerpo más bien blando, pero se nota que Zayne no. Está buenísimo, tan bueno como quiere.

Eso era cierto, y desde luego no tenía el cuerpo blando, pero en ese momento dejé de escuchar a Stacey. Iba a tener que aprender algo antes del examen, y además no quería que mis fantasías con Zayne ocuparan mi mente en ese momento. Sobre todo después de cómo había despertado aquella mañana, cuidadosamente tapada con la colcha. La cama olía a él, a sándalo y ropa limpia.

—Por todos los santos del universo —murmuró Stacey. Apreté la mandíbula y me tapé las orejas con las manos, pero ella me clavó el codo en el costado. A ese ritmo, iba a acabar llena de moratones antes de la hora de la comida—. Nuestra clase de Biología se acaba de volver un millón de veces más interesante. Y sexi, mucho mucho más sexi. Madre de Dios, quiero tener un hijo suyo. Ahora no, claro, pero sin

duda más adelante. Aunque me gustaría empezar a practicar pronto.

«La pared celular es una capa gruesa y rígida que cubre la no sé qué plasmática, bla, bla, bla...».

Stacey se puso rígida de repente.

—Ay, Dios mío, viene hacia aquí...

«Compuesta de grasa y azúcar...».

Algo delgado y brillante cayó desde no se sabe dónde, y aterrizó en mitad de los apuntes de Sam. Pestañeeé con fuerza y tardé unos segundos en reconocer la pegatina desteñida y medio despegada de las tortugas ninja que cubría la parte trasera del teléfono móvil plateado.

El corazón me martilleaba las costillas. Me aferré a los bordes del cuaderno y levanté la mirada con lentitud. Unos ojos dorados antinaturalmente hermosos se encontraron con los míos.

—Te olvidaste esto anoche.

## Capítulo tres

No era posible que estuviera allí.

Pero así era, y yo no lograba apartar la mirada. De repente deseé saber dibujar, porque los dedos me picaban de las ganas de dibujar los contornos de su rostro, de tratar de capturar la curva exacta de su labio inferior, que era más grueso que el superior.

El demonio sonrió.

—Saliste corriendo tan deprisa que no tuve ocasión de dártelo.

Mi corazón dejó de latir. Aquello no estaba sucediendo. Un demonio de Nivel Superior no devolvía teléfonos móviles perdidos, y mucho menos iba al instituto. Tenía que estar alucinando.

—Eres una embustera —me susurró Stacey al oído—. ¿Por esto es por lo que no apareciste para estudiar con nosotros anoche?

La mirada del chico tenía un efecto hipnótico y paralizador. O a lo mejor se trataba simplemente de que yo era así de estúpida. Podía notar a Stacey prácticamente saliendo de su propia piel junto a mí.

El demonio se agachó y puso las palmas de las manos sobre mi escritorio, emitiendo un olor que resultaba dulce y almizcleño.

—Me he pasado toda la noche pensando en ti...

Stacey hizo un sonido como si se hubiera atragantado.

La puerta del aula se abrió y entró la señora Cleo rápidamente, con los brazos rollizos llenos de papeles.

—De acuerdo, todo el mundo a su pupitre.

Todavía sonriendo, el demonio se puso recto y se dio la vuelta para sentarse en el pupitre que había justo delante de nosotras. No transcurrió ni un segundo antes de que comenzara a balancear la silla sobre dos patas, manteniendo el equilibrio con total tranquilidad.

—¿Qué demonios, Layla...? —Stacey me agarró el brazo—. ¿De dónde lo has sacado, de algún lugar entre el Big Mac y las patatas fritas? ¿Y por qué no pediste uno para mí?

Sus dedos seguían clavándose en mi brazo, pero yo me encontraba totalmente boquiabierta.

La señora Cleo apretó los exámenes contra el pecho como si fueran un bebé recién nacido.

—Ahora, silencio. Que todo el mundo mire hacia delan... Ah, tenemos un



alumno nuevo. —Tomó una pequeña hoja de papel rosa y frunció el ceño mientras miraba al chico demonio—. Bueno, el examen no contará para tu nota, pero me dará una idea de qué nivel tienes.

—Layla —susurró Stacey—. La expresión que tienes está comenzando a darme mal rollo. ¿Te encuentras bien?

La señora Cleo dejó los exámenes sobre nuestros pupitres y chasqueó los dedos.

—Nada de hablar. Es la hora del examen, señorita Shaw y señorita Boyd.

Las preguntas que había en el papel estaban borrosas. No podía hacer eso... quedarme ahí sentada y hacer un examen con un maldito demonio justo delante de mí.

—No me encuentro bien —le susurré a Stacey.

—Se nota.

Sin decir una palabra más, comencé a recoger mis cosas. Las piernas me temblaron mientras me ponía en pie y me dirigía rápidamente hacia la parte delantera del aula. La señora Cleo levantó la mirada cuando pasé junto a ella, con el teléfono resbaladizo en la mano.

—Señorita Shaw, ¿adónde te crees que vas? —me llamó, poniéndose en pie—. ¡No puedes irte de clase en mitad de un examen! ¡Señorita Shaw...!

Cerré la puerta de golpe, silenciando lo que quiera que dijera a continuación. No sabía adónde iba, pero sabía que tenía que llamar a Zayne; quizás incluso a Abbot. Las taquillas grises que había a ambos lados del pasillo estaban borrosas. Abrí la puerta del lavabo de las chicas, y el rastro de olor a cigarrillos y desinfectante me cubrió el cuerpo. Los grafitis de la pared resultaban completamente ininteligibles.

Abrí el teléfono y capté un vistazo de mis ojos en el espejo. Eran más grandes de lo normal y ocupaban todo mi rostro. El estómago me dio un vuelco mientras buscaba entre mis contactos.

La puerta del baño se abrió una rendija.

Me giré, pero allí no había nadie. Lentamente, la puerta se cerró con un suave chasquido, y un escalofrío me recorrió la piel. Mi dedo temblaba mientras seleccionaba el nombre de Zayne. Había una posibilidad de que estuviera todavía despierto, y no completamente cubierto de piedra en aquel momento. Pero era una posibilidad pequeña e improbable...

El chico demonio estaba de pronto frente a mí. Rodeó mi mano con la suya, cerrando el teléfono, y se me escapó un grito de sobresalto.

Frunció los labios.

—¿A quién estás llamando?

El corazón me latía a toda leche.

—¿Cómo...? ¿Cómo has hecho eso?

—¿Hacer qué? ¿Salir de clase tan fácilmente? —Se inclinó hacia mí como si estuviera a punto de compartir un secreto—. Puedo ser muy persuasivo. Es un don que tengo.

Sabía que los demonios de Nivel Superior tenían poderes de persuasión. Algunos podían simplemente susurrar dos o tres palabras a una persona, y esta haría cualquier cosa que quisiera el demonio. Pero eso también estaba en contra de las reglas; el libre albedrío y todo eso.

—Me da igual lo de clase. ¡Eras invisible, joder!

—Lo sé. Mola mucho, ¿verdad? —Me quitó el móvil de entre las manos. No le costó demasiado, ya que notaba los dedos como si no tuvieran huesos. Miró a su alrededor, al baño, y alzó unas cejas oscuras—. Tan solo es uno de mis talentos. —Me echó un vistazo por encima del hombro y guiñó un ojo—. Y la verdad es que tengo muchos talentos.

Avancé lentamente junto al lavabo en dirección a la puerta.

—Y la verdad es que no me importan tus muchos talentos.

—Quédate quieta. —Abrió uno de los cubículos con la punta de una de sus botas negras mientras seguía vigilándome—. Tú y yo tenemos que charlar. Y esa puerta no se va a abrir para nadie que no sea yo.

—¡Espera! ¿Qué estás haciendo? No...

Mi móvil salió volando por los aires y aterrizó en el retrete. El demonio me miró, encogiéndose de hombros.

—Lo siento. Esperaba que ese teléfono fuera una bandera blanca de la amistad, pero no puedo permitir que llames a esas criaturas tuyas.

—Ese es mi móvil, hijo de pu...

—Ya no es tu móvil. —Me dirigió una sonrisa traviesa—. Ahora es propiedad del servicio de alcantarillado.

Me alejé de él y logré quedarme arrinconada entre el lavabo y la pared gris de cemento, donde habían grabado un corazón bajo una ventana pequeña.

—No te acerques a mí.

—¿O qué? ¿Recuerdas hasta dónde llegaste en tu lucha con el Buscador anoche? Ni siquiera conseguirás llegar tan lejos conmigo.

Abrí la boca para, no lo sé, para gritar o algo, pero él se lanzó hacia delante y me tapó los labios con la mano. Actuando por instinto, le hundí los puños en el estómago. Él me sujetó la muñeca con la mano libre y la presionó contra mí, atrapando mi otro brazo entre mi estómago, que era blando, y el suyo, que era mucho más duro. Traté de retorcerme para liberarme, pero él me mantuvo donde estaba.

—No voy a hacerte daño. —Su aliento movía el pelo junto a mi sien—. Tan solo quiero hablar contigo.

Le mordí la mano.

Él soltó un siseo bajo y me puso la mano en la garganta. Apretó los dedos y me obligó a echar la cabeza hacia atrás.

—Morder puede llegar a ser muy divertido, pero solo cuando es apropiado. Y eso no ha sido apropiado.

Logré liberar un brazo y le agarré el suyo.

—Voy a hacerte algo mucho peor que morderte como no me sueltes.

El demonio pestañeó y después se rio.

—Podría ser interesante ver qué más puedes hacer. Placer. Dolor. Vienen a ser lo mismo, pero ahora no tengo tiempo para eso.

Respiré profundamente, tratando de calmar el latido frenético de mi corazón. Mis ojos se dirigieron rápidamente hacia la puerta, y la realidad de la situación caló en mí. Había escapado del demonio Buscador y de ese otro la noche anterior, solo para morir en el lavabo de mi instituto. La vida era injusta de narices.

No tenía ningún lugar a donde ir. Cualquier movimiento que hiciera nos acercaría más, y ya nos encontrábamos demasiado cerca. Las palabras se me escaparon de la boca.

—Por favor...

—De acuerdo. De acuerdo. —Para mi sorpresa, su voz perdió intensidad y se volvió tranquilizadora mientras aflojaba su agarre—. Te he asustado. A lo mejor debería haber escogido una forma mejor de aparecer, pero la expresión de tu cara no tenía precio. Si supieras mi nombre, ¿crees que te sentirías mejor?

—No creo.

Me dirigió una sonrisita de suficiencia.

—Puedes llamarme Roth.

Nop. Saber su nombre no me hacía sentir mejor.

—Y yo te llamaré Layla —añadió. Inclino la cabeza, y unos mechones de pelo negro cayeron hacia delante—. Sé lo que puedes hacer, así que vamos a dejarnos de tonterías, Layla. Tú sabes lo que soy yo y yo sé lo que eres tú.

—Te has equivocado de persona.

Le clavé las uñas en el brazo. Tendría que haberle dolido, pero ni siquiera se inmutó. Roth levantó la mirada hasta el techo y suspiró.

—Eres mitad demonio, Layla. Puedes ver las almas. Por eso estabas anoche en ese callejón.

Abrí la boca para volver a mentir, pero ¿de qué serviría? Tomé aliento y me esforcé por mantener la voz firme.

—¿Qué es lo que quieres?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿En este preciso momento? Quiero comprender cómo has permitido que los Guardianes te lavaran el cerebro para dar caza a los de tu propia clase. Cómo puedes trabajar para ellos.

—¡No me han lavado el cerebro! —Le di un empujón en el estómago, pero no se movió. Y, vaya, su estómago tampoco estaba nada blando. Estaba ridículamente duro y moldeado. Y yo estaba sobándolo un poco. Aparté las manos—. No me parezco en nada a ti. Soy una Guardiania...

—Eres mitad Guardiania y mitad demonio. Lo que estás haciendo es... es sacrílego —anunció con una mirada de repugnancia.

Resoplé.

—¿Y lo dices tú, que eres un demonio? Casi me hace gracia y todo.

—¿Y qué te crees que eres tú? Solo porque hayas decidido ignorar tu sangre demoníaca no significa que no exista. —Se inclinó hacia delante, tan cerca que su nariz rozó la mía mientras su mano me tomaba la barbilla, obligándome a mantener el contacto visual—. ¿Nunca te has preguntado por qué no te mataron los Guardianes? Eres mitad demonio. Entonces, ¿por qué se quedaron contigo? ¿Tal vez sea porque tu habilidad para ver almas les resulta valiosa? ¿O se trata de otra cosa?

Entrecerré los ojos mientras el miedo era reemplazado por la furia.

—No me utilizan. Son mi familia.

—¿Familia? —Esa vez fue él quien resopló—. Es evidente que no puedes cambiar de forma, o de lo contrario lo habrías hecho anoche. —Un calor me quemó la cara. Hasta un demonio sabía que estaba defectuosa—. Por mucha sangre de Guardianes que tengas en tu interior, no es tan fuerte como tu lado demoníaco. Nosotros somos tu familia, tu especie.

Oír aquello era como dar voz a mi propia versión personal del infierno. Aparté su mano.

—No.

—¿De verdad? Yo creo que estás mintiendo. Ver las almas no es lo único que puedes hacer, ¿verdad? ¿Sabes lo que podía hacer la anterior persona que tenía esa capacidad? —susurró, volviendo a atrapar mi barbilla con las puntas de sus esbeltos dedos—. Podía hacer mucho más que eso. Digamos simplemente que tenía unos antojos bastante únicos.

Comencé a temblar.

—¿De qué estás hablando?

Roth sonrió como si fuera un gato que se hubiera comido una habitación entera de canarios y se dirigiera hacia la de los loros.

—Sé lo que querías hacer antes de ir a ese callejón.

El suelo pareció tambalearse bajo mis pies.

—No sé de qué estás hablando.

—Ah, ¿no? Te estaba siguiendo.

—Ah, ¿así que eres un demonio y además un acosador? —Tragué saliva con fuerza—. Eso da muy mal rollo.

Se rio con suavidad.

—Cambiar de tema no funciona con los demonios.

—Entonces supongo que tendré que morderte otra vez.

Algo ardió en sus ojos dorados, iluminándolos.

—¿Quieres probar? —Volvió a inclinarse hacia delante, y sus labios rozaron la curva de mi mejilla—. Déjame que te sugiera lugares más apropiados. Tengo un *piercing* en...

—¡Para! —Aparté la cabeza hacia un lado—. Así que ahora eres un pervertido,

además de un demonio y un acosador.

—No tengo ninguna queja con esos títulos. —Una comisura de su boca se curvó mientras se apartaba un poco—. Querías el alma de ese hombre, el que viste en la calle. Estaría dispuesto a apostar un círculo entero del Infierno a que eso es todo lo que deseas siempre; incluso todo lo que piensas a veces.

Era verdad que lo necesitaba. A veces temblaba solo de pensar en cómo sería tener un alma bajando por mi garganta, y hablar de ello solo hacía que fuera peor. Incluso entonces, cuando no había ningún alma cerca de mí, sentía la atracción, la necesidad de ceder a ese anhelo. Como si fuera una yonqui después de un chute. Noté un calambre de advertencia en los músculos, y le di un empujón en el pecho.

—No. No es eso lo que quiero.

—La que hubo antes de ti jamás negó lo que era. —Su voz volvió a adoptar esa cualidad suave y provocadora—. ¿Sabes algo acerca de ella... acerca de tu herencia, Layla? —dijo, y entonces su brazo me rodeó la cintura, pegando mi cuerpo al suyo—. ¿Sabes algo acerca de lo que eres?

—¿Y tú sabes algo acerca del espacio personal? —solté.

—No. —Sonrió de forma burlona, y sus ojos parecieron volverse luminosos—. Pero sé que en realidad no te importa que ocupe tu espacio personal.

—Sigue tratando de convencerte de eso. —Tomé aliento y me obligué a sostenerle la mirada—. Estar tan cerca de ti hace que me entren ganas de arrancarme capas de piel.

Roth se rio con suavidad. Incluyó la cabeza hacia abajo, y de pronto nuestros labios se encontraron a unos centímetros de distancia. Si hubiera tenido alma, habría entrado en territorio peligroso.

—No necesito convencerme de nada. Soy un demonio.

—No me digas —murmuré, con la mirada ahora fija en su boca.

—Entonces sabrás que los demonios pueden oler las emociones humanas.

Podían hacerlo, aunque yo no había heredado esa habilidad. Podía oler la comida quemada a más de un kilómetro de distancia, sirviera eso para lo que sirviera.

Las comisuras de sus labios subieron un poco más.

—El miedo tiene un aroma agudo y amargo. Puedo olerlo en ti. La furia es como la pimienta... es ardiente y quema. Y también puedo oler eso. —Roth hizo una pausa, y de algún modo estaba aún más cerca que antes. Tan cerca que cuando habló a continuación, sus labios rozaron la comisura de los míos—. Ah, sí... y también está la atracción. Dulce, fuerte y densa... es mi favorita de todas. ¿Y sabes qué?

Me pegué a la pared.

—No la estás oliendo en mí, colega.

Volvió a cubrir la distancia con escaso esfuerzo.

—Eso es lo gracioso de la negación. Es un arma muy mala. Puedes decir que no te sientes atraída por mí todo lo que quieras, y tal vez ni siquiera lo sepas todavía, pero yo sé la verdad.

Abrí la boca.

—Deberías ir al médico para que te mire esa nariz demoníaca, porque tienes que habértela roto.

Roth se reclinó hacia atrás y me dio unos golpecitos con un dedo largo en la punta de la nariz.

—Esto nunca ha mentido antes. —Sin embargo, se apartó. Aunque la sonrisa arrogante permaneció en su rostro como si sus labios estuvieran hechos para ello, sus siguientes palabras estaban teñidas de seriedad—: Tienes que dejar de identificar.

Agradecida por disponer de un poco de espacio para respirar, solté un aliento entrecortado y me aferré a los bordes del lavabo. Por fin tenía sentido que un demonio de Nivel Superior mostrara interés en mí.

—¿Qué pasa? ¿He identificado a demasiados amigos tuyos?

Arqueó una ceja oscura.

—Sinceramente, me da igual a cuántos demonios identifiques, o cuántos manden los Guardianes de vuelta al Infierno. Como puedes ver, ese truco de hacer brillar en la oscuridad no funciona conmigo.

Fruncí el ceño mientras lo observaba. Mierda, tenía razón. Y ni siquiera me había dado cuenta hasta entonces. Qué bien.

—No funciona en ningún demonio de Nivel Superior. Simplemente molamos demasiado. —Cruzó sus brazos musculosos por delante del pecho—. Pero, volviendo al asunto de la identificación, tienes que parar.

Solté una risa corta, semejante a un ladrido.

—¿Y por qué rayos iba a hacer eso?

Una expresión de aburrimiento cruzó sus impresionantes facciones.

—Podría darte una buena razón: el Buscador de anoche estaba buscándote.

Abrí la boca, ya que había estado preparando otra risa sarcástica, pero el sonido se quedó atrapado en mi garganta. El miedo había regresado, y con razón. ¿Había oído bien al demonio?

Una luz sagaz se reflejó en sus ojos.

—El Infierno te está buscando, Layla. Y te han encontrado. No salgas a identificar.

El corazón me latía dolorosamente mientras lo miraba.

—Estás mintiendo.

Rio entre dientes.

—Déjame hacerte una pregunta. ¿Acabas de cumplir años hace poco? ¿Has cumplido los diecisiete recientemente? Digamos, ¿en el último par de días?

Tan solo pude mirarlo fijamente. Mi cumpleaños había sido solo tres días antes, el sábado. Había ido a cenar con Stacey y Sam, y hasta se nos había unido Zayne. Durante el postre, Stacey había tratado de convencer a Zayne para que atara el rabo de una cereza con la lengua.

Volvió a aparecer la sonrisa de suficiencia.

—Y ayer fue el primer día que saliste a identificar desde entonces, ¿verdad? Hum... Y un Buscador te encuentra. Interesante.

—No veo ninguna conexión —logré decir—. Y probablemente estés mintiendo de todos modos. ¡Eres un demonio! ¿Esperas que me crea todo lo que digas?

—Tú también eres un demonio. No; no me interrumpas con tu negación. Eres un demonio, Layla.

—Mitad demonio —murmuré, y él entrecerró los ojos.

—No tienes ninguna razón para creer que no te estoy diciendo la verdad. Y yo tengo un millar de razones para mentirte, pero con el asunto de la identificación no estoy bromeando. No es seguro.

Sonó la campana, sobresaltándome. Lo miré fijamente, deseando que el Infierno se abriera y le diera la bienvenida con los brazos abiertos.

Roth echó un vistazo hacia la puerta, frunciendo el ceño, y después se giró hacia mí otra vez, curvando los labios en una extraña sonrisa.

—Lo digo en serio. No salgas a identificar después de clase. —Dio media vuelta, pero entonces se detuvo junto a la puerta y miró por encima del hombro. Sus ojos se encontraron con los míos—. Por cierto, yo no le hablaría de mí a tu «familia». Me temo que averiguarías exactamente cuánto les importas.

\* \* \*

A mi cerebro le estaba costando mucho trabajo procesar la repentina aparición de Roth. ¿Decirme que me sentía atraída por él? ¿Ordenarme que dejara de identificar? ¿Quién narices se creía que era? Para empezar, era un demonio... un demonio buenorro, pero *puaj*. No tenía razones para creer nada de lo que dijera. Y en segundo lugar, no era solo un demonio, sino uno de Nivel Superior. El doble de razones para no confiar en él.

Puede que tuviera razón al decir que no sabía demasiado sobre mi herencia, pero sí que sabía acerca de los demonios. Hace cientos de años, había habido una raza que podía arrancarle el alma a un humano solo con tocarlo. Se llamaban Lilin, y los Guardianes los habían borrado de la faz de la Tierra. Por supuesto, seguía habiendo súcubos e íncubos que se alimentaban de la energía de los humanos, pero en la actualidad la habilidad de quitar un alma por completo era poco frecuente. Las habilidades y los atributos en el mundo demoníaco eran hereditarios, al igual que en el mundo humano.

La primera oleada de intranquilidad que había sentido al oír las palabras de Roth se triplicó.

Si el otro demonio que había mencionado, «la que había antes de mí», era mi madre y seguía estando viva... Ni siquiera podía terminar aquel pensamiento sin notar una presión en el pecho. A pesar de que mi querida madre fuera un demonio, el hecho de que no me hubiera querido seguía doliendo. Lo único bueno que podía salir

de descubrir quién era sería descubrir qué clase de demonio era, y a saber si eso sería realmente algo bueno.

Durante la hora de la comida, me las arreglé para convencer a Stacey de que fingir que estaba enferma había sido mi solución en el último momento para escapar del examen de Biología. Me bombardeó con preguntas, queriendo saber cómo había conocido a Roth.

—¿Conocido a quién? —preguntó Sam, quitándose la mochila y sentándose junto a nosotros.

—A nadie —murmuré.

—Lo que tú digas. Layla nos dejó tirados anoche para poder liarse con el buenorro nuevo. —Stacey me señaló con su trozo de pizza cuadrada—. Zorra asquerosa. Tengo tanta envidia...

—¿Layla se ha liado con alguien? —dijo Sam, y se rio mientras abría su refresco—. ¿Era un Guardián? Vaya.

Fruñí el ceño, de vuelta al presente.

—No. No era un Guardián. ¿Y qué demonios se supone que significa eso?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Es solo que no puedo imaginarte liándote con nadie. —Se quitó las gafas y utilizó la camiseta para limpiarlas—. Y había supuesto que sería un Guardián o algo así. ¿Quién más volvería tan loca a Stacey?

Ella tomó un mordisco de su pizza.

—Es que era... uf.

—Espera un momento. ¿Por qué no puedes imaginarme liándome con nadie?

Me recliné en la silla. Tenía una necesidad ridícula de demostrar que podía liarme con alguien.

Sam se movió, incómodo.

—No es que la gente no quiera liarse contigo... Es que, bueno, ya sabes...

—No, no lo sé. Por favor, explícamelo, Samuel.

Stacey suspiró, sintiendo lástima por él.

—Lo que Sam está tratando de decir es que no podemos imaginarte liándote con nadie porque realmente no prestas atención a ningún tío de ese modo.

Comencé a quejarme, porque claro que prestaba atención a los tíos. Sin embargo, siempre me mantenía al margen, lo cual probablemente hiciera parecer que no estaba interesada. Lo cierto era que estaba muy interesada, se trataba simplemente de que no podía tener una relación con nadie que tuviera alma, y eso limitaba considerablemente mis opciones a la hora de salir con alguien.

—Os odio a los dos —refunfuñé, y atacé mi pizza con furia.

—Está bien, por mucho que me guste hablar de tíos buenos, ¿podemos cambiar de tema? —Sam movió su porción de pizza por el plato, observando a Stacey por debajo de las pestañas—. Adivinad lo que descubrí anoche.

—¿Que el número de horas que pasas al día jugando a videojuegos equivale al



número de años que te quedan siendo virgen? —dijo ella.

—Ja, ja. No. ¿Sabíais que Mel Blanc, el tío que doblaba a Bugs Bunny, era alérgico a las zanahorias? —Lo miramos fijamente, y sus mejillas se ruborizaron—. ¿Qué pasa? Es verdad, y es irónico. O sea, Bugs Bunny siempre iba a todas partes con una maldita zanahoria en la mano.

—Eres una fuente de conocimientos absurdos —murmuró Stacey, un tanto pasmada—. ¿Dónde lo guardas todo?

Sam se pasó una mano por el pelo.

—En el cerebro. Tú también tienes uno, creo.

Siguieron discutiendo y, después de la comida, me pasé el resto del día esperando que Roth apareciera de la nada y me rompiera el cuello, pero ni siquiera lo vi. Tan solo podía esperar que lo hubieran atropellado o algo así.

Después de la última clase del día, metí los libros en la taquilla y me apresuré a marcharme. ¿Que no identificara? Ja. Iba a identificar como una loca.

Tan solo iba a ser un poco más cuidadosa.

Presté mucha atención a los demonios que veía mientras caminaba por las calles de Washington D. C., y esperé hasta estar completamente segura de que aquellos capullos no iban a darse la vuelta y transformarse en Buscadores desalmados de piel cerosa. En otras palabras, estaba siendo una acosadora total. En una hora, ya había logrado marcar a un Impostor y a tres Esbirros.

Los Esbirros eran los demonios más comunes en la superficie, y siempre parecían ser jóvenes. Aunque no eran menos peligrosos que los Impostores o los Buscadores, estaban más interesados en sembrar el caos allá donde iban que en pelear. Sus habilidades eran un revoltijo de cosas chungas. Algunos eran pequeños pirómanos, capaces de crear fuego solo con chasquear los dedos. A otros les iban las cosas mecánicas. Bueno, les iba romper cosas mecánicas, y podían hacerlo solo con tocarlas. Normalmente los encontraba merodeando cerca de lugares en construcción y redes eléctricas.

Los marqué con luz, a todos y a cada uno de los que encontré, sabiendo que los Guardianes los encontrarían más tarde aquella misma noche. A veces, aunque no a menudo, me preguntaba si no era injusto que los demonios no tuvieran idea alguna de que se habían convertido en blancos andantes después de que me chocara «por accidente» con ellos. Aunque eso no me detenía.

Los demonios eran malvados, sin importar lo normales que pudieran parecer.

Simplemente no sabía en qué categoría entraba yo.

A las cinco ya había identificado a tres Esbirros más, así que decidí que era el momento de dar mi trabajo por terminado y busqué una cabina telefónica. Morris respondió con su silencio habitual, y le pedí que fuera a recogerme. Dio dos golpes en el teclado, lo cual significaba que sí. Mi cifra total de aquella noche no era una burrada, pero me sentía satisfecha con ella, y mientras esperaba en mi banco habitual, noté un alivio en los músculos del cuello. No había pasado nada fuera de lo habitual.

La identificación había sido normal y corriente.

Dado que nadie había tratado de arrancarme la cabeza, quedaba demostrado que Roth era un mentiroso. Ahora solo necesitaba averiguar qué hacer con ese demonio gamberro. Desde el momento en que había comenzado a identificar, me habían ordenado que jamás interactuara con un demonio de Nivel Superior, y estaba obligada a informar de cualquier posible avistamiento. Roth era el primero que había visto.

Pero, si le hablaba a Abbot de Roth, me sacaría del instituto.

No podía permitir eso. El instituto era mi único enlace con la normalidad. Puede que fuera el Infierno en la Tierra para la mayoría, pero a mí me encantaba. Allí podía fingir ser normal, y me negaba a permitir que un demonio, o incluso el propio Abbot, me arrebatara eso.

Mientras esperaba a Morris, deseé que mi teléfono móvil no estuviera flotando en algún lugar de las alcantarillas. Maldito Roth. Sin el móvil, ni siquiera podía jugar al solitario. En lugar de eso, lo único que podía hacer era observar a la gente, y llevaba haciendo eso desde que había salido del instituto.

Con un suspiro, me senté en el banco y di unas patadas en el suelo. Ignoré las miradas que me dirigía la mujer mayor que estaba sentada al otro lado.

El primer cosquilleo que me recorrió la nuca no levantó ninguna advertencia, pero, al mismo tiempo que se incrementaba la sensación, también lo hizo el sentimiento de intranquilidad. Me giré y examiné la multitud de personas que bajaba apresuradamente la acera. Un bonito desfile de almas vibraba con ellos, pero en la mezcla, junto a una tienda de artículos de segunda mano, había un vacío donde no brillaba ningún color.

Me senté erguida y me giré con tanta rapidez que la anciana soltó un jadeo. Alcancé a ver un traje oscuro, piel pálida y pelo que parecía erizarse hacia arriba. Sin duda se trataba de un demonio, aunque no era Roth. La altura y la anchura de aquel hombre era mayor, pero había un destello de ojos dorados.

Un demonio de Nivel Superior.

El ritmo cardíaco de mi corazón se triplicó, y entonces sonó una bocina que me hizo dar un salto. Aparté la mirada durante tan solo un segundo, el tiempo suficiente para ver que Morris había llegado, pero para cuando me giré hacia donde se había encontrado el demonio, este ya no estaba.

\* \* \*

En esa ocasión esperé hasta que Morris aparcara el coche antes de salir de un salto. Mientras entrábamos en la cocina a través del garaje, oí risitas y gritos infantiles. Curiosa, me giré hacia Morris.

—¿Nos hemos convertido en una guardería desde esta mañana? —Morris pasó junto a mí con una sonrisa—. Espera. ¿Ha venido Jasmine con los mellizos?

Asintió con la cabeza, que era la mejor respuesta que lograría sacarle.

Una enorme sonrisa apareció en mis labios, y me olvidé del desastre que había sido aquel día. Jasmine vivía en Nueva York con su pareja, y desde que había tenido a los mellizos rara vez viajaba. Las gárgolas mujeres eran una rareza. La mayoría de ellas morían dando a luz, tal como le había pasado a la madre de Zayne, y a los demonios les encantaba matarlas. Por esa razón, las mujeres estaban muy bien protegidas y las cuidaban mucho.

Era un poco como vivir en una jaula de oro, incluso aunque ellas no lo vieran de ese modo.

Por otro lado, comprendía la perspectiva de los hombres. Sin las mujeres, nuestra raza no podía sobrevivir. Y sin las gárgolas actuando como Guardianes y manteniendo a los demonios a raya, ¿qué sucedería? Los demonios lo invadirían todo, simple y llanamente. O los Alfas lo destruirían todo. Una fiesta, vamos.

Afortunadamente, yo no estaba bajo ninguna clase de protección. Por eso podía ir al instituto público, cuando ninguna de las demás gárgolas podía. Ser solo mitad Guardianas significaba que no servía para reproducirme. Mi propósito en la vida no era perpetuar la especie. E incluso si pudiera reproducirme con algún Guardián sin quitarle el alma por accidente, la sangre demoníaca que tenía pasaría a nuestro hijo, al igual que el ADN de Guardián.

Y nadie quería esa clase de movidas en su linaje.

Me alegraba mucho poder ir y venir como me apetecía, y ayudar a la causa de cualquier forma, pero era... bueno, era duro. Nunca sería realmente parte de los Guardianes, y, sin importar lo mucho que lo deseara, jamás sería realmente su familia.

Otra cosa en la que Roth había tenido toda la razón.

Noté una presión en el pecho mientras dejaba la mochila sobre la mesa de la cocina y seguía el sonido de las risas hasta el salón. Entré en la habitación justo cuando un pequeño borrón blanco y negro pasaba zumbando junto a mi cara. Di un salto hacia atrás y noté que me quedaba boquiabierto mientras una mujer joven de pelo oscuro pasaba rápidamente junto a mí, con su espíritu luminoso siguiéndola.

—¡Isabelle! —gritó Jasmine—. ¡Bájate de ahí ahora mismo!

El alma de la niña se desvaneció lo suficiente como para que pudiera ver su cuerpo. Isabelle se había colgado del ventilador del techo, y estaba batiendo una de las alas mientras la otra caía hacia abajo, girando con el ventilador. Su pelo rizado y rojizo parecía fuera de lugar en su cara gris y regordeta, al igual que los colmillos y los cuernos.

—Eh...

Jasmine se detuvo y me miró, sin aliento.

—Ah, Layla. ¿Cómo estás?

Pulsé el interruptor para apagar el ventilador.

—Bien, ¿y tú?

Isabelle soltó una risita mientras el ventilador ralentizaba la velocidad, todavía batiendo el ala. Jasmine se puso bajo ella.

—Ah, pues ya sabes. Los mellizos son dos y están aprendiendo a cambiar de forma, así que está siendo muy divertido. —Agarró una de las piernas regordetas de la niña—. Bájate. Izzy, ¡bájate ahora mismo!

Sí, dos niños de dos años podían cambiar de forma, pero yo no. Era vergonzoso.

—¿Llegasteis ayer? —pregunté, pensando en aquellas gárgolas del techo. Ella forcejeó con Isabelle y la sentó en el suelo.

—No, acabamos de llegar. Dez tenía que irse de la ciudad, así que le preguntó a Abbot si podíamos quedarnos aquí hasta que el clan regresara a Nueva York.

—Ah. —Eché un vistazo debajo del sofá y vi al otro mellizo. Al principio, no era más que una manchita de color perlado, pero después vi más allá de su alma. Dormía en su forma humana, aovillado sobre una manta gruesa, y tenía el pulgar metido en la boca—. Al menos él está durmiendo.

Jasmine se rio con suavidad.

—Drake se duerme en cualquier parte. Pero a esta —levantó a Isabelle y la sentó en el sofá— no le gusta dormir. ¿Verdad, Izzy?

Isabelle medio saltó, medio se cayó del sofá, y corrió hacia mí. Antes de que pudiera moverme, se puso a cuatro patas y me atravesó las sandalias con esos dientecillos afilados suyos, mordiéndome el dedo.

Solté un chillido, y traté de contener las ganas de pegarle una patada que mandara al monstruo volando al otro lado de la habitación.

—¡Izzy! —gritó Jasmine, y corrió hacia nosotras. La agarró, pero la muy maldita me estaba aferrando el dedo con fuerza—. ¡Izzy! ¡No muerdas! ¿Qué te he dicho?

Hice una mueca mientras Jasmine me quitaba del pie los colmillos de su hija con la mano. En cuanto Jasmine puso en el suelo a la niña, que no dejaba de reírse, esta se lanzó por los aires directamente hacia mí.

—¡Izzy! ¡No! —gritó su madre.

La atrapé y me llevé un golpe de ala en la cara. Era sorprendentemente pesada para tener dos años. La sostuve alejando el brazo.

—No pasa nada. No me está molestando.

Ahora.

—Lo sé. —Jasmine flotó hasta mi lado, retorciendo sus manos esbeltas—. Es solo que...

Entonces me di cuenta de algo, y quise esconderme en un agujero. A Jasmine le preocupaba que fuera a absorber el alma de su hija. Creía que Jasmine había aprendido a confiar en mí desde que nos conocíamos, pero, en lo referente a sus bebés, aquella confianza se iba volando por la ventana. Una parte de mí no podía culparla, pero...

Con un suspiro, le entregué su hija a Jasmine y di un paso hacia atrás. Meforcé a sonreír, aunque me sentía mal.

—Entonces, ¿cuánto tiempo vais a quedaros aquí?

Jasmine acunó contra su pecho a Isabelle, que no dejaba de retorcerse y tratar de alcanzarme.

—Un par de semanas; un mes como mucho, y después volveremos a casa.

Entonces me di cuenta de algo: si Jasmine estaba ahí, eso significaba que su hermana pequeña y totalmente disponible también lo estaba, y seguiría allí durante semanas. Me dio un vuelco el estómago.

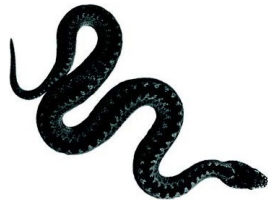
Sin decir ni una palabra más, salí de la habitación para ir de caza, a cazar a una mujer gárgola. Danika era diferente de cualquier chica humana con la que Zayne pudiera «salir» de vez en cuando. Muy diferente.

El sonido suave de una risa ronca surgió flotando de la biblioteca que normalmente ocupaba durante mi mucho tiempo libre. Noté un sentimiento de territorialidad irracional. Mientras cruzaba el salón escasamente decorado que nadie utilizaba, mis manos se convirtieron en puños. Los celos eran un ácido amargo que corría por mis venas mientras me detenía frente a las puertas cerradas. No tenía derecho a entrometerme entre ellos, pero ya no me controlaba a mí misma.

La risa gutural de Danika volvió a sonar, seguida de una carcajada más profunda. Podía imaginármela pasándose el largo pelo negro por encima del hombro, sonriendo como todas las chicas sonreían a Zayne, así que abrí la puerta de golpe.

Estaban tan cerca que sus almas se tocaban.

## Capítulo cuatro



Zayne se encontraba reclinado sobre el escritorio, polvoriento por la falta de uso, y sus musculosos brazos estaban cruzados por encima del pecho. Tenía una ligera sonrisa en la cara, una sonrisa afectuosa. Y Danika le había puesto una mano sobre el hombro, con el rostro tan iluminado y feliz que me entraron ganas de vomitarles encima. Eran de la misma altura, y los dos tendrían más o menos la misma edad. Debía admitir que harían una pareja encantadora y tendrían un montón de bebés preciosos que cambiarían de forma y no tendrían nada de sangre manchada dentro.

La odiaba.

Zayne levantó la mirada y se puso rígido mientras sus ojos se clavaban en los míos.

—¿Layla? ¿Eres tú? —Danika se apartó de Zayne, sonriendo mientras su mano le recorría el pecho. Un rubor suave y rosado le cubría los altos pómulos—. Te ha crecido el pelo.

El pelo no me había crecido tanto desde la última vez que la había visto, que había sido tres meses antes.

—Ey.

Sonaba como si me hubiera tragado un puñado de clavos.

Cruzó la biblioteca y se detuvo poco antes de abrazarme, porque ni de coña íbamos a abrazarnos.

—¿Cómo has estado? ¿Qué tal va el instituto?

El hecho de caerle bien de verdad a Danika hacía que todo fuera aún más intolerable.

—Va genial.

Zayne se apartó del escritorio.

—¿Necesitabas algo, bichito?

Me sentí como una grandísima idiota.

—Tan... tan solo quería saludar. —Me giré hacia Danika, con la cara ardiendo—.  
Hola.

Su sonrisa flaqueó un poco mientras le echaba un vistazo a Zayne.

—De hecho, estábamos hablando de ti. Zayne me ha dicho que estabas pensando en enviar una solicitud a Columbia.

Pensé en la solicitud a medio rellenar para la universidad.

—Solo era una idea estúpida.

Zayne frunció el ceño.

—Pensaba que habías dicho que ibas a hacerlo.

Me encogí de hombros.

—¿Qué sentido tendría? Ya tengo un trabajo.

—Layla, tiene mucho sentido. No tienes que...

—No tenemos que hablar de esto —le corté—. Siento haberos interrumpido. Nos vemos después.

Me apresuré a marcharme antes de quedar aún más en ridículo, pestañeando para contener unas lágrimas ardientes y humillantes. Para cuando llegué hasta el frigorífico notaba un hormigueo en la piel. No tenía que haber ido a buscarlos, porque ya sabía lo que iba a encontrar. Pero al parecer me iba torturarme.

Saqué el cartón de zumo de naranja, y también tomé la masa de galletas de azúcar. El primer trago de zumo fue el mejor. Me encantaba el sabor ácido. El azúcar me ayudaba cuando el anhelo por tomar un alma me golpeaba con fuerza. Era una necesidad mortificante, y me recordaba a los drogadictos.

—Layla.

Cerré los ojos y dejé el cartón sobre la encimera.

—¿Zayne?

—Solo va a estar aquí un par de semanas. Podrías tratar de ser agradable con ella.

Me giré y centré la vista en su hombro.

—Estaba siendo agradable con ella.

Se rio.

—Sonabas como si quisieras arrancarle la cabeza de un mordisco.

O quitarle el alma.

—Lo que tú digas. —Tomé un pedazo de masa y me lo metí en la boca—. No deberías hacerla esperar.

Zayne se acercó a mí y me quitó la masa de las manos.

—Quiere ayudar a Jasmine con los mellizos.

—Ah.

Me giré, tomé un vaso del armario y lo llené hasta arriba.

—Bichito. —Su aliento me movió el pelo—. No actúes de este modo, por favor.

Tomé aire, y me entraron ganas de acercarme a él, pero sabía que jamás podría.

—No estoy actuando de ningún modo. Deberías ir a pasar el rato con Danika.

Con un suspiro, Zayne me puso una mano en el hombro y me hizo girarme. Sus ojos fueron hasta el vaso que tenía en la mano.

—Un día duro en el instituto, ¿eh?

Retrocedí y choqué contra la encimera. La imagen de Roth arrinconándome en el lavabo acudió a mi mente de inmediato.

—N... no ha sido diferente a cualquier otro día.

Zayne dio un paso hacia delante y dejó la masa sobre la encimera.

—¿Ha sucedido algo interesante?

¿Lo sabía? No, no tenía forma de saberlo. Siempre me preguntaba por el instituto.

—Eh... Una chica me ha dicho que era la puta de las gárgolas.

—¿Qué?

Me encogí de hombros.

—Cosas que pasan. Da igual.

Agudizó la mirada.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No importa... —Me detuve mientras él tomaba mi vaso, y observé cómo se movían los músculos de su garganta. Se bebió la mitad del zumo antes de devolvérmelo—. Es solo una estupidez que dicen.

—Tienes razón. No importa, siempre y cuando no dejes que te moleste.

Me estremecí, irremediablemente atraída hacia sus pálidos ojos.

—Lo sé.

—¿Tienes frío? —murmuró—. Alguien ha encendido el aire acondicionado mientras dormíamos.

—Es septiembre. Ya no hace tanto calor como para poner el aire.

Zayne rio entre dientes mientras me pasaba el pelo por detrás del hombro.

—Layla, nuestra temperatura corporal es diferente a la vuestra. Veintiún grados es calor para nosotros.

—Hum. Por eso me gusta estar contigo. Eres cálido.

Volvió a quitarme el vaso, pero esa vez lo dejó sobre la encimera. A continuación me tomó la mano y me acercó a él.

—¿Por eso te gusta estar conmigo? ¿Porque soy cálido?

—Supongo.

—Estaba seguro de que habría otras razones —me provocó.

Mi irritación anterior se desvaneció, y me encontré sonriéndole. Zayne siempre ejercía ese efecto sobre mí.

—Bueno, también me ayudas con los deberes.

Levantó las cejas.

—¿Eso es todo?

—Hum... —Fingí pensar en ello—. Estás de buen ver. ¿Eso te hace sentir mejor?

Él me miró, boquiabierto.

—¿Que estoy de buen ver?

Solté una risita.

—Sí. Stacey también ha dicho que estás buenísimo, tan bueno como quieres.

—¿De verdad? —Me colocó junto a él y me pasó un brazo por encima del hombro. Era como si me hicieran una llave de cabeza, salvo porque notaba un hormigueo por todo el cuerpo—. ¿Tú piensas que estoy buenísimo?

—Claro —resollé.

—¿Piensas que estoy como un tren?



Mis mejillas se sonrojaron, y también otras partes de mi cuerpo.

—Su... supongo.

—¿Supones? —Se inclinó hacia atrás, poniendo quizás unos cinco centímetros de distancia entre nosotros—. Yo creo que sí. —Para mi alivio, no notaba la cara como si la tuviera ardiendo. Él se rio con suavidad y me apartó la mano de la cara—. ¿Ya has terminado de identificar?

Pestañeeé con lentitud.

La puerta de la cocina se abrió tras nosotros. Zayne me soltó la mano mientras miraba por encima del hombro, pero su brazo permaneció ahí. Sonrió.

—Qué hay, viejo.

Me giré y vi a Abbot en el umbral de la puerta, contemplando a su hijo con rostro inexpresivo. Siempre me recordaba a un león. Su pelo era más claro que el de Zayne, pero igual de largo. Imaginaba que compartiría muchas de las facciones de su hijo, pero la mitad de su cara siempre estaba cubierta por una barba espesa.

Si buscase la definición de «intimidatorio», aparecería una foto de Abbot. Al ser el líder del clan tenía que ser feroz, severo, y en ocasiones letal. Representaba al clan, era quien se reunía con los oficiales humanos, y si alguno de los Guardianes la liaba alguna vez, era él quien cargaba con el muerto. Tenía un gran peso sobre los hombros, pero su espalda jamás cedía bajo la presión.

Su mirada se dirigió hacia mí. Sus ojos, normalmente cálidos, eran como fragmentos de un hielo azul pálido.

—Layla, esta tarde han llamado del instituto.

Fruncí los labios.

—Ah...

—He podido hablar con la señora Cleo antes de que se marchara a su casa. —Cruzó unos gruesos brazos por delante del pecho—. Asegura que saliste corriendo de clase en mitad de un examen. ¿Te importaría explicarme por qué?

Me quedé en blanco.

Zayne levantó la cabeza y, sin necesidad de mirarlo, sabía que estaba frunciendo el ceño.

—¿Por qué saliste corriendo de clase? —preguntó.

—No... no me encontraba bien. —Me aferré al borde de la isla en mitad de la cocina—. No he comido nada esta mañana, y me he sentido mal.

—¿Te encuentras bien ahora? —quiso saber.

Lo miré, y vi que había preocupación en su cara.

—Sí, estoy mucho mejor.

Eché un vistazo a mi vaso de zumo de naranja olvidado, y una expresión extraña cruzó su rostro. Sin decir palabra, bajó el brazo y rodeó la isla.

—Le he dicho a esta tal señora Cleo que estaba seguro de que tenías que tener una buena razón para marcharte de clase —continuó Abbot—. Estaba de acuerdo conmigo en que ese comportamiento era extraño en ti, y ha decidido permitirte

recuperar el examen el viernes después de clase.

Normalmente me hubiera quejado por tener que pasar más tiempo en el instituto, pero decidí mantener la boca sabiamente cerrada.

—Lo siento mucho.

Los ojos de Abbot se suavizaron.

—La próxima vez asegúrate de decirle al profesor que estás enferma. Y llama a Morris para poder volver a casa y descansar.

Ahora sí que me sentía mal. Cambié mi peso de una pierna a otra.

—Vale.

Zayne regresó a mi lado con el zumo de naranja en la mano y una expresión taciturna y melancólica en el rostro. Me dio el vaso y me observó hasta que me lo terminé. Me sentía aún peor.

Abbot dejó los brazos sobre la encimera.

—¿Has estado pasando el tiempo con Danika, Zayne?

—¿Hum?

Sus ojos seguían en mí.

—Ya sabes —dije, dejando el vaso—. La chica que prácticamente estaba encima de ti en la biblioteca.

Los gruesos labios de Zayne se estrecharon, y Abbot soltó una carcajada.

—Me alegra ver que os lleváis bien. Sabes que ya está en edad de apareamiento, Zayne, y va siendo hora de que pienses en sentar la cabeza.

Traté de mantenerme inexpresiva mientras miraba fijamente el vaso vacío. ¿Que Zayne sentara la cabeza? Me daban ganas de vomitar.

Zayne gruñó.

—Padre, acabo de cumplir veintiuno. Dame un respiro.

Abbot arqueó una ceja.

—Yo me apareé con tu madre cuando tenía tu edad. No es tan descabellado.

Hice una mueca.

—¿No podemos decir «casarse»? Decir «aparearse» en voz alta es asqueroso.

—Este no es tu mundo, Layla. No espero que lo comprendas.

Au. Retrocedí un paso.

Zayne soltó aire bruscamente.

—Padre, este sí que es su mundo. Ella también es una Guardiana.

Abbot se separó de la encimera y se apartó el pelo hacia atrás.

—Si lo comprendiera, el uso de la palabra «aparearse» no la perturbaría. Los lazos del matrimonio se pueden romper. El apareamiento es de por vida, algo que tú —miró a Zayne enfáticamente— necesitas comenzar a tomarte en serio. Nuestro clan está disminuyendo.

Zayne echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—¿Qué es lo que sugieres? ¿Que vaya ahí fuera ahora mismo y consagre mi vida a Danika? ¿No tengo nada que decir al respecto?

—No creo que a Danika le desagradara. —Abbot sonrió sabiamente—. Y sí, te estoy sugiriendo que te aparees muy pronto. No vas a volverte más joven, y yo tampoco. Puede que no la quieras ahora, pero aprenderás a hacerlo.

—¿Qué? —Zayne se rio.

—Yo sentía... cariño por tu madre cuando me apareé con ella. —Se frotó la barbilla llena de pelo, pensativo—. Pero aprendí a quererla. Si tan solo hubiéramos tenido más tiempo juntos...

Zayne no parecía muy afectado por aquella conversación, pero yo me sentía al borde de las lágrimas. Murmuré algo acerca de los deberes antes de abandonar la cocina. No necesitaba permanecer allí para ver cómo terminaba la charla. Lo que quiera que pensara o quisiera Zayne no importaba. No había importado para Abbot y la madre de Zayne.

Y ni de coña importaba lo que yo quisiera.

\* \* \*

La solicitud para la Universidad de Columbia me miraba desde el suelo. Esparcidas junto a ella había más solicitudes para otras universidades. El dinero no era un problema, ni tampoco mis notas. Ya que no podía servir al clan para producir más Guardianes, mi futuro me pertenecía. Aquellas solicitudes deberían haberme llenado de emoción y alegría, pero la idea de mudarme lejos de allí, de convertirme en alguien nuevo y diferente, me provocaba tanto miedo como fascinación.

Y ahora, cuando finalmente tenía la oportunidad de marcharme, no quería hacerlo.

No tenía ningún sentido. Me eché el pelo hacia atrás y me puse en pie. Los deberes estaban en la cama, olvidados. Si hubiese sido honesta conmigo misma durante dos segundos, habría admitido que sabía cuál era la razón por la que no quería marcharme. Era por Zayne, y eso era una estupidez. Abbot tenía razón. No importaba cuánta sangre de Guardianas tuviera: aquel no era mi mundo. Era una especie de invitada que no se marchaba nunca.

Miré a mi alrededor, a mi habitación. Tenía todo lo que una chica pudiera desear. Mi propio ordenador de sobremesa y mi portátil, televisor y equipo de música, más ropa de la que llevaría jamás, y suficientes libros como para perderme en ellos.

Pero no eran más que cosas... vacías.

Incapaz de permanecer en mi habitación, me marché sin ningún plan en mente. Tan solo necesitaba salir de mi cuarto; salir de la casa. En el piso de abajo, podía oír a Jasmine y a Danika en la cocina, preparando la cena. El aroma de las patatas asadas y el sonido de la risa llenaban el aire. ¿Estaría Zayne con ellas, cocinando junto a Danika?

Qué bonito.

Pasé junto a Morris en el porche delantero. Levantó la mirada de su periódico con

expresión interrogativa, pero aquello fue todo. Me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros e inhalé el aroma de las hojas en descomposición y el débil rastro del humo de la ciudad.

Crucé el jardín bien cuidado y el muro de piedra que separaba la propiedad de Abbot del bosque que rodeaba el edificio. Zayne y yo habíamos recorrido ese camino tantas veces de niños que habíamos formado un sendero a través de la hierba y el suelo rocoso. Habíamos escapado de ahí juntos; yo huyendo de la soledad, y Zayne evitando los rigurosos entrenamientos y todas las expectativas puestas en él.

Cuando éramos más jóvenes, la caminata de quince minutos nos daba la sensación de que habíamos logrado desaparecer a un mundo diferente, lleno de cerezos gruesos y arces. Había sido nuestro lugar. En esa época, no era capaz de imaginar una vida que no lo incluyera a él.

Me detuve bajo la casa del árbol que Abbot había construido para Zayne mucho antes de que yo llegara. No tenía nada de particular. Era una especie de cabaña en el bosque, pero tenía una plataforma de observación de dos metros y medio de ancho. Subir por el árbol era mucho más fácil cuando era pequeña, y necesité varios intentos para llegar a la zona principal. Desde ahí, me arrastré a través de una puerta tallada en la madera. Avancé centímetro a centímetro por la plataforma, con cuidado y esperando que no cediera.

La muerte por derrumbamiento de una casa en un árbol no me parecía una forma emocionante de morir.

Me quedé tumbada y me pregunté por qué había ido hasta ahí. ¿Era alguna forma retorcida de querer estar cerca de Zayne, o tan solo quería volver a ser una niña? Volver a la época en la que no sabía que ver los colores que resplandecían alrededor de la gente significaba que no era como los demás Guardianes... antes de saber que tenía la sangre manchada. Las cosas eran más fáciles entonces. No pensaba en Zayne como lo hacía ahora, ni me pasaba las tardes tocando extraños. Tampoco tenía a un demonio de Nivel Superior en mi clase de Biología.

Una brisa fresca atrapó unos cuantos mechones de mi pelo y los hizo revolotear por mi cara. Me estremecí y me arrebujé en el jersey. Por alguna razón, recordé lo que había dicho Roth acerca de que Abbot me utilizaba por mi habilidad.

«No es verdad».

Me saqué el collar desde debajo del jersey. La cadena era vieja y gruesa, y tenía algunos eslabones sueltos que me sabía de memoria. Bajo la luz menguante, no podía distinguir los grabados que había en el anillo de plata. Alguien que evidentemente tenía mucho tiempo libre había tallado infinitos nudos en el aro de metal. Giré el anillo. Nunca había visto nada como la gema que había en su centro. Era de un rojo intenso, casi como un rubí, pero el color era más claro en algunas zonas, y más oscuro en otras. A veces, dependiendo de cómo sujetara el anillo, parecía como si hubiera líquido en el interior de la piedra ovalada.

Supuestamente, el anillo había pertenecido a mi madre.

Mis recuerdos anteriores a la noche que Abbot me había encontrado no eran más que un vacío. El anillo era lo único que me ataba a mi familia real.

«Familia». Era una palabra muy extraña, y de hecho ni siquiera estaba segura de que tuviera una familia. ¿Había estado con mi padre en algún momento, antes del hogar de acogida? ¿Quién lo sabía? Y si Abbot lo sabía, no iba a decírmelo. Mi vida comenzó cuando él me encontró.

Cerré los ojos e inspiré lenta y profundamente. Aquel no era el momento para la reflexión o para compadecerme de mí misma. Volví a meterme el anillo por debajo del jersey, pensando que necesitaba centrarme en lo que iba a hacer con Roth.

Estaba sola en eso. Ignorarlo parecía una buena idea, pero dudaba que fuera a funcionar. Una parte de mí esperaba que simplemente desapareciera después de advertirme que no siguiera identificando.

Debí de quedarme dormida en algún momento mientras planeaba, porque cuando abrí los ojos el cielo estaba oscuro, mi nariz fría, y había alguien tumbado junto a mí.

El corazón se me subió hasta la garganta, y después se detuvo durante un instante cuando giré la cabeza y un pelo suave me hizo cosquillas en la mejilla.

—¿Zayne?

Abrió un ojo.

—Qué lugar más extraño para echarse una siesta cuando tienes una cosa genial llamada «cama».

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—No apareciste a la hora de la cena. —Levantó la mano y apartó un mechón de mi pelo que había volado hasta su cara—. Después de un rato, decidí ir a ver cómo te encontrabas. No estabas en tu habitación, y cuando le pregunté a Morris si te había visto, señaló en dirección al bosque.

Me froté los ojos, eliminando los restos de mi siesta improvisada.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve y media. —Hizo una pausa—. Estaba preocupado por ti.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Él inclinó la cabeza hacia la mía.

—¿Por qué te marchaste hoy de clase?

Lo miré fijamente durante un momento, y después recordé la extraña expresión en su rostro al ver el vaso de zumo de naranja.

—No estaba a punto de absorber un alma, si eso es lo que estás pensando.

Frunció el ceño.

—Cada vez que tienes ansias de algo dulce...

—Lo sé. —Dirigí la mirada hacia el cielo. Las estrellas se asomaban desde detrás de las gruesas ramas—. No ha pasado nada en el instituto hoy, te lo juro.

Permaneció en silencio durante un momento.

—Vale. Esa no era la única razón por la que estaba preocupado.

Suspiré.

—No voy a asesinar a Danika mientras duerme.

Zayne soltó una risa profunda.

—Espero que no. Papá se enfadaría si mataras a la persona con la que tengo que aparearme.

Al oír eso decidí que tal vez había muchas posibilidades de que sí la matara.

—¿Así que ahora te parece bien todo eso del apareamiento? ¿Vas a comenzar a hacer bebés gárgola pronto? Eso debería ser divertido.

Volvió a reír, lo cual me cabreó.

—Bichito, ¿qué sabes tú sobre hacer bebés?

Le pegué un puñetazo en el estómago mientras me sentaba. Su risa grave se convirtió en un gruñido.

—No soy una maldita cría, imbécil. Sé lo que es el sexo.

Zayne estiró el brazo y me pellizcó la mejilla.

—Eres como una pequeña... —Volví a golpearle en el estómago, y él me atrapó el brazo y lo llevó hasta su pecho—. No seas tan violenta —murmuró perezosamente.

—Pues tú no seas tan imbécil.

Me mordí el labio inferior.

—Sé que ya no eres una cría.

Un calor increíble me atravesó, extraño para ser una noche tan fresca.

—Lo que tú digas. Me tratas como si tuviera diez años.

Transcurrió un momento, y su mano me apretó más el brazo.

—¿Cómo se supone que debo tratarte?

Deseé tener algo sexi y coqueto que decir. En lugar de eso, murmuré:

—No lo sé.

Una de las comisuras de su boca se alzó.

—No voy a aparearme con Danika, por cierto. También estaba de broma con eso.

Procuré que pareciera que no me afectaba en absoluto.

—Es lo que quiere tu padre.

Él apartó la mirada con un suspiro.

—En cualquier caso, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí. Me preocupaba dónde te encontrabas porque Elijah está aquí.

Me puse rígida, olvidándome de Danika.

—¿Qué?

Cerró los ojos.

—Sí, era uno de los del grupo que vino anoche. Pensaba que iban a marcharse hoy, pero van a quedarse por aquí algún tiempo.

Elijah Faustin era parte del clan que vigilaba la actividad demoníaca por la mayor parte de la costa sur, y él y su hijo actuaban como si yo fuera el anticristo.

—¿Está Petr con él?

—Sí.

Dejé caer la cabeza. Petr era de la peor clase de tío.

—¿Por qué están aquí?

—Van a reasignarlo a la zona noreste, junto a su hijo y a otros cuatro.

—Entonces, ¿se quedará aquí hasta que Dez regrese?

Zayne me miró a los ojos, con la expresión repentinamente dura.

—Petr no se va a acercarse siquiera a ti. Te lo prometo.

Noté un nudo en el estómago. Me libré de él, me puse boca arriba y tomé un aliento corto.

—Pensaba que Abbot les había dicho que no eran bienvenidos aquí.

—Y lo hizo, Layla. Mi padre no se alegra de que estén aquí, pero no puede echarlos. —Se puso de costado, de cara a mí—. ¿Recuerdas cuando hacíamos como si esto fuera una plataforma de observación de la NASA?

—Recuerdo que me colgaste del borde un par de veces.

Me dio un codazo.

—Te encantaba. Siempre estabas celosa de que yo pudiera volar y tú no.

Forcé una sonrisa.

—¿Quién no estaría celoso de eso?

Él sonrió también mientras miraba por encima del hombro.

—Dios, han pasado años desde la última vez que subimos hasta aquí.

—Lo sé. —Estiré las piernas y moví los dedos en el interior de las deportivas—. Lo echo un poco de menos.

—Yo también. —Zayne me tiró de la manga del jersey—. ¿Sigue en pie lo del sábado?

Desde hacía años, íbamos a una cafetería diferente cada sábado por la mañana. Se quedaba despierto para hacerlo, prolongando el momento en que regresaba a su habitación y adoptaba su auténtica forma, la que le permitía dormir. Las gárgolas solo obtenían descanso de verdad cuando se convertían en piedra.

—Por supuesto.

—Ah. Casi lo olvidaba. —Se sentó y metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros. Sacó un objeto delgado y rectangular—. Te he comprado esto hoy.

Le quité el teléfono móvil de las manos, chillando.

—¡Es de pantalla táctil! Oh, Dios, te prometo que no lo voy a romper ni a perder. ¡Gracias!

Zayne se puso en pie.

—Me he adelantado y te lo he cargado ya. Lo único que tienes que hacer es guardar tus números de teléfono. —Me sonrió desde arriba—. Me he tomado la libertad de guardar mi número, como tu primer contacto.

Me puse en pie y lo abracé.

—Gracias. Eres genial de verdad.

Se rio y me rodeó con los brazos.

—Ah, así que tengo que comprar tu amor. Ya veo.

—¡No! Para nada. Yo te... —Me detuve antes de decir algo que no pudiera retirar, y levanté la mirada. La mitad de su rostro estaba en sombras, pero había una expresión extraña en sus ojos—. O sea, seguirías molando aunque no me hubieras comprado el móvil.

Zayne me puso el pelo por detrás de la oreja, y su mano permaneció unos instantes sobre mi mejilla. Se dobló por la cintura y presionó la frente contra la mía. Noté cómo respiraba hondo, y su mano se quedó sobre la parte inferior de mi espalda.

—Asegúrate de echar el cerrojo de las puertas de tu habitación que dan al balcón —dijo finalmente, y su voz sonaba más grave de lo habitual—. Y procura no merodear por la casa en mitad de la noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

No se movió. Una lenta quemazón comenzó a deslizarse bajo mi piel, diferente a la reacción de mi cuerpo al suyo. Me obligué a tomar aire con rapidez, a centrarme en Zayne, pero los ojos se me cerraron. Traté de evitar que sucediera, pero mi imaginación se apoderó de mí y se dejó llevar. Imaginé su alma, su propio espíritu, calentando los lugares fríos y vacíos de mi interior. La sensación sería mejor que un beso, mejor que nada. Me balanceé y mi cuerpo se inclinó hacia el suyo, atraído por dos anhelos diferentes.

Zayne bajó las manos y retrocedió.

—¿Te encuentras bien?

Una oleada de ardiente mortificación me recorrió. Di un paso hacia atrás y mantuve el teléfono entre nosotros.

—Sí, me encuentro bien. Deberíamos... deberíamos volver.

Me examinó durante un momento, y después asintió con la cabeza. Lo observé girar y volver a meterse en la casa del árbol. Contuve el aliento, y aguardé hasta que lo oí caer al suelo que había abajo.

No podía continuar viviendo de ese modo.

Pero ¿qué otra opción tenía? ¿Convertirme en un demonio por completo? Eso jamás sería una opción.

—¿Layla? —me llamó.

—Ya voy.

Levanté la cabeza y, mientras comenzaba a moverme, algo me llamó la atención. Fruncí el ceño y entrecerré los ojos mirando la rama del árbol que había justo delante de la plataforma de observación. Había algo raro en ella. La rama parecía demasiado gruesa, demasiado brillante.

Entonces la vi.

Enroscada alrededor de la rama había una serpiente anormalmente larga y gruesa. Tenía la cabeza en forma de diamante hacia abajo, y desde el lugar donde me encontraba podía ver el inconfundible resplandor rojo de sus ojos.

Di un salto hacia atrás con un jadeo.

—¿Qué ocurre ahí arriba? —preguntó Zayne.



Bajé la mirada durante quizá dos segundos, eso fue todo, pero cuando volví a levantarla la serpiente había desaparecido.

## Capítulo cinco



Para cuando entré en clase de Biología detrás de Stacey, quería pegarle un puñetazo. No dejaba de hablar de Roth, como si yo necesitara ayuda para preguntarme si realmente aparecería hoy. Me había quedado despierta toda la noche pensando en esa maldita serpiente en el árbol. ¿Habría estado ahí todo el tiempo, observándome mientras dormía y escuchando mi conversación con Zayne?

Qué mal rollo.

Todo aquello era aún peor cuando recordaba cómo Roth se había apretado contra mí en el lavabo. Porque cada vez que pensaba en él, pensaba en cómo me había sentido entonces. Nadie se acercaba tanto a mí, ni siquiera Zayne. Quería arrastrarme hasta el interior de mi propia cabeza, borrar el recuerdo quirúrgicamente y después lavarme el cerebro con lejía.

—Más vale que haya venido —estaba diciendo Stacey mientras se derrumbaba sobre su asiento—. No me he escapado de casa vestida de este modo para nada.

—Sin duda. —Eché un vistazo a su falda corta, y después a su escote—. No querríamos desperdiciar tus tetas.

Me dirigió una sonrisa lasciva.

—Quiero que se pase toda la noche pensando en mí.

Saqué mi libro de texto y lo dejé sobre el pupitre.

—No, no quieres eso.

—Lo decidiré por mí misma. —Se movió en su sitio y se tiró de la falda hacia abajo—. En cualquier caso, no me puedo creer que no te parezca que está bueno. Tienes algo mal en la cabeza.

—No tengo nada mal en la cabeza. —La miré, pero tenía los ojos pegados a la puerta. Solté un suspiro—. Stacey, no es un buen tío, de verdad.

—Hum... Mejor todavía.

—Lo digo en serio. Es... es peligroso. Así que será mejor que no se te pase ninguna idea pervertida por la cabeza.

—Demasiado tarde. —Hizo una pausa, y después frunció el ceño—. ¿Te ha hecho algo?

—Es solo una sensación que tengo.

—Yo tengo un montón de sensaciones cuando pienso en él. —Se inclinó hacia delante, plantó los codos sobre la mesa y puso la barbilla sobre las manos—. Un

montón.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué hay de Sam? Está completamente enamorado de ti. Sería una opción mejor.

—¿Qué? —Arrugó la nariz—. No lo está.

—En serio, sí que lo está. —Comencé a garabatear en el libro, manteniendo mi atención alejada de la puerta—. Siempre te está mirando.

Stacey se rio.

—Ni siquiera me miró dos veces al ver mi falda...

—O tu falta de ella.

—Exacto. Eso sí, si llevara un código binario en las piernas, entonces se fijaría en mí.

La señora Cleo entró apresuradamente, terminando con nuestra conversación. Casi me dio un mareo de lo poderosa que fue la sensación de alivio, y ni siquiera me importó cuando la profesora me miró con extrañeza. Pensé que Roth se había ido, y dibujé unas caritas sonrientes gigantes por encima de un diagrama. A lo mejor su estúpida serpiente se lo había comido.

Stacey dejó caer el brazo del pupitre.

—Supongo que hoy va a ser un asco de día.

—Lo siento —gorjeé, haciendo girar el bolígrafo entre los dedos—. ¿Quieres ir a...?

La puerta se abrió de golpe mientras la señora Cleo sacaba el proyector. Roth entró tranquilamente en el aula, con el libro de Biología en la mano y una sonrisa arrogante que cubría toda su cara. El bolígrafo se me resbaló de la mano, salió volando hacia delante y golpeó la cabeza de una chica que se sentaba dos asientos por delante de mí. Se giró rápidamente, levantó los brazos y me lanzó una mirada envenenada.

Stacey se apresuró a enderezarse en su asiento, soltando un gritito por lo bajo.

Roth le guiñó un ojo a la señora Cleo mientras pasaba junto a ella, y la mujer se limitó a sacudir la cabeza y rebuscar entre sus notas. Todos los ojos estaban fijos en el demonio mientras recorría el pasillo central. Las mandíbulas se quedaban desencajadas, y las chicas se giraban en sus asientos. Algunos de los chicos también lo hacían.

—¿Qué hay? —le murmuró a Stacey.

—Hola.

Los codos de mi amiga se deslizaron a través del pupitre. Después, él volvió esos ojos dorados hacia mí.

—Buenos días.

—Mi día está completo —susurró Stacey, sonriendo a Roth mientras él soltaba el libro y se sentaba.

—Bien por ti —le solté, sacando otro bolígrafo de la mochila.

La señora Cleo apagó las luces.

—Todavía no he corregido los exámenes, ya que algunos de vosotros vais a recuperarlos el viernes. El lunes os daré las notas y las tareas para conseguir créditos extra si los necesitáis.

Algunos alumnos gruñeron, mientras yo me imaginaba clavando el bolígrafo en la parte posterior de la cabeza de Roth.

¿Qué había planeado la noche anterior? Absolutamente nada, porque me quedé dormida mientras maquinaba en la plataforma de observación.

Tras unos diez minutos de la pesada lección de la señora Cleo sobre la respiración celular, Stacey dejó de botar en su asiento. Yo todavía no había apartado los ojos de Roth, que ni siquiera se molestaba en fingir estar tomando notas. Al menos yo tenía un bolígrafo en la mano.

Inclinó la silla hacia atrás hasta que quedó apoyada contra mi mesa, plantando los codos sobre mi libro de texto para apoyar su precaria posición. Una vez más olí algo dulce, como vino azucarado o chocolate negro.

Me planteé moverle los brazos, pero para eso tendría que tocarlo. Podría pinchárselos con el bolígrafo con fuerza. Se había arremangado, mostrando unos bonitos brazos. Una piel suave se tensaba sobre sus bíceps bien definidos. Y ahí estaba *Bambi*, enroscada alrededor del brazo. Me incliné hacia delante, un tanto fascinada por los detalles. Cada onda de la piel de la serpiente había sido sombreada, de modo que realmente parecía tridimensional. La zona del vientre era gris y de aspecto suave, pero dudaba que la piel de Roth fuera muy suave. Se veía tan dura como la de un Guardián.

El tatuaje parecía muy real.

«Porque es real, idiota».

En ese momento, la cola se movió y se deslizó por encima del codo.

Con un jadeo, me recliné de golpe sobre mi asiento, y Stacey me lanzó una mirada de extrañeza. Roth giró la cabeza.

—¿Qué estás haciendo ahí atrás? —Lo miré entrecerrando los ojos—. ¿Me estabas mirando?

—No —mentí, susurrando entre dientes.

Él colocó la silla en posición normal, y le lanzó una breve mirada a la señora Cleo antes de girarse a medias en su asiento.

—Yo creo que sí.

Stacey se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—Sí que te estaba mirando.

Le lancé una mirada de odio.

—No es verdad.

Roth observó a mi amiga con interés renovado.

—¿Me estaba mirando? ¿Y qué estaba mirando?

—La verdad es que no lo sé —respondió ella, susurrando—. Yo estaba demasiado

ocupada mirándote la cara como para fijarme.

Una sonrisa de satisfacción apareció en el rostro del demonio.

—Stacey, ¿verdad?

Ella se inclinó hacia mí.

—Esa soy yo.

La aparté hacia su lado, poniendo los ojos en blanco.

—Date la vuelta —le ordené a Roth. Él me sostuvo la mirada.

—Lo haré cuando me digas lo que estabas mirando.

—A ti no. —Eché un vistazo hacia la parte delantera del aula, donde la señora Cleo estaba rebuscando entre sus notas—. Date la vuelta antes de que nos metas en problemas.

Roth bajó la cabeza.

—Ah, te encantaría la clase de problemas en los que podría meterte.

Stacey suspiró... o gimió.

—Seguro que sí.

Aferré el bolígrafo.

—No. Nos. Gustaría.

—Habla por ti, hermana —replicó Stacey, y se metió la punta del bolígrafo en la boca.

Roth le dirigió una sonrisa de suficiencia.

—Me cae bien tu amiga.

El bolígrafo se me rompió en la mano.

—Bueno, pues tú a mí no.

Roth se rio entre dientes mientras se daba la vuelta por fin. El resto de la clase transcurrió de ese modo: de vez en cuando nos miraba y sonreía, o susurraba algo que me enfurecía por completo. Cuando finalmente la señora Cleo encendió las luces, estaba a punto de gritar.

Stacey simplemente pestañeó, con aspecto de estar saliendo de alguna especie de trance extraño. Garabateé «putón» en sus apuntes. Ella se rio y escribió «virgen terminal» en los míos.

Cuando la campana sonó, yo ya había recogido mis cosas, preparada para salir de allí. Necesitaba aire, y a ser posible un aire que no estuviera compartiendo con Roth. Sorprendentemente, él ya había salido por la puerta para cuando yo me levanté, y caminaba tan rápido que parecía tener alguna especie de misión. ¿Tal vez los del Infierno lo habían llamado para que volviera a casa? Esperaba que sí.

—¿Qué diablos te pasa? —me preguntó Stacey.

Pasé de largo junto a ella, quitándome unos largos mechones de pelo de debajo de la correa de la mochila.

—¿Qué? ¿Tiene que pasarme algo porque no esté en celo?

Ella hizo una mueca.

—Eso suena repugnante.

—Tú eres repugnante —repliqué por encima del hombro.

Stacey llegó hasta donde yo estaba.

—En serio, tienes que explicarme qué problema tienes con él. No lo entiendo. ¿Te ha pedido que seas su chica?

—¿Qué? —Hice una mueca—. Ya te lo he dicho. Es un mal tipo.

—Mi clase de chico favorito —dijo mientras salíamos por la puerta— son los chicos malos.

Aferré la mochila con más fuerza mientras un mar de almas rosadas y azules llenaba el pasillo. Había un gran cartel colgando que interrumpía la corriente de colores pastel.

—¿Desde cuándo te gustan los chicos malos? Todos tus novios anteriores eran unos santos.

—Desde ayer —aseguró.

—Bueno, pues eso es... —Me detuve junto a la fila de taquillas, arrugando la nariz—. ¿Hueles eso?

Stacey olfateó el aire, y después gruñó de inmediato.

—Dios, huele a alcantarillas. Probablemente se haya atascado el lavabo.

Otros estudiantes estaban comenzando a captar el aroma a huevos podridos y carne pasada. Hubo risitas, y algunas arcadas. Noté un temor en el pecho. El olor era repugnante, demasiado repugnante, y no me podía creer que no lo hubiera olido hasta entonces.

También iba a culpar a Roth por eso.

—Tendrían que cancelar las clases con un olor así —dijo Stacey. Comenzó a tirarse de la camiseta a modo de escudo, pero entonces debió de darse cuenta de que no había suficiente material. Se puso la mano sobre la boca, amortiguando su voz—. Esto no puede ser seguro.

Un profesor permanecía en pie frente a su clase, moviendo la mano sobre su cara. Me ardían los ojos mientras me apartaba de él, siguiendo a Stacey. En la escalera, el olor era más fuerte.

Stacey me echó un vistazo en el rellano.

—¿Nos vemos en la comida?

—Sí —respondí, y me quité del camino de unos cuantos alumnos de último curso, más altos y grandes. Parecía como si fuera una novata de primero que se pusiera en su camino.

Mi amiga volvió a tirarse del dobladillo de la falda con la mano libre.

—Espero que el olor haya desaparecido para entonces. Si no, voy a iniciar una campaña de protesta.

Antes de poder responder, ya estaba subiendo la escalera. Yo bajé hasta el primer piso, tratando de evitar las arcadas.

—¿Qué demonios es ese olor? —preguntó una chica menuda con un alma color violeta. Tenía el pelo rubio y cortado al estilo *pixie*.

—No lo sé —murmuré distraída—. ¿Nuestra comida?

La chica se rio.

—No me sorprendería. —A continuación frunció el ceño y me miró entrecerrando los ojos—. Oye, ¿no eres tú la chica que vive con los Guardianes?

Solté un suspiro, deseando que la masa de cuerpos que había en los escalones por delante de mí se moviera más rápido.

—Sí.

Sus ojos castaños se ensancharon.

—Eva Hasher dice que tú y el tío negro mayor que siempre te recoge en el instituto sois sus sirvientes humanos.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Qué?

Ella asintió vigorosamente.

—Eso es lo que me dijo en clase de Historia.

—¡Yo no soy una sirvienta, y Morris tampoco! —exclamé—. Soy adoptada. Y Morris es parte de la familia. Hay una gran diferencia.

—Lo que tú digas —replicó, y se alejó de mí.

¿Una sirvienta? Sí, hombre. Un alma de un rosa oscuro con franjas rojas apareció en mi campo de visión: Gareth Richmond. El chico que tal vez había estado mirándome el culo.

—Este lugar apesta. —Tenía un cuaderno por delante de la boca—. Seguro que el gimnasio huele aún peor. ¿Crees que cancelarán la clase, Layla?

Vaya, pues sí que sabía mi nombre.

Bajó el cuaderno para mostrar una sonrisa incandescente. La clase de sonrisa que imaginaba que utilizaría con muchas chicas.

—No pueden esperar que nos pongamos a correr respirando esta mierda. Tú eres muy buena corredora, por cierto. ¿Por qué nunca has participado en alguna carrera?

—¿Me...? ¿Me miras mientras corro en clase? —Quise pegarme un puñetazo a mí misma después de decirlo; sonaba como si estuviera acusándolo de ser un acosador—. Quiero decir, que no sabía que me prestaras atención. Bueno, no es que me prestes atención, es solo que no sabía que supieras que se me daba bien correr.

Eché un vistazo hacia la parte inferior de la escalera, riéndose.

Tenía que callarme.

—Sí, te he visto correr. —Gareth sujetó la puerta antes de que nos golpeará y la mantuvo abierta—. Y también te he visto caminar.

No sabía muy bien si estaba provocándome o flirteando, o si simplemente pensaba que era una idiota. Sinceramente, no me importaba, porque lo único en lo que podía pensar era en Stacey sugiriendo que me liara con Gareth para comenzar una guerra contra Eva. Eso sí que eran pensamientos incómodos.

—¿Qué harás después de clase? —me preguntó, caminando detrás de mí.

Identificar demonios.

—Eh... Tengo que hacer unos cuantos recados.

—Ah. —Se dio unos golpecitos en el muslo con el cuaderno—. Yo tengo entrenamiento de fútbol después de clase. Nunca te he visto en ningún partido.

Miré la vitrina de trofeos vacía que había junto a las puertas dobles que llevaban al gimnasio.

—La verdad es que el fútbol no es lo mío.

—Qué pena. Siempre hago una fiesta en casa de mis padres después de los partidos. Lo sabrías si...

Alguien alto, vestido todo de negro, se materializó entre nosotros.

—Lo sabría si le importara, pero dudo que ese sea el caso.

Di un paso hacia atrás con rapidez, sobresaltada por la repentina reaparición de Roth.

Gareth tuvo la misma reacción. Era un chico alto, grande y fornido, pero Roth exudaba un aire de matón. El chico cerró la boca de golpe y, sin decir ni una palabra más, nos rodeó y se apresuró a entrar en el gimnasio, dejando que las puertas se cerraran tras él. Me quedé ahí plantada, aturdida mientras la primera campana de advertencia sonaba. Parecía estar muy lejos.

—¿Es que he dicho algo malo? —preguntó Roth, pensativo—. Tan solo estaba señalando lo obvio. —Levanté la cabeza con lentitud y lo miré—. ¿Qué? —Me dirigió una sonrisa pícaro—. Venga ya. No pareces la clase de chica que va a ver los partidos de fútbol, pasa el rato con la gente guay y acaba desflorada por un deportista del último curso en el asiento trasero del BMW de su papi.

—¿Desflorada?

—Sí, ya sabes. Perder esa cosa tan molesta llamada «virginidad».

Un fuego recorrió mi piel. Me di la vuelta y giré en dirección a las puertas del gimnasio. Por supuesto, sabía lo que significaba la palabra «desflorar», pero no podía creer que realmente hubiera utilizado esa palabra en el siglo XXI.

O que estuviera teniendo siquiera una conversación sobre la virginidad con él.

Me agarró el brazo.

—Oye, que eso era un cumplido. Créeme. De todos modos, va en dirección al Infierno por la vía rápida, al igual que su papá.

—Está bien saberlo —logré responder con frialdad—, pero ¿te importaría soltarme el brazo, por favor? Tengo que ir a clase.

—Tengo una idea mejor. —Se inclinó hacia mí, y unos mechones de pelo oscuro cayeron sobre sus ojos dorados—. Tú y yo vamos a divertirnos un poco.

Me dolían los dientes de lo mucho que los estaba apretando.

—Ni en un millón de años, colega.

Parecía ofendido.

—¿Qué te piensas que estoy sugiriendo? No estaba planeando emborracharte y aprovecharme de ti en la parte trasera de un BMW como estaba haciendo Gareth. Claro que supongo que podría ser peor. Podría estar planeando hacerlo en la parte



trasera de un Kia.

Pestañeé.

—¿Qué?

Roth se encogió de hombros y me soltó el brazo.

—Una chica llamada Eva lo ha convencido de que te dejas hacer después de una cerveza.

—¡¿Qué?!

Mi voz sonó tan aguda como la campana que sonaba en ese momento.

—Personalmente no me lo creo —continuó con despreocupación—, y yo tengo un Porsche. No hay tanto espacio para las piernas como en un BMW, pero según me han dicho son mucho más sexis.

Los Porsches eran sexis, pero aquello no importaba.

—¿Esa zorra le ha dicho que me dejo hacer después de una cerveza?

—Miau. —Roth hizo como que arañaba el aire, lo cual era tan ridículo como suena—. En cualquier caso, esa no es la clase de diversión que tenía en mente.

Yo seguía pensando en todo el asunto de dejarme hacer.

—A otra chica le dije que soy una maldita sirvienta. Supongo que soy una sirvienta que se deja hacer. ¡Ah! Y supongo que también soy una borracha. Voy a matar...

Roth chasqueó los dedos por delante de mi cara.

—Céntrate. Olvídate de Eva y de ese eyaculador precoz. Tenemos que hacer una cosa.

—No me chasquees los dedos en la cara —gruñí—. No soy un perro.

—No. —Me dirigió una sonrisita—. Eres una medio demonio que vive con un montón de monstruos de piedra que matan demonios.

—Tú eres el monstruo, y yo voy a llegar tarde a clase. —Comencé a girarme, pero entonces recordé la noche anterior—. Ah. Y ponle una correa a tu estúpida serpiente.

—*Bambi* va y viene como le apetece. No puedo hacer nada si le gusta pasar el rato en tu casa del árbol.

Cerré las manos en puños.

—No vuelvas a acercarte a mi casa. Los Guardianes te matarán.

Roth inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una risa profunda. Era una risa agradable, profunda y gutural; lo cual me ponía aún más furiosa.

—Oh, habrá muertes, pero no seré yo quien muera.

Tragué saliva.

—¿Estás amenazando a mi familia?

—No. —Me atrapó la mano, me hizo aflojar el puño y después entrelazó los dedos con los míos—. De todos modos, no puedes decirme que no has olido cómo apesta el instituto ahora mismo.

Cerré la boca de golpe y lo fulminé con la mirada.

—¿Qué? Será solo el desagüe, o... —Me miró como si fuera estúpida, y mis sospechas iniciales sobre el olor reaparecieron—. No puede ser...

—Oh, claro que sí. Hay un zombi en el instituto. —Arqueó una ceja—. Parece el comienzo de una película de terror muy mala.

Ignoré su última frase.

—No puede ser. ¿Cómo iba a entrar aquí sin que lo vieran?

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Todo es posible últimamente. Mi sentido arácnido demoníaco me dice que está abajo, en uno de los cuartos de las calderas. Y dado que tus amigos Guardianes probablemente estarán durmiendo, había pensado que podíamos ir a echarle un vistazo antes de que suba y comience a comerse a los estudiantes.

Me planté sobre los talones mientras él comenzaba a avanzar.

—No voy a echarle un vistazo a nada contigo.

—Pero hay un zombi en el instituto —dijo con lentitud—, y probablemente estará hambriento.

—Sí, ya lo sé, pero tú y yo no vamos a hacer nada juntos.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿No tienes curiosidad por saber por qué hay un zombi precisamente en tu instituto, y qué va a pensar la gente cuando vea algo salido de *La noche de los muertos vivientes*?

Le sostuve la mirada.

—No es problema mío.

—No lo es. —Inclinó la cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos—. Pero será problema del líder de los Guardianes cuando suba y comience a rezumar fluidos corporales encima de todo el mundo mientras mordisquea los miembros de la gente. Ya sabes que esos Alfas esperan que los Guardianes mantengan todo el asunto de los demonios lejos del conocimiento público.

Abrí la boca para protestar, pero me detuve. Maldita sea, tenía razón. Si esa cosa llegaba hasta arriba, Abbot tendría un montón de problemas. Sin embargo, permanecí inmóvil.

—¿Cómo sé que no vas a lanzarme hacia él?

Roth arqueó una ceja.

—Oye, no te abandoné con el Buscador, ¿verdad?

—Eso no me asegura nada.

Puso los ojos en blanco y soltó un suspiro.

—Pues vas a tener que confiar en mí y ya está.

Me reí. Su cabeza miró en mi dirección, con los ojos algo más abiertos de lo normal.

—¿Que confíe en ti? ¿En un demonio? ¿Tú qué te fumas, tío?

Sus ojos resplandecieron con... ¿qué era? ¿Enfado o diversión?

—Fumar perjudica gravemente la salud.

Apreté los labios con fuerza, deteniendo la sonrisa antes de que se extendiera por mi cara y le diera una idea equivocada.

—No puedo creer que acabes de decir eso.

Levantó la barbilla.

—Es verdad. Nada de drogas mientras trabajo. Incluso el Infierno tiene sus normas.

—¿Cuál es tu trabajo exactamente? —pregunté.

—Desflorarte en la parte trasera del coche más caro jamás fabricado.

Traté de apartar la mano, pero él me la sostuvo.

—Suéltame.

—Por los clavos de Cristo. —Soltó una risotada profunda—. Solo estaba de broma, no seas tan mojigata.

Volví a ruborizarme, porque sí que me sentía como una mojigata; una sensación lógica teniendo en cuenta que nunca había besado a un tío.

—Suéltame la mano.

Roth soltó un largo suspiro.

—Mira, lo si... lo si... —Tomó aire profundamente y volvió a probar—. Lo sien...

Giré la cabeza hacia él, esperando.

—¿Cómo? ¿Que lo sientes?

Parecía disgustado y tenía los labios fruncidos.

—Lo... si... en... to.

—Estás de coña. ¿No puedes decir que lo sientes?

—No. —Me miró fijamente, con seriedad—. No está en el vocabulario de los demonios.

—Qué bonito. —Puse los ojos en blanco—. Pues no te molestes siquiera en tratar de decirlo si no lo piensas en serio.

Roth pareció considerar esa idea.

—Trato hecho.

Una puerta al otro lado del gimnasio se abrió, y el subdirector McKenzie salió al pasillo, con un traje de un apagado color marrón que era al menos dos tallas demasiado pequeño para su barriga. Frunció el ceño de inmediato y ganó dos barbillas cuando nos vio.

—¿No se supone que deberías estar en el gimnasio, señorita Shaw, y no en el pasillo? —preguntó, aflojándose el cinturón—. Puede que estés mezclada con esas cosas, pero eso no te da privilegios especiales.

¿Mezclada con esas cosas? Ellos no eran cosas. Eran Guardianes, y mantenían a salvo a los imbéciles desagradecidos como McKenzie. Mis dedos apretaron por reflejo los de Roth mientras la furia y un poco de tristeza me inundaban.

Esa gente no tenía ni idea.

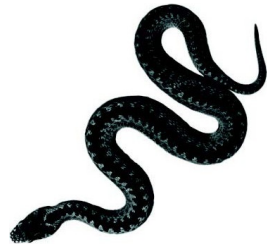
Roth me echó un vistazo, y después al subdirector. Agachó la cabeza y esbozó

una sonrisa tímida. Justo en ese preciso momento, supe que estaba a punto de hacer algo muy malo.

Malo nivel demoníaco.

Y lo único que podía hacer era prepararme para ello.

## Capítulo seis



—¿Y tú? —continuó el subdirector mientras caminaba hacia nosotros con andares de pato, mirando a Roth de arriba abajo con desagrado—. Vete a la clase donde quiera que debas estar. Ahora.

Roth me soltó la mano y cruzó los brazos por delante del pecho. Le devolvió la mirada, pero sus pupilas irradiaban una luz extraña.

—¿Subdirector McKenzie? ¿También conocido como Willy McKenzie, nacido y criado en Winchester, en el Estado de Virginia? Graduado en la Universidad de la Commonwealth de Virginia, y casado con una dulce muchacha del sur.

Era evidente que había pillado al hombre con la guardia baja.

—No sé qué...

—¿El mismo Willy McKenzie que no se ha acostado con esa dulce muchacha desde la creación del DVD, y que guarda un alijo de porno en el armario de su casa? Y no cualquier clase de porno. —Roth dio un paso hacia delante y bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. Ya sabes de qué estoy hablando.

Noté una acidez en el estómago. El subdirector tenía un estatus de alma cuestionable; no tan evidente como el hombre que había en la calle la noche que conocí a Roth, pero siempre había tenido algo que me ponía recelosa.

La reacción de McKenzie fue totalmente diferente. Su cara se volvió de un feo tono de rojo mientras sus carrillos se movían.

—¿C... cómo te atreves? ¿Quién eres? Eres...

Roth levantó un dedo, el dedo corazón, y lo silenció.

—¿Sabes? Podría hacerte ir a tu casa y acabar con tu miserable vida. O, mejor todavía, caminar hasta la calle y tirarte delante del camión que recoge basura como tú. Después de todo, el Infierno lleva ya un tiempo echándote el ojo.

En ese momento experimenté un conflicto moral. O bien podía dejar que Roth manipulara a aquel pedófilo para que se matara, o bien podía detenerlo, porque, fuera un perverso o no, Roth estaría quitándole su libre albedrío.

Mierda. Era una decisión difícil.

—No voy a hacer ninguna de esas dos cosas —dijo Roth para mi sorpresa—. Pero voy a joderte. A lo grande. —Mi alivio no duró demasiado—. Voy a quitarte lo que más te gusta en este mundo: la comida. —Roth le dirigió una sonrisa bondadosa, y en ese momento parecía más un ángel que un demonio, con esa belleza abrumadora

en la que no podía confiar—. Cada donut que veas te parecerá que está espolvoreado con una buena dosis de gusanos. Cada pizza te recordará a la cara de tu padre muerto. ¿Las hamburguesas? Olvídalas. Te sabrán a carne podrida. ¿Y los batidos? Agrios. Ah. ¿Y esos botes de sirope de chocolate que mantienes ocultos de tu mujer? Estarán llenos de cucarachas.

Un fino hilo de baba se escapó de la boca abierta de McKenzie, deslizándose por su barbilla.

—Ahora vete antes de que cambie de idea. —Roth movió la mano para que el hombre se marchara.

McKenzie se giró rígidamente y volvió a su despacho, con una extraña mancha húmeda extendiéndose por sus piernas.

—Eh... ¿Va a recordar algo de esto?

Me aparté de Roth, aferrando la mochila contra mi cuerpo. Dios mío, las habilidades de aquel demonio eran increíbles. No sabía si estaba más asustada o impresionada.

—Solo que la comida es ahora su peor pesadilla. Creo que le pega, ¿no te parece? Levanté una ceja.

—¿Cómo sabías todo eso?

Roth se encogió de hombros, y la luz se desvaneció de sus ojos.

—Estamos sintonizados con todas las cosas malvadas.

—Eso no es una gran explicación.

—No pretendía que lo fuera. —Volvió a tomarme la mano—. Ahora vamos a trabajar. Tenemos un zombi que encontrar.

Me mordí el labio, sopesando mis opciones. Ya era demasiado tarde para unirme a la clase, y había un zombi en el instituto, que debía encontrar por el bien de Abbot. Pero Roth era un demonio; un demonio que me había seguido hasta allí.

Suspiró junto a mí.

—Mira. Sabes que realmente no puedo obligarte a hacer nada que no quieras hacer, ¿verdad?

Le eché un vistazo.

—¿Qué quieres decir?

Su mirada se volvió incrédula.

—¿Es que no sabes nada de lo que eres? —Examinó mi rostro y obtuvo la respuesta a su pregunta—. No eres susceptible a la persuasión demoníaca. Al igual que no puedo obligar a un demonio o a un Guardián a hacer algo que no quieran.

—Ah. —No tenía ni idea de cómo se suponía que tenía que saber eso. No había un manual de operaciones demoníacas o algo por el estilo—. En cualquier caso, ¿por qué quieres que vaya contigo a buscar el zombi? ¿La idea de un zombi causando estragos en un instituto no debería ser algo bueno para ti?

Se encogió de hombros.

—Estoy aburrido.

Irritada, traté de liberar mi mano.

—¿Alguna vez podrías darme una respuesta directa?

Algo centelleó en sus ojos.

—Está bien. ¿Quieres saber la verdad? Estoy aquí por ti. Sí, lo has escuchado correctamente. Y no me preguntes por qué, porque ahora mismo no tenemos tiempo, y de todos modos tampoco me creerías. Eres mitad Guardian, y si te muerde un zombi, quedarás infectada. Tal vez no te vuelvas loca del todo como los humanos, pero sí lo suficiente como para que mi trabajo sea mucho más difícil.

Mi ritmo cardíaco se cuadruplicó.

—¿Por qué...? ¿Por qué estás aquí por mí?

—Por el amor de todo lo que es impío, ¿por qué tienes que ser tan difícil? Ya me he disculpado por llamarte «mojigata». Incluso me disculparé por lo de ayer. Te asusté. Tiré tu móvil al retrete. Mira, me criaron en el Infierno, así que podría decirse que soy un poco torpe relacionándome con la gente.

«Torpe» no era una de las palabras que aparecían en mi mente para describirlo. Tenía esa clase de gracia fluida que resultaba sobrenatural y predatoria.

—Esto es extraño, incluso para mí —admití.

—Pero es mejor que la clase de Educación Física, ¿verdad?

La mayoría de las cosas eran mejores que la clase de Educación Física.

—Quiero saber por qué el hecho de que estés aquí tiene algo que ver conmigo.

—Como te he dicho, no me creerías. —Al ver que me mantenía firme, dijo algo demasiado bajo y deprisa como para que lo entendiera. Ni siquiera estaba segura de que fuera mi idioma, pero sonaba como una maldición—. No estoy aquí para hacerte daño, ¿vale? Es lo último de lo que deberías preocuparte.

Sorprendida, tan solo pude mirarlo fijamente mientras me daba cuenta de repente como si me hubieran golpeado la cabeza: por alguna razón, aunque no sabía por qué, le... le creía. A lo mejor se debía a que si Roth hubiera querido hacerme daño ya lo habría hecho, o a lo mejor se trataba tan solo de que era increíblemente estúpida y tenía ganas de morir. Y la verdad es que la idea de ir a clase de Educación Física era un asco.

Suspiré.

—Vale, pero cuando acabemos me dirás por qué estás aquí. —Roth asintió con la cabeza. Mi mirada cayó hasta nuestras manos unidas. Una calidez había subido por mi brazo, y la verdad es que no confiaba en esa sensación—. Y no hace falta que me tomes de la mano.

—¿Y si me entra miedo?

—¿En serio?

Pasaron unos cuantos segundos, y entonces me soltó la mano. Se rascó la barbilla y se encogió de hombros.

—Vale. Trato hecho, pero si después quieres tomármela tú, no tendrás suerte.

—No creo que eso vaya a ser un problema.

Roth se guardó las manos en los bolsillos de los vaqueros negros mientras se balanceaba sobre sus talones.

—¿Estás contenta ya? ¿Podemos ir?

—Está bien —dije—. Vale.

Me lanzó una amplia sonrisa, mostrando dos hoyuelos perfectamente situados que no había visto antes. Casi parecía normal cuando sonreía de ese modo, pero la perfección de su rostro seguía resultando irreal.

Aparté la mirada de él y caminé hacia delante.

—¿Dónde habías dicho que estaba?

—En los cuartos de las calderas, en el sótano. Y probablemente va a oler peor ahí abajo.

De algún modo, me había olvidado del olor.

—Entonces, ¿vosotros hacéis un seguimiento de otros demonios y esas cosas?

Roth asintió con la cabeza mientras abría las puertas dobles con el hombro.

—Sí.

Atrapé la puerta antes de que se cerrara de golpe, y la cerré con cuidado.

—¿Y dejáis que infecten a los humanos, aunque vaya contra las reglas?

Él comenzó a bajar la escalera y echó un vistazo hacia atrás. Estaba tarareando algo entre dientes, una canción que me resultaba ligeramente familiar.

—Sí.

Lo seguí, aferrándome al pasamanos con dedos húmedos. Tenía la sensación de que algo había anidado en mi estómago.

—Los Alfas prohíben esa clase de cosas. Tan solo podéis...

—Lo sé. Tan solo podemos alentar a los humanos a que hagan cosas, pero jamás manipularlos directamente, infectarlos o matarlos, y bla, bla, bla. El libre albedrío es una mierda. —Se rio y saltó del escalón, aterrizando ágilmente sobre el cemento—. Somos demonios. Podría decirse que las reglas solo se nos aplican cuando nosotros queremos.

—El libre albedrío no es una mierda, Roth.

Se detuvo de repente delante de mí y clavó los ojos en los míos.

—Dilo otra vez.

Fruncí el ceño.

—¿Que diga qué?

—Mi nombre.

—¿Roth...?

Los hoyuelos volvieron a aparecer.

—¿Sabes que es la primera vez que pronuncias mi nombre? He decidido que me gusta mucho. Pero, volviendo a lo que decía, el libre albedrío sí que es una mierda. Nadie tiene libre albedrío realmente.

No podía apartar la mirada.

—Eso no es verdad. Todos lo tenemos.



Roth subió un escalón, alzándose como una torre por delante de mí. Quería retroceder, pero me obligué a permanecer inmóvil.

—No tienes ni idea —dijo, y sus ojos relucieron como fragmentos de alguna joya color ámbar—. Ninguno de nosotros lo tiene, especialmente los Guardianes o los demonios. Todos tenemos órdenes, órdenes que debemos obedecer, y al final siempre acabamos haciendo lo que nos dicen. La idea del libre albedrío es un chiste.

Sentía lástima por él si realmente creía eso.

—Yo tomo decisiones cada día; mis decisiones. Si no tienes libre albedrío, ¿entonces qué clase de propósito puedes tener en la vida?

—¿Qué clase de propósito tiene un demonio? ¿Eh? —Se dio unos golpecitos en la barbilla con la punta del dedo—. ¿Debería coaccionar a un político para que se vuelva corrupto o debería salvar a un gatito de un árbol? Espera. Soy un demonio. Voy a...

—No tienes que ser sarcástico.

—No lo soy. Tan solo te estoy poniendo un ejemplo de cómo somos lo que somos, nacemos para hacer eso. Nuestros caminos están claramente dispuestos por delante de nosotros, y no hay forma de cambiarlo. No hay libre albedrío.

—Esa es tu opinión.

Sostuvo mi mirada durante unos cuantos segundos más, y después sonrió.

—Vamos.

Se giró y se apresuró a bajar otro tramo de escalera. Tardé unos cuantos segundos en conseguir que mis piernas funcionaran.

—Yo no me parezco en nada a ti.

Roth volvió a reírse de esa forma áspera y profunda. Una breve y satisfactoria imagen de mí tirándolo por la escalera de una patada volvió a aparecer en mi mente. Estaba tarareando otra vez, y yo estaba demasiado enfadada con él como para preguntarle de qué canción se trataba.

El instituto era viejo y tenía varias plantas, pero lo habían remodelado hacía pocos años. La escalera era una señal de su verdadera edad. Las viejas paredes de ladrillo soltaban un polvo rojo y blanco que cubría los peldaños.

Nos detuvimos frente a una puerta gris oxidada en la que ponía «Solo para empleados». El olor era lo suficientemente intenso como para acabar con mi apetito durante el resto del día. Roth me echó un vistazo, al parecer inmutable ante el hedor.

—Así que... ¿realmente sabes si alguien va a ir al Infierno? —pregunté, deteniéndome. Tal vez vomitara si él abría la puerta.

—Básicamente —respondió—. Por lo general viene de familia. La manzana no suele caer lejos del árbol.

—Pues vaya tópico.

El olor aumentaba cuanto más nos acercábamos, y arrugué la nariz.

—La mayoría de los tópicos son ciertos. —Trató de abrir el picaporte—. Está cerrada.

—Ah. Qué pena. —Me tiré de la cadena y jugueteé con el anillo—. Supongo que... —Oí un ruido de engranajes chirriando y metal cediendo. Eché un vistazo a la mano de Roth mientras abría la puerta.

—Vaya.

—Te dije que tenía muchos talentos —me recordó, echando un vistazo al anillo—. Qué joya tan interesante esa que tienes.

Volví a dejarla por debajo de la rebeca, y me alisé los vaqueros con las manos.

—Sí, supongo.

Se volvió hacia la puerta y la empujó con lentitud.

—Oh. Vaya. Desde luego, está aquí abajo.

Unas luces parpadeantes y el peor olor del Infierno nos dieron la bienvenida. Me puse una mano sobre la nariz y la boca, y la mezcla de descomposición y sulfuro me produjo arcadas. Preferiría ducharme en los vestuarios mohosos del instituto que entrar ahí.

Roth entró primero, y sostuvo la puerta abierta con la bota.

—No seas debilucha.

Esa vez dejé que la puerta se cerrara de golpe, porque la idea de tocar algo ahí abajo me parecía asquerosa.

—¿Cómo crees que habrá entrado?

—No lo sé.

—¿Por qué crees que estará aquí?

—No lo sé.

—Pues vaya ayuda —murmuré.

Unos alargados armarios de metal llenos de Dios sabía qué llenaban el pasillo por el que íbamos, y el calor me humedeció la frente con una fina capa de sudor. La lámpara que había sobre nosotros se balanceaba en la habitación sin corrientes de aire, proyectando sombras sobre los bancos de trabajo vacíos y las herramientas desperdigadas por el suelo. Pasamos junto a una pila de pizarras viejas, más blancas que verdes.

—Creo que esto es una mala idea —susurré, luchando contra la necesidad de aferrarme a la parte trasera de la camiseta de Roth.

—¿Y qué quieres decir con eso?

Roth abrió otra puerta que daba a una habitación oscura llena de maquinaria pesada que zumbaba. La puerta chocó contra un montón de cajas de cartón.

En la oscuridad, un esqueleto cayó por el hueco de la puerta, con los brazos y las piernas agitándose en el aire húmedo y mohoso. Las cuencas de los ojos estaban vacías, y la mandíbula se abría en un grito silencioso. Solté un chillido ronco y di un salto hacia atrás.

—No es de verdad. —Roth recogió el esqueleto y lo examinó—. Es lo que utilizan en las clases de Biología. Mira. —Movié un brazo huesudo y blanquecino hacia mí—. Totalmente falso.

Mi corazón no estaba de acuerdo con él, pero podía ver los tornillos de metal que mantenían juntos los huesos del brazo.

—Por todos los santos...

Con una sonrisa, Roth tiró el esqueleto a un lado. Hice una mueca mientras rebotaba, y los huesos repiquetearon cuando golpearon aquello sobre lo que Roth lo había lanzado.

Y entonces algo gruñó.

Me quedé paralizada.

Roth encendió la luz del techo.

—Ups —murmuró.

La criatura se encontraba enfrente de la caldera, con un brazo de huesos falsos en su mano ennegrecida y el resto del esqueleto tirado a sus pies. Unas delgadas volutas de aire salían de su piel irregular como gusanos marrones. A algunas zonas de su cara les faltaba carne. Una tira en su mejilla golpeaba los labios morados, y la piel que le quedaba le colgaba de los huesos, muy arrugada y con un aspecto semejante a la cecina. Llevaba un traje que sin duda había visto días mejores; días en los que no había habido fluidos corporales de por medio.

Detrás de la caldera, la única ventana de la habitación estaba rota. Eso explicaba cómo había conseguido entrar en el instituto, pero no nos daba ninguna pista sobre por qué se encontraba allí.

Roth soltó un silbido bajo.

Los ojos del zombi fueron hasta él, y después siguieron moviéndose. Al menos, uno de ellos lo hizo. Se le salió directamente de la cuenca, voló por los aires y cayó al suelo cubierto de porquería.

—¡Ah! Ah, no. No. ¡Yo no he firmado para esto! —Me puse la mano sobre la boca y sentí arcadas—. No voy a acercarme a esa cosa.

Roth dio un paso hacia delante y miró el desastre en el suelo como si se sintiera fascinado.

—Eso ha sido muy asqueroso.

Me sentía expuesta estando en el umbral de la puerta yo sola. Me acerqué lentamente a Roth, manteniendo la mirada en el zombi. Nunca había visto uno en tan mal estado. Tenía pinta de haber mordido a muchísima gente, pero los Guardianes deberían haber recibido alguna notificación a través de sus contactos.

Mis movimientos atrajeron la atención del ojo bueno del zombi.

—Tú —gorgoteó.

Me detuve. ¿Podían hablar? Supongo que George Romero se había equivocado con eso.

—¿Yo?

—Eh. No la mires. Mírame a mí —ordenó Roth, con la voz llena de autoridad.

La criatura se esforzó por mover la boca.

—Tú... tienes...

—Eh... ¿por qué me está mirando?

Me aferré a la correa de la mochila hasta que me dolieron los nudillos.

—A lo mejor piensa que eres guapa —bromeó Roth, y dio un paso hacia atrás mientras una rata salía corriendo delante de él.

Le lancé una mirada llena de odio.

El zombi se tambaleó, y su pie izquierdo se deslizó hacia delante. Retrocedí un paso y choqué contra más cajas.

—¿Roth...?

Con movimientos lentos, pero decididos, el zombi lanzó el brazo del esqueleto a la cabeza de Roth. Los huesos de la criatura se quebraron y astillaron, y de los desgarrones de su chaqueta salió pus.

Roth atrapó el brazo en el aire, con el rostro lleno de incredulidad.

—¿Acabas de tirarme esto a la cabeza? ¿A mi cabeza? ¿Te has vuelto loco?

La criatura se tambaleó hacia mí, gruñendo palabras incoherentes.

—¡Roth! —chillé, esquivando el brazo apestoso—. ¡Esto ha sido una idea terrible!

—¿Tienes que restregármelo?

Tanteé detrás de mí y agarré una caja. Se la lancé al zombi y lo golpeé en un lateral de la cara. Se le cayó una oreja, que aterrizó sobre su hombro.

—¡Sí! ¡Haz algo!

Roth se acercó a nosotros, blandiendo el brazo esquelético como si fuera un bate de béisbol.

—Eso intento.

—¿Qué estás haciendo? —Me aparté a un lado mientras el zombi trataba de alcanzarme—. ¿No tienes poderes malvados de la oscuridad o algo parecido?

—¿Poderes malvados de la oscuridad? Ninguno que pueda utilizar aquí sin derribar el instituto entero sobre nosotros.

Aquello era ridículo.

—¿No puedes pensar en un plan mejor?

Roth resopló.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¡Dárselo a *Bambi* para que se lo coma o algo así!

—¿Qué? —Roth bajó el brazo, con expresión aturdida—. Le daría una indigestión por comerse algo tan podrido.

—¡Roth! Te juro por Dios que... —Mi deportiva resbaló en la porquería, y mi pierna la siguió por debajo de mí. Golpeé el cemento sucio y húmedo con un fuerte «¡uf!». Despatarrada en el suelo, levanté las manos pringosas—. Voy a vomitar. En serio.

—¡Apártate de mi camino! —gritó Roth.

Levanté la cabeza mientras él hacía girar su arma improvisada. Retrocedí a gatas, y tropecé con la mochila. El brazo del esqueleto golpeó la cabeza del zombi, y

después la atravesó. Unos salpicones de sangre y carne volaron por los aires y cayeron con un desagradable sonido al suelo... y también sobre mis vaqueros.

La piel, el músculo y el hueso se hundieron sobre sí mismos. La criatura hizo algo parecido a implosionar, y se derrumbó hasta que no quedó nada salvo un charco fangoso en el suelo y la ropa sucia que había llevado.

Roth tiró el brazo, y la furia tensó su expresión.

—Eso ha sido un tanto irritante. —Se giró para mirarme, y en sus ojos ambarinos apareció un destello de diversión—. Vaya, estás hecha un asco.

Miré mis pantalones y manos cubiertos de líquido viscoso antes de fulminar a Roth con la mirada.

—Te odio.

—«Odio» es una palabra muy fuerte. —Fue contoneándose hasta donde me encontraba y se agachó—. Deja que te ayude.

Lancé una patada y logré darle en la espinilla.

—No me toques.

Él se apartó cojeando y soltó una maldición mientras se sacudía los pantalones.

—Me has llenado de cerebro los vaqueros nuevos. Gracias.

Murmurando, me puse en pie y recogí mi mochila. Por suerte, no había nada repugnante en ella, pero ¿y yo? No quería mirarme siquiera de lo asquerosa que estaba.

—Bueno, esto ha sido muy divertido.

—¡Oye! No te enfades. Hemos resuelto el problema con el zombi.

Me señalé con ambas manos. En ese momento, me importaba una mierda saber por qué me estaba siguiendo.

—Mírame. Tengo vómito de zombi por todas partes, gracias a ti. Y tengo clases durante el resto del día.

Una sonrisa se extendió lentamente por su cara.

—Puedo llevarte a mi casa si quieres. Tengo una ducha que puedes utilizar, y después tal vez podríamos ir a tomar algo para enseñarte mi Porsche.

Me picaban las palmas de las ganas que tenía de que conocieran a sus mejillas.

—Eres asqueroso.

Él se rio entre dientes y se giró de nuevo hacia donde estaba el cadáver.

—¿Qué demonios estabas haciendo aquí? —preguntó, principalmente para sí mismo—. ¿Y qué...? —Miró por encima del hombro, y su mirada recayó en mi pecho. Entrecerró los ojos—. Oh, genial.

—¡Eh! Dios, ¡eres un cerdo!

Roth arqueó una ceja.

—Me han llamado cosas peores. Ve a limpiarte, yo me ocuparé de esto.

Tomé aire profundamente y me giré. Llegué hasta la puerta antes de que me detuviera, y lo oí decir algo entre dientes. Negué con la cabeza y lo dejé en el cuarto de las calderas, oliendo a zombi podrido.

Me pasé el resto del día con la ropa de gimnasia y el pelo empapado.

Odiaba a Roth.

Morris parecía sorprendido cuando entré por el asiento del copiloto. Normalmente iba a identificar todos los días después de clase, pero esa vez no me apetecía. A diferencia del día anterior, el silencio me dio la bienvenida cuando entré en la casa y solté la mochila junto a la puerta.

Atravesé el vestíbulo y me recogí el pelo húmedo en un moño desordenado. Tenía que decirle a Abbot lo del zombi en el instituto. Dejando de lado el tema de Roth, el zombi era un asunto serio. Sin embargo, había muchas posibilidades de que Abbot siguiera durmiendo.

La última vez que lo había despertado, tenía ocho años y el Señor Mocososo era mi única compañía. Quería alguien que jugara conmigo, así que llamé al caparazón de piedra de Abbot mientras dormía.

No había ido bien.

Aquella vez era distinto. Tendría que entenderlo, pero al menos podía tratar de suavizar su humor con una taza de café. Tardé un par de minutos en encontrar la maldita cafetera y el filtro, y después otros cinco en tratar de averiguar si debería seleccionar la opción de café o de capuchino. Hacía falta una carrera de ingeniería para entender aquella cosa. Tiré de una palanca de acero inoxidable, frunciendo el ceño. ¿Para qué demonios servía eso?

—En realidad no es tan complicado.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó, y aun así me las arreglé para soltar la cucharita medidora de metal, que repiqueteó en el suelo. Me agaché para recogerla, tratando de calmar la repentina maraña de nervios de mi estómago. Sentía las piernas débiles mientras me enderezaba.

Petr se encontraba en el umbral de la puerta, con los gruesos brazos cruzados sobre un pecho del tamaño de un barril.

—Veo que no te has vuelto menos torpe desde la última vez que te vi.

Viniendo de cualquier persona, aquella pulla podría haberme dolido. Dejé la cuchara sobre la encimera; que le dieran al café. Me detuve a unos cuantos pasos por delante de él.

—Disculpa.

No se movió.

—Y sigues teniendo la misma mala educación y mala leche.

Levanté la barbilla. Petr solo tenía uno o dos años más que yo, pero la incipiente barba oscura sobre su barbilla y su mandíbula lo hacía parecer mayor.

—¿Podrías quitarte de mi camino, por favor?

Se hizo a un lado, dejando menos de medio metro para que pasara.

—¿Ya estás contenta?

Estaba cualquier cosa menos contenta con la idea de que mi cuerpo se encontrara en el mismo código postal que el suyo. Pasé junto a él e hice una mueca cuando mi cadera rozó su pierna.

—Pensaba que ibas a hacer café. —Comenzó a seguirme—. Podría ayudarte.

Lo ignoré y aceleré el ritmo. No iba a volver a caer en la trampa de su tono lisonjero. Ni en esta vida ni en la siguiente.

Petr pasó junto a mí y bloqueó mi camino hacia el piso superior, hacia la seguridad. Suspiró.

—¿Para quién estabas haciendo el café?

Una chispa de miedo rodeó mi corazón.

—¿Podrías moverte? Tengo que ir arriba.

—¿No puedes hablar conmigo cinco minutos?

Instintivamente, mi mano fue hasta el objeto circular que llevaba bajo la camiseta, y se cerró sobre él. Traté de pasar junto a Petr, pero él imitó mis movimientos.

—Por favor, Petr, déjame pasar.

Una débil luz de la ventana cercana se reflejaba en el pequeño *piercing* que llevaba en la nariz aguileña.

—Recuerdo una época en la que te gustaba hablar conmigo. En la que esperabas ansiosa a que mi clan viniera de visita.

Un ligero rubor se extendió por mis mejillas mientras mi mano se tensaba sobre la camiseta. El anillo se me clavaba a través de la tela, presionando mi palma. Antes estaba colada por ese gilipollas.

—Eso fue antes de darme cuenta de lo asqueroso que eres.

La línea de su mandíbula se endureció.

—Yo no hice nada malo.

—¿Que no hiciste nada malo? Te dije que pararas, y tú no querías...

—Estabas siendo provocativa. —Bajó la voz—. ¿Y desde cuándo importa lo que los demonios dicen?

Tomé aire bruscamente.

—Soy una Guardiana.

Él puso los ojos en blanco y se rio.

—Ah, lo siento. Solo eres mitad demonio. Como si eso supusiera alguna diferencia. ¿Sabes lo que hacemos normalmente con los hijos de demonios y humanos?

—¿Quererlos y abrazarlos?

Traté de pasar por su lado, pero él plantó la palma sobre la pared por delante de mí.

—Los matamos, Layla. Tal como Abbot tenía que haber hecho contigo, pero eres demasiado «especial».

Me mordí el labio. Estaba demasiado cerca; si respiraba hondo, podría saborear su alma.

—Tengo que ir a ver a Zayne.

—Zayne sigue descansando. —Hizo una pausa—. Se ha quedado hasta muy tarde esta mañana, hablando con Danika.

Unos celos irracionales me inundaron el cuerpo, lo cual era una estupidez teniendo en cuenta la situación actual.

—Entonces voy a ver a...

—¿Jasmine y los mellizos? —preguntó—. Pues están echándose una siesta. No hay nadie despierto, Layla. Tan solo estamos tú y yo.

Tragué saliva.

—Morris está aquí. Y Geoff también está levantado.

Petr se rio.

—Eres tan ingenua...

Comencé a notar un lento ardor bajo la piel, y contuve el aliento. Si había alguien en el mundo a quien quisiera absorberle el alma, ese era Petr. De entre toda la gente, era quien más se lo merecía.

Su mano pesada aterrizó sobre mi hombro y me obligó a darme la vuelta. Petr sonrió.

—Estás en un lío muy gordo, pequeña zorra mitad demonio.

La furia me invadió mientras trataba de librarme de su mano. Solté el anillo y me preparé para romper la regla de no pelear con Guardianes.

—¿Me estás amenazando?

—No. En absoluto. —Movié la mano hasta mi garganta y la rodeó con los dedos con mucha más fuerza de lo que lo había hecho Roth. Era irónico que un demonio pareciera tener manos más gentiles que las de un Guardián—. Quieres pelear conmigo, ¿verdad? Pues hazlo. Nos lo pondrás mucho más fácil.

El estómago me dio un vuelco. Petr sabía que me metería en problemas, y había algo más que un destello de crueldad en sus ojos pálidos. Peor todavía, era consciente de que él no creía que hubiera nada malo en lo que estaba haciendo. Sus acciones jamás mancharían su alma, porque era pura sin importar lo que hiciera. Era como si tuviera vía libre. Se inclinó hacia delante, y su aliento era demasiado cálido contra mi mejilla.

—Vas a desear que Abbot hubiera acabado con tu miserable vida cuando eras un bebé.

A la mierda las reglas.

Levanté la rodilla y se la clavé donde más dolía. Petr soltó un gruñido bajo y me soltó, llevándose las manos adonde le había golpeado. Me di la vuelta con rapidez y subí corriendo la escalera, sin mirar atrás. En el pasillo, me encontré cara a cara con Elijah, el padre de Petr. Traté de no reaccionar, pero era difícil no fijarme en la cicatriz dentada que atravesaba sus labios. Abbot me había dicho que un Rey Demoníaco era quien se la había hecho.

Elijah me dirigió una mirada de repulsión, pero no dijo nada mientras pasaba



corriendo junto a él, me metía en mi habitación y echaba el cerrojo detrás de mí. Aunque aquello no iba a detener a ninguno de los dos si decidían atravesar la puerta.

## Capítulo siete



Abbot se encontraba sentado detrás del escritorio, con la pierna sobre la rodilla.

—No has comido mucho en la cena. ¿Aún te sientes mal?

Me dejé caer en la silla. Tan solo había logrado dar uno o dos bocados durante la tensa cena. Petr me había mirado fijamente todo el tiempo.

—No quiero que estén aquí.

Abbot se frotó la barba con los dedos. Llevaba el pelo color arena hacia atrás, como siempre.

—Layla, entiendo que te sientas incómoda. Elijah me ha asegurado que no vas a tener problemas con Petr.

—¿De verdad? Tiene gracia, porque antes Petr me ha arrinconado.

Sus dedos se detuvieron y sus ojos se agudizaron.

—¿Te ha hecho algo?

—No fue como... la última vez.

Me moví en mi sitio, incómoda, notando cómo me ardía la cara. Él soltó un suspiro bajo y prolongado.

—¿No puedes mantenerte alejada de él durante la próxima semana?

Me quedé pasmada.

—Yo me mantengo alejada de él. ¡Es él quien no se mantiene alejado de mí! Si vuelve a acercarse a mí, juro por Dios que voy a quitarle el...

Abbot dio un golpe en el escritorio con la mano, y me hizo saltar en la silla.

—¡No vas a hacer tal cosa, Layla!

El corazón me dio un vuelco.

—No lo decía en serio. Lo... lo siento.

—Sobre ese asunto no se bromea. —Negó con la cabeza y habló como si yo fuera una niña que se hubiera portado mal—. Estoy muy decepcionado porque hayas pensado siquiera en decir algo así. Si alguno de nuestros visitantes te hubiera oído, incluyendo el padre de Petr... el daño sería irreversible.

Noté un bulto desagradable y pegajoso en el pecho. Odiaba decepcionar a Abbot. Le debía demasiado: una casa, mi seguridad, una vida. Bajé los ojos, retorciendo el anillo entre los dedos.

—Lo siento... De verdad, lo siento mucho.

Abbot suspiró, y oí que se reclinaba en su asiento. Levanté la mirada; no quería sumarme a su larga lista de preocupaciones. Se pasó los dedos por la frente, con los ojos cerrados.

—¿De qué querías hablar conmigo, Layla?

De pronto, todo el asunto del zombi ya no parecía tan importante, y tampoco la presencia de Roth. Solo quería ir a esconderme a mi habitación.

—¿Layla? —insistió, y sacó un puro de una caja de madera de su escritorio. Jamás se los fumaba, pero le gustaba jugar con ellos.

—No es nada —dije finalmente—. Tan solo es algo que ha sucedido hoy en el instituto.

Sus cejas pálidas se elevaron un centímetro.

—¿Querías hablar conmigo sobre el instituto? Sé que Zayne ha estado ocupado con la llegada de Danika y el entrenamiento, pero tengo muchas cosas entre manos ahora mismo. A lo mejor a Jasmine le apetece charlar un rato contigo.

Tenía la cara tan caliente que me sentía como si pudiera freír un huevo sobre ella.

—No quiero hablar de chicos ni de mis notas.

Hizo girar el puro entre los dedos.

—¿Cómo van tus notas? La profesora te va a dejar hacer el examen mañana, ¿verdad?

Solté el anillo y me aferré a los brazos de la silla, frustrada.

—Mis notas van bien. Y tengo el examen...

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos aquí?

Me giré y vi a Zayne en el umbral de la puerta, con el pelo cayendo alrededor de su rostro como capas de arena.

—Estoy tratando de contarle a Abbot lo que ha pasado hoy en el instituto.

Su expresión perezosa se volvió de sorpresa. Echó un vistazo a su padre mientras una lenta sonrisa se extendía por sus labios.

—¿Y cómo te va?

Abbot soltó un fuerte suspiro y dejó el puro de nuevo en su caja.

—Layla, tengo que irme en breve para reunirme con el inspector de policía y el alcalde.

—Hoy había un zombi en el instituto —solté abruptamente.

—¿Eh? —Zayne se detuvo detrás de mi silla y me dio un golpecito en la parte posterior de la oreja. Le aparté la mano de un porrazo—. ¿De qué estás hablando?

Miré a Abbot a los ojos, repentinamente alerta.

—Estaba en el cuarto de las calderas, y...

—¿Cómo sabías que estaba ahí? —quiso saber el hombre, descruzando las piernas mientras se inclinaba hacia delante.

No podía hablarles de Roth. Ni de coña iba a abrir esa puerta.

—Lo... lo olí.

Zayne se dejó caer en el asiento junto a mí.

—¿Alguien más lo vio?

Hice una mueca.

—Créeme, si lo hubieran hecho, habría salido en las noticias de la noche. Estaba

fatal.

—¿Sigue estando allí?

Abbot se puso en pie y se bajó las mangas de la camisa.

—Eh... sí, pero no creo que vaya a ser un problema. Ya no es más que un montón de ropa y líquido viscoso.

—Espera un momento —dijo Zayne, frunciendo el ceño mientras me observaba—. Oliste a un zombi, ¿y sabiendo lo peligrosos que pueden ser decidiste bajar al cuarto de las calderas para verlo?

Lo miré. ¿Adónde quería ir a parar?

—Bueno, sí, así fue.

—¿Y te enfrentaste al zombi? ¿Lo mataste?

Bueeeeno...

—Sí.

Zayne le lanzó una significativa mirada a Abbot.

—Padre.

—¿Qué? —pregunté, y mis ojos fueron del uno al otro.

Abbot rodeó el escritorio, y soltó otro suspiro prolongado.

—¿Cuáles son las reglas, Layla?

Una sensación de intranquilidad me tensó los músculos del estómago.

—No mezclarme con las cosas peligrosas, pero...

—Zayne me contó que la otra noche seguiste a un Impostor a un callejón —me interrumpió él, en modo padre total. En modo padre decepcionado—. Y resultó ser un Buscador.

—Eh... —Cerré la boca y eché un vistazo a Zayne. Él evitó mis ojos, observando a su padre—. No es para tanto.

—Seguir a un Impostor o a cualquier otro demonio hasta un callejón sí que es para tanto, Layla. —Abbot cruzó los brazos y me dirigió una mirada de disgusto—. Eres más sensata que eso. Nadie puede ver tus marcas aparte de nosotros, no hay razones por las que debas seguir a ninguno a una zona aislada. Y en lugar de haber ido a buscar al zombi hoy, tendrías que haber llamado a Morris y él nos habría despertado.

Por Dios...

Me hundí en mi asiento.

—Pero...

—Nada de «peros», Layla. ¿Qué habría pasado si alguien hubiera visto al zombi? Tenemos la misión de mantener la verdad en secreto. La humanidad debe tener fe en que el Cielo y el Infierno existen sin tener pruebas.

—A lo mejor deberíamos reducir el tiempo que pasa identificando —sugirió Zayne—. No necesitamos que lo haga. Sinceramente, es muy vago por nuestra parte depender de que ella salga a identificar en lugar de buscar activamente a los demonios nosotros mismos.

Lo miré fijamente, viendo cómo mi libertad se esfumaba delante de mí.

—¡Nadie ha descubierto lo del zombi de hoy!

—Esa no es la cuestión —soltó Abbot—. Eres más sensata que esto, Layla. Te has arriesgado a unas consecuencias muy serias al no decírnoslo, por no mencionar el hecho de haber arriesgado tu propia seguridad.

Su decepción sonaba alta y clara. Me moví incómoda en mi asiento, sintiéndome como si midiera medio metro.

—Deberíamos echar un vistazo al instituto esta noche —dijo Zayne—. Que el inspector contacte con el superintendente, que diga que es algo rutinario para que no haya sospechas.

—Bien pensado. —Abbot le dirigió una sonrisa de orgullo a su hijo.

Me enfurecí.

—Entonces, ¿ya no tengo permitido salir a identificar?

—Todavía tengo que pensármelo —replicó Abbot.

Aquello no me sonaba bien. Odiaba la idea de no poder identificar. Era lo único que me redimía de la sangre demoníaca que tenía dentro, o que al menos me hacía sentir mejor. Arrebatarme eso era como darme un golpe en la cara. También me servía para salir de la casa, y con Petr allí eso era aún más importante. Me disculpé una vez más y salí del estudio. Me sentía como si estuviera a punto de llorar y gritar; o de pegarle un puñetazo a alguien.

Zayne me siguió hasta el pasillo.

—Eh.

Me detuve cerca de la escalera, y una oleada de furia me golpeó con fuerza en las tripas. Esperé hasta que estuvo detrás de mí.

—Tenías que contarle lo del Buscador en el callejón. Gracias.

Frunció el ceño.

—Tenía que saberlo, Layla. No estabas siendo cauta, y podrías haber salido herida.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste algo a mí en lugar de ir corriendo a tu papá?

Su mandíbula se tensó de inmediato.

—No fui corriendo a mi papá.

Crucé los brazos.

—Eso no es lo que parece.

Zayne soltó un suspiro que me resultaba familiar. Significaba «estás siendo infantil y me estás poniendo de los nervios». Lo ignoré.

—¿Por qué has sugerido que deje de identificar? Ya sabes lo importante que es para mí.

—Tu seguridad es más importante. Y ya sabes que nunca he estado de acuerdo realmente con que te dejen ir por todo Washington tú sola persiguiendo demonios. Es peligroso.

—Llevo identificando demonios desde que tenía trece años, Zayne. Nunca he

tenido ningún problema...

—Hasta hace un par de noches —me interrumpió, con las mejillas ruborizadas por la furia. Era muy extraño que Zayne perdiera la paciencia conmigo, pero, cuando lo hacía, era épico—. Y es más que eso. Eres joven y guapa; quién sabe qué clase de atención estarás atrayendo ahí fuera.

En cualquier otro momento me hubiera sentido emocionada por oírle decir que soy guapa, pero en ese instante quería tomar esa palabra y estampársela en la cara.

—Sé cuidar de mí misma.

Me miró fijamente.

—Lo que te he enseñado tan solo te ayudará hasta cierto punto.

La irritación y la necesidad de demostrar que no era una tonta indefensa provocaron lo que dije a continuación.

—Y yo sé cómo acabar con alguien.

Zayne comprendió a qué me refería, y una expresión de completa incredulidad apareció en su cara.

—¿Así es como te protegerías? ¿Arrebatándole el alma a alguien? Qué bonito.

Me di cuenta de mi error de inmediato, y bajé un peldaño.

—No lo decía en serio, Zayne. Ya lo sabes.

Él no parecía tan seguro.

—Lo que tú digas. Tengo cosas de las que ocuparme.

—¿De Danika, por ejemplo? —dije antes de poder evitarlo.

Cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos, eran de un azul helado e inescrutable.

—Qué madura. Buenas noches, Layla.

Unas lágrimas ardientes me nublaron la visión mientras lo observaba marcharse. Me lo estaba cargando todo sin intentarlo siquiera; hacía falta talento para ello. Me di la vuelta y vi a Petr ahí de pie, en el salón. Su sonrisita de suficiencia me decía que había oído toda la conversación y que había disfrutado.

\* \* \*

Me desperté con el corazón latiendo con fuerza y la garganta ardiendo. Las sábanas estaban enredadas entre mis piernas, raspándome la piel. Me di la vuelta y miré la luz de un verde neón del despertador.

Eran las 2:52 de la madrugada.

Necesitaba algo dulce.

Aparté las sábanas y me puse en pie. Tenía el camisón pegado a la piel húmeda. No había ni una sola luz en el pasillo fuera de mi habitación, pero me sabía el camino de memoria. Había habido demasiadas noches en las que el ansia me golpeaba con fuerza de forma inesperada, lo cual implicaba viajes oscuros y silenciosos hasta la cocina.

Bajé los peldaños sin hacer ruido y me apresuré a recorrer las habitaciones en

sombras. Comenzaba a sentir que me temblaban las piernas, y mi ritmo cardíaco se incrementaba. «No puedo vivir así».

El brazo me tembló cuando abrí la puerta del frigorífico, y la luz amarilla bañó mis piernas desnudas y el suelo. Me incliné, buscando con impaciencia el cartón de zumo de naranja entre las botellas de agua y leche. Molesta y lista para pegarle una patada a algo, encontré el zumo detrás de los huevos.

El cartón se me resbaló entre los dedos temblorosos, cayó al suelo y derramó el zumo pegajoso sobre mis pies. Las lágrimas se amontonaron en mis ojos y se deslizaron por mis mejillas. Estaba llorando porque se me había derramado el zumo, por el amor de Dios. Tenía que ser uno de los momentos más patéticos de todos los tiempos.

Me senté junto al charco pegajoso e ignoré el aire frío del frigorífico. No sé cuánto tiempo permanecí allí sentada antes de cerrar la puerta de golpe. De repente, la cocina quedó sumida en la oscuridad. Me gustaba que estuviera así. Tan solo estábamos yo, siendo ridículamente estúpida, y la oscuridad. Nadie podía ver mi histeria.

Entonces oí un suave batir de alas, que aumentó de volumen mientras avanzaban hacia la cocina. Me puse rígida, y el aliento se me quedó atascado en la garganta. El aire se agitó a mi alrededor. Levanté la mirada y vi unos ojos amarillos y unos colmillos rodeados de piel del color y la textura del granito pulido. La nariz era plana, y las fosas nasales, unas delgadas rendijas. Dos cuernos que se curvaban hacia dentro dividían la cascada de pelo oscuro.

Danika era tan impresionante en su forma auténtica como en la humana.

Cayó junto a mí, y sus garras golpearon el suelo de baldosas mientras caminaba hasta la isla y tomaba un rollo de papel de cocina.

—¿Necesitas ayuda?

Era extraño ver a una gárgola de más de metro ochenta de altura ofreciéndote papel de cocina.

Danika me miró desde arriba, y sus labios de un gris oscuro se curvaron en una sonrisa dudosa. Me apresuré a secarme por debajo de los ojos con las manos, y después tomé el puñado de papel.

—Gracias.

Danika plegó las alas mientras se agachaba y limpió la mayor parte del desastre de una pasada.

—¿Te encuentras mal?

—Estoy bien.

Recogí el cartón y comprobé que estaba vacío. Genial. Ella hizo una bola con el papel. Sus dedos eran largos y elegantes, pero aquellas garras podían atravesar piel, músculo e incluso metal.

—No me parece que estés bien —dijo con cuidado—. Zayne me ha dicho que a veces te pones... enferma.

Levanté la cabeza de golpe, y una sensación de traición me inundó por dentro. Ni siquiera era capaz de formar palabras.

El rostro de Danika se arrugó.

—Tan solo está preocupado por ti, Layla. Le importas muchísimo.

Tomé el papel empapado y el cartón vacío, y me puse en pie sobre piernas temblorosas.

—Ah. —Me reí secamente—. ¿Le importo? ¿Por eso es por lo que te ha contado lo de mi «enfermedad»?

Se enderezó con lentitud.

—Solo me lo dije para que pudiera ayudarte si alguna vez necesitabas algo. —Retrocedió mientras observaba la expresión de mi rostro—. Layla, yo no te juzgo. De hecho, pienso que eres increíblemente fuerte.

Más lágrimas, aún más ardientes que las que ya habían caído, me quemaron la parte posterior de la garganta. El porqué de estar siempre comiendo cosas dulces no era un secreto, pero solo Zayne sabía lo difícil que era para mí... hasta ahora. No podía creer que se lo hubiera dicho a Danika, y que encima le hubiera pedido que me echara un ojo. «Mortificada» era una palabra débil para describir cómo me sentía.

—Layla, ¿necesitas algo más? Puedo ir a la tienda a comprar más zumo.

Tiré el cartón al cubo de la basura, con los hombros tensos.

—No voy a saltar sobre ti para absorberte el alma, si eso es lo que te preocupa.

Danika jadeó.

—Eso no es lo que quería decir, en absoluto. Es solo que tienes aspecto de necesitar algo, y quiero ayudarte.

Me giré rápidamente. Seguía de pie junto al frigorífico, con las alas extendidas, más de un metro de largo cada una a ambos costados.

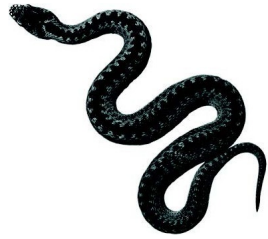
—Estoy bien. No hace falta que me eches un ojo. —Me alejé, pero entonces me detuve junto a la puerta y tomé un aliento corto—. Dale las gracias a Zayne de mi parte.

Antes de que Danika pudiera responder, salí de la cocina y fui hasta mi habitación. Me arrastré hasta mi cama y me tapé la cabeza con las sábanas. De vez en cuando, un espasmo me recorría los músculos y mi pierna daba una sacudida. Las palabras se repetían en mi cabeza una y otra vez.

«No puedo vivir así».



## Capítulo ocho



—¿Te encuentras bien? —me preguntó Stacey en cuanto se sentó junto a mí en Biología—. Tienes aspecto de estar hecha una mierda.

Ni siquiera me molesté en levantar la mirada.

—Muchas gracias, amiga.

—Bueno, lo siento, pero es la verdad. Parece que te hubieras pasado toda la noche llorando.

—Es la alergia. —Me moví hacia delante, de modo que mi pelo ocultara la mayor parte de mi cara—. Tú, sin embargo, pareces terriblemente alegre hoy.

—Sí, ¿verdad? —Soltó un suspiro soñador—. Mi madre no me ha fastidiado el café, como hace siempre. Ya sabes cómo me pongo cuando lo hace, que es casi cada maldita mañana, pero hoy no. Hoy todo va de perlas y mi mundo es luminoso y resplandeciente. En fin, ¿qué es lo que te ha hecho Zayne?

—¿Qué?

Levanté la cabeza, frunciendo el ceño, y ella me dirigió una mirada compasiva.

—Zayne es la única persona que puede hacerte llorar.

—No estaba llorando.

Se apartó el flequillo hacia atrás.

—Lo que tú digas. Tienes que superarlo y liarte con algún buenorro. —Hizo una pausa y asintió con la cabeza en dirección a la puerta—. Como él, por ejemplo. Él te dejaría llorando por una razón totalmente diferente.

—No estaba llorando por... —Me detuve cuando me di cuenta de que estaba señalando a Roth—. Espera, ¿cómo crees que me haría llorar él?

Mi amiga abrió mucho los ojos.

—¿Lo dices en serio? ¿Es que necesitas que te lo deletree?

Le eché un vistazo al demonio. Al igual que Stacey, mis compañeros de clase habían dejado de hacer lo que estuvieran haciendo solo para mirarlo. Se movía con un contoneo natural cuando caminaba, y de pronto comprendí a qué se refería Stacey. Me puse roja como una remolacha y volví a mirar mi libro.

Ella se rio.

Ese día tocaba prácticas de laboratorio. Nos habían puesto en el mismo equipo que Roth, para deleite de Stacey. Sorprendentemente, el chico me ignoró durante la mayor parte de la clase y se dedicó a charlar con Stacey. Ella le contó todo a

excepción de su talla de sujetador, y creía sinceramente que si la campana no hubiera sonado, también le habría dicho eso.

Mi humor de mierda se mantuvo durante el resto del día. Durante la hora del almuerzo, moví la comida por el plato mientras Stacey entablaba una épica batalla de miradas con Eva.

Sam me pinchó con su tenedor de plástico.

—Oye.

—¿Hum?

—¿Sabías que todos los estados del norte tienen una ciudad llamada Springfield?

Noté cómo una sonrisa estiraba mis labios.

—No, no lo sabía. A veces me gustaría tener la mitad de memoria que tú.

Sus ojos centellearon por detrás de sus gafas.

—¿Cuánto tiempo crees que va a tardar Stacey en fulminar a Eva con la mirada?

—Te estoy oyendo —respondió nuestra amiga—. Ha estado extendiendo unos rumores bastante desagradables. Creo que voy a allanar su casa por la noche para cortarle el pelo. Después a lo mejor se lo pego a la cara.

Sam sonrió.

—Esa es una forma muy extraña de vengarse.

—Sí, la verdad es que sí —dije, y bebí un poco de agua.

Stacey puso los ojos en blanco.

—Si oyeras las gilipolleces que está diciendo, tú también te apuntarías a pegarle el pelo a la cara.

—Ah, ¿tiene algo que ver con lo de que me dejo hacer tras una cerveza o que soy una sirvienta en mi propia casa?

Le puse el tapón a la botella de agua, aunque consideré brevemente la posibilidad de tirárselo a la cara a Eva.

Sam se quitó las gafas.

—Yo no había oído eso.

—Eso es porque tú no oyes nada, Sam. Eva ha estado diciendo cosas horribles sobre Layla. No voy a consentírselo.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, cortando mi respuesta. Miré hacia la izquierda y me sorprendió ver ahí a Roth. Era la primera vez que lo veía en la cafetería; por alguna razón no pensaba que comiera.

Stacey ni siquiera trató de ocultar su sorpresa.

—¡Roth! ¡Has venido!

—¿Qué?

Me sentía tan confusa como Sam, a juzgar por su expresión.

Roth se sentó en el asiento libre que había junto a mí, con una sonrisa arrogante en el rostro.

—Stacey me ha invitado a comer con vosotros en clase de Biología. ¿Es que no estabas prestando atención?

Le lancé a mi amiga una mirada de incredulidad, pero ella se limitó a sonreír.

—Qué amable por tu parte —dije con lentitud.

La mirada de Sam alternó entre Stacey y yo antes de posarse en Roth. Extendió la mano con torpeza, y quise darle un porrazo para que la apartara.

—Yo soy Sam. Encantado de conocerte.

El demonio le tendió la mano.

—Puedes llamarme Roth.

—¿Roth, como las cuentas de jubilación? —preguntó Sam—. ¿En serio te llamas así?

Las oscuras cejas de Roth se alzaron mientras miraba fijamente a Sam.

—Lo siento —dijo Stacey con un suspiro—. Sam no tiene absolutamente ninguna habilidad social. Debería habértelo advertido.

El chico la miró, entrecerrando los ojos.

—¿Qué pasa? Hay unas cuentas de jubilación que se llaman así: Roth. ¿Cómo es que no lo sabías?

—Estoy en el instituto. ¿Por qué iba a preocuparme por la jubilación? Además, ¿quién iba a saber algo así, aparte de ti? —preguntó Stacey mientras tomaba un tenedor de plástico y se lo agitaba delante de la cara—. Ahora seguro que vas a impresionarnos con tu conocimiento acerca de los utensilios de plástico y cómo los crearon.

—Siento que tu falta de conocimientos te ponga incómoda —replicó él, y apartó el tenedor con una sonrisa—. Debe de ser difícil vivir con un cerebro tan pequeño como el tuyo.

Roth me dio un codazo, y yo casi salté de la silla.

—¿Siempre están así?

Me planteé la posibilidad de ignorarlo, pero cuando lo miré a la cara me di cuenta de que no podía apartar la mirada. Verlo en la cafetería del instituto era más que desconcertante. Suponía que tan solo iría a clase de Biología, y después desaparecería. ¿De verdad se pasaba todo el día en el instituto?

—Siempre —murmuré.

Sonrió mientras bajaba la mirada hasta la mesa.

—Entonces, ¿de qué estabais hablando antes de las cuentas de jubilación y la creación de utensilios?

—De nada —me apresuré a responder.

—Eva Hasher; esa zorra de ahí —dijo Stacey con un gesto de la mano—. Ha estado contando mentiras sobre Layla.

—Gracias —repliqué, y miré con desesperación las puertas que conducían fuera de la cafetería.

—Eso he oído —respondió Roth—. ¿Así que estabas planteando alguna clase de venganza?

—Por supuesto —asintió ella.

—Bueno, siempre puedes...

—No —lo detuve—. No hace falta ninguna venganza, Roth.

Estaba segura de que sus ideas me comprarían un billete solo de ida al Infierno.

Él se apartó un mechón de pelo de la cara. Ese día no lo llevaba de punta, y me gustaba un poco más así. Hacía que su rostro se suavizara, aunque no es que me gustara su pelo, ni su cara, ni nada que tuviera que ver con él.

—Eso no es nada divertido.

Sam le echó un vistazo al demonio y volvió a ponerse las gafas.

—No conoces a Stacey. La última vez que planeó una venganza, tuvo que robar una lata de spray de pimienta y un coche.

Roth abrió mucho los ojos.

—Vaya. Qué radical.

Stacey se estiró en la silla y sonrió de oreja a oreja.

—¿Qué puedo decir? Si voy a ser mala, quiero serlo del todo.

Eso pareció emocionar al demonio, lo cual no resultaba nada sorprendente. Intervine antes de que pudiera decir algo.

—Entonces... ¿qué vais a hacer este fin de semana?

Sam se encogió de hombros.

—Estaba pensando en ir a ver una obra en la vieja ópera. Ya que nadie me ha conseguido la entrevista del siglo, voy a hacer en su lugar un artículo sobre arte *folk*. Que Dios me ayude.

Me froté la frente con cansancio.

—Lo siento. Ya te dije que no te hicieras ilusiones. A los Guardianes no les gustan demasiado las cámaras, como quizá recordarás.

—Roth, ¿sabías que los Guardianes adoptaron a Layla? —dijo Stacey, y me dio un golpecito por debajo de la mesa—. ¿Te da mal rollo?

Me entraron ganas de pegarle un puñetazo.

—¿Darle mal rollo? —Roth sonrió—. Qué va. Creo que es... una pasada.

Lo miré con lentitud.

—¿En serio?

Su boca se curvó en esa maldita sonrisa angelical.

—Oh, sí. Admiro a los Guardianes. ¿Dónde estaríamos de no ser por ellos?

Casi me reí por lo ridículo que sonaba viniendo de un demonio. Pero, aunque me las arreglé para contener la risa, la sonrisa apareció antes de que pudiera hacer nada al respecto. Los ojos de Roth volvieron a encontrarse con los míos, pero esa vez la cafetería se desvaneció. Sabía que el mundo continuaba girando a nuestro alrededor, y oía a Stacey y a Sam discutiendo otra vez, pero me sentía como si solo estuviéramos nosotros dos. Noté un extraño aleteo en el pecho, extendiéndose por mi cuerpo.

Se movió sin que me diera cuenta, y su aliento cálido bailó sobre mis mejillas y mis labios. El aire se me quedó atascado en los pulmones. Sus labios se separaron, y

me pregunté cómo sería pasar mis dedos por ellos, sentirlos.

—¿Qué estás pensando? —murmuró mientras parpadeaba.

Salí de mi trance y recordé a quién y qué estaba mirando. Estaba pensando en él de una forma que jamás debería plantearme siquiera. Se suponía que tenía que estar enfadada con él por lo del día anterior y las incontables cosas que había hecho en el escaso tiempo que hacía que lo conocía.

Sintiéndome mareada, me mordí el labio y me concentré en la discusión de mis amigos. Tenía algo que ver con piñas y cerezas, pero unos cuantos segundos más tarde le dirigí otra mirada furtiva a Roth. Su sonrisa resultaba engreída, y quizás un tanto retadora.

Y tenía la sensación de que estaba metida en problemas.

\* \* \*

Tras terminar el examen de recuperación de Biología, metí los libros en la taquilla. Probablemente Abbot no quisiera que fuera a identificar demonios aquella noche, pero eso era lo que tenía planeado. Arriesgarme a soportar su ira era mucho peor que quedarme encerrada en mi habitación o que verme obligada a estar junto a Petr. Mientras cerraba la puerta, noté un movimiento antinatural del aire a mi alrededor. Al levantar la mirada, el corazón me dio un vuelco y se detuvo.

Roth estaba reclinado contra la taquilla que había junto a la mía, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros.

—¿Qué haces?

—Dios. —Retrocedí dando un traspiés—. Casi consigues que me dé un infarto.

La comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

—Ups.

Me colgué la mochila de los hombros y pasé a su lado, pero él me siguió el ritmo fácilmente. Abrí las pesadas puertas de metal, dando la bienvenida al fresco aire de la tarde.

—¿Qué quieres?

—Pensaba que te gustaría saber que ayer limpié el desastre del cuarto de las calderas.

Eso lo había adivinado ya, puesto que se suponía que Abbot y Zayne iban a ver qué había pasado con el zombi la noche anterior y no me habían sacado de la cama para gritarme acerca del cadáver.

—Bien por ti.

—Y tú vas a ir a identificar demonios, ¿verdad? Incluso a pesar de que te pedí amablemente que no lo hicieras. No puedo dejar que lo hagas sola.

—¿Por qué no?

—Ya te he explicado por qué. No es seguro para ti.

Me aguanté las ganas de gritar.

—¿Y por qué no es seguro para mí?

No dijo nada.

Muy cabreada, seguí avanzando. Las calles estaban repletas de viajeros apresurándose a llegar a las bocas de metro, así que tal vez pudiera darle esquinazo entre la multitud. Una manzana después, seguía a mi lado.

—Estás enfadada conmigo —dijo con tranquilidad.

—Supongo que podría decirse que sí. No me caes demasiado bien.

Se rio entre dientes.

—Me gusta que trates de ser honesta.

Le dirigí una mirada cautelosa.

—No estoy tratando de serlo. Soy honesta.

Roth sonrió ampliamente, mostrando unos dientes de aspecto sorprendentemente afilado.

—Eso es mentira. A una parte de ti sí que le caigo bien.

Bajé el bordillo de la acera, irritada.

—Yo no soy quien está mintiendo ahora mismo.

Sin inmutarse, estiró el brazo y me atrapó el mío, apartándome justo antes de que un taxi pasara rugiendo tan rápido que me agitó el pelo. El conductor tocó el claxon y me gritó algo obsceno.

—Ten cuidado —murmuró Roth—. Dudo que seas tan guapa por dentro como por fuera.

De inmediato fui consciente de cómo mi pecho estaba apretado contra el suyo. Una calidez me inundó de forma inexplicable, como si estuviera tumbada bajo el sol del verano. Nuestros ojos se encontraron, y estábamos tan cerca que podía ver que no eran de oro puro, sino que había unas motas de un ámbar profundo en ellos. Rodaban de forma salvaje, atrayéndome hacia ellos. Su aroma salvaje nos cubrió.

Mi mano se cerró contra su pecho. ¿Cuándo había acabado ahí? No lo sabía, pero mi mirada había descendido hasta su boca. Aquellos labios... Tan cerca...

La media sonrisa de Roth aumentó aún más.

Consciente de pronto de lo que estaba pasando, me liberé de él. La risotada de Roth me puso los pelos de punta. Me las arreglé para cruzar la calle sin que me atropellaran, pero seguía sintiendo un hormigueo en el cuerpo por aquel breve contacto.

Y aquello estaba mal.

Por suerte, encontré algo para distraerme: en la esquina contraria había un Esbirro.

Estaba holgazaneando bajo un hotel en construcción, de pie junto al andamiaje rojo que subía por la parte delantera del edificio. El Esbirro parecía igual que cualquiera de los punkis que podían encontrarse en las calles de Washington D. C.

—¿Sabes? Podrías haberme dado las gracias por haberte salvado la vida —dijo Roth, que se encontraba de repente junto a mí.

Solté un gruñido, manteniendo la mirada fija en el Esbirro.

—No me has salvado la vida.

—Casi te aplasta un taxi. Si quieres que te aplasten, puedo ofrecerte mis servicios alegremente. Te prometo que será mucho más...

—Ni siquiera termines esa frase.

—Solo era una oferta.

—Lo que tú digas. —Observé al Esbirro, que estaba mirando a un obrero de la construcción mientras comenzaba a bajar por el andamiaje—. Si te doy las gracias, ¿te marcharás?

—Sí.

—Gracias —dije con entusiasmo.

—Te he mentado.

—¿Qué? —Levanté la mirada hacia él, frunciendo el ceño—. Eso es muy rastrero.

Roth se inclinó de modo que nuestras caras quedaran a pocos centímetros de distancia. Dios, olía de maravilla. Cerré los ojos brevemente, y juraría que podía «sentirlo» sonreír.

—Soy un demonio. Tiendo a mentir de vez en cuando.

Noté cómo mis labios se curvaban en una sonrisa, y me apresuré a girarme para ocultarla.

—Tengo cosas que hacer, Roth. Vete a molestar a otra.

—¿Vas a marcar a ese Esbirro de ahí? —preguntó. Estábamos parados al otro lado de una tienda de videojuegos, a un par de tiendas del edificio en construcción. No dije nada, y Roth se reclinó sobre la pared de ladrillos rojos—. Antes de que marques a ese chaval y lo sentencies a muerte, ¿por qué no miras lo que va a hacer realmente?

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué iba a dejar que hiciera algo que sé que va a hacerle daño a alguien?

—¿Cómo sabes que va a hacerle daño a alguien? —Roth inclinó la cabeza hacia un lado, y unas ondas de pelo negro azabache cayeron sobre su frente suave—. Realmente nunca has esperado para ver qué hacía uno de ellos, ¿verdad?

Comencé a mentir, pero entonces aparté la mirada y la centré en el Esbirro. El demonio llevaba el pelo de punta y de color verde y se frotaba la mandíbula con la mano mientras observaba al obrero bajar de un salto y dirigirse hacia otra sección, protegida por una red de cuerda naranja. El hombre tomó una especie de sierra y la agitó a su alrededor mientras se reía por algo que le decía su compañero.

—Tan solo espera a ver lo que pasa antes de juzgarlo —dijo Roth, encogiéndose de hombros—. No te hará daño.

Lo fulminé con la mirada de reojo.

—No lo estoy juzgando.

Roth inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Quieres que finja no tener ni idea de las crueldades que haces después de clase?

—¿Crueldades? —Puse los ojos en blanco—. Tan solo los marco...

—Lo cual hace que queden iluminados para que los Guardianes los eliminen después —terminó—. Así que no tengo ni idea de cómo puedes pensar que eso no es jugar a ser juez y jurado.

—Eso es una estupidez. ¿Quieres que le deje hacer algo malvado? Va a ser que no.

Pareció pensárselo.

—¿Sabes cuál creo que es tu problema?

—No, pero apuesto a que vas a iluminarme.

—Oh, sí, así es. No quieres ver lo que hace el Esbirro porque tienes miedo de que no sea algo malvado, y entonces tendrás que enfrentarte al hecho de que tus Guardianes son asesinos, y no salvadores.

Me quedé boquiabierta, pero también me dio un vuelco el estómago al oír sus palabras. Si lo que decía era cierto, entonces volvería mi mundo del revés. Pero no podía serlo. Los demonios eran malvados.

—Está bien —solté—. Esperaré.

Roth me mostró una sonrisa arrogante.

—Bien.

Murmuré entre dientes y volví a concentrarme en el Esbirro. Iba a tener que dar muchas explicaciones como se cargara una acera entera llena de personas. Considerar cualquier otra opción era imposible: toda mi vida se había construido alrededor de una creencia simple: los demonios merecían ser castigados.

El Esbirro se apartó de la pared y extendió el brazo, rozando tranquilamente la parte inferior del andamiaje con los dedos, y después continuó caminando. Un segundo más tarde, un fuerte gruñido atravesó el ruido del tráfico y el andamiaje comenzó a temblar. Los trabajadores giraron la cabeza, y el hombre dejó caer la sierra y soltó un grito. Unos cuantos trabajadores más corrieron desde el lateral del edificio, aferrándose a sus cascos amarillos mientras el andamiaje entero caía y se derrumbaba como un acordeón detrás de la cuerda naranja.

Mientras las volutas de humo se asentaban y las maldiciones explotaban como disparos, los peatones se detenían en las aceras, algunos sacando fotos del desastre con sus móviles. Y, Dios, era un desastre. A saber cuánto habían tardado en levantar el andamiaje, que además tenía herramientas en él, pero probablemente habrían quedado destrozadas.

Me limité a mirar fijamente.

—Hum —dijo Roth lentamente—. Desde luego esto va a significar que el proyecto se retrase y se pierda dinero, pero ¿mal puro y terrorífico? Nah, yo creo que no.

—Pro... probablemente quería que cayera sobre la acera.



—Sigue diciéndote eso si quieres.

Nadie había salido herido. Era casi como si el Esbirro hubiera esperado a que el último hombre bajara del andamiaje antes de tocarlo. No era capaz de procesar lo que acababa de ver.

Roth me pasó los brazos por encima del hombro.

—Venga. Vamos a buscar a otro.

Me quité su brazo de encima mientras bajábamos por la acera. Estaba volviendo a tararear esa maldita canción.

—¿Cuál es?

Se detuvo.

—¿Cuál es qué?

—La canción que no dejas de tararear.

—Ah. —Sonrió—. *Paradise City*.

Tardé unos cuantos segundos en comprender a qué se refería.

—¿De los Guns N' Roses?

—Muy buena —replicó.

Encontramos a una mujer Esbirro trasteando con los cables conectados a los semáforos. Los cuatro lados de la intersección se pusieron en verde al mismo tiempo y hubo algunos choques, pero nuevamente nadie salió herido. La Esbirro podría haber cambiado las luces de los peatones, lo cual hubiera sido muy malo, pero no lo había hecho.

Todo aquel asunto era más travieso que siniestro.

—¿Quieres ir a ver si a la tercera va la vencida?

—No —susurré, desconcertada y confusa. Tan solo eran dos demonios.

Roth arqueó una ceja oscura.

—¿Quieres ir a marcar demonios? ¿No? Eso pensaba. ¿Qué te parece si hacemos otra cosa?

Me detuve en un paso de peatones y le lancé una mirada.

—¿Por eso me dijiste que dejara de identificar? ¿Porque piensas que los Esbirros son inofensivos?

—Sé que los Esbirros son inofensivos, pero no todos los demonios lo son. Algunos de nosotros somos muy malos, pero esos que estás sentenciando a muerte no. —Hizo una pausa, y el estómago me dio un vuelco—. Pero no, mi petición en realidad no tiene nada que ver con eso.

—Entonces, ¿qué?

No respondió hasta que cruzamos la calle y subió a la acera.

—¿Tienes hambre?

Mi estómago gruñó como toda respuesta: siempre tenía hambre.

—Roth...

—Voy a ofrecerte un trato genial. Tú comes conmigo, y yo te hablaré sobre la otra que era como tú. Te encantaría saber más, ¿a que sí? —Me dirigió una sonrisa triunfal

—. Ven conmigo y te contaré lo que sé... al final de nuestra pequeña aventura. No antes.

Pasé junto a un grupo de turistas. La curiosidad me estaba abriendo un agujero por dentro, y era más fácil centrarme en eso que en la posibilidad de condenar a muerte a Esbirros relativamente inofensivos. Pero hacer un trato con un demonio era literalmente hacer un trato con el diablo.

—¿Cuál es el truco?

Me dirigió una mirada terriblemente inocente.

—Que me dejes estar contigo. Eso es todo, te lo prometo.

—Ya me has mentido —le recordé, y crucé los brazos—. ¿Cómo sé que no me estás mintiendo ahora?

—Supongo que es un riesgo que tendrás que correr.

Una pareja mayor pasó junto a nosotros y nos sonrió. Roth les dirigió una de sus sonrisas más encantadoras mientras yo me preguntaba qué hacer. Dudaba que Abbot esperase una marca esa noche, dado que ni siquiera estaba segura de que me permitieran seguir haciéndolo. Tomé un corto aliento y asentí rígidamente con la cabeza.

—Vale.

Su sonrisa se ensanchó.

—Genial. Conozco el lugar perfecto.

—Eso me preocupa —repliqué débilmente.

—Me emocionas.

Me sonrojé, y me apresuré a ajustar la correa de mi mochila. Entonces Roth bajó la mano y me quitó los dedos de ella. Sentí como si el corazón se me parara durante un segundo y mi cara ardiera con más fuerza.

—¿Siempre eres así? —preguntó, girando mi mano en la suya.

—¿Así, cómo?

—Te pones nerviosa con facilidad, siempre te ruborizas y apartas la mirada. —Recorrió mi palma con la yema de los dedos, y la caricia me provocó una sacudida que me atravesó y siguió el camino de mis terminaciones nerviosas hasta llegar a los dedos de los pies—. Como ahora. Te estás ruborizando otra vez.

Aparté la mano de la suya.

—Y tú siempre eres fastidioso y repulsivo.

Se rio entre dientes, pero no era una risa falsa: de verdad le hacían gracia mis insultos. Qué retorcido.

—Hay una pequeña cafetería junto al Verizon Center que tiene las mejores magdalenas del mundo.

—¿Comes magdalenas? —Me pareció extraño—. Pensaba que beberías sangre de vírgenes y comerías corazones de vaca.

—¿Qué? —Roth volvió a reírse, y el sonido era profundo y agradable—. ¿Qué te han enseñado los Guardianes? Me encantan las magdalenas. ¿Quieres ir en metro o

caminando?

—Caminando —dije—. No me gusta estar bajo tierra.

Comenzamos a caminar hacia allí, lo cual nos llevaría algún tiempo. Mantuve la mirada fija en las almas resplandecientes que tenía delante, consciente de Roth en todos los niveles. Lo más extraño era que, cuando lo miraba y no veía su alma, sentía alivio en lugar de terror. Estar rodeada de almas durante todo el día me carcomía, y aquel vacío era como un indulto.

Pero era algo más que eso.

Estar con Roth era algo así como liberador. Además de Zayne y los otros Guardianes, él era el único que sabía lo que era. Incluso mis mejores amigos no tenían ni idea sobre ello. Pero Roth lo sabía, y no le importaba. A Zayne y a los demás Guardianes sí les importaba. Vale, Roth era un demonio completo de a saber qué clase, pero con él no tenía que fingir.

—A mí tampoco me gusta ir bajo tierra —dijo poco después.

—¿Por qué? Para ti debería ser como ir a casa.

—Precisamente.

Levanté la mirada hasta él. Con las manos metidas en los bolsillos y una expresión seria en la cara, parecía extrañamente vulnerable. Sin embargo, cuando me echó un vistazo sus ojos parecían los de un depredador. Estremeciéndome, entrecerré los ojos ante el sol brillante.

—¿Cómo es estar ahí abajo?

—Caluroso.

Puse los ojos en blanco.

—Eso ya lo suponía.

Roth tomó un folleto anti-Guardianes de la parte posterior de un banco mientras pasábamos junto a él y me lo entregó.

—Es un poco como esto, pero más oscuro. Creo que intenta imitar lo que hay en la superficie, pero se vuelve retorcido. No es un lugar muy bonito. Hay muchos acantilados, ríos que no tienen fin y eriales donde se han derrumbado ciudades. No creo que te gustara.

El folleto tenía el mismo dibujo burdamente trazado que la mayoría, y lo tiré a una papelera cercana.

—¿Te gusta?

—¿Tengo elección? —preguntó gélidamente. Notaba sus ojos sobre mí, esperando a ver mi reacción.

—Diría que sí. O bien te gusta, o bien no.

Apretó los labios.

—Me gusta más esto.

Traté de mantenerme inexpresiva mientras nos deteníamos en otra intersección abarrotada.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Más de lo que debería.

—¿Qué significa eso?

Giré la cabeza y mis ojos se cruzaron con su intensa mirada.

—Aquí es más... real. —Puso la mano sobre la parte inferior de mi espalda, y el peso ardió a través de mi fino jersey de la forma más inusualmente deliciosa mientras me guiaba por la calle—. Y bueno, ¿cuándo empezaste a marcar demonios?

Me mordí el labio, sin saber muy bien cuánto debería decirle.

—Tenía trece años cuando empecé.

Frunció el ceño.

—¿Tanto tiempo tardaron en darse cuenta de que podías hacerlo?

—No. Después de que me... encontraran, ya sabían que podía ver almas. Supongo que debí de decir que veía las tuyas o algo parecido. Fue un accidente que la gente supiera siquiera que podía marcar a los demonios.

—¿Qué sucedió? —preguntó, y bajó la mano.

—Creo que tenía diez años o así, y estaba con uno de los Guardianes —dijo—. Íbamos a comer algo. Vi a una persona que no tenía aura, y la rocé en la cola. Fue como encender un interruptor, pero nadie pareció darse cuenta a excepción del Guardián.

—¿Y el resto es historia? —dijo Roth con tono engraido—. Los Guardianes encuentran a una medio demonio que puede ver almas y marcar a los demonios. Me suena un poco conveniente.

—No sé qué quieres decir con lo de que sea conveniente. Yo también soy Guardiania, ¿sabes?

Me miró.

—No puedes decirme que nunca te has planteado seriamente que la razón por la que te mantienen cerca de ellos es por lo que sabes hacer.

—¿Y la razón por la que estás interesado en mí no tiene nada que ver con lo que yo puedo hacer? —contraataqué, sintiéndome atrevida y orgullosa de mí misma.

—Por supuesto que estoy interesado en ti por lo que puedes hacer —respondió tranquilamente—. Yo nunca he dicho lo contrario.

Pasé junto a un grupo de jóvenes de mi edad. Las chicas, vestidas con faldas cortas y medias de encaje, estiraron el cuello como si fuera de goma para mirar a Roth.

—No sabían lo que podía hacer cuando me encontraron, Roth. Así que deja de intentar que parezcan los malos.

—Me gusta cuando la gente trata de clasificar las cosas en buenas y malas, como si todo estuviera tan definido.

—Es que está definido. Los de tu especie son malos. Los Guardianes son buenos. —Mi respuesta sonaba plana—. Son los buenos.

Se pasó la mano por el pelo, de modo que cayera de forma desordenada sobre su frente.

—¿Y por qué crees que los Guardianes son tan buenos?

—Sus almas son puras, Roth. Y protegen a la gente de las cosas como tú.

—Las personas con las almas más puras son capaces de las maldades más grandes. Nadie es perfecto, sin importar lo que sean o por qué bando luchen. —Roth me tomó la mano y me hizo pasar junto a un grupo de turistas con riñoneras—. Un día de estos voy a comprarme una de esas.

La risa me salió antes de que pudiera reprimirla.

—Estarías muy sexi con una riñonera.

Su sonrisa me provocó una calidez en el rostro; una calidez en mi interior.

—Yo estaría sexi con prácticamente cualquier cosa.

Me reí otra vez y sacudí la cabeza.

—Qué modesto eres.

Él me guiñó un ojo.

—La modestia es para los perdedores. Algo que yo no soy.

Volví a sacudir la cabeza, sonriendo.

—Te diría que con eso probablemente te has ganado un billete al Infierno, pero ya sabes...

Roth inclinó la cabeza hacia un lado, riendo.

—Sí, sí. ¿Sabes cuántas veces me ha dicho la gente que me vaya al Infierno?

—No me lo puedo ni imaginar.

Vi la parte superior del Verizon Center.

—Nunca me canso de oírlo —musitó Roth, con una leve sonrisa.

## Capítulo nueve



Giramos por la calle y yo me acerqué más a él, señalando al otro lado.

—Cuando era pequeña, solía sentarme frente al centro de artes escénicas y los veía a través de las ventanas. Ojalá tuviera una pizca de su gracilidad y su talento. Tendrías que verme bailando.

—Hum... —murmuró Roth, y sus ojos dorados centellearon—. Me gustaría verte bailando.

¿Era lo habitual que un demonio retorciera cada comentario en algo cargado de insinuaciones sexuales?

La multitud se volvía más densa cuanto más nos acercábamos al centro de artes, una clara señal de que habría un concierto después. Mi mirada se posó en una pareja que se reclinaba contra la esquina del edificio. Estaban pegados el uno al otro, ajenos al mundo que los rodeaba, y apenas podía ver dónde acababa uno y terminaba el otro. La envidia asomó su cabeza, obligándome a apartar los ojos.

Roth estaba mirándome mientras observaba al chico y a la chica, y me dirigió una sonrisa lobuna.

—Y bueno, ¿qué aspecto tienen las marcas que dejas?

—¿No puedes verlas? —Sonreí—. Bueno, pues no voy a decírtelo.

Roth se rio.

—Me parece justo. ¿Puedo preguntarte otra cosa?

Le eché un vistazo. Tenía la mirada fija hacia delante y los labios apretados.

—Claro.

—¿Te gusta hacer eso? ¿Identificar demonios?

—Sí. Estoy haciendo algo bueno. ¿Cuánta gente puede decir eso? —dije, y después me apresuré a añadir—: Me gusta.

—¿No te molesta que tu «familia» te ponga conscientemente en peligro para servir a sus propósitos?

La irritación me deslumbró como si fuera un destello del sol invernal.

—En realidad no quieren que siga marcando a nadie, así que no me ponen en peligro conscientemente. Me alegra poder ayudar. ¿Puedes decir lo mismo sobre lo que haces tú? Eres malvado. Arruinas la vida de la gente.

—No estamos hablando de mí —replicó con suavidad—. ¿Y qué quieres decir con que no quieren que sigas marcando a nadie? Creo que esos Guardianes y yo

tenemos algo en común.

Me aferré a la correa que llevaba al hombro, y me di una patada giratoria mental en la cara.

—No es nada. Estoy cansada de hablar de mí.

Nos detuvimos frente a la cafetería de la que había hablado Roth. Las galletas y las magdalenas recién hechas parecían cantarme desde el escaparate.

—¿Tienes hambre? —me susurró al oído.

Tenerlo tan cerca hacía que fuera difícil respirar. Podía ver la punta de la cola de su serpiente asomándose por el cuello de su camisa. Levanté la cabeza y tragué saliva.

—Tu tatuaje se está moviendo.

—*Bambi* se aburre.

Su aliento me movió el pelo junto a la oreja.

—Ah —susurré—. Entonces... ¿vive en ti o algo parecido?

—Algo parecido. ¿Tienes hambre o no?

Entonces fue cuando me fijé en el cartel de «No servimos a los Guardianes». Aquello me indignó.

—Supongo que ya sé por qué te gusta tanto este lugar. —Su risa confirmó mis sospechas—. Eso es muy ruin. —Lo miré fijamente—. No sirven a los Guardianes, pero sí a los de tu clase.

—Lo sé. Se llama «ironía», y me encanta.

Negué con la cabeza y entré en la cafetería. Aquellas galletas tenían demasiado buen aspecto como para pasar de ellas. Dentro hacía un poco más de calor, y el aroma del pan recién horneado llenaba el aire, al igual que el murmullo de la gente sentada a las mesas de estilo bistró. Pedí un sándwich de fiambre y dos galletas de azúcar, y Roth un café y una magdalena de arándanos, aunque esta última seguía sorprendiéndome. Encontramos una mesa cerca del fondo y traté de no flipar por el hecho de que estaba comiendo con un demonio.

Busqué una pregunta normal que hacerle mientras mordisqueaba mi sándwich.

—¿Cuántos años tienes?

Roth, que estaba partiendo su magdalena estratégicamente en varios trozos del tamaño de un bocado, levantó la mirada.

—No me creerías si te lo dijera.

—Probablemente no. —Sonreí—. Pero pruébame.

Se metió un trozo de magdalena en la boca y masticó con lentitud.

—Dieciocho.

—Dieciocho... ¿qué? —Me terminé el sándwich mientras él me miraba, con las cejas levantadas—. Espera. ¿Estás tratando de decirme que solo tienes dieciocho años?

—Sí.

Me quedé boquiabierta.

—Te refieres a dieciocho en plan años de perro, ¿verdad?

Roth se rio.

—No. Me refiero a dieciocho en plan que nací hace dieciocho años. Básicamente soy un bebé demonio.

—Un bebé demonio —repetí con lentitud. Cuando pensaba en bebés, la imagen de algo suave y adorable me acudía a la mente. No había nada en Roth que me recordara a un bebé—. Lo dices en serio.

Asintió con la cabeza y se limpió las migas de las manos.

—Pareces impactada.

—No lo entiendo.

Tomé una de las galletas.

—Bueno, técnicamente no estamos realmente vivos. No tengo alma.

Fruncí el ceño.

—¿Es que saliste de un huevo de azufre o algo por el estilo?

Roth echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—No. Me concibieron de la misma forma que a ti, pero nuestro crecimiento es totalmente diferente.

No tendría que haber sentido curiosidad, pero no podía evitarlo.

—¿Diferente en qué sentido?

Se inclinó hacia delante, y sonrió mientras sus ojos resplandecían.

—Bueno, nacemos como bebés, pero maduramos en cuestión de un par de horas. Esto —se señaló con un gesto— es tan solo una forma humana que decido llevar. Para ser honestos, todos somos muy parecidos.

—Al igual que los Guardianes, entonces. Llevas una piel humana. ¿Cómo eres con tu aspecto real?

—Tan impresionante como ahora, pero con un tono de piel totalmente diferente.

Suspiré.

—¿De qué color?

Roth tomó su taza mientras bajaba la barbilla, y me miró a través de sus espesas pestañas.

—Un chico tiene que tener algunos secretos. Ayuda a mantener el misterio.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas.

—A lo mejor algún día te lo enseño.

—Entonces no estaré interesada. Lo siento. —Comencé con mi segunda galleta—. Bueno, volviendo a lo de tener dieciocho años. Pareces mucho más maduro que los chicos normales, ¿eso es cosa de demonios?

—Somos omniscientes.

Me reí.

—Qué tontería. ¿Estás diciendo que nacéis sabiéndolo todo?

Me dirigió una sonrisa diabólica.



—Básicamente. Pasé de este tamaño —mantuvo las manos a algo menos de un metro de distancia— a lo que soy ahora en unas veinticuatro horas. Mi cerebro creció junto con el resto del cuerpo.

—Eso es muy extraño.

Tomó su taza de café y dio un sorbo.

—Entonces, ¿qué es lo que sabes sobre tu otra mitad?

Había vuelto a dirigir la conversación hacia mí. Suspiré.

—No demasiado. Me dijeron que mi madre era un demonio, y eso es básicamente todo.

—¿Qué? —Roth se reclinó en su asiento—. Realmente eres muy inocente con tu herencia. Es una monada, pero resulta extrañamente irritante.

Mordisqueé mi galleta.

—Ellos piensan que es mejor así.

—¿Y te parece que está bien que te mantengan totalmente a ciegas en lo relativo a la otra parte de ti?

Di otro mordisco y me encogí de hombros.

—No es como si me gustara esa otra mitad.

Puso los ojos en blanco.

—¿Sabes? Me recuerda un poco a una dictadura. Me refiero a la forma que tienen los Guardianes de tratarte.

—¿Qué quieres decir?

—Mantener a la gente a ciegas, lejos de la verdad. Eso hace que sean más fáciles de controlar. —Dio un sorbo a su café y me observó por encima del borde de la taza—. Pasa lo mismo contigo. —Se encogió de hombros—. Aunque no parece que te importe.

—No me controlan. —Rompí un pedazo de galleta bruscamente. Por un instante me planteé la posibilidad de tirárselo a la cara, pero eso habría sido desperdiciar una galleta muy rica—. Y supongo que tú te hablas con algunos de los dictadores más infames del mundo.

—Yo no diría que hablo con ellos. —Apretó los labios de forma pensativa—. Más bien los pincho con algo caliente cuando me aburro.

Hice una mueca.

—¿En serio?

—El Infierno no es bonito para aquellos que se han ganado la entrada.

Pensé en ello durante un momento.

—Bueno, básicamente se merecen una eternidad de tortura.

Eché un vistazo a mi alrededor, mirando por encima de las almas resplandecientes a los retratos enmarcados de las paredes. Eran fotos de dueños anteriores, todos mayores y de pelo plateado. Y entonces la vi.

O vi su alma primero.

Alerta de pecadora. La esencia que había a su alrededor estaba manchada, un

caleidoscopio de sombras oscuras, y me pregunté qué habría hecho. Cuando el alma se desvaneció, vi que parecía una treintañera normal. Iba bien vestida y llevaba unos tacones muy monos y un bolso para morir. Su pelo rubio era un poco estridente, pero lo llevaba corto y a la moda. Parecía normal. No había nada de lo que asustarse o de lo que huir, pero yo sabía la verdad. El mal bullía bajo su fachada de normalidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Roth, y su voz sonaba lejana.

Tragué saliva.

—Su alma... es mala.

Pareció comprenderlo. Me pregunté qué vería: ¿una mujer con ropa bonita, o una mujer que había pecado tanto que su alma estaba manchada?

—¿Qué es lo que ves? —preguntó, como si estuviera compartiendo la misma idea.

—Es oscura. Marrón. Es como si alguien hubiera tomado un pincel para mojarlo en pintura roja y la hubiera esparcido a su alrededor. —Me incliné hacia delante y me quedé sin aliento a causa del deseo—. Es bonita. Está mal, pero es bonita.

—¿Layla?

Mis uñas se clavaron en la mesa.

—¿Sí?

—¿Por qué no me hablas acerca del colgante?

La voz de Roth me empujó de vuelta a la realidad. Aparté la mirada de la mujer y respiré profundamente. Bajé la mirada hasta mi galleta, con el estómago lleno de lava.

—¿Qué...? ¿Qué quieres saber?

Sonrió.

—Lo llevas a todas horas, ¿no?

Tanteé hasta que mis dedos tocaron el suave metal de la cadena.

—Sí, la verdad es que no soy muy fan de las joyas. —Como si alguien me obligara a ello, volví a girarme hacia la mujer. Estaba junto al mostrador, pidiendo comida—. Pero esto lo llevo siempre.

—Layla, mírame. No quieres ir por ese camino.

Me concentré en él, con esfuerzo.

—Lo siento. Es demasiado difícil.

Frunció el ceño.

—No tienes que disculparte por algo que es natural en ti, pero quitarle el alma a un humano... No hay camino de vuelta desde ahí.

Un montón de emociones me atravesaron. La primera fue la sorpresa. ¿Por qué no quería Roth, siendo lo que era, que saltara de la silla y absorbiera algún alma? Pero entonces noté un amargo latigazo de tristeza.

—¿Por qué te importa? —Él no dijo nada, y yo suspiré—. No es natural... Lo que quiero de ella, o de cualquiera, ya que estamos. Ni siquiera puedo estar cerca de un chico, Roth. Esta es mi vida. —Tomé una galleta y la moví por delante de mi cara—.

Esto es todo lo que tengo. Azúcar. Soy un anuncio de diabetes andante en proceso.

Su impresionante rostro quedó marcado por un ceño profundamente fruncido.

—Tu vida es mucho más de lo que no puedes hacer. ¿Qué hay de lo que sí puedes hacer?

Me reí y negué con la cabeza.

—Ni siquiera me conoces.

—Te conozco más de lo que crees.

—Bueno, pues eso da mal rollo, y eres un demonio predicando acerca de la vida. Hay algo intrínsecamente malo en eso.

—No estaba predicando.

Eché un vistazo al mostrador y comprobé que la mujer ya no estaba. Me hundí en la silla y sentí un alivio tan dulce como las galletas.

—En fin, el caso es que el collar era de mi madre. Siempre lo he tenido, no sé por qué. Es decir, sé que es una estupidez, ya que era un demonio y ni siquiera me quería, y aquí estoy yo, yendo por ahí con su anillo. Soy patética.

—No eres patética.

Sonreí, sin saber muy bien por qué había admitido aquello. Era algo que ni siquiera le había dicho a Zayne. Di otro mordisco a la galleta y la dejé sobre la servilleta.

Moviéndose con tanta rapidez como *Bambi*, Roth alargó la mano sobre la mesa estilo bistró, me atrapó la mía y se llevó mis dedos a la boca. Antes de que pudiera reaccionar siquiera, lamió las pequeñas motas de azúcar que habían quedado de la galleta.

Jadeé, pero el aire se me quedó atascado en la garganta. Un fuerte hormigueo bajó por mi brazo y me cruzó el pecho, y después bajó más, mucho más. Noté un peso justo por debajo de los pechos, diferente e intenso, pero no desagradable.

—Eso... eso me incomoda.

Roth me miró a través de sus espesas pestañas.

—Eso es porque te gusta.

A una gran parte de mí le gustaba, pero liberé mi mano y eché un vistazo a mi alrededor, a la cafetería. Sentía un calor antinatural.

—No vuelvas a hacer eso.

Sonrió.

—Pero sabes muy bien.

Me limpié los dedos con la servilleta.

—Creo que ya hemos terminado.

Volvió a atraparme la mano.

—No. No salgas corriendo todavía. Tan solo estábamos empezando.

Clavé los ojos en los suyos, y sentí... sentí como si estuviera cayendo.

—¿Empezando a qué?

Sus dedos se deslizaron hasta los míos.

—A ser amigos.

Pestañeé con fuerza.

—No podemos ser amigos.

—¿Por qué no? —Entrelazó los dedos con los míos—. ¿Es que hay alguna norma que desconozco?

De pronto, ya no estaba segura de nada. Roth se levantó para pagar la cuenta, mientras yo trataba de averiguar qué estaba pasando entre nosotros. ¿Podía ser su amiga? ¿Quería intentarlo siquiera? Probablemente debería haber salido corriendo mientras esperaba en la cola, pero no lo hice.

Una camarera de mediana edad se acercó a nuestra mesa. Su alma era de un rosa pálido, en total contraste con su rostro ojeroso y la expresión de estar cansada de la vida que mostraban sus ojos.

Recogió nuestras servilletas y los platos vacíos mientras miraba por encima del hombro hacia el lugar donde se encontraba Roth.

—Ese chico parece muy complicado.

Me ruboricé, muy interesada de repente en el dobladillo de mi camiseta.

—Podría decirse que sí.

La camarera resopló y fue hasta otra mesa.

—¿Por qué tienes la cara tan roja? —preguntó Roth.

—Por nada. —Tomé mi mochila y me puse en pie—. Me has prometido hablarme de la otra que podía hacer lo que puedo hacer yo. Creo que ahora es el momento.

—Así es, ¿verdad?

Abrió la puerta para mí.

Bajo la luz menguante del sol, todos los edificios del distrito parecían viejos y poco acogedores. Nos detuvimos cerca de un parque pequeño y bien cuidado, y lo miré expectante.

—Sé lo que quieres saber, pero antes tengo una pregunta que hacerte. —Luchando contra mi impaciencia, asentí bruscamente con la cabeza. Él volvió a bajar la barbilla, con ese aspecto terriblemente inocente—. Nunca te han besado, ¿verdad?

—Eso no es asunto tuyo. —Crucé los brazos mientras Roth esperaba una respuesta—. Creo que es obvio. No puedo besar a nadie. Ya sabes, todo el asunto de absorber almas hace que sea difícil.

—No si estás besando a alguien que no tenga alma.

Hice una mueca.

—¿Y por qué querría besar a alguien que no...?

Se movió increíblemente rápido, y ni siquiera tuve oportunidad de reaccionar. Un segundo estaba a casi un metro de distancia de mí, y al siguiente sus manos me sujetaban suavemente las mejillas. Me pregunté durante un instante cómo algo tan fuerte y tan letal podía sujetar algo con tanto cuidado, pero entonces inclinó mi cabeza hacia atrás y bajó la suya. Mi ritmo cardíaco se volvió frenético. No iba a besarme. No podía ser...

Me besó.

El roce de sus labios fue vacilante al principio, un movimiento lento de su boca contra la mía. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, pero no me aparté, como debería haber hecho, y Roth produjo un sonido grave en el fondo de la garganta que hizo que un escalofrío me recorriera la columna. Sus labios volvieron a acariciar los míos, mordisqueándolos y pegándose a ellos, hasta que se abrieron con un jadeo. Roth profundizó el beso con la lengua, y mis sentidos se sobrecargaron, ardiendo en todas direcciones. Era todo lo que había imaginado que sería un beso, y aún más. Sublime. Explosivo. El corazón me aleteaba salvajemente, con un anhelo tan profundo que unos dardos de miedo salieron disparados por mis venas.

—¿Ves? —murmuró con voz ronca, y entonces me soltó, aunque sus dedos siguieron recorriendo mis mejillas—. Tu vida no se centra en las cosas que no puedes hacer. Lo importante son las cosas que sí puedes hacer.

—Tienes un *piercing* en la lengua —dije, aturdida.

Un destello malvado apareció en su mirada.

—No es el único lugar donde tengo un *piercing*.

Sus palabras no calaron realmente. De pronto, estaba tan enfadada que pensaba que mi cabeza iba a ponerse a girar en plan *El exorcista*. Se había atrevido a besarme. ¿Y a mí me había gustado? No sabía con quién enfadarme más, si con él o con mi cuerpo traicionero, pero espera... ¿dónde más tenía un *piercing*? Esa última idea hizo que mi cerebro pensara cosas felizmente sucias, y eso me molestó aún más.

Roth inclinó la cabeza hacia un lado.

—Ahora ya te han besado. Una cosa más que tachar de la lista.

Le pegué.

Eché el brazo hacia atrás y le pegué un puñetazo en el estómago, como si fuera un boxeador de pesos pesados.

Él soltó una risa ahogada.

—Au. Eso ha dolido un poco.

—¡No vuelvas a hacerlo!

A pesar de que le había golpeado, parecía complacido consigo mismo.

—Ya sabes lo que dicen sobre los primeros besos.

—¿Que te arrepientes de ellos?

Su sonrisa se desvaneció.

—No. Iba a decir que nunca los olvidas.

Me esforcé por no pegarle otra vez, o por no reírme, y respiré hondo.

—Háblame de la que era como yo, o me largo de aquí.

—Qué dramática eres. —Se metió las manos en los bolsillos—. ¿Estás segura de que quieres saber sobre ella?

Estaba segura de tres cosas: nunca iba a olvidar aquel beso, tenía que saber más sobre aquel demonio, y me estaba hartando mucho de su actitud de sabelotodo.

—Sí. Estoy segura.

—La que podía hacer lo mismo que tú estaba un poco más... dedicada a su habilidad —dijo, y se reclinó contra la parte posterior de un banco. Fruncí los labios, pues no necesitaba más explicaciones: a la que era como yo le gustaba absorber almas—. También era muy buena en lo que hacía, tan buena que era uno de los demonios más poderosos que habían caminado alguna vez por la superficie. Podía hacer más cosas, además de quitar almas.

Noté que una maraña de nervios se me formaba en el estómago.

—¿Qué más podía hacer?

Roth se encogió de hombros, con la mirada fija en un punto por encima de mi cabeza.

—Cosas de las que probablemente no quieras saber nada.

Contuve el aliento mientras la intranquilidad se extendía por mi interior, como malas hierbas que me ahogaran.

—¿Quién era, Roth?

Sus ojos se encontraron con los míos, y una parte de mí ya sospechaba cuál iba a ser la respuesta.

—Ese demonio era tu madre —dijo, sin apartar la mirada de la mía.

—Vale. —Tragué saliva con fuerza y di un paso hacia atrás—. Entonces, eso explica lo que puedo hacer. Tiene sentido, ¿verdad? Mucha gente hereda los ojos de su madre. Yo solo he heredado su habilidad demoníaca de absorber almas, y su anillo. En fin, ¿cómo se llamaba?

No estaba segura de que necesitara siquiera saber su nombre, porque eso haría que fuera mucho más real para mí, pero ya no podía retirar la pregunta.

Roth soltó un suspiro suave.

—A tu madre se la conocía por muchos nombres, pero la mayoría la llamaban Lilith. Y por eso estás en la lista de los más buscados del Infierno.

\* \* \*

Sentada en el banco mientras esperaba a Morris, miré directamente hacia delante, sin ver ni oír nada. Vale, así que mi madre era un demonio que absorbía almas. No hacía falta ser demasiado inteligente para averiguar eso, pero no había esperado que fuera quien fuera. ¿Lilith? ¿Como la mismísima Lilith? ¿La madre de todas las cosas que dan miedo por la noche? No podía ser. Tenía que ser otra Lilith, porque aquella demonio llevaba un milenio sin caminar por la superficie.

Según las historias populares, Lilith había sido la primera esposa de Adán y la habían creado como a él, pero se había negado a ponerse a su servicio. Esto causó muchas batallas épicas entre ellos, que con el tiempo ocasionaron que Dios la expulsara del Edén y después creara a Eva. No hacía falta decir que a Lilith no le había hecho ninguna gracia. Para vengarse de Adán y de Dios, huyó y sedujo al arcángel Samael. Las cosas fueron cuesta abajo a partir de entonces.

Aquello era cierto, pero el resto eran básicamente patrañas, por lo que había encontrado en los viejos textos religiosos de páginas reseca que tenía Abbot en su despacho. Todo el mito de comer bebés era completamente mentira. Lilith jamás se había acostado con Satanás. Jamás se había acostado con ningún demonio. Tan solo lo había hecho con un ángel, y los demás habían sido todos humanos. Pero los Alfas no estaban muy contentos con ella, y cuando se lio con Samael la castigaron.

Cada hijo que engendró Lilith desde ese momento fue un monstruo: súcubos, íncubos y prácticamente cualquier otra criatura demoníaca que se pudiera imaginar. Peor todavía, había dado a luz a los Lilin, una raza de demonios que podían robar almas con un solo toque. Fueron sus primeros hijos y los más poderosos. Más o menos en esa época apareció la primera generación de Guardianes, creados por los Alfas para enfrentarse a los Lilin. Se las arreglaron para eliminar a los Lilin y capturar a Lilith. Los textos aseguraban que Lilith había sido atada al Infierno por uno de los Guardianes, encadenados ahí abajo los dos juntos por toda la eternidad.

Como la mayoría de las cosas que hacían los Alfas, aquello no tenía ningún sentido para mí. Al dar a luz a tantos demonios, la propia Lilith se convirtió en uno, y como los Alfas la habían castigado, habían creado accidentalmente a los Lilin, una legión de demonios tan temida y poderosa que podían asegurarse de que ningún humano cruzara jamás las Puertas del Cielo.

Los humanos que morían sin alma, sin importar lo buenos que hubieran sido en vida, existían entre el Cielo y el Infierno, atrapados en un lugar intermedio por toda la eternidad. Castigados con sed y hambre eternas, se convertían en unos espectros violentos y vengativos de quienes hasta los mismos demonios desconfiaban. Los espectros podían interactuar con el mundo de los vivos, y cuando lo hacían, normalmente acababa en un desastre sangriento.

Me aparté el pelo hacia atrás y observé el rastro de un azul reluciente del alma de un hombre con vaqueros hechos polvo. Mi madre no podía ser esa Lilith. Porque, si lo era, ¿qué era lo que decía aquello sobre mí? ¿Cómo iba a superar tener una familia así? Y si Lilith realmente era mi madre, entonces Abbot tenía que saberlo, y ni de coña nadie iba a dejar a un hijo de Lilith rondando por ahí. Además, estaba todo el asunto de que estuviera encadenada al Infierno. Dudaba mucho que alguien fuera a dejarla salir para que se quedara embarazada y diera a luz a un bebé.

¿La lista de los más buscados del Infierno? Me estremecí. ¿Era por eso por lo que el Buscador y el zombi...? Atajé ese pensamiento. Nada de lo que me había dicho Roth podía ser cierto. ¿Por qué estaba planteándome algo parecido? Confiar en él sería como pegarles un puñetazo en la cara a los Guardianes. Los demonios mentían. Incluso yo mentía. Bueno, en realidad mis mentiras no tenían nada que ver con ser un demonio, pero daba igual.

Roth tan solo estaba jugando conmigo, tratando de convencerme para que dejara de marcar demonios. Y si el Infierno estaba detrás de mí, entonces esa podría ser la única razón real.

Apreté el anillo con los dedos y contuve un gruñido. Había besado a un demonio. O él me había besado a mí, las cuestiones semánticas probablemente no importaban. En cualquier caso, mis labios habían estado en los de un demonio. Mi primer beso. Dios santo...

Casi chillé cuando vi el Yukon negro, pues necesitaba urgentemente una distracción de mis perturbadores pensamientos. Me puse en pie y me colgué la mochila al hombro. Un extraño escalofrío bajó serpenteando por mi cuello, erizándome el vello del cuerpo. No era como la otra vez que había esperado a Morris; en esta ocasión era diferente.

Me giré y examiné a los peatones que había en la acera. Había borrones de color rosa pálido y azul, y algunas auras algo más oscuras, pero a nadie le faltaba el alma. Estiré el cuello y me puse de puntillas para tratar de ver al otro lado de la esquina, más allá del montón de taxis situados en hilera. No parecía que hubiera nada demoníaco, pero la sensación me resultaba familiar de todos modos.

Morris tocó el claxon, atrayendo mi atención. Negué con la cabeza, corrí entre dos taxis y abrí la puerta del copiloto. La sensación volvió a golpearme, como una mano fría que me recorriera el cuello.

Con un estremecimiento, me subí al asiento y cerré la puerta, con los ojos fijos en la hilera de taxis. Algo... algo no iba bien.

—¿Sientes eso? —pregunté, girándome hacia Morris. Él levantó las cejas y, como siempre, no dijo nada. A veces yo fingía que manteníamos una conversación, e incluso interpretaba el papel de Morris en alguna que otra ocasión. Me gustaba pensar que le hacía gracia—. Bueno, pues yo siento algo raro. —Me incliné hacia delante mientras él conducía el coche en dirección a las calles congestionadas. Tres taxis también arrancaron, y bloquearon la mayor parte de las tiendas y la acera—. Es como si hubiera un demonio cerca, pero no veo ninguno.

Tres manzanas después la sensación no solo seguía estando ahí, sino que había crecido como una nube ominosa. Las calles estaban llenas de malicia y maldad, calando en el Yukon, y su presencia resultaba asfixiante. Unas gotas de sudor aparecieron en la frente arrugada de Morris.

—Ahora sí que lo sientes, ¿verdad? —Me aferré a los bordes de mi asiento—. ¿Morris?

Él asintió con la cabeza, y tenía la mirada afilada mientras viraba alrededor de una camioneta que se movía con lentitud y después se situaba enfrente para meterse por la salida. Teníamos dos taxis justo detrás de nosotros, además de un montón de coches más que también estaban entrando en la circunvalación.

La sensación maliciosa era espesa y turbia en el aire, tan potente que me parecía como si lo que quiera que estuviera causando esa sensación sofocante estuviera en el aliento trasero, respirando sobre nuestros cuellos. Era puro mal, algo que jamás había sentido cerca de un Esbirro.

—Morris. Creo que tenemos que darnos prisa en llegar a casa.



Él ya estaba en ello, pisando el acelerador mientras avanzaba entre el tráfico congestionado. Me giré en el asiento, miré por la ventana trasera y el corazón me dio un vuelco.

Detrás de nosotros teníamos un taxi tan cerca que podía ver la cruz plateada que se balanceaba en el retrovisor. El hecho de que el taxista estuviera a pocos centímetros de besarnos el culo no era para tanto; los taxistas se volvían locos cuando conducían por la ciudad. No, era el conductor que había detrás del volante quien hizo que me recorriera un latigazo de pánico.

Ya sabía de dónde venía la sensación.

El espacio que había alrededor del conductor encorvado era más oscuro que cualquier sombra, espeso como el aceite. Unas delgadas esquirlas de plata, pequeñas motas de humanidad, se asomaban por la oscuridad de su alma, pero apenas estaban ahí. Su alma se extendía desde él, filtrándose por la parte delantera del taxi, deslizándose sobre el salpicadero y arrastrándose por la ventana.

—Oh, Dios mío —susurré, sintiendo cómo la sangre abandonaba mi rostro—. ¡El conductor está poseído!

En cuanto pronuncié las palabras, Morris giró bruscamente el volante hacia la derecha. Alguien tocó el claxon, y se oyó el chirrido de neumáticos. Morris pisó el freno, haciéndome girar mientras evitaba por poco la parte trasera de un camión de reparto. Una serie de rápidas maniobras más tarde, y puso varios coches entre nosotros y el taxista poseído.

Miré fijamente a Morris.

—Vaya. Para ser un hombre mayor, desde luego sabes conducir.

Morris mantuvo las manos firmes sobre el volante, pero sonrió en señal de apreciación.

Un segundo más tarde llegamos a nuestra salida, recorriendo la carretera a toda velocidad. El Yukon derrapó mientras viraba bruscamente a la izquierda, y yo solté un chillido y me agarré al asa de seguridad. A continuación, el pesado vehículo se lanzó hacia delante mientras Morris pisaba el acelerador a fondo. Llegamos a la carretera privada de dos carriles a una velocidad de vértigo.

Y no estábamos solos.

El taxi estaba acercándose a nosotros, y después se pasó al otro carril, en dirección contraria, cada vez más cerca. El corazón me saltó a la garganta mientras miraba el vehículo.

La oscuridad del alma del hombre se desvaneció, mostrando una cara pálida y vacía. El humano iba en piloto automático, completamente bajo el dominio del demonio que lo había poseído. La posesión era uno de los peores crímenes, justo detrás del asesinato, y estaba prohibido por la Ley del Equilibrio. Los humanos perdían el libre albedrío cuando un demonio introducía su esencia en ellos y los poseía, pero solo los demonios de Nivel Superior eran capaces poseer a los humanos.

¿Roth? Parecía probable, dado que era el único demonio de Nivel Superior que

había visto, a excepción de aquel que se había movido demasiado rápido como para que estuviera segura. El temor llenó mi estómago como si fuera plomo. ¿Habría poseído Roth al hombre porque me había negado a dejar de marcar demonios? De ser así, acababa de poner en peligro la vida de Morris. La furia y la culpa se arremolinaron en mi interior, haciendo que mis manos se tensaran hasta que se me clavaron las uñas en las palmas.

De pronto, el taxi iba a toda velocidad junto a nosotros. Como un profesional, Morris mantuvo la mirada fija hacia delante, pero yo tenía un grito preparado en la garganta. Mis músculos se tensaron, como si mi cuerpo ya supiera qué esperar.

Morris cambió de dirección. Dos ruedas se salieron de la carretera, haciendo crujir la tierra, pero... Dios, lo había hecho demasiado tarde. Cerré los ojos de golpe, con el terror atenazándome con fuerza.

El taxi se estrelló contra nosotros.

## Capítulo diez



El impacto fue ensordecedor.

El metal chirrió y cedió en una explosión blanca que me hizo caer hacia un lado y después hacia atrás. Un segundo antes de que el airbag me golpeará la cara, vi el borrrón de los árboles que se aproximaban a toda velocidad hacia la parte delantera del coche.

Bendito fuera Morris, porque de algún modo, incluso con el airbag en la cara, logró mover el volante para hacer girar el vehículo, de modo que fue la parte trasera y no la delantera la que se estampó contra el grueso tronco de un árbol viejo. Pero el impacto no fue menos brutal, y nos lanzó hacia atrás.

Cuando finalmente dejamos de movernos, estaba segura de que iba a darme un ataque cardíaco.

—Morris. ¡Morris! —Empujé el airbag que se desinflaba, tosiendo mientras se elevaba un humo blanco—. ¿Te encuentras bien?

Se reclinó hacia atrás y pestañeó varias veces mientras asentía con la cabeza. Tenía las mejillas cubiertas de polvo blanco, pero, aparte de un hilillo de sangre bajo la nariz, parecía estar bien.

Dirigí mi atención hacia el otro coche y me quité el cinturón con dedos temblorosos. Toda la parte delantera del taxi era una masa de metal retorcido y aplastado. Había un agujero de tamaño humano en el parabrisas, y unas manchas de una sustancia de color rojo oscuro cubrían los bordes del cristal roto y salpicaban el capó.

—Oh, Dios —dije, dejando que el cinturón volviera a su sitio—. Creo que el otro conductor ha salido volando.

Busqué la mochila para sacar el móvil y golpeé el maldito airbag. Necesitaba llamar a alguien para pedir ayuda. Incluso aunque el taxista nos había golpeado, estaba poseído, así que no resultaba responsable en absoluto por sus acciones. Era un ser humano inocente, y me veía obligada a hacer algo. No solían pasar muchos coches por aquella carretera...

Una cara ensangrentada y desfigurada apareció al otro lado de la ventana del copiloto. Me aparté hacia atrás, tragándome un grito, y noté unas fuertes náuseas. La cara... oh, Dios; la cara estaba destrozada. Tenía trozos de cristal clavados en las mejillas, y la carne estaba desgarrada. Unos riachuelos de sangre bajaban por la cara

como si fueran lluvia, y parecía que un ojo casi se le había salido. Su labio inferior apenas sobresalía ligeramente, y la cabeza estaba inclinada en un ángulo antinatural. El tío debería estar muerto, o al menos en coma.

Pero seguía en pie y caminando.

Eso no era bueno.

Tomó la manecilla y tiró de ella, arrancando la puerta del Yukon de sus goznes. La lanzó a un lado y después trató de entrar, dirigiendo sus manos ensangrentadas directamente hacia mí.

Uno de los brazos de Morris me rodeó los hombros mientras me esforzaba por salir del asiento, pero el maldito poseído seguía tratando de alcanzarme. Me recliné contra Morris, eché las rodillas hacia atrás y estampé ambos pies en la camiseta destrozada del hombre, empujándolo de espaldas.

El poseído se levantó de inmediato, completamente decidido. Su mano me rodeó el tobillo mientras yo volvía a lanzarle una patada, y entonces tiró de mí y me sacó del coche. Unas burbujas de sangre salían de su boca... y de un maldito agujero en su garganta.

Grité y moví las manos salvajemente, y después rodeé la palanca de cambios con ellas. Durante un segundo mi cuerpo se elevó en el aire, la mitad de él fuera del Yukon mientras el poseído tiraba de mí como si estuviera dispuesto a partirme en dos.

Morris se lanzó hacia delante y abrió la guantera. Hubo un destello de metal negro y brillante, y después una explosión reverberó en el interior del coche. El poseído dio una sacudida y me soltó. Caí de costado sobre el asiento y el compartimento central. Un dolor sordo me recorrió el cuerpo, y un humo acre me quemó los ojos.

El poseído permaneció inmóvil, con los ojos vidriosos y un agujero de bala justo en el centro de la frente. A continuación, su cabeza cayó hacia atrás y su boca se abrió. Un grito inhumano salió de él, una mezcla entre el chillido de un bebé y el aullido de un perro.

Un humo rojo salió de la boca abierta, llenando el aire con su hedor. Continuó saliendo hasta que la última voluta estuvo fuera, y formó una nube de humo que se retorció. El poseído se desmoronó, pero la nube continuó expandiéndose, y unas formas aparecieron en su interior. Unos dedos y manos se extendieron hacia fuera, como si algo estuviera buscando la forma de escapar.

La masa retrocedió repentinamente, y se formó una figura oval alargada, casi como una cabeza. Se lanzó hacia nosotros, y el pánico me abrió un agujero en el pecho.

Aquella cosa no estaba dispuesta a morir.

Más allá de la masa, las copas de los árboles comenzaron a temblar, como si Godzilla estuviera a punto de aparecer. A esas alturas, cualquier cosa era posible. Las ramas se agitaban hacia atrás y hacia delante, desprendiéndose de las últimas hojas que les quedaban, que cayeron como lluvia y cubrieron el cielo de marrones y verdes

apagados.

Algo grande se aproximaba.

Entonces, por el borde del bosque tembloroso que rodeaba la carretera, el sol que se apagaba se reflejó en una cola de ónice gruesa y reluciente que serpenteaba por el suelo cubierto de hojas.

Contuve el aliento. *Bambi*.

La masa latía y se retorció, pero la maldita serpiente era muy rápida. Salió disparada por el suelo, dibujó un arco en el aire y se tragó la esencia malvada en un segundo.

Y entonces no quedó nada; ni la esencia ni la serpiente gigante. Un horrible hedor a sulfuro permaneció en el aire, pero ya no era tan potente, y la sensación maliciosa se había desvanecido. Tan solo quedaba el sonido de la pesada respiración de Morris y de mi corazón, que retumbaba en mi pecho.

—¿Has visto eso? —Miré a Morris a la cara, pero su expresión decía «¿ver qué?». *Bambi* se había movido con tanta rapidez que no estaba segura de que la hubiera visto—. Jesús —murmuré.

Morris sonrió.

\* \* \*

La mansión estaba sumida en el caos.

Desde el momento en que Morris y yo explicamos lo que había sucedido, la furia y la tensión se filtraron por todas las habitaciones de la enorme casa. Que un poseído fuera detrás de alguien no era nada bueno, y la idea de que uno se hubiera acercado tanto a la casa hizo que todos los Guardianes se pusieran de los nervios. Todos menos Zayne, porque no tenía ni idea de dónde se encontraba.

Incluso con todos los elementos de seguridad y los encantamientos que cubrían las hectáreas de tierra sobre la que descansaba la casa, la cantidad de cosas que se podían hacer era limitada. La razón... Bueno, la razón era yo.

Mi presencia activaba los encantamientos protectores. Probablemente no lo hiciera tanto como un demonio completo o un poseído, pero los Guardianes debían tener cuidado de no derribarme por accidente.

No tenía ni idea de cómo mi día había pasado de empezar relativamente normal, o al menos normal para mí, a acabar conmigo cuestionándome todas mis creencias, compartiendo mi primer beso con un demonio, descubriendo que mi madre posiblemente fuera la mismísima Lilith y siendo perseguida por un humano poseído.

¿Cómo diablos se habían torcido tanto las cosas?

Nicolai, un Guardián en mitad de la veintena que había perdido a su pareja y a su hijo el año pasado durante el parto, al igual que muchos de ellos, se detuvo donde yo estaba mientras iba de camino a ocuparse del cuerpo y de los restos de los dos coches.

—¿Te encuentras bien, Layla? —preguntó, poniéndome una mano sobre el

hombro.

Aunque Nicolai ya rara vez sonreía y era más reservado que los demás, siempre había sido amable conmigo, cuando algunos de los Guardianes, incluso algunos de mi clan, me trataban como si valiera menos que el barro de sus botas a causa de mi sangre.

Estaba magullada y alterada, y más que un poco aterrorizada, pero asentí con la cabeza.

—Estoy bien.

Me apretó el hombro y se dirigió hacia el exterior, dejándome en una habitación llena de Guardianes cabreados. Cansada, me senté en el sofá.

En el centro de los seis Guardianes, Abbot se encontraba de pie, en posición de guerrero total. Tenía las piernas abiertas, la espalda recta y los brazos cruzados, y no hacía falta decir que no estaba contento. Hablaban en voz baja, y Elijah y su hijo también se hallaban ahí, intercambiando unas miradas turbias que se dirigían hacia mí demasiado a menudo. No había duda de que Elijah y Petr me culpaban.

Ya me habían interrogado. No habían hablado conmigo, ni me habían reconfortado, sino que me habían interrogado sobre lo sucedido. No era para tanto. Un humano poseído suponía una crisis, así que mi estado de ánimo no era una prioridad.

Después de decirles a Abbot y al resto del clan todo lo que recordaba, desde los primeros indicios de que algo iba mal hasta que me di cuenta de que el pobre conductor había sido poseído, él dirigió su atención hacia los hombres.

—Patrullad la ciudad en busca de actividad de demonios de Nivel Superior —ordenó, y varias cabezas asintieron de acuerdo con él—. Detened a cualquier demonio para interrogarlo. Si hay un demonio poseyendo humanos, entonces es que se está cocinando algo. Incluso un Esbirro podría saber qué están tramando, así que hacedlos hablar.

Uno de los Guardianes sonrió con suficiencia, y se intercambiaron varias miradas, todas dejando claro que estaban deseosos de llevar a cabo el trabajo de aquella noche.

Noté una sensación retorcida e incómoda en la boca del estómago. Morir sería un fin más agradable para un demonio. Si los capturaban para interrogarlos... Se me retorcieron las tripas. Había un almacén en la ciudad donde los Guardianes mantenían a los demonios detenidos. Nunca había estado allí, pero había oído a los Guardianes hablando de lo que sucedía allí y cómo hacían hablar a los demonios.

No le había contado al clan lo de *Bambi*, dado que Morris no parecía haberlo visto. La culpa me roía la piel, pero *Bambi* nos había ayudado. No había forma de saber lo que habría hecho aquella esencia demoníaca si la serpiente no se la hubiera tragado.

Golpeteé con el pie sobre el suelo, me rodeé con los brazos y me mordí el labio. No decirselo a Abbot estaba mal. Había vidas de Guardianes en peligro; podía haber humanos en peligro. Pero había estado guardándome tanto para mí misma el asunto

de Roth que ni siquiera sabía cómo empezar. Y si Abbot descubría algo sobre él, me sacaría del instituto. Y odiaba la parte de mí que era un demonio, porque estaba más preocupada por lo que yo tenía y por lo que yo podía perder que por cómo las cosas afectaran a otra gente.

Pero esa era la cuestión: a veces la sangre demoníaca ganaba. Sabía que estaba mal, lo comprendía totalmente, pero a fin de cuentas no significaba nada.

—Sabíamos que esto acabaría sucediendo —gruñó Elijah—. Que este día iba...

Abbot le lanzó una mirada que decía «cállate», y me pregunté de qué estaría hablando el otro Guardián. Sin duda iba a culpar a mi sangre demoníaca de todo lo que había pasado.

Cerré los ojos y respiré hondo. De inmediato vi la cara desfigurada del pobre hombre que habían poseído. Por mucho que viviera, jamás olvidaría su aspecto. Me estremecí y me obligué a abrir los ojos, y mi mirada buscó una cara en particular.

Me aclaré la garganta.

—¿Dónde está Zayne?

Geoff, a quien nunca veía por la casa porque parecía vivir en la sala de control, se giró hacia mí. Llevaba recogido el pelo castaño, que le llegaba a la altura de los hombros, mostrando unas facciones anchas. Cuando sonreía, tenía un hoyuelo en la barbilla, pero en ese momento no estaba sonriendo.

—Ha salido con Danika y Jasmine. Han llevado a los mellizos al parque con otro Guardián. —El ardor amargo de los celos se alzó con rapidez, y estaba mal, pero me recorrió la piel de todos modos. A los ojos agudos de Geoff no se les escapaba nada—. Los hemos llamado, y regresarán de inmediato.

Bajé la mirada hasta la alfombra, preguntándome lo que vería Geoff en sus cámaras. Si alguien lo sabía todo, ese era él.

—¿Layla? —La voz de Abbot atrajo mi atención, y al levantar la mirada lo vi de pie frente a mí—. ¿Estás completamente segura de que el poseído no te dijo nada?

Negué con la cabeza mientras veía cómo el clan se marchaba para buscar e interrogar demonios. Petr se detuvo brevemente y me miró entrecerrando los ojos, y después salió por la puerta y siguió a su padre. Solo Geoff se quedó, y permaneció junto a la puerta con los brazos cruzados.

—No. No creo que pudiera hablar. Tenía un... —Me quedé sin voz y me estremecí al recordar el agujero abierto en su garganta—. No podía hablar.

Se arrodilló, con los ojos excepcionalmente agudos.

—Y ese Buscador que fingía ser un Impostor, ¿te dijo algo?

Levanté la cabeza.

—No. Bueno, creo que dijo «ya te tengo», pero no estoy segura. ¿Por? —Abbot miró a Geoff, que murmuró algo entre dientes—. ¿Qué? —dije, uniendo las manos bajo las rodillas—. ¿Qué está pasando?

Se apretó el puente de la nariz y se puso en pie.

—Creo que es hora de que dejes de marcar demonios.

Comencé a protestar, pero Geoff levantó la barbilla y habló por encima de mí.

—Es evidente que ya no es seguro para ti ni para el clan, Layla.

Sentí un *déjà vu*, y el corazón me dio un vuelco.

—No he salido herida, y Morris tampoco. No tiene que recogerme en ningún sitio. Puedo...

—En unos pocos días has tenido a un Buscador, a un zombi y a un poseído cerca de ti. Las coincidencias no existen cuando se trata de demonios. Uno de ellos casi llegó hasta la casa, Layla.

La imagen de Roth apareció en mi cabeza.

—¿Por qué... por qué piensas que los demonios van a por mí?

Hubo un momento de silencio, y después Abbot dijo:

—Parece que pueden haber descubierto tu habilidad. —Hizo una pausa y apartó la mirada. Un músculo se tensó en su mandíbula—. No puede haber ninguna otra razón.

No sabría decir por qué, y tal vez solo fuera una paranoia muy fuerte, pero me costaba mucho creer que eso fuera todo lo que sabía Abbot. Tenía que haber algo más que no estaba dispuesto a decir.

—Las cosas no son seguras para ti ahora mismo —dijo Geoff, y se detuvo junto a él—. Si los demonios han averiguado lo que puedes hacer, no puedes seguir marcándolos. Es demasiado peligroso.

—Sé cómo defenderme. Zayne me enseñó.

Abbot resopló.

—Lo que quiera que te haya enseñado mi hijo no es suficiente para enfrentarte a un demonio si el Infierno está dispuesto a atraparte. Ya no cuentas con el elemento sorpresa, que es lo único que tenías, y lo sabes.

Quería discutir, pero, maldita sea, tenía razón. Conocía mis límites, pero eso no hacía que aquella situación diera menos asco. Me desplomé sobre el suave cuero del sofá.

—Vamos a averiguar lo que está pasando, Layla —continuó Abbot, suavizando un poco la voz—. Sé lo importante que es para ti ayudar en esta guerra, pero ahora mismo no puedo permitirme preocuparme por tu seguridad. Sinceramente, debería sacarte del instituto.

El miedo se apoderó de mí, y me puse en pie preparada para rogar y suplicar.

—Por favor, Abbot, no hagas eso. Todo va bien en el instituto. Allí estoy a salvo, y...

—No he dicho que fuera a hacerlo. Al menos, no por ahora, pero no quiero que Morris siga llevándote. Lo hará alguien del clan.

Y eso fue todo. Estaría prácticamente encerrada, salvo que estuviera en el instituto o uno de los Guardianes se encontrara conmigo. Aquello resultaba un tanto irónico teniendo en cuenta que había un demonio de Nivel Superior en mi clase de Biología, pero ahora sabía sin lugar a dudas que si compartía ese pequeño detalle,



acabarían dándome clase en casa. Una parte de mí comprendía la precaución.

Fui hasta el piso superior, dejando a Geoff y a Abbot para que continuaran con su conversación entre susurros. Mientras abría la puerta de mi habitación con el pie, oí los gritos emocionados de los mellizos, provenientes del vestíbulo. Me giré y me preparé para el sonido de unas fuertes pisadas, para que Zayne fuera corriendo a verme y comprobar las heridas que no tenía. Para que me diera uno de esos abrazos de mamut que siempre hacían que todo pareciera mejor.

Unas voces masculinas resonaron desde el piso inferior, y una de ellas era la de Zayne. La furia agravaba su voz, y la de su padre iba a juego con ella. No estaban discutiendo, pero entonces oí cómo intervenía la voz suave de Danika, y después sus voces bajaron de volumen.

Esperé.

No había pasos subiendo por la escalera, y las voces se fueron apagando mientras se internaban más en la casa, probablemente bajo tierra.

Un suspiro se escapó de mis labios mientras permanecía ahí de pie, todavía esperando a Zayne, pero no subió la escalera. No lo hizo.

\* \* \*

A la mañana siguiente me levanté pronto, tal como hacía todos los sábados. Sí, seguía estando enfadada con Zayne, pero era sábado por la mañana. Tenía que haber una razón por la que no hubiera ido a ver cómo me encontraba la noche anterior. Lo más probable era que Abbot lo hubiera obligado a abandonar la mansión de inmediato para ayudar a los demás Guardianes.

Teníamos planes; siempre teníamos planes los sábados por la mañana. Incluso con la posibilidad de que hubiera demonios buscándome, yo estaría bien porque me acompañaría Zayne. Era la clase de niñera tras la cual podría esconderme.

Y quería preguntarle acerca de mi madre. Suponía que podía hacerlo sin levantar ninguna sospecha, y sabía que me diría la verdad. Zayne jamás me había mentado. Confiaba en él, y sabía que me diría que no tenía nada de qué preocuparme, que mi madre no era la verdadera Lilith.

Esperé hasta las ocho y fui a la puerta de su habitación como siempre hacía. Para entonces, él ya estaría cambiando a su piel humana, y abriría la puerta en cualquier momento. Pero la puerta no se abrió a las ocho. Pasaron diez minutos. Tras treinta minutos, me senté. Cuando el reloj dio las nueve, comencé a sentir náuseas. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si estaba herido, o algo peor?

Incapaz de seguir esperando más tiempo, me puse en pie y corrí hasta el primer piso. Abbot no estaba descansando todavía; se encontraba con Elijah y algunos otros hombres del clan. Me detuve enfrente de su estudio, sin aliento.

Abbot levantó la cabeza, y una ligera expresión divertida cruzó su rostro cuando me vio junto a la puerta.

—¿Layla?

Todos los hombres se giraron para mirarme, y un calor me recorrió las mejillas mientras cruzaba los brazos por delante del pecho.

—¿Ha regresado Zayne?

No podía preguntar si había sido herido. Mis labios no lograban formar las palabras.

Abbot pareció sorprendido durante un momento, mientras se acariciaba la barba.

—Ah, hoy es sábado, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Me parece que a Zayne se le ha olvidado —dijo Nicolai con su voz baja.

Elijah se apoyó en la puerta y bostezó sonoramente.

—Zayne está con Danika, que se encontró con nosotros justo antes del amanecer. Los oí mencionar algo sobre ir a desayunar.

Dirigí la mirada rápidamente hacia Abbot, que parecía complacido con el desarrollo de los acontecimientos. Por supuesto, él quería que Zayne se apareara con esa chica, así que probablemente estaría animándolos mentalmente e imaginando bebés regordetes, pero yo no podía respirar.

Nicolai rodeó la silla, y sus ojos cayeron sobre mí. Había compasión en su rostro, y el corazón me dio una sacudida de la peor forma.

—¿Quieres ir a desayunar? ¿O a tomar un café?

Elijah y sus hombres rieron disimuladamente, pero Nicolai los ignoró.

—Eso no será necesario —dijo Abbot—. Necesitas descansar, Nicolai, y la verdad es que Layla no debería salir después de lo que pasó anoche.

—Puedo dedicarle una o dos horas a la chica. —La expresión de Nicolai se agudizó—. No le hará daño a nadie, y estaremos bien.

—Qué caritativo —murmuró Elijah.

La humillación llevó unas lágrimas ardientes hasta mis ojos. Me alejé de la entrada del estudio y negué con la cabeza.

—No. No... no pasa nada.

—Pero...

Me giré y me apresuré a marcharme antes de que Nicolai pudiera terminar. Zayne se había olvidado de mí. No podía creerlo. Jamás se olvidaba de nuestros sábados. A lo mejor no se había olvidado. A lo mejor simplemente me había reemplazado por Danika, una compañera mucho más apropiada. Sin embargo, no lo comprendía: nunca le había prestado tanta atención antes.

Pero ahora lo hacía.

Comencé a dirigirme hacia la puerta principal, pero me detuve en el vestíbulo. La luz del sol se derramaba por las ventanas. ¿Adónde podía ir? ¿A pasar el rato en la casa del árbol otra vez, como una idiota? Estaba atrapada en la mansión.

De nuevo en mi habitación, volví a ponerme el pijama y me metí en la cama. No quería llorar. Era una debilidad y una estupidez derramar lágrimas por algo así, pero

mis mejillas acabaron húmedas de todos modos, y el pecho me dolía. Me puse de lado y me aovillé, apretando el anillo en la mano hasta que volví a quedarme dormida.

\* \* \*

Un golpe en la puerta de la habitación me sacó del sueño unas horas más tarde. Abrí los ojos y vi que el sol se estaba poniendo al otro lado de la ventana: había dormido durante todo el día. Volvió a sonar el golpe, y me puse la gruesa colcha sobre la cabeza.

La puerta se abrió un poco.

—¿Bichito?

Me arrebujé entre las sábanas, esperando que se largara.

Poco después, la cama se movió bajo el peso de Zayne. Toqueteó la colcha hasta que su mano aterrizó sobre mi cabeza.

—¿Dónde estás? —Dio un par de golpecitos más a la cama—. No te encuentro.

Lo odiaba por bromear.

Hubo un momento de silencio.

—Estás enfadada conmigo.

Cerré los ojos con fuerza hasta que vi una luz blanca.

—Te olvidaste de mí.

Hubo otro momento de silencio.

—No tenía intención de olvidarme de ti, Layla. Después de lo que pasó anoche con el humano poseído, todos nos quedamos despiertos hasta tarde. Simplemente... pasó.

Un extraño sentimiento de vacío apareció en mi pecho.

—En todos los años que hace que nos conocemos, nunca te habías olvidado de mí. —Notaba un nudo seco en la garganta—. Te esperé, ¿sabes? Y después, como una idiota, pensé que te habría pasado algo, así que me puse en ridículo delante de todo el clan.

—Me han dicho que Nicolai se ofreció a llevarte a desayunar.

Que sacara el tema me hacía sentir mucho mejor.

—Vete.

Zayne tomó el borde de la manta y me la quitó de la mano. Luché desesperadamente por el control de la manta, pero él la mantuvo alejada de mí. Me rendí y caí sobre mi espalda.

—Eres lo peor.

—Lo siento. —Parecía agotado. Tenía unas débiles sombras bajo los ojos, su pelo estaba hecho un desastre, más ondeado de lo normal, y tenía la camiseta arrugada—. Layla, de verdad que lo siento. Tenía la intención de volver a tiempo, y quería verte; estaba preocupado por ti. Tan solo perdí la noción del tiempo.

—Tienes un aspecto horrible —dije—. Supongo que te quedarías levantado más tiempo de lo normal, ¿verdad?

Entrecerró los ojos.

—No más de lo que me habría quedado normalmente si hubiera estado contigo.

Pero no había estado conmigo.

—¿Por qué le dijiste a Danika que me echara un ojo?

Pestañeó.

—Entonces, ¿a eso se debe todo esto? —Hizo un gesto hacia mí—. ¿Estás enfadada porque le pedí que te ayudara si necesitabas algo?

—Estoy enfadada porque esta mañana me has dejado tirada, y sí, estoy enfadada porque le contaste mi problema.

—Layla, todo el mundo aquí sabe lo que puedes hacer. No es un secreto.

Me senté y me aparté la maraña de pelo enredado de la cara.

—¡No todos saben lo difícil que es para mí! Y tú lo sabes, pero se lo contaste a Danika.

La confusión recorrió sus facciones.

—No me parece que sea para tanto. No es como si estuviéramos hablando mal de ti.

—¿Que no te parece que sea para tanto? —Me levanté de la cama, ignorando las mantas que cayeron al suelo. Todo lo que guardaba salió de mí; toda la furia, la frustración y la confusión se apresuraron a salir a la superficie. Y también había un dolor cortante abriéndose camino hacia fuera, porque me sentía como si estuviera perdiéndolo—. ¿No sabes lo vergonzoso que es, lo humillante que es que la gente piense que estoy tan jodida? Dios. Jasmine ya cree que voy a absorber el alma de sus bebés, y ahora Danika me sigue por ahí en mitad de la noche. Cuando no te está siguiendo a ti, claro.

—Jasmine no piensa eso, Layla. —Se dobló por la cintura y se pasó las manos por el pelo—. Has estado muy tensa últimamente. Pensaba que sería una buena idea por si acaso...

Hice una mueca de dolor.

—¿Por si acaso qué, Zayne?

—Layla, no lo decía por nada en concreto.

Se puso en pie y levantó las manos con actitud impotente.

Por alguna razón, mi mirada cayó en una vieja casa de muñecas que había en la esquina de mi habitación. Tras todos estos años, nunca había tenido el valor de guardarla en el ático. Los recuerdos de haber obligado a Zayne a jugar a las muñecas conmigo parecían muy lejanos. ¿Por qué me estaba aferrando a ellos, o a él, cuando no tenía ningún sentido?

—¿Sabes? No me parece que lo ocurrido esta mañana o que le pidiera a Danika que te ayudara tengan nada que ver con el hecho de que estés actuando de este modo —dijo Zayne, con la voz teñida de frustración.

Fruncí el ceño y me giré de nuevo hacia él.

—¿Y por qué si no iba a estar enfadada?

—Estás cabreada porque Danika está aquí. Te pones así siempre que viene de visita, pero esta vez es muy evidente.

Me quedé boquiabierta, y esa extraña y desagradable sensación de vacío se extendió.

—¿De verdad piensas que es por eso? Es ridículo. Me has hecho sentir como una mierda cuatro veces, Zayne.

—¿Cuatro? ¿De qué diablos estás hablando?

Levanté la mano y fui bajando los dedos.

—Me dejaste en evidencia con lo de salir a marcar demonios, que, por cierto, deberías alegrarte, porque después de lo de anoche ya no voy a seguir haciéndolo. Le dijiste a Danika que cuidara de mí «por si acaso» me ponía en plan demonio con todo el mundo. —Sabía que todo aquello sonaba como si fuera una locura, pero no podía parar—. Ni siquiera fuiste a ver cómo estaba anoche. ¡Y te has olvidado de mí esta mañana para pasar tiempo con otra persona!

Cruzó la habitación y se detuvo delante de mí.

—Sugerí que dejaras de marcar demonios porque es peligroso para ti, cosa que ha resultado ser cierta, ¿verdad? Le dije a Danika que te echara un ojo porque me preocupó por ti. Qué concepto tan extraño, ¿verdad? —Sus ojos pálidos soltaban fuego y estaban clavados en los míos—. Anoche no fui a verte porque suponía que estarías descansando, y salí de inmediato para cazar. Y siento lo de esta mañana. No te estoy reemplazando, Layla, fue un error.

—Pero ¡sí que me estás reemplazando!

Al darme cuenta de lo que había dicho, me tapé la boca con las manos y retrocedí. Las lágrimas que se acumulaban en mis ojos eran aún peores.

Su expresión se suavizó al instante. Estiró la mano hacia mí, pero di un paso hacia atrás. Algo similar al dolor apareció en su rostro.

—No es así.

Dejé caer mis manos a los costados.

—Pero estás pasando mucho tiempo con ella. Apenas te he visto desde que está aquí. Ella puede hacer todo lo que...

Me detuve y me mordí el interior de la mejilla hasta que noté el sabor de la sangre. «Estúpida, eres muy estúpida».

—Solo han sido unos pocos días, y se marchará en un par de semanas. —Volvió a pasarse los dedos por el pelo—. Por favor, Layla, no seas así.

Nuestros ojos se encontraron, y supe que estaba esperando a que le dijera que no pasaba nada. Que me parecía bien cómo iban las cosas, y que no iba a enfadarme por Danika. Pero no dije nada, porque no me parecía bien, y los celos y la amargura eran como pastillas ácidas que me explotaran en el estómago. Aquello era más que un enamoramiento no correspondido. Zayne era mi amigo, el único amigo que me

conocía de verdad, y lo estaba perdiendo.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros. A continuación fue hasta la puerta de mi habitación y se detuvo para mirarme por encima del hombro.

—Lo siento.

—Eso no hace que me sienta mejor —dije, solo porque quería ser una zorra.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y pasaron unos segundos antes de que hablara.

—¿Sabes? Siempre te estás quejando de que todo el mundo te trata como a una niña, pero es un poco difícil tratarte como a una mujer adulta cuando actúas de este modo.

Au. Podría haberme pegado un puñetazo y hubiera dolido menos.

Por un momento pareció que se arrepentía de haberlo dicho, pero entonces la expresión desapareció mientras se frotaba la cara con la mano. Abrió la puerta.

—Por cierto, mi padre habló con los Alfas anoche.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿Con los Alfas?

Asintió bruscamente con la cabeza.

—Van a venir aquí mañana.

Todo lo demás quedó olvidado en un instante; todo el asunto de Lilith, e incluso el dolor afilado que habían dejado sus palabras.

—¿Vas a hablar con ellos?

—No. Solo quieren hablar con mi padre.

Asentí lentamente con la cabeza.

—Entonces, ¿no debería estar aquí?

—No. No deberías estar aquí.

## Capítulo once

Los Alfas eran como una especie de hombres del saco para cualquiera que tuviera un rastro de sangre demoníaca en el cuerpo. Incluso los Guardianes no se sentían completamente cómodos en su presencia. Mantuve el ojo en el reloj, sabiendo que vendrían antes del anochecer. Debería haberme marchado ya de la casa, pero no tenía ningún lugar al que ir, y... y quería verlos otra vez.

Me entretuve en la cocina mientras Jasmine trataba de preparar un tentempié para los mellizos antes de mandarlos a la cama. Izzy y Drake estaban sentados a la mesa, en modo gárgola completo. Sus cuernecillos negros subían y bajaban mientras se reían.

Jasmine estaba de pie entre ellos, y se puso rígida de repente.

Su reacción me provocó un aleteo nervioso en el pecho. Bajé el vaso de zumo.

—¿Ya están aquí?

—Todavía no. —Se alisó la parte delantera de la blusa con las manos—. Pero los hombres se están preparando para que lleguen.

Era extraño ver cómo estaban todos conectados. Unos segundos más tarde, los oí moviéndose en el piso superior. No había visto a Zayne en todo el día, así que era oficial: me estaba evitando. Necesitaba verlo, porque después de haberme pasado toda la noche mirando al techo, sabía que debería disculparme. Estaba culpándolo demasiado, esperando cosas que no debería esperar. Yo le importaba, y la culpa de todo era mía, porque lo que sentía por él era más de lo que debería.

—¿Adónde vas a ir? —preguntó Jasmine, recogiendo rápidamente los envases de zumo de manzana y de galletas con forma de animales.

Me eché el pelo hacia atrás.

—No lo sé. Esperaba encontrar a Zayne antes de que llegaran, pero, si no, supongo que iré a pasar el rato a la casa del árbol.

«Como una perdedora...».

Una expresión tensa contorsionó sus facciones.

—¿Cómo sabrás que se han ido?

—No lo sé. Si no encuentro a Zayne, supongo que alguien me llamará. —Al menos, eso era lo que esperaba—. ¿Cuánto tiempo crees que...?

Un sonoro retumbo cortó mis palabras. Los vasos temblaron en el armario, y las ollas de acero inoxidable chocaron las unas contra las otras. Me aparté de la encimera y uní las manos. En un instante, todo el aire pareció abandonar la casa, y la habitación se llenó de electricidad estática. No me atrevía a moverme. Incluso los mellizos

parecían sentir su llegada, mirando a su madre con los ojos muy abiertos.

A los Alfas les encantaba entrar a lo grande.

Un estallido de energía me puso el vello de punta. El retumbo se detuvo, y el aire se llenó de un olor almizcleño y dulce. No olía de la misma forma para todo el mundo. El Cielo olía a lo que tú quisieras, a lo que tú desearas. ¿Rosas? ¿Tortitas con jarabe de arce? Goma quemada. Lo que fuera. La última vez que habían venido, me había olido a menta.

Jasmine me echó un vistazo, pero yo ya estaba caminando junto a la encimera. El instinto me decía que se encontraban en la biblioteca. Bajé sigilosamente por el pasillo, y me detuve un par de metros después. Una luz suave y luminosa se derramaba por debajo de la puerta, se deslizaba por los suelos de madera de arce y subía por las paredes color crema. La luz palpitaba y se convertía en una entidad viviente mientras los bucles cruzaban el techo y derramaban fragmentos de luz brillante que caían en charcos relucientes sobre la alfombra.

Era la luz que veía la gente momentos antes de morir, y era hermosa. Celestial. Para algunos, no había nada que temer en la muerte, no cuando era eso lo que les esperaba.

No podía acercarme más. Ya sabían que me encontraba allí, en algún lugar de la casa, pero no lograba apartarme. Comencé a notar un ardor en la garganta y un hormigueo en la piel. Era una tortura horrible estar tan cerca de algo tan puro y no querer... bueno, devorar su esencia.

Sabía que tenía que marcharme, pero estiré el brazo y pasé la punta de los dedos por la luz. Con un jadeo, aparté la mano de golpe. Era caliente; abrasadora. Tenía las puntas de los dedos rosadas y palpitantes, y unas delgadas volutas de humo se elevaban de mi mano.

Di un paso hacia atrás, me llevé la mano herida al pecho, y bueno, este me dolió por una razón completamente diferente. Miré la luz mientras continuaba extendiéndose por la casa, bañándolo todo con su calidez.

No podía ir a la luz. Ni ahora, ni probablemente nunca.

Unas lágrimas amargas me quemaron los ojos. Entonces me giré, tomé la mochila de la cocina ahora vacía y salí de la casa antes de que los Alfas se cansaran de mi presencia y me quitaran la elección de marcharme.

\* \* \*

Sentada en la estúpida plataforma de observación, miré la pantalla de mi móvil y solté una jugosa maldición que hubiera quemado los oídos de los Alfas. El crepúsculo había caído, y unas pequeñas estrellas estaban comenzando a asomarse.

Zayne no me había respondido las primeras dos veces que lo había llamado, media hora antes.

Bajé la mirada hasta mi mano y fruncí el ceño ante la piel de un rosa brillante de



mis dedos. Solo yo era lo bastante estúpida como para tratar de tocar la luz celestial.

Me llevé la mano al cuello y saqué la cadena, de modo que la extraña piedra quedó balanceándose justo debajo de mis dedos. Acaricié la joya con el pulgar, y no fui capaz de reprimir el escalofrío de repulsión. Quería arrancar el anillo de la cadena y tirarlo a los arbustos. Estuve a punto de hacerlo, pero cuando mis dedos lo rodearon, no... simplemente no pude hacerlo. Incluso aunque mi madre fuera la mismísima Lilith, incluso aunque no me hubiera querido, no podía tirar lo único que tenía de ella.

Aparté la mochila a un lado, me arrastré por la abertura y bajé por los tablones clavados al tronco del árbol.

Después de llamar a Stacey y no recibir respuesta alguna, recibí un mensaje rápido suyo diciendo que estaba en el cine. Con envidia, le pegué una patada a una gruesa raíz que salía del suelo y volví a hacerlo; llamé a Zayne.

El teléfono siguió sonando varias veces, y Zayne seguía sin responder. Corté la llamada cuando saltó el contestador. Mi ritmo cardíaco se incrementó, tal como me pasaba siempre que no respondía. A lo mejor estaba siendo un poco acosadora psicótica, pero incluso aunque estuviera enfadado conmigo tenía que saber que estaba viviendo en la maldita casa del árbol hasta que alguien se acordara de llamarme.

Pasaron cinco minutos y volví a probar, odiándome por ello. Porque, en serio, estaba comenzando a entrar en la tierra de las desesperadas, ese lugar habitado por chicas que se ponían en ridículo por los chicos; chicos que no las querían o no querían estar con ellas. El estómago se me retorció, al igual que había sucedido la noche anterior, justo antes de decir aquellas cosas tan tan estúpidas.

Tras el segundo tono, la llamada fue directa al contestador.

¿Qué demo...?

El estómago me dio un vuelco y me quedé inmóvil.

Todo a mi alrededor pareció quedar en silencio mientras escuchaba el mensaje automático del contestador. Aturdida, presioné el botón para finalizar la llamada y bajé la mano con lentitud. Me había colgado el teléfono... Realmente me había colgado.

Quién sabe cuánto tiempo permanecí allí. Probablemente habría sido mucho más tiempo si no hubiera oído la rama que se rompía detrás de mí.

Me di la vuelta con rapidez y noté cómo el corazón se me caía a los pies. Petr estaba delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. El aire se había vuelto frío, pero solo llevaba una camiseta fina. No podía ver el diseño en la creciente oscuridad.

Petr se rio, casi con disimulo.

—La verdad es que esto es demasiado fácil.

—¿El qué?

Di un paso hacia atrás, pero mantuve los ojos clavados en los suyos. Una sonrisa afilada como una cuchilla curvó sus labios.

—¿Estás aquí fuera? ¿Pasando el rato en la casa del árbol? ¿No te parece increíblemente triste?

La intranquilidad se convirtió rápidamente en enfado.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Petr miró a su alrededor enfáticamente.

—¿A ti qué te parece? Dar testimonio de tu patética existencia una última vez.

Un bloque de hielo se me formó en el pecho.

—Te dijeron que me dejaras en paz.

—Bueno, sí, eso es lo gracioso. Me han dicho muchas cosas. —Caminó a mi alrededor con lentitud, bajando la cabeza, como el depredador que era por ser un Guardián—. ¿Qué se siente cuando te dejan fuera como un perro sarnoso? ¿Indeseada? Incluso Zayne parece haberse cansado de ti.

Sus palabras me hirieron profundamente, porque en cierto sentido eran verdad, salvo porque era más una mula indeseada que un perro sarnoso. Pero me negué a mostrar mi dolor.

—¿Qué se siente al ser el intento pervertido de un hombre?

Los ojos de Petr se entrecerraron hasta formar unas estrechas rendijas mientras formaba otro círculo ancho alrededor de mí.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto?

—No, pero supongo que me lo vas a decir.

Soltó una risita.

—Ni siquiera sabes la verdadera razón por la que están aquí los Alfas. Ni siquiera sabes la verdadera razón por la que los demonios te están buscando.

Rodeé el móvil con la mano, sintiendo cómo se aceleraba mi pulso.

—¿Y me lo vas a decir?

Se lanzó hacia mí con tanta rapidez que ni siquiera lo vi moverse. Rodeó con un largo dedo la cadena de mi collar, y tiró de él con fuerza suficiente como para que se me clavara en la piel. Su mirada cayó hasta el anillo que se balanceaba.

—Ni siquiera sabes lo que es esto.

Le arranqué el collar de entre las manos y di un paso hacia atrás. Había algo en sus palabras que me perturbaba profundamente. ¿Sabía lo de Lilith? En realidad no importaba. A la mierda los Alfas de la casa. Traté de rodearlo.

Me sujetó el brazo.

—¿Adónde te crees que vas?

Bajé la mirada hasta su mano mientras intentaba contener la repentina ráfaga de pánico. Mostrar miedo nunca era una buena idea.

—Suéltame.

Petr esbozó una mueca de burla, y vi señales de advertencia por todas partes. Estaba demasiado lejos de la mansión como para que me oyeran si gritaba, y también sabía que todos los que podían haber acudido en mi ayuda estaban ocupados.

Cuadré los hombros.

—¿Recuerdas lo que pasó la última vez?

Su mano fue de forma inconsciente hasta la débil cicatriz que le recorría la mandíbula. Se la había hecho Zayne.

—Voy a hacerte algo peor que romperte la mandíbula si no me sueltas.

La risa fría de Petr fue como un puñetazo en el estómago, y noté una sensación de ahogo que amenazaba con tragarme.

—Debieron hacer esto hace mucho tiempo, pero me alegra que no fuera así. Me lo voy a pasar muy bien arreglándolo.

En un frío momento de sorprendente claridad, me di cuenta de que Petr no estaba ahí solo para decirme gilipolleces. Estaba ahí para matarme. Inhalé bruscamente, pero el pánico me expulsó el aire de los pulmones como si me hubiera dado un puñetazo.

—No vas a salirte con la tuya.

—Ah, creo que estaré bien.

El instinto se activó. Me lancé hacia un lado, sorprendiéndolo, y su agarre se aflojó. De algún modo recordé que tenía el móvil en la mano. Toqueteé la pantalla a ciegas, rogando para que llamara a alguien, a cualquiera. Antes de que pudiera recuperarse, levanté la rodilla y se la clavé en el estómago.

Me libré de él y me di la vuelta, pero me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás. Trató de alcanzar el teléfono, y me retorció la muñeca hasta que no pude seguir sujetándolo. Petr lo tiró hacia los arbustos cercanos.

El terror me recorrió por dentro, al igual que una rabia pura. Me giré hacia él y le clavé las uñas en la mejilla. Chilló y me soltó, y yo le lancé una patada que le dio en la pierna.

Se lanzó a por mí, me estampó el puño y me derribó al suelo. El nuevo estallido de dolor me aturdió, pero me arrastré hacia delante. Petr me sujetó el hombro y me hizo dar la vuelta hasta quedar boca arriba.

A nuestra izquierda, los arbustos vibraron salvajemente de pronto, atrayendo la atención de Petr. Se enderezó mientras yo me giraba, y algo, algo negro y brillante con grandes colmillos, salió disparado desde el follaje. ¿*Bambi*? Ni siquiera me cuestioné qué estaba haciendo allí la serpiente, pero rogué por que se comiera a Petr.

*Bambi* cruzó el claro como un dardo, con la boca abierta y los colmillos relucientes. Petr emitió un profundo gruñido, giró y atrapó a la serpiente justo por debajo de la cabeza. Esta siseó y trató de atacar, pero él la lanzó contra un árbol cercano con un juramento. *Bambi* se golpeó contra el tronco con un ruido desagradable y enfermizo, y cayó al suelo convertida en un bulto inmóvil.

Un terror real me recorrió por dentro como un virus. Me giré, tratando de alcanzar cualquier parte de Petr con la que pudiera establecer contacto.

—Estúpida zorra demoníaca —escupió él, atrapándome el brazo—. Un familiar... ¿Tienes un familiar rondando junto a ti? Incluso Abbot me dará las gracias por esto.

Un grito se me quedó atascado en la garganta mientras le daba un rodillazo en el estómago. Petr gruñó, y después su puño salió disparado y me golpeó la cara. Un

pitido en mis oídos bloqueó cualquier sonido. Tragué aire y sangre, retorciéndome bajo su peso. Tan solo podía forcejear como un animal salvaje.

—Para. Para ya —dijo Petr, empujando la cabeza hacia atrás—. Esto será mucho más fácil si no luchas.

Una clase de instinto diferente se esforzó por alzarse en mi interior; no era Guardián, sino una parte de mí más poderosa que el deseo de sobrevivir. ¿Petr pensaba que estaba indefensa bajo él? Que lo creyera. Lo único que necesitaba era que bajara la cabeza solo tres o cuatro centímetros más. El demonio de mi interior rugió en señal de aprobación.

—Ya está. —Los arañazos de sus mejillas se estiraron, y de ellos salieron unas gotitas de sangre—. Tengo que hacer esto. El mundo entero estará mejor si tú estás muerta.

La confusión y la colonia acre que llevaba me sofocaban. Notaba la piel como si estuviera estirada hasta el límite, y el demonio de mi interior luchaba con sus garras para salir.

—Vas a suplicar. —Levantó la mirada, con los ojos pálidos ardientes—. Todos lo hacen. Suplican justo antes de que los mandemos de vuelta al Infierno. —Su mano descendió, haciéndome daño—. Sin orgullo. Y así es como debe ser. Mírate cómo estás ahora.

Unas lágrimas de frustración y miedo cayeron por mis mejillas, mezclándose con la tierra y la sangre, pero no tenían ningún efecto en Petr. No podía hacer eso, no podía quedarme ahí tirada y esperar. Me incorporé, aferré el pelo corto de la parte posterior de su cabeza y lo obligué a acercar su boca a la mía.

Petr me tapó la boca con la mano y me forzó a bajar la cabeza.

—Ah, no, no vas a hacer eso.

Un pánico total me atravesó. Su mano me aplastó el labio partido, de modo que no podía respirar. Le golpeé los brazos y el pecho con los puños. La fina tela de mi camiseta se desgarró, y después sus dedos me rodearon la garganta. Noté cada piedrecilla que se me clavaba en la espalda, y entre la masa de pensamientos confusos recordé lo que había dicho Roth: «Las personas con las almas más puras son capaces de las maldades más grandes. Nadie es perfecto, sin importar lo que sean o por qué bando luchan».

No había palabras más ciertas que esas.

La desesperación nubló mis sentidos. Le clavé las uñas en la mano, pero no podía respirar por mucho que lo intentara. Notaba los miembros pesados mientras me ahogaba en mis propias lágrimas. Sus dedos me provocaron moratones mientras trataba de separarme las piernas, pero las uní tan fuerte como pude. Levanté la mirada hasta el cielo que se oscurecía, y la luna era una sombra pálida y distante.

La rabia estalló en mi interior. Estiré el cuello, y cuando sus manos resbalaron, se las mordí tan fuerte como pude. Su piel se abrió entre mis dientes, y brotó una sangre cálida. Petr se echó hacia atrás, aullando. Me lanzó un puñetazo que me hizo golpear

la cabeza con fuerza contra el duro suelo, y unas explosiones de color me nublaron la visión.

«No te desmayes. No te desmayes».

Meforcé a abrir los ojos, que me picaban de forma antinatural. Algo dentro de mí se rompió. Quizá fuera el demonio por fin. No importaba. Me levanté del suelo y aferré los laterales de su cara. Mi movimiento lo aturdió, dándome el tiempo suficiente para pegar mi boca a la suya. Inhalé profundamente, sintiendo las primeras volutas de su alma.

Volví a inhalar y él se volvió loco, golpeándome los brazos y el pecho. Me mantuve firme, absorbiendo el alma poco a poco hacia mi interior mientras él gemía. No sabía cómo pensaba que sabría un alma pura. El sabor era espeso, pesado por la sangre y el odio.

Petr estaba moviéndose, y sus dedos se me clavaban en el cuello, rodeaban la cadena de plata. Los últimos restos de su alma lucharon contra mí, pero logré absorberla hasta mi interior. Petr cayó a un lado, y en el momento en que su boca dejó la mía, se me escapó un sollozo entrecortado.

Con la espalda arqueada y los brazos a los costados, la piel de Petr se volvió amarillenta. Las venas sobresalieron por su garganta y después se oscurecieron, como si le hubieran inyectado tinta en la sangre. Las venas oscurecidas subieron por sus mejillas y bajaron por la piel desnuda de su brazo. Se estremeció una vez, y después se alzó sobre las puntas de sus pies como si no fuera más que una marioneta.

Sintiéndome demasiado acalorada y muy muy mareada, traté de ponerme en pie, pero mis piernas no cooperaban a pesar de que unos instintos sordos estaban cobrando vida. «Aléjate. Aléjate». Lo que quiera que estuviera sucediendo con Petr no era normal, pero el alma... ah... saborear un alma era como probar la droga más pura que existiera. Una calidez zumbaba por mis venas, adormeciendo los numerosos dolores y borrando el miedo. Había probado un alma antes, pero nunca había absorbido una por completo.

Los humanos se consumían en cuestión de minutos tras perder sus almas, y se convertían en espectros. Al parecer, a los Guardianes les pasaba algo completamente diferente.

Forcé a mis músculos a funcionar y me las arreglé para sentarme. Mareada, traté de concentrarme a pesar de la oleada de calor. Los músculos se relajaron y se aflojaron. El mundo giraba, pero Petr...

Su cuerpo se contorsionaba mientras echaba la cabeza hacia atrás, con la boca abierta del todo en un aullido silencioso. Los colmillos atravesaron sus labios de un gris pálido. Su ropa se estiró y se desgarró. Petr estaba cambiando de forma. A lo mejor no le había absorbido el alma. A lo mejor estaba alucinando.

Los huesos crujieron y la piel se desgarró. Las alas de Petr se desplegaron a su espalda, extendiéndose dos metros a cada lado de él. Su cuerpo pasó a los estados finales de la transformación. Se quedó rígido durante un momento, y entonces bajó la

barbilla.

Sus ojos eran rojos como la sangre.

Y aquello... Bueno, aquello no era bueno.

Mis palmas se deslizaron por el suelo y acabé tirada de espaldas. Una risita se me escapó de los labios flácidos. Con el corazón bombeándome con fuerza, traté de sentarme otra vez. En el fondo sabía que debería tener miedo, pero nada podía hacerme daño en ese momento. Podía besar el cielo si quería.

El suelo tembló mientras Petr daba un paso hacia delante, soltando un rugido grave que retumbó en su interior. Extendió un brazo muy musculoso, y sus manos formaron unas garras letales. Apartó los labios hacia atrás con un gruñido y se agachó.

Algo más grande y rápido salió disparado de entre las sombras, dirigiéndose directamente hacia nosotros. Confusa, me pregunté si sería otro Guardián, que acudía para ayudar a Petr a acabar lo que había empezado.

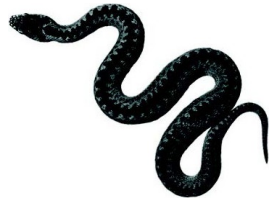
Petr se enderezó y se giró hacia la sombra que se aproximaba con rapidez, pero era demasiado tarde.

El borrón se solidificó en un instante. Sus facciones eran familiares, pero más afiladas, como si la piel se hubiera tensado sobre el hueso. Sus pupilas eran verticales, y los iris brillaban con un color amarillo.

El cuerpo de Petr sufrió un espasmo, y a continuación soltó un grito ronco. Algo caliente y húmedo salió por los aires, rociando mis vaqueros y mi estómago. Un olor metálico flotaba en el aire.

—Esto es por ser un cabrón —dijo Roth, y después echó el brazo hacia atrás. Una estructura alargada y delgada colgaba de su brazo; una columna vertebral—. Y esto es por tirar a *Bambi*.

## Capítulo doce



Demasiado aturdida e ida como para decir gran cosa, observé a Roth mientras tiraba la columna vertebral al suelo. Tenía el labio fruncido en señal de desagrado mientras pasaba sobre el cuerpo de Petr y se arrodillaba ante mí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, y como no respondía, acercó a mí una mano ensangrentada. Su mirada cayó hasta ella, y murmuró algo entre dientes. Apartó la mano y se la limpió en los vaqueros—. ¿Layla?

Su cara no parecía ya tan afilada, pero aquellos ojos seguían emitiendo un resplandor amarillo. Había llegado hasta el punto más alto del subidón, y ahora estaba comenzando a desvanecerse como una brisa perezosa. Unos agudos estallidos de dolor comenzaban a aparecer por todo mi cuerpo. Abrí la boca, pero solo salió aire.

Mi mirada se dirigió hacia el cuerpo.

—No mires —me pidió Roth, y me puso una mano en la pierna. Me aparté, y noté que la respiración comenzaba a acelerárseme otra vez—. Vale —dijo, echando un vistazo hacia donde estaba *Bambi*, moviéndose y cobrando vida. Dirigió la mirada de nuevo hacia mí, soltó un silbido bajo, y la serpiente avanzó la mitad del camino hasta Roth antes de convertirse en una nube oscura. El humo viajó por su brazo y se estableció en su piel, y la cola del tatuaje se enroscó alrededor de su codo. El demonio mantuvo los ojos fijos en mí—. Layla, dime algo.

Pestañeé con lentitud.

—Gra... gracias.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y me mantuvo la mirada un momento más. Después volvió a dirigirse hacia el cuerpo.

—Tengo que ocuparme de esto, y después me... me ocuparé de ti.

Roth recogió el cuerpo y las otras partes, y desapareció con rapidez en el espeso bosque. Me puse de costado y logré enderezarme, de modo que quedé reclinada contra la base de un árbol. Unos pensamientos inconexos me recorrieron la cabeza una y otra vez.

Había tomado un alma; un alma pura.

Noté un calambre en el estómago. El suave resplandor que me había rodeado desapareció, y me estremecí de forma incontrolable.

Había tomado un alma.

Roth se materializó de la nada, con la parte delantera de los vaqueros húmeda y

las manos limpias de sangre. Debía de habérselas lavado en el arroyo cercano. Sin decir una palabra, se acercó a mí con lentitud, como si le preocupara asustarme. Pasó un brazo por debajo de mis rodillas y me levantó, y se me ocurrió que probablemente debería preguntarle adónde me llevaba. Pero solo quería estar lejos de allí, tan lejos como fuera posible.

Su cuerpo cambió contra el mío, y se endureció de forma parecida a como lo haría un Guardián. Su piel irradió calor, y oí el familiar sonido de la piel separándose. Unas alas tan oscuras que casi se fundían en la noche se extendieron desde su cuerpo, arqueándose grácilmente. Había cuernos en las puntas, curvados y muy afilados. Las alas tenían que medir al menos tres metros de ancho; eran las más grandes que había visto nunca.

Me aparté un poco y tomé aire bruscamente. Su piel era del color del ónice pulido, y parecía más esqueleto que piel. A diferencia de los Guardianes, no tenía cuernos en la cabeza, tan solo piel suave y negra. Una fría puñalada de miedo me atravesó el corazón. Ver a Roth en su auténtica forma era un claro recordatorio de lo que era realmente: un demonio.

Pero yo era mitad demonio, y Petr... Petr había sido Guardián, y había querido matarme. Las cosas ya no me parecían tan blancas o negras.

Levanté la mirada hasta la cara de Roth.

Sus ojos dorados se encontraron con los míos, y fue como si supiera lo que estaba pensando.

—Es gracioso lo mucho que se parecen los demonios y los Guardianes, ¿verdad?

—No respondí, pero la comisura de sus labios se elevó, tal como hacía siempre—. Cierra los ojos, Layla. Esto va a ser rápido.

No tuve ocasión de responder. Con su mano libre, colocó mi cabeza en el espacio entre su garganta y su hombro. Se agachó, y un poderoso temblor hizo vibrar su cuerpo antes de que se lanzara hacia el cielo.

Con el corazón latiéndome con fuerza, cerré los ojos y me apreté a él. Solo Zayne había hecho eso antes; llevarme hasta el cielo. Requería mucha confianza por mi parte. Si Roth decidía soltarme, no iban a salirme alas para salvarme de acabar aplastada contra el suelo. Y aunque dudaba que eso fuera parte de su plan maestro, mi nivel de ansiedad se elevó por las nubes e hizo que mi corazón, que ya me palpitaba con rapidez, se desbocara por completo.

Roth me sujetó con más fuerza y murmuró algo que se perdió en el viento. El vuelo hacia dondequiera que me estuviera llevando fue un borrón, pero no mató el zumbido que seguía sintiendo. Cuando finalmente aterrizó, mi cuerpo entero tamborileaba de dolor. Estaba temblando tanto que ni siquiera me di cuenta de que había vuelto a cambiar a su forma humana hasta que se reclinó hacia atrás y pude verle la cara.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Las pupilas de sus ojos color miel seguían siendo verticales.



Asentí con la cabeza, o al menos creo que lo hice. Por encima de su hombro no podía ver nada salvo edificios de apartamentos, iluminados como un tablero de ajedrez.

—¿Dónde... estamos?

Hice una mueca al notar un dolor en la mandíbula.

—En mi casa.

¿Su casa? Roth no explicó nada más mientras comenzaba a avanzar. Tardé unos pocos segundos en darme cuenta de que nos encontrábamos en un callejón estrecho detrás de un edificio bastante grande. La puerta que teníamos delante se abrió, y un hombre apareció en la oscuridad.

Parecía tener veintipico años. Llevaba el pelo, de un rubio pálido, recogido en una coleta baja, pero sus cejas finas y arqueadas eran oscuras. Sus ojos eran como los de Roth, de un color miel intenso. Era claramente un demonio, pero mantuvo la puerta abierta.

—Vaya sorpresa —dijo.

—Cállate, Cayman.

Los pasos de Cayman coincidieron con los de Roth. Estábamos en una escalera, subiendo.

—¿Debería preocuparme? —preguntó el hombre—. Porque si esta es quien creo que es, y tiene ese aspecto por algo que has hecho, de verdad que necesito saberlo antes de tener a una bandada de Guardianes destrozando mi edificio.

Me pregunté cómo de malo sería mi aspecto, y cómo sabría ese tío quién era yo.

—Él no ha hecho esto.

—Eso es un alivio, pero...

Roth se giró.

—Los Guardianes no son un motivo de preocupación en estos momentos.

El otro demonio arqueó una ceja.

—Esa es tu opinión, y no es una opinión válida. Los Guardianes...

—¿No te he dicho ya que te calles?

Cayman sonrió mientras pasaba junto a nosotros y abrió la puerta que daba al decimoquinto piso.

—¿Y desde cuándo te hago caso yo a ti?

Roth gruñó.

—Muy cierto.

Cayman se apartó a un lado, con la mano en la puerta.

—¿Necesitáis algo?

—Por el momento no —dijo Roth, pero entonces se detuvo y miró al otro demonio—. Más tarde bajaré a verte. No te preocupes, te pondré al día.

Un brillo divertido apareció en los ojos del demonio.

—Genial. Necesito unos buenos cotilleos.

Y entonces desapareció, como si se hubiera desvanecido en el pasillo. Roth

comenzó a recorrerlo.

—Puedo... puedo... caminar.

—Preferiría que no lo hicieras por el momento, y además, ya estamos aquí.

«Aquí» era una puerta pintada de negro. Se abrió por sí sola, y en cuanto la atravesamos, una luz brillante se encendió en el techo y se derramó por la habitación. Pestañeeé hasta que mis ojos se acostumbraron.

Su casa lejos del Infierno estaba bastante bien. Era un *loft* grande adecuado para un rey, para ser precisa. Las paredes estaban pintadas de blanco y se hallaban vacías, a excepción de unos pocos cuadros abstractos macabros. La cama se encontraba en medio, cubierta con sábanas negras y rojas. En la pared había un televisor montado, y debajo de él, varias pilas de películas en DVD y libros. En una esquina, junto a una puerta cerrada, descansaba un piano.

En cualquier otro momento habría ido a cotillear las películas y los libros, pero, cuando me sentó suavemente en la cama, me quedé ahí quieta, sintiéndome aturdida y vacía.

—¿Por qué ha hecho esto? —preguntó, con la voz siniestramente calmada.

—¿Está... está bien *Bambi*? —pregunté yo a mi vez.

Roth frunció el ceño.

—*Bambi* está bien.

Era extraño sentirme aliviada por una serpiente demoníaca.

—Me ha ayudado dos veces. —Levanté la mirada—. Tú me has ayudado dos veces.

—Como te he dicho, al parecer le caes bien a *Bambi*. Te echa un ojo...

Parecía que «cuando yo no puedo» fuera la parte que no había dicho de la frase. Bajé la mirada, muy confusa sobre prácticamente todo. ¿De verdad todos los demonios eran malvados? ¿Cómo podían serlo, cuando uno me había rescatado de aquello que se suponía que tenía que proteger a todo el mundo?

—Responde a mi pregunta, Layla.

Dudé, porque... porque no estaba segura de que pudiera decir por qué Petr había hecho lo que había hecho. No estaba preparada para pronunciar las palabras, porque hacía que todo fuera dolorosamente real, y en ese momento no creí que pudiera soportarlo.

Me miró fijamente durante un momento, y después caminó hasta un sillón bajo. Sacó una manta gruesa de la parte trasera.

—Toma. —La dejó cuidadosamente sobre mis hombros—. Parece que tienes frío.

Solté lentamente mi ropa desgarrada y hundí los dedos en el suave tejido envolviéndolo a mi alrededor. No sabía de qué clase era, ¿quizá cachemir? Pero era negra, lo cual encajaba con él.

Roth permaneció allí un momento más, sin decir nada, y después se dio la vuelta. Observé el intrincado movimiento de sus músculos mientras se sacaba la camiseta sucia por encima de la cabeza. Los músculos de sus brazos se flexionaron mientras la

tiraba al suelo. Tenía un tatuaje grande en un costado; cuatro líneas de una escritura elocuente en un lenguaje que jamás había visto antes.

Incluso en el estado mental en el que me encontraba, no pude evitar apreciar todo lo que estaba haciendo Roth. Cuando se giró para tomar una camiseta de una pila de ropa pulcramente doblada, capté un vistazo de su parte delantera. Era todo músculo, esculpido y esbelto. Grácil. Tenía los pantalones bajos, y parecía como si alguien hubiera presionado con los dedos la piel junto a sus caderas, dejando unas hendiduras. Los contornos y los planos de su estómago parecían irreales.

*Bambi* le rodeaba el bíceps, y había otra marca extraña y circular sobre su pectoral derecho. En el estómago tenía otro tatuaje más que parecía ser un dragón, con la cabeza hacia atrás y las mandíbulas abiertas. Las alas estaban plegadas sobre su lomo escamoso, y la cola desaparecía bajo la cinturilla de sus pantalones.

Tenía que apartar la mirada, pero mis ojos estaban pegados al lugar donde debía de estar la cola.

Roth se puso una camiseta limpia, y yo solté aire. Fue hasta la pequeña zona de la cocina y abrió un armario. Después volvió junto a mí, abriendo una botella.

—Deberías beber un poco de esto. Te ayudará.

Lo acepté y di un largo trago. El licor me quemó los labios y el interior de la boca, mientras Roth desaparecía en lo que suponía que era el baño, pero me calentó por dentro de forma maravillosa. Poco después oí el sonido del agua. Cuando reapareció, miré la toalla que tenía en la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Limpiarte la cara. —Roth se agachó y me recorrió con los ojos—. ¿Te duele al hablar?

Dolía al no hablar.

—Un poco.

Tomé otro trago, y jadeé cuando el líquido se derramó por mi piel desgarrada. Roth me quitó la botella y la dejó lejos de mi alcance. Suspiré.

—¿Cómo te curas normalmente? —pregunté.

—Más rápido que un humano, pero no como los Guardianes o... como tú —respondí. Esperaba que los moratones desaparecieran a mediados de semana, aunque mis heridas no eran un problema. Tenía cosas mayores de las que preocuparme.

Me tocó el labio con la toalla con sorprendente suavidad.

—Quiero saber por qué ha hecho esto, Layla. Necesito saberlo.

Aparté la mirada y cerré los ojos con fuerza. Un dolor crudo me atravesó el pecho, como si fuera una herida real. Sabía... Dios, sabía que Petr no era el único que me quería muerta. Todo el asunto parecía una gran emboscada: los Alfas, los hombres del clan que no estaban en ningún lugar cercano, e incluso el hecho de que Zayne no respondiera al teléfono. La traición me cortó tan profundamente que me partió por dentro.

Unos dedos suaves me presionaron bajo la barbilla, girando mi cabeza hacia un

lado.

—Háblame, Layla.

Abrí los ojos y pestañeeé para contener las lágrimas.

—Quería... quería matarme. Dijo que el mundo estaría mejor sin mí.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Roth y sus ojos emitieron un resplandor leonado, pero su tacto siguió siendo tan suave que no parecía que fuera él quien me sujetara la barbilla.

—¿Te ha dicho por qué?

—Ha dicho que los Guardianes deberían haberme matado cuando me encontraron. Petr siempre me ha odiado, pero esto... Esto era algo más.

Le conté a Roth todo lo que había sucedido, y me detenía cada pocos momentos para descansar la mandíbula dolorida.

—No he tenido elección.

—¿Elección sobre qué? —preguntó—. Tú no lo has matado, he sido yo. Y me gustaría volver a hacerlo.

Negué con la cabeza, y el gesto me dolió.

—Le he absorbido el alma, Roth. Pero no sé lo que ha pasado, no se ha consumido como lo haría un humano. Se ha transformado, y sus ojos eran rojos.

Se puso rígido y me miró directamente a los ojos.

—¿Le has absorbido el alma? —Las lágrimas ardieron en mis ojos—. Layla —añadió con suavidad—. ¿Le has absorbido el alma por completo?

—Creo que sí. —Se me rompió la voz—. Sí. Sí, lo he hecho.

El tono de sus ojos se oscureció.

—Has hecho lo que tenías que hacer. No tienes que culparte por lo que ha sucedido, ¿me comprendes? Te estaba... haciendo daño. Ese cabrón se merecía morir.

No dije nada, y él me pasó la toalla por la frente con suavidad. Era silencioso y meticuloso cuando trabajaba. Vi cómo el músculo de su mandíbula se relajaba, y cómo sus pupilas volvían lentamente a la normalidad para cuando se marchó y regresó con una toalla nueva.

—¿Estoy muy mal? —pregunté cuando ya no pude soportar el silencio durante más tiempo.

Roth sonrió por primera vez desde que me había encontrado.

—No tan mal como podrías estar. Tienes el labio partido, y te va a salir un buen moratón en la mandíbula —pasó los dedos por mi frente—, y aquí. Eres más fuerte de lo que parece.

Debería haber sentido alivio, pero no podía. Lo único que podía sentir eran las manos de Petr sobre mí, y el aspecto que tenía después de haber tomado su alma. Roth comenzó a apartar el borde de la manta con suavidad, y yo me aferré a ella con más fuerza.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy asegurando de que estás bien.

—No. —Me aparté de él, sintiendo que las paredes comenzaban a cerrarse a mi alrededor—. Estoy bien.

—No voy a hacerte daño. —Me colocó la mano en el hombro con cuidado, pero esbocé una mueca ante el dolor que me recorrió el brazo. Sus ojos se endurecieron—. Vas a dejar que compruebe cómo estás. No voy a hacerte daño, ¿vale? Te lo prometo.

Lo miré durante lo que pareció una eternidad, y a continuación asentí con la cabeza y solté la manta. Roth no esperó a que cambiara de idea. Me quitó la manta de los hombros y, cuando oí su brusca inhalación, quise volver a ponérmela por encima. Lo sentí mover la toalla bajo mi cuello, y entre los restos hechos jirones de mi camiseta.

—Te ha arañado —explicó Roth poco después—. ¿Estaba en su verdadera forma cuando lo hizo?

—No. —Abrí los ojos—. Comenzó a cambiar cuando empecé a absorberle el alma, y se transformó completamente después.

Antes de que Roth pudiera responder, sentí algo suave y cálido que me rozaba el tobillo. Miré hacia abajo, sorprendida, y vi a un pequeño gatito blanco que me devolvía la mirada, con los ojos tan azules como el cielo.

—¿Un gatito?

—Sí. Es un gatito.

Aturdida porque Roth tuviera algo tan mono, ignoré la oleada de mareo y me agaché junto a él para alcanzar la bolita de pelo. Su suave ronroneo era como un motor en miniatura. Otro más salió de debajo de la cama, negro, esponjoso y del mismo tamaño, y se contoneó y saltó sobre el lomo del blanco. Rodaron por el suelo, siseando y golpeándose el uno al otro. Eché un vistazo a Roth.

—¿Dos?

Negó con la cabeza y señaló hacia el cabecero de la cama.

—Tres.

Un tercer gatito se asomó por la esquina de la almohada, una mezcla de negro y blanco. Trotó hacia mí y me arañó los dedos con unas garras sorprendentemente afiladas.

—No... no puedo creer que tengas gatitos. —Meneé los dedos, y el animalito trató de alcanzarlos—. ¿Cómo se llaman?

Roth resopló.

—Este es *Furia*. El blanco es *Nitro*, y el negro se llama *Thor*.

—¿Qué? ¿Has llamado así a estas monadas, pero luego llamas *Bambi* a una serpiente gigante?

Se inclinó hacia delante y depositó un beso sobre mi hombro. Fue tan rápido que dudé de que lo hubiera hecho realmente.

—Hay dulzura en el mal —dijo—. Y, recuerda, las apariencias pueden ser engañosas. —Bajé los dedos y acaricié la pequeña cabeza del gatito—. Yo no haría eso...

*Furia* me clavó las garras y los dientes en la mano. Solté un grito y la aparté, pero el animal siguió sujeto a ella, como una bola que se retorció en forma de un gatito vampiro.

Roth tomó la bola de pelo y lo apartó con suavidad de mi mano.

—Gatito malo —dijo, y lo dejó junto a sus hermanos.

Miré la bola de pelo demoníaca mientras se lamía las garras ensangrentadas, y después dirigí la mirada hacia Roth.

—No lo entiendo.

—Digamos simplemente que no siempre han sido tan monos y achuchables. Pueden volverse bastante grandes si los provocan, pero, incluso en esta forma, los Sabuesos Infernales tienen miedo de ellos —explicó.

El blanco saltó a la cama, estiró las patitas y bostezó. Me observó como si no supiera muy bien qué estaba haciendo yo ahí.

Roth me tomó la mano y se llevó a los labios el dedo que me había herido el gato. Me dio un beso en la piel desgarrada, sorprendiéndome una vez más.

—Vas a estar bien.

Notaba las lágrimas que volvían a acumularse en mis ojos.

—¿Qué...? ¿Qué voy a hacer? He tomado un alma... Un alma pura.

Roth se sentó junto a mí.

—Todo va a salir bien.

Se me escapó una risa estrangulada.

—No lo entiendes. No tengo permitido... tomar almas. Bajo ninguna circunstancia.

—No es algo de lo que debas preocuparte ahora mismo —replicó firmemente—. Yo me ocuparé de ello.

Tenía muchas ganas de creerle, pero no veía cómo iba a poder ocuparse de eso. Lo que había hecho no podía revertirse.

Estiró la mano y la puso sobre el lado de mi mandíbula que no parecía estar en llamas.

—Todo va a salir bien. Ya verás. —Hizo una pausa—. Mira. Tienes una visita.

Bajé la mirada y vi que el gato blanco se estaba frotando contra mi costado, mirándome con sus ojos azules sesgados. Tenía muchas ganas de tomarlo y abrazarlo, pero valoraba mis dedos. El animal volvió a frotarse contra mi cadera, como retándome a acariciarlo.

Se me obstruyó la garganta a causa de la emoción al darme cuenta de que no le había dado las gracias a Roth adecuadamente.

—¿Por qué me estás ayudando? Es decir, gracias; nunca podré agradecerte lo suficiente que vinieras cuando lo hiciste. Es solo que...

Es solo que no entendía cómo un demonio podía ser quien me salvara de un Guardián.

Se encogió de hombros y bajó la mano.

—Soy muchas cosas, Layla, pero incluso yo tengo mis límites.

El silencio cayó entre nosotros, y Roth continuó limpiándome las heridas. Se le daba bien aquello; cuidar de alguien. Dudaba que fuera algo que hubiera aprendido en el Infierno.

Cuando terminó, me dio unos pantalones de chándal y una camiseta para que me los pusiera. De camino al cuarto de baño, noté dolor y me sentí incómoda. Una vez en el interior, muy iluminado, miré mi reflejo. Mis ojos parecían más grandes de lo normal, de un gris reluciente que casi tenían aspecto salvaje. El lado derecho de mi mandíbula se estaba volviendo ya de un púrpura intenso, a juego con el moratón que se estaba formando justo debajo del nacimiento de mi pelo. Allí tenía la piel abierta, pero no parecía que fuera a necesitar puntos. Mi labio tenía aspecto de haber recibido una inyección de Botox que había salido muy mal.

Me quité la ropa, e hice una mueca no solo a causa del dolor, sino al ver las manchas azules y de un violeta claro que cubrían mis hombros y mi pecho. Las marcas de los arañazos de Petr comenzaban bajo mi garganta, tres heridas profundas de diez centímetros de largo. Me cambié con rapidez, incapaz de seguir mirándome más tiempo.

Roth se encontraba junto a la ventana cuando regresé. Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa lobuna.

—Siempre supe que estarías genial dentro de mis pantalones.

No pensaba que fuera a volver a reírme, pero entonces lo hice, aunque el sonido fue débil.

—Qué original.

Se apartó de la pared e hizo un gesto hacia la puerta cerrada en la que me había fijado antes.

—Quiero enseñarte una cosa. ¿Te apetece verla?

Intrigada muy a mi pesar, asentí con la cabeza. Él abrió una puerta y me hizo un gesto para que avanzara. Lo seguí subiendo por la estrecha escalera, hasta que se detuvo frente a una puerta y me miró por encima del hombro.

—Prométeme que no vas a alejarte caminando por la cornisa.

Habría puesto los ojos en blanco si el gesto no me hubiera hecho daño.

—Te lo prometo.

No parecía que me creyera, pero abrió la puerta, y el aire frío me impulsó hacia delante. Pasé junto a él, cojeando.

—No te tires por el borde, por favor. —Me siguió—. No quisiera tener que arrancar tus restos de la calle.

Unos toldos blancos, suaves y holgados se movían bajo la brisa perfumada. Debajo de ellos había varios divanes y mesas pequeñas, pero fue el jardín de flores bien cuidado lo que atrajo y retuvo mi atención. La azotea estaba rodeada de jarrones de todos los tamaños y formas. No conocía la mayoría de las flores, pero veía rosas y lirios por todas partes.

—¿Esto es tuyo? —pregunté.

—Todo esto es mío.

Me detuve junto a una maceta grande y pasé los dedos por los gruesos pétalos. En la oscuridad, no sabía si la flor era púrpura o roja, pero el olor era dulce e intenso.

—¿Te gusta la jardinería?

—A veces me aburro. —Su aliento bailó sobre mi mejilla—. Me parece una buena forma de pasar el tiempo.

No lo había oído ponerse justo detrás de mí. Me giré a medias e incliné la cabeza.

—¿Un demonio aficionado a la jardinería?

Levantó la comisura de los labios.

—He visto locuras mayores.

—Ah, ¿sí?

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—Te sorprenderías. Conozco a unos cuantos de mi especie que trabajan con impuestos cuando están en la superficie, a algunos que dan clase de Educación Física. A los demonios nos encanta el juego del balón prisionero.

Hice un débil intento de reírme.

—Sabía... que había algo raro en mi profesora de Educación Física.

—Si no estuviera mejor informado, pensaría que la señorita Cleo es un Sabueso Infernal disfrazado.

Me aparté de él y me concentré en el cegador espectáculo de luces de los cientos de edificios que nos rodeaban. En la distancia, podía ver la torre del Nancy Hanks Center. Me estremecí mientras me giraba de nuevo hacia Roth.

Estaba muy cerca, pero no lo había oído moverse.

—Deberías sentarte.

No me dio demasiadas opciones, y me guio hasta uno de los divanes. Acabé tumbada boca arriba en cuestión de segundos, rodeada de gruesos cojines. El subidón había desaparecido; la adrenalina se había ido, y lo único que quedaba era dolor hasta en los huesos y demasiadas preguntas.

Roth se sentó junto a mí, y su cadera me presionó la pierna.

—¿Cómo te encuentras?

Qué pregunta tan amplia.

—Todo está... muy jodido.

—Pues sí.

Dirigí la mirada hacia él y estuve a punto de reírme de nuevo. Su brutal honestidad era increíble. Bajo el toldo blanco, la luz de la luna se reflejaba en su impresionante rostro. Nuestras miradas se clavaron la una en la otra.

—No sé qué se supone que tengo que hacer ahora.

Su mirada era firme.

—¿Alguna vez has sabido lo que se suponía que tenías que hacer?

Buena pregunta. Rompí el contacto visual.



—Eres un demonio extraño.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Sonreí un poco.

—En realidad no te pareces en nada a ningún demonio que conozca.

—Ah, ¿sí? —Me pasó las puntas de los dedos por el brazo, por la curva de mi clavícula, y se detuvo junto al lugar donde la piel estaba desgarrada—. Todos los demonios nos parecemos. Anhelamos cosas bonitas, corrompemos lo que es puro y completo, nos llevamos lo que jamás podemos tener. Deberías tener un club de fans entero lleno de demonios.

Su tacto resultaba tranquilizador, reconfortante. Bostecé.

—¿Serías miembro de mi club de fans demoníacos?

Se rio con suavidad.

—Oh, creo que sería el presidente. —Se acomodó a mi lado—. ¿Te gustaría?

Sabía lo que estaba haciendo: distraerme. Estaba funcionando.

—¿Puedo hablar en serio por un momento?

Su mano fue hasta mi otro hombro.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Realmente no eres tan malo... para ser un demonio, ya sabes.

—Yo no iría tan lejos. —Se estiró junto a mí, y se incorporó sobre un codo—. No hay nadie más malo que yo.

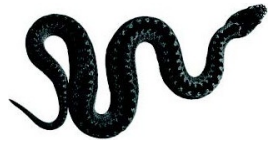
—Lo que tú digas —murmuré. Pasaron unos cuantos segundos—. Eh...

—Lo sé. De verdad. Probablemente no haya una pregunta para la que no tenga respuesta, y realmente debemos hablar. Lo que sabes ahora no es más que una gota en un cubo bastante revuelto. Y lo que vas a descubrir volverá tu mundo del revés. —Hizo una pausa, y mi corazón se detuvo durante un instante—. Pero no tenemos que hacerlo ahora. Debes dormir. Estaré aquí cuando despiertes.

Mientras lo observaba a través de los ojos casi cerrados, me di cuenta de que no sabía una mierda. No tenía ni idea de si alguna vez iba a poder volver a casa. De si alguna vez había tenido siquiera una casa. No sabía hasta qué punto alcanzaba la traición, y si incluía a otros que me habían visto crecer. Ni siquiera sabía lo que pasaría al día siguiente. Pero sí sabía que, por poco probable que fuera, estaba segura en ese momento, y confiaba en Roth... un demonio.

Así que asentí con la cabeza y cerré los ojos. Roth comenzó a tararear *Paradise City* otra vez, y me resultó extrañamente reconfortante. En los instantes antes de quedarme dormida, juraría que sentí su mano rozando mi mejilla.

## Capítulo trece



Cuando desperté, ya casi había amanecido y el cielo, más allá de los toldos, que se movían con suavidad, seguía aferrándose a la noche. Los eventos del día anterior acudieron a mi mente con alarmante claridad. Mi ritmo cardíaco se incrementó, pero no me moví. Mi cuerpo no era el problema; los dolores habían disminuido, e incluso la palpitación que notaba en la cara no era nada comparada con la que había sentido unas cuantas horas antes. Era simplemente que sabía que los Guardianes ya se habrían dado cuenta de que no estaba. Ya habrían comenzado a buscarnos a mí y a Petr. Zayne... Ni siquiera podía pensar en él en ese momento.

Nada volvería a ser igual.

El calor del cuerpo esbelto y duro que estaba apretado contra mí era un claro recordatorio de ese hecho. El pecho de Roth subía y bajaba a un ritmo constante contra mi costado. Nuestras piernas estaban enredadas, y su brazo estaba por encima de mi cintura. Aquella cercanía, por alocado que pareciera, apartaba todas las demás cosas importantes. Nunca me había despertado en los brazos de un chico. Cuando Zayne y yo éramos pequeños a veces dormíamos juntos, pero aquello... aquello era muy diferente. Una calidez lánguida comenzó en los dedos de mis pies y ascendió por mi cuerpo a una velocidad alarmante, ardiendo con fuerza en cada lugar donde nuestros cuerpos se tocaban.

Pensé en el beso que habíamos compartido; mi primer beso. Estaba tan sin aliento como lo habría estado practicando técnicas de evasión. Teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando y lo que ya había pasado, parecía que eso fuera lo último en lo que debía pensar.

Pero era tan natural como respirar, y notaba un hormigueo en los labios por el recuerdo. Dudaba de que Roth hubiera pensado siquiera dos veces en ello, pero yo lo había hecho unas cuantas veces desde el viernes.

Giré la cabeza ligeramente y tomé aire con suavidad.

Roth estaba tumbado de lado, al igual que antes de que yo me quedara dormida. Tenía la cara relajada y los labios separados. Quería tocar la línea de su mandíbula, la curva de su frente, y no tenía ni idea del porqué. Pero los dedos me hormigueaban por las ganas de hacerlo. Descansando de ese modo, ese matiz duro de su belleza estaba ausente. En ese momento tenía el aspecto que imaginaba que tendrían los ángeles.

Entonces abrió la boca.

—No deberías mirarme de ese modo —murmuró.

Una clase diferente de calor me inundó las mejillas, y me aclaré la garganta.

—No te estoy mirando de ningún modo.

Me dirigió su habitual sonrisa torcida.

—Sé lo que estás pensando.

—Ah, ¿sí?

Abrió un ojo. Sus pupilas estaban verticales, y me estremecí; no por miedo, sino por algo completamente diferente. Estiró la mano y me apartó de la cara unos cuantos mechones de pelo. La dejó sobre mi mejilla, sorprendentemente suave en comparación con lo que salió de su boca a continuación.

—Para que lo sepas, tu virginidad no está a salvo conmigo. Así que cuando tengas cara de querer que devore cada centímetro de tu boca, lo haré sin una pizca de remordimientos. Sin embargo, dudo que tú sientas lo mismo después.

—¿Cómo sabes de qué voy a arrepentirme?

En cuanto las palabras abandonaron mi boca, me di cuenta de que probablemente debería haberme guardado el comentario para mí. Los ojos de Roth se abrieron y se fijaron en mí, y entonces se movió con increíble rapidez.

Se puso encima de mí y me miró con unos ojos que eran un mosaico de cada tono dorado imaginable.

—Sé muchas cosas.

—Apenas me conoces.

—Llevo mucho tiempo observándote, siempre a un par de pasos por detrás de ti. No estaba tratando de ser un acosador cuando te dije eso. —Pasó el dedo por el dobladillo de mi camiseta prestada, y sus nudillos rozaron la curva de mi pecho—. ¿Sabes lo que vi?

Pestañeeé con lentitud.

—¿Qué?

Dejó de toquetearme el dobladillo y deslizó la mano por la curva de mis costillas mientras agachaba la cabeza. Sus labios se movieron junto a mi oreja.

—Vi algo que intentas esconder desesperadamente a todo el mundo. Algo que me recordaba a mí.

Tomé aliento rápidamente, con la boca seca.

Roth presionó los labios contra mi sien y deslizó la mano bajo el borde de mi camiseta. Di un salto cuando sus dedos me tocaron el vientre.

—Siempre parecías sola. Incluso cuando estabas con tus amigos, estabas sola.

Noté un espasmo en el pecho.

—Y tú... ¿tú estás solo?

—¿Tú qué crees? —Se movió de modo que una pierna quedara entre las mías—. Pero en realidad eso no importa. Ahora mismo no estoy solo, y tú tampoco.

Quería continuar la conversación, pero su mano subió por mi estómago y se detuvo en el borde de mi sujetador. Mi cuerpo tenía mente propia y se arqueó contra la mano, alentándolo a seguir sin saber realmente por qué. Sus ojos se encontraron con los míos. Había algo ardiente y calculador en su mirada; fiero y predatorio.

La mirada de Roth cayó sobre mi boca, y noté cómo su pecho se alzaba bruscamente contra el mío. Una suave brisa comenzó a soplar, agitando los toldos, que se movieron sin producir ningún sonido, mostrando el cielo. Entonces supe que iba a besarme. La intención estaba en su mirada, en su forma de bajar la cabeza hacia la mía y separar los labios. Levanté la mano y la puse sobre su mejilla. Su piel era cálida, más caliente que la mía.

Roth se apretó contra mí, y mi corazón latió a una velocidad de vértigo. Nuestros cuerpos estaban casi alineados, como si encajaran, y su aroma almizcleño y salvaje me envolvía. Hubo un breve momento en el que la parte inferior de su cuerpo se movió contra la mía y todos mis nervios cobraron vida, pero entonces soltó un suspiro lleno de arrepentimiento y se apartó de mí.

Se me quitó de encima.

Se puso en pie junto al diván y estiró los brazos por encima de la cabeza, mostrando un vistazo tentador de sus abdominales y el tatuaje del dragón.

—Voy a por café. Tenemos que hablar.

No tuve oportunidad de responder; simplemente desapareció. Se desvaneció tal como lo había hecho Cayman en el pasillo la noche anterior. ¿Qué diablos...?

Me senté, presioné mi frente con la mano y solté un gruñido. Utilicé su ausencia para recobrar la compostura y calmar mi caótico pulso. Cinco minutos más tarde regresó con dos vasos de café humeante. Pestañeeé.

—Qué rápido.

—Ser un demonio tiene sus ventajas. Nunca tienes que preocuparte por los atascos de tráfico. —Abrió la tapa de uno de los vasos y me lo entregó—. Ten cuidado. Quema.

—Gracias —murmuré—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las cinco de la mañana —dijo—. Estaba pensando en saltarme las clases hoy. Tú deberías hacerlo.

Sonreí sin mucha energía.

—Sí. No creo que vaya a ir al instituto.

—Qué rebelde.

No hice ningún comentario, sino que tomé un sorbo de café. ¿Vainilla francesa? Era mi favorita. ¿Cuánto me habría estado observando Roth?

Se sentó junto a mí y estiró sus largas piernas.

—Bueno, ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

—Mejor. Ya no me duele tanto la cara. —Levanté la mirada, preguntándome si habría sentido algo antes de quitarse de encima de mí y desaparecer en el aire, o si solo habría estado jugando conmigo—. ¿Qué pinta tengo?

La mirada de Roth me recorrió, y tuve la sensación de que en realidad no estaba prestando atención a los moratones.

—Tienes mejor aspecto.

Hubo otro momento de silencio, y me llevé la mano al collar por pura costumbre.

—No estaba ahí.

—¿Mi collar? —La consternación me golpeó—. Petr me lo arrancó. Tengo que...

—Se me olvidó decírtelo. —Roth se inclinó hacia atrás y se metió la mano en el bolsillo—. Lo vi en el suelo y lo recogí. La cadena está rota.

Tomé el anillo de su palma y lo apreté en mi mano. Quería llorar como un bebé gordo y furioso.

—Gracias —susurré—. Este anillo...

—Significa mucho.

Levanté la mirada.

—Así es.

Roth negó con la cabeza.

—No sabes lo importante que es realmente.

El anillo parecía quemarme en la palma, y bajé la mirada abriendo la mano con lentitud. Bajo la luz del sol naciente, la piedra parecía estar llena de líquido negro. Pensé en lo que me había dicho Roth sobre el anillo, y después en lo que me había dicho Petr.

Levanté la mirada y vi a Roth observándome. Pasó un minuto entero antes de que hablara.

—Debes de estar muy sola.

—¿Otra vez estamos con eso?

Frunció el ceño.

—Vives con las mismas criaturas que están obligadas a matarte nada más verte. Uno de ellos lo intentó, y quién sabe cuántos más querrían ese destino para ti. Probablemente te has pasado toda la vida queriendo ser como ellos, sabiendo que jamás podrías serlo. Y lo único que tienes que te recuerde a tu familia real es un anillo que pertenece a la única parte de ti que te niegas a aceptar. Nada más, ¿verdad? No tienes recuerdos. Ni siquiera de lo que sentías cuando tu padre te tomaba en brazos, o un recuerdo del sonido de su voz.

Me recliné en el asiento, con un nudo seco en la garganta. La suave vibración del tráfico que había abajo, en la calle, amortiguó el jadeo que se me escapó de entre los labios muy apretados.

Roth asintió con la cabeza sin mirarme.

—He tratado de imaginar cómo debía de ser esto para ti, querer encajar tan desesperadamente y aun así saber que jamás lo lograrás.

—Vaya —susurré, apartando la mirada—. Gracias por el baldazo de realidad. ¿Eres el demonio de los deprimidos?

Me miró.

—¿Por qué estabas en el bosque anoche?

El cambio de tema me pilló con la guardia baja.

—Los Alfas estaban en la casa. No es bueno para mí estar por ahí cuando van de visita.

—Ah, los Serafines... guerreros de la justicia y bla, bla, bla... qué gilipollez. — Roth negó con la cabeza mostrando una triste sonrisa—. Son un puñado de cabrones asquerosos, si quieres saber mi opinión.

—Estoy seguro de que ellos dirían lo mismo sobre vosotros.

—Pues claro que sí. —Soltó mi mano y tomó un sorbo de su café. Pasó un momento mientras observaba una planta con muchas hojas que se mecía en la brisa. Parecía una atrapamoscas—. El Buscador, el zombi y el poseído... suena como el principio de un chiste muy malo, ¿verdad? —Era cierto—. Pero todos tenían algo en común. Tú.

—Eso ya me lo he imaginado, pero no entiendo por qué. ¿Qué tiene que ver con el anillo o con mi madre?

—El Infierno te está buscando —dijo con tranquilidad.

—Ya lo has dicho antes, y no...

—¿No me crees? —Asentí con la cabeza, y él cerró los ojos—. No te estaba mintiendo. El Infierno solo busca a alguien cuando esa persona tiene algo que les interesa. Nos gusta anhelar cosas, ya te lo he dicho.

—Pero yo no tengo nada que podrían querer.

—Sí que lo tienes.

Me moví en el diván, ignorando la repentina necesidad de levantarme y salir corriendo.

—¿Y qué hay de ti? ¿Es la misma razón por la que comenzaste a buscarme?

—Sí.

—¿Por qué?

Dejé el vaso de café a medio beber en el suelo y acerqué el anillo a mi pecho. Él me dirigió otra rápida sonrisa.

—Ya te lo he dicho. Llevo meses observándote; bueno, años en realidad. — ¿Años? Mi cerebro no era capaz de asimilar aquella idea. Él volvió a mirar la planta—. Te encontré hace mucho tiempo, bastante antes de tu último cumpleaños, antes de que ninguno de los demonios supiera nada sobre ti. Supongo que la verdadera pregunta es: ¿qué te hace tan especial como para que el Infierno te esté buscando? Eres mitad demonio... ¿y qué?

Por alguna razón, comencé a sentir que mi vida era más triste de lo que normalmente pensaba.

—Vale.

—Pero... —levantó la mano— los mitad demonio realmente no tienen ningún poder demoníaco. Tan solo están locos como cabras. ¿Sabes esos niños que arrancan las alas a las mariposas y queman sus casas por diversión, normalmente cuando ellos mismos siguen dentro de las viviendas? No son los más listos, pero oye, son cosas que pasan. No todo el mundo es igual.

Apreté los labios.

—No creo que yo sea especial.

Roth volvió a mirarme.

—Pero lo eres. Eres una mitad demonio que además es mitad Guardiania. ¿Sabes siquiera lo que son ellos realmente?

—Bueno, la gente los llama «gárgolas», pero...

—No me refiero a cómo los han etiquetado, sino a cómo los crearon.

Me pasé los dedos por la curva de la venda.

—Los crearon para luchar contra los Lilin. —Rompió a reír, con unas carcajadas profundas y divertidas. La vergüenza me inundó—. Entonces, ¿por qué los crearon, sabelotodo?

—Nunca dejes que te hagan sentir como si ellos fueran mejores que tú. —Negó con la cabeza, todavía sonriendo—. No lo son; no son mejores que ninguno de nosotros. —Volvió a reír, aunque esta vez sonó menos divertido—. Son Su error garrafal, y Él les dio un alma pura para compensarlo.

—Eso no tiene sentido.

—Y no soy yo quien debe explicártelo. Hay muchas reglas, ya lo sabes. Pregúntaselo al gilipollas que tienes como tu querido padre adoptivo. Dudo que vaya a decirte la verdad, o que jamás te haya dicho la verdad, ya que estamos.

—Tampoco es que tú estés haciendo un trabajo de la leche contándome la verdad.

—No está en mi naturaleza hacerlo. —Dejó el vaso abajo, se reclinó hacia atrás sobre los codos y me miró a través de sus espesas pestañas—. Lo creas o no, hay reglas que incluso el Jefe sigue. No todos los hijos del Infierno las siguen, pero hay cosas que no puedo ni voy a hacer.

—Espera. El Jefe... ¿Te refieres a...?

—¿El Jefe? —repitió—. Sí. El mandamás ahí abajo.

—¿Tra... trabajas para él?

Me dirigió una sonrisa tímida.

—Bueno, sí, así es.

Dios santo, ¿qué estaba haciendo queriendo que me besara antes?

Roth suspiró, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—Supongamos que tienes algo que yo quiero. No puedo arrebatártelo y ya está.

Sacudí la cabeza, confundida.

—¿Por qué no? Un súcubo absorbe la energía de una persona sin que esta lo sepa.

—Eso es distinto. El súcubo no está matando al humano, tan solo probando su esencia, y por lo general al humano no le importa. —Me guiñó un ojo—. Pero yo soy de la vieja escuela, al igual que el Jefe. Los humanos tienen que tener su libre albedrío y todas esas tonterías.

—Pensaba que no creías en el libre albedrío.

—Así es, pero eso no significa que el Jefe tampoco crea. —Negó con la cabeza—. Mira, nos estamos desviando mucho del tema. Sabes que trabajo para el Jefe y que estoy aquí en una misión, por así decirlo.

Incluso aunque sabía que tenía que haber una razón por la que Roth había salido

de la nada y comenzado a seguirme, una amarga sensación de decepción cuajó en mi estómago. ¿En qué estaba pensando? ¿Me había visto zampándome un Big Mac y simplemente quería conocerme?

—¿Yo soy tu misión?

Su mirada oscura fue hasta la mía y permaneció allí.

—Sí.

Asentí lentamente con la cabeza y solté un suspiro.

—¿Por qué?

—Estoy aquí para mantenerte a salvo de aquellos que te están buscando. Y con eso me refiero a demonios mucho más grandes y malos que aquellos con los que normalmente tienes que tratar.

Lo miré durante tanto tiempo que creo que se me pusieron los ojos bizcos, y entonces comencé a reír con tanta fuerza que las lágrimas bajaron por mi cara, emborronando su ceño fruncido.

—¿Por qué te ríes? —me preguntó—. Será mejor que no sea porque dudes de mi habilidad para salvarte el culo... un culo muy bonito, por cierto. Porque creo que he demostrado que puedo hacerlo.

—No es eso. Es solo que eres un demonio.

Su expresión se suavizó.

—Sí. Ya sé que soy un demonio. Gracias por la aclaración.

—Los demonios no protegen a nada ni a nadie.

Moví la mano con desdén, todavía riéndome.

—Bueno, pues es obvio que sí, porque te he salvado muchas veces.

Me sequé unas lágrimas de los ojos y me mantuve en silencio.

—Lo sé, y lo aprecio. Gracias. Pero es todo tan... tan retorcido.

La impaciencia resplandeció en sus ojos, oscureciéndolos hasta que las motas marrones casi desaparecieron.

—Los demonios protegerán cualquier cosa si es por su mayor interés. O, más bien, el mayor interés del Infierno.

—¿Y por qué protegerme a mí iría en el mayor interés del Infierno?

Roth entrecerró los ojos.

—Iba a tratar de contarte esto amablemente, pero a la mierda. Ya te dije lo que tu madre era capaz de hacer. Incluso te dije cuál era su nombre. —Mi humor se esfumó de golpe mientras lo miraba fijamente. Una expresión ligeramente petulante apareció en su rostro—. Y apuesto a que habrás pasado por todos los estados de la negación e incluso alguno más, pero Lilith es tu madre.

—Te refieres a una demonio llamada Lilith.

Me negaba a creer nada más. Tan solo era una demonio cualquiera con un nombre desafortunado.

—No. Me refiero a la demonio llamada Lilith —me corrigió—. Es tu mami.

—Eso no es posible. —Negué con la cabeza—. ¡Está encadenada en el Infierno!



Ahora era el turno de Roth de reírse como una foca demente.

—¿Y quién empezó esos rumores? ¿Los Guardianes? Lilith estaba en el Infierno, pero escapó hace diecisiete años y nueve meses, un par de semanas más o menos, lo cual, por cierto, ¿con qué corresponde directamente?

Hice los cálculos rápidamente, lo cual situaba la fecha justo en mi cumpleaños. El estómago me dio un vuelco.

—Fue a la superficie —continuó Roth—, hizo unas cuantas travesuras, se quedó embarazada y tuvo a una preciosa bebé que se parece mucho a ella.

—¿Me parezco a ella?

Mi mente se centró en lo que menos importaba. Roth extendió la mano, tomó un mechón de mi pelo pálido y lo retorció entre sus dedos alargados.

—Por lo que recuerdo, tenía tu color de pelo. Tan solo la vi una vez antes de que se ocuparan de ella.

—¿Se ocuparan de ella? —susurré, aunque ya sabía la respuesta.

—Cuando escapó, el Jefe tenía una idea bastante buena de lo que estaba tramando. Del lugar donde la encerró no hay escapatoria.

Un dolor sordo me atravesó las sienes. Me las froté, y nunca en la vida me había sentido más confusa. ¿Debería sentirme mejor porque Lilith no estuviera muerta, sabiendo que era mi madre? Pero estar atrapada en el Infierno por el mismísimo Satán tenía que ser un asco, y mi madre... era Lilith. No estaba muy segura de cómo sentirme, y sabía que iba a ponerse muchísimo peor.

—¿Has oído hablar alguna vez de *La Llave Menor de Salomón*? —preguntó.

Levanté la mirada y negué con la cabeza.

—No.

—Es una pasada; un libro que cataloga a todos los demonios. Tiene sus encantamientos, cómo invocarlos, cómo expulsarlos, formas de atrapar a un demonio, y toda clase de cosas divertidas. A Lilith no se la puede invocar. —Hizo una pausa y me observó con atención—. Y tampoco a sus hijos originales.

Notaba como si tuviera el cerebro a punto de explotar.

—¿Los Lilin?

Cuando asintió con la cabeza, mi estómago cayó en picado, como mi nivel de popularidad.

—Pero todo tiene alguna laguna, y había una muy grande en lo relativo a los Lilin —continuó—. En la *Llave Menor* original, se describe cómo crear a los Lilin. Hace falta romper un sello, un encantamiento.

—Oh, Dios mío...

Roth estaba completamente serio.

—El encantamiento tiene varias etapas, como la mayoría de los hechizos. Sabemos que tienen que ver con derramar la sangre de un hijo de Lilith, y la... bueno, la sangre muerta de la propia Lilith. Hay más; una tercera cosa o incluso una cuarta, pero no lo sabemos con seguridad. Sean lo que sean esas cosas, si se

completan todas, los Lilin volverán a nacer en la Tierra.

Mis manos cayeron sobre mi regazo, y pasaron unos cuantos momentos.

—Y el hijo... ¿soy yo? ¿No hay nadie más?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Y todo eso de derramar la sangre... Bueno, no es por deprimirte, pero ya que el Jefe no sabe si se refiere a unas gotas de tu sangre o a tu muerte, no está dispuesto a arriesgarse.

—Vaya. Dale las gracias de mi parte.

Una sonrisa burlona curvó sus labios.

—La sangre muerta... —Se inclinó hacia delante y sus ágiles dedos me recorrieron la muñeca, provocándome un escalofrío. Me abrió la mano, y el extraño anillo de color rubí quedó a la vista—. Esta piedra no es una gema. Contiene la sangre muerta de Lilith.

—¿Qué? ¡Puaj! ¿Cómo lo sabes?

—Porque Lilith solía llevar este anillo, y solo un hijo de Lilith puede llevar su sangre sin experimentar unos efectos bastante desagradables —explicó, y cerró mis dedos con suavidad sobre el anillo—. Así que sabemos dónde están dos de las cosas, pero el resto... está en la *Llave*.

—¿Y dónde está la *Llave*?

—Buena pregunta. —Roth se reclinó hacia atrás y cerró los ojos—. No lo sé. Y el Jefe no sabe cuáles son las otras una o dos cosas, pero le preocupa que otros demonios, los Duques o los Príncipes, puedan saberlo, ya que Lilith se llevaba bien con algunos de ellos. Salir del Infierno y tenerte a ti fue algo que hizo con un propósito, fue su último «que os den» al Cielo y al Infierno.

Vaya. Eso era maravilloso para mi autoestima.

—No lo entiendo —dije, curvando las manos hacia dentro hasta que las uñas se me clavaron en la palma—. Los Lilin están... están locos y dan mucho miedo, pero ¿no es eso lo que querría tu Jefe? Básicamente sería el Infierno en la Tierra.

Roth soltó una risa estrangulada.

—Nadie ganaría en este caso. Cuando los humanos pierden sus almas, se consumen y se convierten en espectros. No van al Cielo ni al Infierno. Y el Jefe sabe que no puede controlar a los Lilin; apenas podía controlar a Lilith. —Los bonitos labios de Roth se curvaron en una sonrisa irónica—. Y, créeme, no has visto una pelea de verdad si no has visto a Lilith y al Jefe enfrentarse el uno al otro.

Traté de hacerme a la idea de aquello.

—¿Entonces...?

—Lo último que quiere el Infierno es que los Lilin queden fuera de control sobre la Tierra. —Se tamborileó la rodilla con los dedos, frunciendo el ceño—. Así que aquí estoy, asegurándome de que tu sangre no se derrame, y tampoco la sangre de tu anillo, mientras trato de averiguar qué son las otras cosas antes de que eso pase. Ah, y también está todo el asunto de tratar de descubrir quién es exactamente el que quiere

que los Lilin renazcan. Soy un demonio muy ocupado.

Mi boca se movió, pero de ella no salió ningún sonido. Nos quedamos ahí sentados unos cuantos minutos, y el único ruido era el tamborileo suave de sus dedos y los coches que había abajo. Estaba flipando. Mi madre era la mismísima Lilith. Estaba demasiado cansada para negar la verdad de aquella situación. Al parecer, mi querida madre me había concebido como una forma de mandar a la mierda a todo el mundo. El derramamiento de sangre no sonaba divertido, lo mirara por donde lo mirara.

—¿Por qué ahora? —pregunté.

—Por la fecha de tu nacimiento. Supuestamente, el encantamiento solo funciona después de que cumplas los diecisiete. —Hizo una pausa—. El Jefe no estaba seguro de si Lilith habría tenido éxito, en el sentido de que no...

Lo miré fijamente, horrorizada al darme cuenta de a qué se refería.

—De que no me mataran cuando... —Tragué saliva, recordando lo que me había dicho Petr—. ¿Cuando me encontraran los Guardianes?

Roth asintió con la cabeza.

—Nadie sabía adónde había ido Lilith o dónde habías nacido tú. El mundo es un lugar bastante grande. Te hubiera encontrado antes, pero aún faltaba mucho tiempo para tu cumpleaños. Cuando el Jefe supo que solo faltaban unos meses, me envió arriba otra vez para ver si seguías... Bueno, ya sabes.

—Viva —susurré.

—Cuando envié mis informes, el Jefe me ordenó mantenerte vigilada —continuó—. Mira, el Jefe y los demonios con los que Lilith se llevaba bien no son los únicos que han oído hablar del encantamiento. Otros también lo conocen, y te ven como un peligro. Saben que los Alfas destruirán a todos los demonios de la superficie si renacen los Lilin. Quieren matarte, y de ahí el Buscador, el zombi y el humano poseído.

—Entonces, algunos demonios me quieren para invocar a los Lilin, y otros quieren matarme porque... —Entonces lo comprendí, con la fuerza de un bloque de cemento. El hielo congeló mis venas, al mismo tiempo que una ardiente oleada de traición me recorría como un tsunami—. Abbot tiene que saber esto. —Roth no dijo nada. Tragué saliva, pero el bulto de mi garganta se negaba a desaparecer—. Debía de haberlo sabido todo el tiempo. O sea, no hay forma de que no lo supiera. Los Alfas... y por eso es por lo que Petr trataba de matarme. Por eso él y su padre siempre me han odiado, por todo con lo que estoy conectada.

Las lágrimas me ardieron en el silencio que hubo después. Apreté los puños hasta que me dolieron los nudillos, y me negué a dejarlas caer. En ningún momento Abbot había pensado que merecía saber la verdad acerca de lo que era, acerca de aquello de lo que podía formar parte. Y si Zayne lo sabía, creo que nunca podría superarlo.

—Layla...

Roth pronunció mi nombre con tanta suavidad que tuve que mirarlo, y cuando lo

hice nuestros ojos se encontraron. Una parte de mí se preguntó qué era lo que veía cuando me miraba de ese modo, como si no estuviera completamente seguro de lo que era yo o de qué estaba haciendo él ahí. Y aquello tenía que resultar confuso para él; después de todo, era un demonio. También me pregunté por qué me importaba siquiera, pero lo último que quería que viera en mí era a una chica al borde de las lágrimas, que es lo que era.

Tomé aire bruscamente, separé los dedos y el anillo se movió en la palma de mi mano. Como no tenía otro lugar donde ponerlo, me lo puse en el anular derecho. Una parte de mí esperaba que aquella acción desatara el apocalipsis, pero no sucedió nada. Ni siquiera una sensación extraña o un escalofrío.

Qué decepcionante.

Lentamente, pero con seguridad, mi cerebro comenzó a dar vueltas a todo. Probablemente llevó más tiempo de lo necesario, pero me enorgullecía saber que mis ojos seguían secos, aunque notaba la garganta en carne viva.

—Tenemos que encontrar la *Llave*.

—Así es. Saber lo que hace falta para el encantamiento nos da una oportunidad de luchar. Tengo algunas pistas. —Hizo una pausa, y volví a sentir su mirada sobre mí—. No puedes contarles a los Guardianes nada de todo esto.

Solté una risa corta que parecía un ladrido.

—Ni siquiera sé cómo voy a poder volver a casa. Cuando descubran lo que le hice a Petr...

—Jamás lo sabrán. —Roth tomó el borde de mi barbilla y me obligó a mirarlo. Sus ojos eran de un tono furioso de ámbar—. Porque no les vas a contar lo que sucedió en realidad.

—Pero...

—Les contarás parte de la verdad —continuó—. Petr te atacó. Tú te defendiste, pero fui yo quien lo mató. No mencionarás haber tomado su alma.

Lo miré fijamente, aturdida.

—Pero irán a por ti.

Él soltó una profunda carcajada.

—Que lo intenten.

Me aparté y me puse en pie, incapaz de seguir sentada más tiempo. Me pasé las manos por lo que estaba segura de que era una mata de pelo enredado y comencé a pasearme entre una maceta con un manzano y algo que parecía un arbusto de lilas que aún no habían florecido.

—No voy a contarles a los Guardianes que tú mataste a Petr.

Él frunció el ceño.

—Puedo cuidar de mí mismo. Soy bastante difícil de encontrar si no quiero que lo hagan, y aún más difícil de matar.

—Lo comprendo, pero no. Les diré que fue un demonio, pero no tú. No voy a darles tu nombre.

En cuanto esas palabras abandonaron mi lengua, mi convicción se solidificó como si fuera cemento.

Roth me miró, evidentemente desconcertado.

—Sé que te estoy pidiendo que mientas sobre lo del alma, pero eso tiene sentido porque te matarían. Pero ¿estás dispuesta a mentir por mí? ¿Te das cuenta de lo que significa eso?

—Por supuesto —repliqué, apartándome el pelo hacia atrás. No contarles nada sobre Roth era una traición. Podía verse como si estuviera eligiendo bandos, y si los Guardianes alguna vez descubrían que sabía quién había matado a Petr y había escondido la verdad, bien podría estar muerta.

—Creo que te gusto —dijo Roth de repente.

Dejé de pasearme, y mi corazón dio una especie de saltito extraño.

—¿Qué? No.

Inclinó la cabeza hacia un lado, y sus labios se extendieron en una sonrisa provocadora.

—La forma que tienes de mentirte a ti misma es una monada.

—No estoy mintiendo.

—Hum... —Se sentó, y sus ojos resplandecieron divertidos—. Antes querías que te besara.

El calor inundó mis mejillas.

—No. No es cierto.

—Tienes razón. Querías que hiciera más, mucho más.

Ahora el calor se estaba extendiendo por todas partes.

—Te has vuelto loco. No quiero eso... ni a ti. —Las palabras sonaban muy falsas en mis propios oídos—. Me salvaste la vida. Enviar a los Guardianes detrás de ti no es una forma de agradecértelo.

Ahora sí. Eso sonaba mejor.

Roth se rio.

—Vale.

—Nada de «vales».

Respiré hondo.

—Vale. —Lo fulminé con la mirada—. ¿Qué? —dijo con tono inocente, y después volvió a ponerse serio—. ¿Qué vas a hacer?

Levanté la mirada hacia el cielo encapotado y sacudí la cabeza. Además de lo obvio, que era averiguar dónde se encontraba la *Llave* y permanecer alejada del demonio que quería utilizarme como parte de un encantamiento chungo, suponía que se refería a la situación en casa.

—No sé qué hacer —admití, y mi voz fue un leve susurro—. No puedo ocultarme de ellos para siempre. Y mientras que no sepan lo del alma, debería estar bien. Zayne...

—¿Zayne? —Roth frunció el ceño otra vez—. ¿Ese zoquete rubio y grandote?

—No creo que puedas clasificarlo como «zoquete» —repliqué con sequedad—. ¿Cómo sa...? Da igual. Has estado observándome. Lo pillo.

—No puedes confiar en ellos. Puede que estés unida al Rocosó y compañía, pero tienen que saber lo que eres. No estás a salvo allí. —Deslizó las puntas de los dedos por el cojín que había a su lado, atrayendo mi atención. ¿No me había tocado de ese modo la noche anterior? Me estremecí y aparté la mirada—. Si vuelves a casa, Layla, vas a tener que fingir que no sabes nada.

—No puedo creerlo —dije, y cuando él me miró, negué con la cabeza—. Zayne... No puede haberlo sabido. Es...

—Es un Guardián, Layla. Su lealtad...

—No. Tú no lo comprendes. No soy ingenua ni estúpida, pero sé que Zayne no me habría ocultado algo parecido.

—¿Por qué? ¿Porque te importa?

Estaba a punto de preguntarle cómo sabía eso, pero entonces recordé que *Bambi* había estado pasando el rato cerca de la casa del árbol.

—Por supuesto que me importa Zayne. Es el único que me ha conocido realmente. Puedo ser yo misma con él, y... —Perdí el hilo de mis palabras al darme cuenta de la falsedad de lo que estaba diciendo. En realidad tampoco podía ser quien era realmente con Zayne—. En cualquier caso, me hubiera dicho la verdad.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Porque tú también le importas a él?

—Pues sí, pero no de la forma que estás insinuando.

—En realidad, sí que le gustas. —Fruncí el ceño, y él se rio—. Y me refiero a gustar, gustar.

Resoplé.

—¿Cómo puedes saber eso? Tú...

—¿Que no conozco al Rocosó? Tienes razón, pero te olvidas de que estuve un tiempo observándote. Te he visto con él, y he visto cómo te mira. Por supuesto, una relación entre vosotros dos tiene tan poco futuro como...

—Vale, vale. Eso ya lo sé.

Suspiré.

—Pero eso no hace que alguien deje de desear a una persona que jamás podrá tener. —Su mirada se agudizó—. Incluso si el Rocosó no sabe la verdad, y tú confiarías en él hasta tu vida y bla, bla, bla, no puedes decirle nada. —Una bola grande y pesada de temor se asentó en mi estómago—. ¿Layla?

Asentí con la cabeza.

—No voy a contarles nada.

—Bien —dijo, y se puso en pie. Sonrió, pero no fui capaz de devolverle el gesto. No podía deshacerme de la sensación de que acababa de sellar mi destino.

## Capítulo catorce



Irme del *loft* de Roth no había sido fácil. Durante un par de segundos, pensé que no iba a dejarme marchar. No había expresado en palabras ninguna negativa a que me fuera a casa, pero me daba cuenta de que no le hacía mucha gracia la idea. Sin embargo, si me quedaba con él, no sería más que una cuestión de tiempo que los Guardianes me encontraran.

Matarían a Roth, y aunque no tenía ni idea de lo que sentía por él, no quería que muriera.

Quería llevarme tan cerca de casa como pudiera, pero yo no estaba preparada para ir allí todavía. No sabía muy bien adónde quería ir, pero necesitaba estar sola. Me había seguido hasta el exterior de su *loft*, y descubrí que nos encontrábamos en uno de los rascacielos cerca de los Palisades. Junto al río Potomac, era una de las zonas más acaudaladas de Washington D. C.

Supongo que ser un demonio estaba bien pagado.

Comencé a caminar, y no me detuve ni miré hacia atrás para ver si Roth me seguía. Sabía que no lo vería, pero también sabía que estaba ahí. Mientras caminaba, mi cerebro lo repitió todo hasta que el estómago se me revolvió despiadadamente. Quizás el café no había sido muy buena idea.

Dos horas después, me senté en uno de los bancos que había en el exterior del Instituto Smithsonian. Incluso en las primeras horas de la mañana, el enorme jardín estaba lleno de corredores y turistas. Las primeras personas que pasaron junto a mí me dirigieron miradas de preocupación. Con mi cara amoratada y mi ropa prestada, probablemente tenía el aspecto de una chica que hubiera huido de casa.

Mantuve la barbilla baja, dejando que mi pelo ocultara la mayor parte de mi cara, y nadie se acercó a mí. Perfecto. Era una mañana fría, y me arrebujé en la camiseta de Roth, completamente agotada. En cuestión de horas, todo había cambiado. Mis pensamientos estaban desperdigados, y notaba como si mi mundo entero se hubiera roto. Roth probablemente se sintiera impresionado porque no hubiera perdido los papeles después de que me lo contara todo, pero ahora sí que estaba comenzando a perderlos.

¿Cómo se suponía que íbamos a encontrar un libro ancestral que nadie sabía dónde estaba? ¿Cómo iba a mantenerme a salvo de un demonio si nadie sabía de qué demonio se trataba? Y, mejor todavía, ¿cómo iba a volver a casa?

Volver a casa era el plan. Por eso me había ido del *loft* de Roth. Bueno, no era la única razón. Necesitaba alejarme de él, porque las cosas habían cambiado entre nosotros. Era como si hubiéramos hecho un pacto, un trato. Pero era más que eso. Lo que había pasado entre nosotros aquella mañana todavía me hacía sentir incómoda en mi propia piel, y Roth había tenido razón: sí que quería que me besara.

Dios, no podía pensar en esto en esos momentos.

Lo que quería hacer era ponerme furiosa. Quería tirar algo, pegarle una patada a alguien, por ejemplo a Abbot, y romper algo valioso. Muchas cosas valiosas. Quería ponerme de pie sobre el banco y gritar hasta quedarme sin voz. La ira me atravesó rugiendo como un perro rabioso, y quería liberarla, pero debajo de esa furia había algo amargo, frío y húmedo. Había algo más en los retortijones de mi estómago que solo un puñado de nervios. Sabía lo que pasaría en cuestión de horas. Necesitaba algo dulce, como zumo, pero para ello precisaba dinero.

En un par de horas, un dolor intenso me atravesaría los huesos. Notaría la piel helada, pero mi interior se prendería en llamas. Por retorcido que sonara, agradecía las náuseas que sentía después de saborear un alma. Era una tosca forma de castigo, pero era un castigo que merecía.

Inhalé el fresco aire de la mañana y cerré los ojos. No podía permitirme perder el control. Lo que podría pasar era mayor que mis sentimientos de traición o furia. Si el demonio tenía éxito, el apocalipsis parecería una fiesta de cumpleaños en comparación. Necesitaba ser fuerte, más fuerte de lo que podría ser con entrenamientos rigurosos.

El rugido sordo de un motor bien a punto me obligó a abrir los ojos. Era extraño saber que en una ciudad abarrotada del ruido de las charlas, los coches que pasaban y los cláxones que sonaban, reconocería el sonido del Chevy Impala de 1969 de Zayne en cualquier parte.

Miré a través de una capa de pelo rubio blanquecino mientras Zayne salía del lado del conductor. El aura que lo rodeaba era tan pura que parecía un halo. Cerró la puerta y se giró, y su mirada encontró de inmediato el banco donde estaba sentada.

Se me cortó el aliento, como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago. Un millar de pensamientos atravesaron mi mente mientras Zayne rodeaba el Impala. Se detuvo cuando me vio, y su cuerpo se puso rígido, pero entonces comenzó a avanzar otra vez, y su ritmo se aceleró hasta que rompió a correr.

Apareció junto al banco en un instante, sin preocuparse por todos los ojos que nos observaban, y entonces me rodeó con los brazos y me apretó con tanta fuerza que me mordí los labios para que no se me escapara un chillido de dolor.

—Oh, Dios mío —dijo, y su voz sonó ronca en mi oído—. No puedo...

Un temblor recorrió su enorme cuerpo, y su mano me presionó la espalda y después subió, enterrándose profundamente en mi pelo.

Por encima del hombro de Zayne, finalmente vi a Roth. Estaba junto a uno de los cerezos desnudos, simplemente ahí de pie. Nuestros ojos se encontraron durante un



breve momento, y entonces se giró, cruzó el césped y se dirigió hacia el este por la acera, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros. Que Zayne no hubiera sentido la presencia del demonio era un testimonio de su estado, y odiaba que estuviera tan preocupado.

Entonces sentí una extraña necesidad. Quería ir detrás de Roth, pero eso no tenía ningún sentido. Sabía que había estado observándome y eso era todo lo que estaba haciendo, pero...

Zayne me acercó más a él, situándome junto a la curva de su cuello, y siguió abrazándome. Levanté los brazos con lentitud, puse las manos sobre su espalda, y le agarré la camiseta con el puño. Otro escalofrío recorrió su cuerpo. No sé durante cuánto tiempo permanecimos así. Tal vez fueron segundos o minutos, pero su calidez calmaba parte del frío, y por un momento podía fingir que estábamos una semana antes, y que aquel era Zayne, mi Zayne, y que todo iba a salir bien.

Pero entonces se apartó, y sus manos fueron hasta mis hombros.

—¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado? —No tenía ni idea de por dónde comenzar, así que mantuve la barbilla baja—. Layla —dijo, y situó las manos a ambos lados de mi cara.

Hice una mueca cuando sus dedos me presionaron la sien, pero no me aparté. Zayne me levantó la cabeza, y sus ojos se ensancharon, conmocionados. Una ráfaga de salvaje emoción le recorrió la cara. La furia era la más aparente, y volvió sus ojos de un azul eléctrico. Su boca estaba tensa, y un músculo le palpitaba en la mandíbula. Apartó las manos de mi cara y mantuvo mi pelo hacia atrás.

—¿Petr te ha hecho esto?

El pecho se me tensó con miedo y consternación.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo has sabido?

Su pecho se alzó bruscamente.

—Nadie lo ha visto desde anoche, desde que Morris dijo que lo había visto dirigiéndose al bosque. Encontré tu mochila en la casa del árbol, y tu teléfono estaba tirado en el suelo. Había... había sangre sobre él; tu sangre. Hemos estado buscándote por toda la ciudad. Dios, me temía lo peor. Pensaba que... —Tragó salivo con esfuerzo—. Dios santo, Layla.

Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. La expresión de los ojos de Zayne me daba miedo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, y después soltó una maldición—. Qué pregunta más estúpida, claro que no te encuentras bien. ¿Estás muy herida? ¿Necesitas ir al hospital? ¿Llevas toda la noche fuera? ¿Quieres que...?

—Estoy bien —dije, aunque se me rompió la voz mientras le rodeaba las muñecas con los dedos. Nunca lo había visto de ese modo—. Estoy bien.

Me miró fijamente, y de pronto reconocí la emoción que se arremolinaba en su rostro: era terror.

—Dios, Layla, te ha... te ha hecho daño.

No había forma de negar eso cuando mi cara seguía teniendo el aspecto de haberme estampado contra una pared.

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Te pegó. —Entonces su mirada cayó, y supe que estaba viendo los extremos de los tres furiosos arañazos. Tomó aire de forma entrecortada y un violento espasmo recorrió su cuerpo. Un gruñido bajo retumbó en su pecho—. ¿En qué forma estaba?

—Zayne. —Le puse la mano sobre el brazo tembloroso—. Estás comenzando a transformarte.

—¡Responde! —gritó, y me hizo dar un salto. Unas cuantas personas nos lanzaron miradas, y él soltó un juramento y bajó la voz—. Lo siento. ¿Te...?

—No —me apresuré a responder—. Trató de matarme, pero... Zayne, estás cambiando de forma.

Zayne estaba a punto de perder el control por completo y ponerse en modo gárgola total. Su piel había adoptado un matiz gris. Aunque los humanos estaban acostumbrados a verlos por ahí de noche, dudaba que esperaran ver uno enfrente del Smithsonian un lunes por la mañana.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté, esperando distraerlo.

Su mirada salvaje cayó sobre mí.

—¿Qué?

Le apreté el brazo tan fuerte como pude. Su piel ya se estaba endureciendo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Transcurrieron unos pocos segundos.

—Ha sido un último intento desesperado. Había mirado en todas partes, y entonces recordé lo mucho que te gustaba estar aquí. —Pestañeó y sus ojos volvieron a la normalidad, y la piel se tornó más dorada con cada segundo que pasaba—. Joder, bichito, me estaba volviendo loco.

—Lo siento. —Entrelacé los dedos con los suyos—. No podía ir a casa, y no tenía teléfono. Tan solo...

—No te disculpes. —Estiró la mano y rozó con los dedos la comisura de mis labios, y después recorrió con la suavidad de una pluma el moratón de mi mandíbula—. Voy a matar a ese hijo de puta.

Bajé las manos hasta mi regazo.

—Eso no va a ser necesario.

—¡Y una mierda que no! —La furia afilaba su voz—. Esto no está bien. Romperle la mandíbula no hará que esté bien. Su padre...

—Está muerto, Zayne. —Retorcí los dedos—. Petr está muerto. —Silencio. Tanto silencio que tuve que mirarlo, y el estómago me dio un vuelco. Volvía a tener esa expresión salvaje en los ojos—. Yo no lo maté —me apresuré a decir—. Fue a por mí mientras los Alfas estaban en la casa. Era como si alguien lo hubiera enviado a matarme, Zayne. No era solo que estuviera jugando conmigo y se le fuera de las

manos. —Le conté todo lo que me había dicho Petr, casi sin tomar aliento—. Y hubiera muerto, pero...

Zayne me tomó la mano, la que tenía el anillo, e hice una mueca.

—Pero ¿qué, Layla?

—Yo no lo maté. —Aquello era cierto—. Un demonio apareció, salió de la nada y mató a Petr.

Se quedó muy rígido.

Mentirle a Zayne era una mierda. Hacía que el pecho me doliera como si lo tuviera en carne viva.

—No sé por qué. No sé quién era; ni siquiera sé lo que hizo con el cuerpo de Petr. —El miedo se alzó con una bocanada de aire frío, un miedo muy real, teniendo en cuenta lo que harían los Guardianes si descubrían que había tomado el alma de Petr, y lo que le harían a Roth—. Y después me sentía muy confusa, y sabía lo que los Guardianes pensarían... lo que Abbot pensaría. Me echarían la culpa, porque Petr es un Guardián, así que simplemente...

—Para —dijo Zayne, y me apretó la mano con suavidad—. No van a culparte por lo que Petr se buscó él solito. No voy a permitir que te pase nada. Tendrías que haber venido conmigo, no tendrías que haberte quedado aquí fuera, ocupándote de esto tu sola. Te hubiera...

Se cortó a sí mismo con un gemido bajo.

—Lo siento —dije, porque no sabía qué más decir.

—Dios, Layla, no te disculpes. —Una expresión atormentada apareció en sus ojos antes de que desviara la mirada. Se reclinó hacia atrás, y se pasó los dedos por el pelo. Parecía como si ya lo hubiera hecho muchas veces—. ¿Intentaste llamarme después?

Supe de inmediato adónde quería llegar, y noté un dolor en el corazón.

—No. Te llamé antes... antes de que sucediera.

Zayne soltó un juramento rápido.

—Si hubiera respondido...

—Para —le supliqué.

Negó con la cabeza, frunciendo el ceño como si estuviera sufriendo alguna clase de dolor.

—Si hubiera respondido al teléfono, esto no habría sucedido. Sabía que no tenías ningún lugar a donde ir, pero seguía estando muy enfadado contigo. ¡Mierda! No me extraña que no volvieras a casa. Debías de estar muy asustada. Layla, lo...

—No podrías haber hecho nada. —Me acerqué más a él. Quién sabía lo que habría sucedido si Zayne hubiera respondido al teléfono. Puede que Petr no me hubiera encontrado sola, pero habrían podido pasar otras cosas—. Habría sucedido de todos modos. Quería matarme, necesitaba matarme. Esto no es culpa tuya.

Zayne no respondió de inmediato, y cuando habló su voz sonó áspera.

—Le diré a mi padre lo que me has dicho para que no tengas que volver a pasar

por esto, pero va a querer hablar contigo. Va a querer saber qué te dijo Petr exactamente y qué aspecto tenía el demonio.

La intranquilidad se transformó en un espeso temor.

—Lo sé.

Suspiró y me miró. Tenía unas sombras oscuras bajo los ojos.

—Todo el mundo ha estado muy preocupado. Mi padre ha estado fuera de sí; y todo el clan también. Deja que te lleve a casa. —Extendió el brazo hacia mí mientras se ponía en pie—. ¿Layla?

Me levanté sobre piernas temblorosas y me cobijé en el refugio de su cuerpo. Zayne me abrazó con fuerza mientras caminábamos hacia su coche. Cuando levanté la mirada me sonrió, pero la expresión atormentada seguía ahí, y sabía que no importaba cuántas veces le asegurara que no podría haberlo evitado, no habría ninguna diferencia. Al igual que Zayne, podía llamar «hogar» a la casa donde había vivido los últimos diez años, pero para mí jamás volvería a significar eso.

\* \* \*

La mayoría del clan se estaba moviendo por la casa cuando Zayne me llevó hasta allí, y fue difícil mirarlos y preguntarme si alguno de ellos se sentiría decepcionado de que siguiera viva.

Por no mencionar que Elijah y los miembros de su clan habían abandonado el edificio en cuanto Zayne llamó a su padre y le dijo que me había encontrado y lo que había sucedido. Dos de los miembros de nuestro clan estaban buscándolos en esos momentos, pero dudaba que fueran a encontrar a Elijah ni que le pasara nada.

Tratar de matar a un medio demonio, aunque fuera sin autorización, probablemente no supondría para un Guardián más castigo que un golpe en la mano.

Además de Morris, que casi me ahoga abrazándome cuando salí del coche de Zayne, Nicolai fue el primero en romper filas. Me abrazó con una sonrisa de auténtico alivio.

—Me alegra que hayas vuelto con nosotros.

Le creía. Incluso Geoff parecía aliviado, al igual que Abbot. El resto... eh, no tanto. Claro que yo no estaba tan unida a los demás. Éramos como barcos que se cruzaran en la noche.

Zayne había tenido razón en lo de que su padre querría interrogarme. Fue él quien le contó casi todo lo que había pasado, pero Abbot quería oír de mi boca los detalles de la intervención del demonio. Mentirle a Zayne hacía que me sintiera incómoda en mi propia piel, pero con Abbot mi grado de paranoia alcanzaba niveles completamente nuevos. Por suerte, solo estábamos nosotros tres, así que no me sentía totalmente como si fuera un tercer grado.

—¿Y nunca antes habías visto a ese demonio? —preguntó Abbot. Estaba sentado junto a mí en el sofá, y no parecía convencido mientras se acariciaba la barba.

Decidí contar un poco más de la verdad; fragmentos que no harían ningún daño.

—El demonio no parecía normal.

Zayne frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Se parecía un poco a los Guardianes.

Esperaba que quedara algo de zumo de naranja en el frigorífico.

—Un demonio de Nivel Superior —dijo Zayne, mirando a su padre.

—Así que a lo mejor sí que lo he visto antes, pero no en esa forma.

Abbot me miró fijamente durante largo rato.

—¿Por qué no te vas a tu habitación? Mandaré a Jasmine a echarte un vistazo, para que se asegure de que va todo bien.

Un dulce alivio me atravesó, aunque sabía que aquel no era el final de la conversación. Estaba libre por el momento.

—Siento los problemas que...

—Deja de disculparte —dijo Zayne, y sus ojos volvieron a llamear con ese profundo tono de azul—. Nada de esto es culpa tuya.

Abbot colocó la mano sobre mi hombro y apretó con suavidad. No era un tío demasiado cariñoso, así que aquello era lo más cercano a un abrazo que obtendría de él. La emoción me obstruyó la garganta, una desagradable mezcla de culpa, furia y traición. Estaba mintiendo, pero Abbot también. Mirándolo en ese momento, recorriendo con los ojos su cara curtida, pero hermosa, me pregunté si alguna vez había sido honesto conmigo.

Y qué era lo que ganaba manteniendo con vida a la hija de Lilith.

—Siento haber permitido que Petr se quedara en esta casa —dijo Abbot mientras me levantaba, y sus pálidos ojos eran agudos—. Esta casa es un puerto seguro, y él ha violado eso.

—Y su clan —añadió Zayne, con la voz áspera a causa de la furia—. Es muy sospechoso que salieran corriendo en cuanto se dieron cuenta de que Layla estaba viva.

—Lo es —asintió Abbot, y se puso también de pie—. Llegaremos hasta el fondo de este asunto.

Asentí con la cabeza y me giré para marcharme, dudando de que Elijah sufriera ninguna consecuencia extrema si él o alguno de los de su clan estaban metidos en el plan de liquidarme. Sabía que tenían que estarlo, porque, aunque Petr me odiaba a muerte, no habría ido detrás de mí sin el apoyo de su padre.

—Layla —me llamó Abbot, y me detuve junto a la puerta—. Tan solo una cosa más.

El estómago me dio un vuelco.

—Vale.

Me dirigió una tensa sonrisa.

—¿De dónde has sacado la ropa que llevas?

Horas más tarde, todavía tenía el estómago revuelto. Entre las náuseas de después de probar un alma y el hecho de que sabía que estaba en un lío muy gordo, no me aventuré a alejarme demasiado del baño.

La ropa... joder... ¿cómo podía haberlo olvidado? ¿Cómo es que Roth no se había dado cuenta de ello? Era demasiado evidente que los pantalones de chándal demasiado grandes y la camiseta con un grupo de los ochenta no eran míos.

¿Y qué le había dicho a Abbot? Que era ropa vieja de gimnasia que llevaba en la mochila. ¿Qué clase de mentira cutre era esa? ¿Por qué iba a tener ropa de hombre en la mochila del instituto, y por qué me habría puesto esa ropa, pero había dejado la mochila en la casa del árbol?

Quería pegarme un puñetazo.

Esperaba que Abbot pensara que era consecuencia de que estaba traumatizada, pero lo dudaba. No era estúpido. La forma en la que había sonreído, y el brillo inteligente en sus ojos me decían que sabía que había algo más. Entonces, ¿por qué no me había dicho nada? Esperar a que lo hiciera era peor.

Diez minutos después estaba aferrando con las manos los laterales del retrete y estaba vomitando lo que Jasmine había conseguido que comiera después de ir a comprobar cómo estaba.

—Dios —jadeé mientras me atravesaba otro calambre. Unas arcadas secas sacudieron mi cuerpo hasta que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Entonces salió el alma.

Se deslizó hacia arriba por mi garganta, aferrándose a mí como con unos pequeños ganchos, negándose a salir. El estómago se me contrajo, y me doblé hacia delante. Finalmente, un humo blanco me salió de la boca. Mientras los restos del alma de Petr abandonaban mi cuerpo, me estremecí y me derrumbé contra la pared del baño.

El alma flotaba en el aire por encima de mí, algo triste y retorcida. Como una nube oscura antes de una tormenta violenta, se arremolinaba y se agitaba. Podía ver unas toallas amarillas pulcramente dobladas tras ella, y las cestitas donde guardaba el maquillaje. La mera presencia del alma manchaba las paredes.

—Lo siento —susurré con voz ronca, y me llevé las rodillas al pecho. Por mucho que odiara a Petr, no quería aquello para él. Aquello en lo que se había convertido después de que absorbiera su alma era algo salido de una pesadilla, y sin su alma jamás encontraría la paz en el Cielo. Los humanos se transformaban en espectros, pero no tenía ni idea de lo que ocurría con los Guardianes que morían sin alma.

Empapada de sudor, tiré de la cadena y me levanté sobre piernas temblorosas. Me incliné hacia la ducha y abrí el grifo. El vapor llenó la habitación, rompiendo la masa negra, que se evaporó en la niebla cálida, como si jamás hubiera estado ahí. Me quité la ropa y me duché por segunda vez en un mismo día. Bajé la mirada hacia el anillo

que llevaba en el dedo. Una parte de mí quería deshacerse de él; tirarlo o esconderlo.

Traté de quitármelo con los dedos húmedos, pero no se movía. Intentar retorcerlo tampoco funcionó, y mantenerlo bajo el chorro de agua caliente no sirvió para nada. Nada de lo que hacía servía para sacarme el anillo del dedo. Era extraño, porque no estaba demasiado apretado. Podía darle vueltas, pero no sacármelo.

Genial. Probablemente habría puesto en marcha el encantamiento al ponerme el maldito anillo, y ahora iban a tener que cortarme el dedo.

Permanecí en la ducha hasta que se me arrugó la piel, pero la sensación de impureza permaneció.

Los escalofríos aparecieron a continuación.

Acababa de ponerme el pijama cuando llamaron a la puerta de mi habitación. Me saqué el pelo húmedo de debajo de la camiseta y me senté en la cama.

—Pasa.

Zayne entró, un borrón blanco al principio. Cuando su esencia se desvaneció, vi los mechones de pelo rubio que ocultaban su rostro mientras cerraba la puerta tras él. Un jersey de un azul claro se tensaba sobre su pecho, casi a juego con el color de sus ojos.

Cuando levantó la mirada y me vio se quedó inmóvil.

—Estás hecha una mierda.

Me reí con un sonido ronco.

—Gracias.

—Aquí tienes tu móvil. Funciona bien, y lo he... lo he limpiado —dijo, dejándolo sobre la mesita de noche. Se sentó junto a mí, y yo me aparté un poco, poniendo algo de distancia entre nosotros. Captó mi movimiento, y sus hombros se tensaron—. Layla —añadió con voz suplicante.

—Solo estoy cansada después de todo esto. —Me mantuve ocupada sacando las piernas de debajo de la manta—. A lo mejor estoy pillando la gripe, o...

Zayne me tomó la mano.

—Layla, no lo hiciste. Por favor, dime que no lo hiciste.

Aparté la mano.

—¡No! No. Tan solo habré pillado algo, y estoy cansada. Han sido un día y una noche muy largos.

Se inclinó hacia delante y me atrapó entre su cuerpo y el cabecero.

—Si lo hiciste, tienes que decírmelo, Layla. Si anoche le absorbiste el alma a alguien, aunque sea Petr, necesito saberlo.

—No —susurré, y enrosqué los dedos sobre la manta.

Sus ojos examinaron los míos atentamente, y después bajó la cabeza. Un suave suspiro se escapó de sus labios muy apretados.

—Me estás contando la verdad, ¿no?

Me estremecí.

—Sí.

Zayne levantó la cabeza, y su mirada firme se encontró con la mía una vez más.

—¿Y confías en mí? Sabes que jamás te entregaría a los Alfas, que jamás te haría eso. Así que, por favor, no me mientas ahora. Por favor, prométeme que no me estás mintiendo.

—Te lo prometo.

La mentira tenía un sabor amargo. Aparté la mirada, incapaz de sostenérsela. Me di cuenta de que había muchas posibilidades de que Zayne lo supiera, al igual que lo había sabido cuando lo había hecho anteriormente.

Soltó aire mientras se miraba la mano, cerrada en un puño sobre la colcha.

—¿Necesitas algo?

Negué con la cabeza, me tumbé boca arriba y me estremecí.

—Estaré bien.

Zayne permaneció en silencio durante varios minutos. Cuando habló, pude sentir sus ojos sobre mí.

—He hablado con Jasmine. —Hice una mueca, y él tragó saliva—. Me ha dicho que tenías muchos moratones. —Jasmine había jadeado y murmurado algo ininteligible cuando me ayudó a quitarme la ropa y vio la colección de moratones—. También me ha dicho que no deberían quedarte cicatrices por las marcas de las garras —continuó. Había furia en su voz—. Me alegra que Petr esté muerto. Pero desearía haber sido yo quien lo matara.

Lo miré fijamente.

—No lo dices en serio.

—Sí. Lo digo en serio. —Sus ojos ardieron con un resplandor verde azulado—. Lo único que deseo más que eso es que nunca hayas tenido que experimentar lo que has experimentado.

No tenía ni idea de cuál era la respuesta apropiada a aquello, así que me recliné hacia atrás y no dije nada mientras quería decirlo todo.

El silencio se extendió, y entonces Zayne volvió a hablar:

—Siento lo del sábado por la mañana.

—Zayne, no...

—No, déjame terminar. Fue una acción terrible por mi parte. Podría haberte llamado; debería haber respondido al teléfono cuando me llamaste ayer... y no es asunto mío decirte que debes dejar de marcar demonios.

—Ya no estoy marcando demonios.

El humano poseído básicamente había sellado el trato.

—Eso da igual. Sé lo mucho que significa para ti salir a identificar demonios.

Me puse de lado y le di un golpecito con el codo cubierto.

—Sí, pero estaba comportándome como una verdadera zorra. Tú simplemente estabas preocupado de que me mataran o algo por el estilo.

Se pasó una mano por el pelo y se agarró la nuca. Los músculos se flexionaron y se tensaron bajo su camiseta. Entonces bajó la mano y me apartó unos mechones de



pelo húmedo de la mejilla.

—¿Estás segura de que no necesitas nada? ¿Zumo o alguna fruta?

—No.

Ya era demasiado tarde para eso. Me acurruqué, sintiéndome helada hasta en los huesos. No recordaba cuánto tiempo había durado la vez anterior. ¿Dos días? ¿Más? Cerré los ojos, rogando que solo quedara un día o así. Quería hablar con él acerca del Infierno y de Lilith, pero no se me ocurría una forma de hacerlo que no equivaliese a tirarme enfrente de un autobús en marcha.

—¿Tie... tienes que marcharte? —pregunté, a pesar de que no podía decirle nada. Él sonrió por primera vez desde que había entrado en la habitación.

—Hazme hueco.

Me aparté un poco para dejarle espacio. Zayne mantuvo suficiente distancia entre nosotros, pero yo tiré del borde de la colcha para ocultar mi boca. Me dirigió su sonrisa torcida, y recordé lo que me había dicho Roth, que yo le gustaba a Zayne. Durante un segundo, no me sentí como si estuviera ardiendo y congelándome al mismo tiempo.

—¿Qué querían los Alfas?

Zayne se estiró en su lado, y levantó la cabeza sobre el brazo.

—Al parecer ha habido un aumento en los movimientos de los demonios de Nivel Superior en Washington D. C. y las ciudades colindantes. —Se frotó el puente de la nariz y arrugó el rostro—. Más de lo que los Alfas han visto desde hace siglos.

Dejé de jugar con las mantas. Puede que incluso dejara de respirar durante unos pocos segundos.

—No tienes nada de lo que preocuparte —se apresuró a asegurarme, malinterpretando mi reacción—. Son problema nuestro, y vamos a ocuparnos de ellos.

—Pero... ¿por qué iban a venir a la superficie? ¿Por qué tantos?

Una clase diferente de frío se extendió por mis venas.

Zayne se puso de lado para mirarme.

—Los Alfas piensan que están planeando algo. Posiblemente sea otra rebelión, pero nadie está seguro. Todos nosotros vamos a buscarlos. Al igual que mi padre ordenó después de que el humano poseído os atacara a ti y a Morris, nos han ordenado interrogarlos primero antes de enviarlos de vuelta al Infierno.

Se me secó la garganta. ¿Y si atrapaban a Roth? Saqué la mano de debajo de la manta y me la pasé por la frente. La humedad se aferraba a mi piel. Abbot me había hablado de la última rebelión cuando era pequeña. Había ocurrido durante la epidemia de gripe española. Nadie sabía realmente cuánta gente había muerto a causa de la gripe y cuánta a causa de la posesión demoníaca. ¿Era eso lo que querían algunos de los demonios? ¿Que los Lilin renacieran y se produjera otra rebelión?

—Eh —dijo Zayne, acercándose más a mí—. No pasa nada. No tienes nada de lo que preocuparte.

—¿Eh?

—Estás muy pálida, Layla.

Estiró el brazo y me cubrió los hombros con las mantas.

—Ah. Ya te he dicho que estoy cansada.

Me puse boca arriba, y estiré las piernas para deshacerme de un calambre repentino.

—A lo mejor tendrías que quedarte en casa mañana en lugar de ir al instituto — sugirió.

Parecía un buen plan.

—Quizá.

No dijo nada durante un rato.

—¿Layla?

Giré la cabeza y su mirada firme se cruzó con la mía. Traté de sonreír, pero más bien pareció una mueca.

—¿Sí?

—Sé que esto es algo más que estar cansada o lo que hizo Petr. —El aire se escapó de mis pulmones. Zayne se apoyó sobre un codo y me puso la mano en la mejilla—. Sé que lo que probablemente hiciste fue porque te estabas defendiendo, o a lo mejor fue después, por lo que te hizo Petr. Y ni siquiera puedo comenzar a imaginarme lo difícil que tiene que ser para ti, pero eres más fuerte que esto. Y sé que no quieres vivir así. No eres un demonio, Layla, eres una Guardiana. Eres mejor que esto.

Sentí que mi labio inferior comenzaba a temblar. «No llores. No llores». Mi voz salió rota y débil.

—Lo siento. No pretendía hacerlo, tan solo quería que parara, y...

—Chist... —Zayne cerró los ojos y un músculo se tensó en su mandíbula—. Lo sé. No pasa nada.

Unas lágrimas ardieron en mis ojos.

—No volveré a hacerlo. Te lo prometo. Lo siento muchísimo.

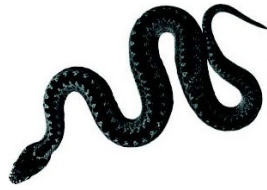
Zayne presionó los labios sobre mi frente.

—Lo sé. —Se apartó, apagó la lámpara que había sobre la mesita de noche y volvió a tumbarse—. Descansa un poco. Me quedaré aquí hasta que tenga que marcharme.

Me aovillé de lado otra vez, y busqué su mano a ciegas. Él me la tomó y entrelazó los dedos con los suyos.

—Lo siento —volví a susurrar. Sentía haberle gritado, sentía haber tomado el alma de Petr y, sobre todo, sentía todas las mentiras.

## Capítulo quince



El martes me quedé en casa, y pasé la mayor parte del día en la cama. Para cuando comenzaron las clases del miércoles, la peor parte de los moratones de mi cara ya había desaparecido, y lo peor del mareo ya había pasado.

Stacey estaba esperándome junto a mi taquilla, y se quedó boquiabierta cuando me vio.

—Vale. Sé que me dijiste que tuviste un accidente de coche el viernes, pero tienes aspecto de tener que ir al hospital.

Al parecer seguía estando hecha una mierda.

Cerré la puerta de la taquilla y la seguí hasta la clase de Biología. Roth no apareció, y a la hora del almuerzo seguía desaparecido en combate. Dividida entre la sensación de querer salir de mi propia piel y preguntarme dónde se encontraría Roth, lo único que quería hacer era volver a esconderme en la cama. Los Guardianes habían recibido órdenes de dar caza a los demonios de Nivel Superior que invadieran la ciudad. ¿Habrían atrapado a Roth? Se me cortaba el aliento cada vez que me planteaba esa posibilidad.

Me convencí de que mi preocupación se debía solo al hecho de que él fuera el único que sabía que el Infierno estaba detrás de mí, y por qué. Necesitaba a Roth sano y salvo, y de una pieza. Esa era la única razón por la que estaba preocupada. «Sí. Claro».

A la hora de la comida, los pensamientos de Stacey reflejaron los míos.

—Me pregunto dónde habrá estado Roth. Tampoco ha aparecido por el instituto desde el viernes. —No dije nada—. Al principio pensé que a lo mejor habíais sucumbido a la lujuria salvaje que hay entre vosotros y os habíais fugado juntos.

Casi me ahogué con mi pizza medio congelada.

—Estás loca.

Stacey se encogió de hombros.

—¿Qué? No puedes decirme que si estuvierais a solas no te tirarías encima de él.

—He estado a solas con él, y no lo hice. —Abrí mucho los ojos un segundo después de que esas palabras abandonaran mi boca—. Mierda —murmuré.

Me agarró el brazo.

—Oh, Dios mío, detalles... Necesito detalles ahora mismo.

Haría falta al menos un zombi que le mordisqueara la cabeza para distraer a Stacey en ese momento, e incluso entonces no creo que dejara correr el tema. Se me

ocurrió una excusa rápidamente y traté de utilizarla.

—Me encontré con él el fin de semana y pasamos un rato juntos.

—¿En público o en su casa?

—En su casa, pero no fue para tanto. —Me sentía avergonzada. Ni de coña iba a decirle que me había besado. Jamás en la vida dejaría de hablar del tema—. ¿No vas a ir a Wick It esta noche? —pregunté, para cambiar de tema.

Sam se sentó y puso los ojos en blanco.

—¿Quién iba a querer ir a eso? Es un recital de poesía, lo que significa que todo el mundo que piense que puede hacer rimar unos versos estará ahí.

—No te pongas celoso porque no te haya invitado —dijo Stacey—. Y volviendo a Layla...

—¿Qué pasa con Layla?

Sam miró el resto de mi pizza, y yo deslicé el plato hacia él.

—Nada.

—Nada —jadeó Stacey—. Ha estado a solas con Roth... ¡a solas en su casa! ¿Fue en su habitación? ¿Has visto su cama? Espera. Deja que empiece con la pregunta más importante: ¿has perdido por fin la virginidad?

—Por Dios, Stacey, ¿por qué estás tan interesada en su virginidad? —preguntó Sam.

—Sí, yo también me lo pregunto. —Me aparté el pelo hacia atrás—. Pero, para responder a tu pregunta, no, no hicimos nada. No quiero nada de eso.

—Mira, eres mi mejor amiga. Estoy obligada a interesarme por tu actividad sexual. —Hizo una pausa y sonrió—. O más bien tu falta de ella.

Puse los ojos en blanco.

—Eso da muy mal rollo —dijo Sam, y le propinó un codazo a Stacey mientras le quitaba un puñado de patatas.

—Espera. ¿Quieres decir que no te interesa «nada de eso» cuando estamos hablando del tío más bueno que ha pisado estos pasillos? —Stacey se reclinó en su asiento y levantó las manos—. Eres increíble. —Otra expresión de sobresalto apareció en su rostro antes de que pudiera responder—. ¿Viste su cama? Santa María, madre de Dios, ¿llegaste a estar en su cama?

Mi cara adoptó mil tonos de rojo.

—Stacey...

—Tu cara me dice que sí que viste su cama, y probablemente te sentaras en ella. ¿Cómo era? —Se inclinó hacia delante, con ojos impacientes—. ¿Oía a él? ¿A sexo? ¿Tenía sábanas de seda? Venga, tiene que tener sábanas de seda o de satén.

—¿En serio? —Sam bajó su bebida y la miró frunciendo el ceño—. ¿Acabas de preguntarle si su cama olía a sexo? ¿A quién le importa a qué olierá su cama?

—¡A mí! —exclamó Stacey, con los ojos muy abiertos.

—No olía a sexo —murmuré, rascándome un lado de la cara.

Stacey resopló.

—Ni siquiera sabes a qué huele el sexo.

Me entraron ganas de estrangularla.

—¿No podríamos...?

—¿Sabes qué? Estás actuando, al igual que el resto de las chicas estúpidas de aquí. —Sam tomó su mochila, se puso en pie y se la colgó al hombro—. Sí, es guapo. Genial. Pero no tienes que ponerte en plan acosadora con él.

Stacey se quedó boquiabierta.

Miré fijamente a Sam, y de pronto sentí mucha lástima por él. Comencé a ponerme en pie.

—Sam...

Él negó con la cabeza, con las mejillas sonrosadas.

—Nos vemos en Inglés. Paz.

Lo observamos mientras tiraba su comida y salía por las puertas dobles. Me giré hacia Stacey, mordiéndome el labio. Ella seguía mirando las puertas, como si esperara que Sam fuera a volver a entrar para gritar «¡era broma!» y reírse.

Al ver que no lo hacía, se desplomó sobre su asiento y se pasó los dedos por el pelo.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—Stacey, a Sam le gustas desde que estábamos en primero. Es obvio.

Resopló.

—¿Cómo puede ser algo obvio para ti y no para mí? Hasta que conociste a Roth, ni siquiera sabías que los chicos tenían pulso.

—Esto no trata de mí, idiota.

—Tienes que estar equivocada. —Negó con la cabeza y tiró una patata a su bandeja—. Sam no piensa en mí de ese modo. No puede. Hace años que somos amigos.

Pensé en Zayne.

—Que seas amiga de alguien no significa que no pueda pensar en ti como algo más. Sam es mono, Stacey. Y es listo.

—Sí —asintió con lentitud—. Pero ¡es Sam!

—Lo que tú digas.

Arqueó una ceja.

—Olvídate del tema de Sam por el momento. ¿Te gusta Roth? O sea, nunca estás con ningún chico que no sea Sam o Zayne. Esto es genial.

—No es genial.

Me tomé el resto de mi bebida, todavía sedienta.

—Entonces, ¿te gusta?

Observé su bebida.

—No... no lo sé. ¿Vas a beberte eso?

Stacey me tendió su botella de agua.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Es difícil de explicar. —Me sequé la boca con el dorso de la mano—. Roth no es como los demás chicos.

—Y que lo digas —replicó secamente.

Me reí, pero la risa se desvaneció enseguida. Quería hablarle a Stacey de Roth; de todo. Lo que era. Lo que yo era. No le costaría demasiado creerlo, no después de que los Guardianes se revelaran públicamente. La gente probablemente esperara la verdad. La necesidad simplemente de hablar, de ser honesta por una vez, me golpeó con fuerza.

—¿Layla? ¿Te encuentras bien? —Frunció el ceño en señal de preocupación—. Sé que solo ha sido un accidente de coche, pero pareces enferma.

—Sí, creo que estoy incubando algo. —Meforcé a sonreír—. No es nada.

Sonó la campana, obligándonos a terminar nuestra conversación, y también mi necesidad de decirle la verdad. Reunimos la basura y, cuando salimos, Stacey me detuvo al otro lado de la cafetería. Tragué saliva con esfuerzo. Había almas... almas por todas partes.

Entonces me fijé en el rubor que recorría el rostro de Stacey. Ella jamás se ruborizaba. Jamás.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Jugueteó con la correa de su mochila y exhaló. La bocanada de aire le levantó el flequillo durante un momento.

—¿De verdad piensas que le gusta a Sam?

A pesar de todo, sonreí.

—Sí, lo pienso.

Ella asintió con la cabeza y se concentró en el flujo de estudiantes.

—No es feo.

—No.

—Y no es un gilipollas —continuó—. No es como Gareth o cualquier otro chico de los que solo quieren bajarles los pantalones a las chicas.

—Es mucho mejor que Gareth —asentí.

—Lo es —dijo, e hizo una pausa. Una expresión turbada apareció en su rostro—. Layla, ¿crees que he herido sus sentimientos? No pretendía hacerlo.

Le tomé la mano y se la apreté.

—Lo sé. Y creo que Sam también lo sabe.

Me devolvió el apretón, y después me soltó la mano. Se giró y sonrió mientras recorría el pasillo caminando hacia atrás.

—Bueno. Esto es un desarrollo interesante de los acontecimientos.

Sonreí.

—Lo es. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Stacey se encogió de hombros, pero los ojos le brillaban.

—¿Quién sabe? Te llamaré más tarde, ¿vale?

Entonces nos separamos y nos dirigimos hacia direcciones diferentes. Me pasé el

resto del día mirando por encima del hombro, esperando que Roth apareciera. No lo hizo, y el malestar de mi estómago se expandió hasta que apenas pude concentrarme en clase, ni más tarde en la conversación a la hora de la cena. Ninguno de los Guardianes habló de haber atrapado a ningún demonio de Nivel Superior, pero normalmente no me informaban de esa clase de cosas.

Abbot no volvió a sacar el tema de la ropa, ni mencionó siquiera el ataque de Petr y la posterior intervención demoníaca. Esperar a que dijera algo, a que rebatiera mis mentiras, me estaba volviendo loca. Me sentía una intrusa en mi propia casa, incómoda en mi propia piel a causa de todos los secretos entre todo el mundo.

Por no mencionar que estaba tratando de controlarme para no volverme loca. Saber que había demonios ahí fuera que querían o bien utilizarme en alguna clase de encantamiento extraño o bien matarme me ponía nerviosa. Tampoco ayudaba el hecho de que Elijah siguiera ahí fuera. Cuando había silencio, mi imaginación me superaba.

\* \* \*

El jueves por la mañana, decidí que la mayor locura que había sucedido durante el último par de semanas no tenía nada que ver con descubrir que era la hija de Lilith o que de algún modo podía invocar a una horda de demonios devoradores de almas. O que había un montón de demonios que me quisieran muerta. Nop. La mayor locura fue el cambio de actitud de Stacey.

Estaba comportándose de forma extraña, y sorprendentemente contenida. No hablaba de sexo ni de chicos en los primeros cinco segundos de una conversación. En la clase de Inglés del miércoles, después de la pelea con Sam durante el almuerzo, se reía por todo lo que decía, lo cual era un poco raro. Él no dejaba de lanzarme miradas interrogativas, y yo traté de ignorarlas. Tenía la sensación de que tenía algo que ver con que acabara de descubrir que estaba colado por ella.

Aunque no iba a admitirlo.

Tomó el libro de Biología y cerró la puerta de su taquilla.

—Todavía pareces enferma. Deberías ir al médico, Layla.

Puse los ojos en blanco.

—No cambies de tema. Estás actuando de una forma muy rara desde ayer a la hora de comer.

Stacey se giró y se reclinó contra la taquilla mientras me observaba con las cejas levantadas.

—Tú actúas de forma rara todos los días. Desapareces cuando se supone que tienes que quedar con nosotros. Quedas con el tío más sexi del planeta y dices que no quieres «nada de eso». ¿Hola? Tú eres la amiga rara aquí.

Hice una mueca, porque todo era cierto.

—Lo que tú digas.

Se apartó de la taquilla y entrelazó el brazo con el mío.

—Es solo que no quiero que Sam siga pensando que soy... una de esas chicas.

—Pero es que eres una de esas chicas —dije con lentitud. El flujo constante de almas relucientes reclamó mi atención, pero me concentré—. Y a Sam le gustas por quién eres.

—Es evidente que no.

Le di un golpe con la cadera.

—Estás siendo idiota.

Abrió la boca, pero se detuvo cuando un cuerpo alto se cruzó en nuestro camino. Supe antes de levantar la mirada que se trataba de Roth. Aquel aroma dulce y almizcleño no podía pertenecer a nadie más.

—Hola —dijo Stacey, recuperándose—. Pensábamos que habrías muerto.

Levanté la cabeza y me sentí mareada cuando nuestros ojos se encontraron. Su mirada me recorrió. Estaba bastante desaliñada ese día, con unos vaqueros holgados y una sudadera que había visto días mejores. Sus labios gruesos se curvaron ligeramente.

—¿Tanto echabais de menos mi cara? —se burló, con los ojos fijos en mí.

—¿Dónde has estado?

Las palabras se escaparon de mi boca antes de que pudiera detenerlas y, Dios, me sentía como una imbécil. Él se encogió de hombros.

—Tenía que encargarme de algunos asuntos. Y hablando de ello... —se giró hacia Stacey—, me gustaría robártela un momento, si no te importa.

—Yo intento decirle a mi madre todo el tiempo que tengo cosas que hacer, pero me obliga a ir a clase de todos modos —se quejó Stacey, y apartó el brazo del mío con los labios fruncidos—. Ojalá tuviera tus padres y me dejaran venir al instituto cuando me diera la gana. De todos modos, ¿vas a ir a Biología?

—No. —Guiñó un ojo y bajó la voz—. Voy a ser un rebelde y saltarme la clase otra vez.

—Uuuuh... —canturreó Stacey—. ¿Y quieres corromper a mi amiga íntegra y pura?

Con los brazos colgando a los costados, solté un suspiro.

La mirada dorada de Roth ardió.

—Corrupción es mi segundo nombre.

—Bueno, pero solo puedes robar y corromper a mi amiga si ella quiere que la robes y la corrompas.

Ya era suficiente.

—Eh, chicos, estoy aquí, ¿recordáis? ¿No debería tener algo que decir?

Roth me miró arqueando una ceja.

—¿Quieres que te robe y te corrompa?

Tenía la sensación de que ya estaba corrupta solo por su mera presencia.

—¿Por qué no?



—¡Genial! —gorjeó Stacey, y retrocedió y gesticuló salvajemente detrás de Roth. Estaba haciendo algo con la mano y la boca que sabía que Roth estaría más que dispuesto a hacer. Traté de ignorarla—. Pero prométeme que me la devolverás, ¿vale?

—No lo sé. —Roth se puso junto a mí y me pasó el brazo sobre los hombros—. Tal vez te la robe de forma permanente.

No pude evitar el escalofrío que me recorrió. La forma en la que su mano se tensó sobre mis hombros me dijo que se había dado cuenta.

—Lo que tú digas —dijo Stacey, y nos hizo un gesto con la mano y fue hacia el aula de Biología.

Roth me quitó la mano de encima del hombro y me tomó la mía.

—Tienes un aspecto terrible.

No sabía si las mejillas me ardían. Ya me sentía antinaturalmente caliente por un montón de razones equivocadas.

—Gracias. Todo el mundo me dice lo mismo.

Me tiró de la coleta revuelta con la mano libre.

—¿Te has duchado al menos esta mañana?

—Sí. Dios. ¿Dónde has estado, Roth?

—¿Por qué estás enferma? —preguntó en lugar de responder—. Parece que no has dormido nada desde la última vez que te vi. No puedes haberme echado tanto de menos.

—¿Cómo puedes ser tan egocéntrico? No tiene nada que ver contigo. Me pongo así después de...

—¿Después de qué?

Se inclinó hacia mí, expectante. Yo aparté la mirada y bajé la voz al contestar.

—Si pruebo un alma, me pongo enferma después. Solo durante un día o así, pero al parecer si la absorbo dura más tiempo.

Roth me soltó la mano.

—¿Por qué?

—Es como si fuera un síndrome de abstinencia o algo parecido —dije. Roth estaba antinaturalmente silencioso mientras me observaba, con expresión pensativa—. ¿Qué?

Pestañeó.

—Nada. Realmente no tengo pensado ir a Biología.

—Ya lo suponía. —Tomé aliento y decidí corromperme—. ¿Adónde pensabas ir?

Me dirigió una rápida sonrisa, lo cual me hizo pensar que estaba a punto de decir algo pervertido, pero me sorprendió.

—Ven a descubrirlo. Lo que he estado haciendo el último par de días tiene algo que ver contigo.

—Qué bonito.

Roth me tomó la mano. Su piel era agradablemente cálida contra la mía, y no me quejé por que lo hiciera. Me condujo hasta una escalera cercana y después me hizo

bajar por un tramo de escalera, hasta la zona antigua del instituto, donde había un par de despachos vacíos y un gimnasio decrepito que olía a moho. Por suerte, las calderas se encontraban en el otro lado del instituto. Con todos los cuchitriles que había en la parte inferior del edificio, era el lugar al que iba mucha gente a fumar.

No me sorprendió que Roth supiera adónde ir en el instituto si no querías que te encontrarán.

Se detuvo en el último escalón. Una cinta de seguridad rota de color naranja colgaba de las puertas dobles del gimnasio, contra el metal de un gris apagado. Una de las ventanas estaba cubierta con tanta porquería que parecía tintada. Las paredes de la escalera tampoco se encontraban en un estado mucho mejor. Había secciones completas a las que les faltaba pintura, dejando al descubierto las paredes de cemento.

Roth se detuvo y me tomó ambas manos con las suyas.

—Te he echado de menos.

Mi corazón dio una especie de saltito extraño. Estúpido corazón. Tenía que concentrarme. Con todo el tiempo que había pasado tumbada en la cama durante los tres últimos días, había tenido tiempo para pensar en lo que me había revelado.

—Roth, tenemos que hablar sobre lo que me has dicho.

—Estamos hablando.

Bajó la cabeza y me rozó la mejilla con la suya.

—Esto no es hablar. —Aunque no es que no lo disfrutara—. Y de verdad que tengo preguntas.

—Pues pregunta. Puedo hacer muchas cosas al mismo tiempo. —Tiró de mí hacia él, y me rodeó la cintura con el brazo. A continuación, bajó la cabeza hasta la curva de mi cuello e inhaló profundamente—. ¿Tú no?

Me estremecí, y mis dedos se enroscaron en la parte delantera de su camiseta. No me parecía que yo pudiera hacerlo, pero estaba dispuesta a intentarlo.

—¿Dónde has estado?

—¿Dónde has estado tú? —Sus manos bajaron hasta mis caderas, y su agarre se incrementó de forma deliciosa—. No viniste al instituto el martes.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas cosas.

Suspiré.

—Me quedé en casa. Supuse que al sentirme enferma y con los... moratones, lo mejor era tomarme otro día libre.

—Buena idea. —Sus labios se fruncieron ligeramente mientras levantaba una mano, y recorrió mi sien con un dedo—. Apenas se nota ya. —Su mirada bajó hasta mi boca, y sentí que mis labios se separaban—. Y tu labio parece...

—¿Qué?

Me dirigió una sonrisa seductora que se extendió con lentitud.

—Bueno, parece estar lo suficientemente bien como para mordisquearlo.

Tomé un aliento tembloroso, tratando de calmar los latidos salvajes en mi pecho.

—Venga ya, Roth.

—¿Qué? —Me dirigió una mirada inocente—. Tan solo digo que podría hacer toda clase de cosas...

—Lo pillo. Volvamos a mi pregunta.

—Hum... —Roth movió las manos hasta mi cintura. Una calidez ardió en el lugar donde sus dedos me presionaban a través de la sudadera—. ¿Cómo estaban las cosas cuando regresaste?

Distraída una vez más, respondí a su pregunta.

—Estaban... bien, pero se me olvidó volver a ponerme mi ropa cuando me fui de tu casa. —Él alzó las cejas, y le recordé lo de la ropa prestada, y le conté lo que me había preguntado Abbot al respecto—. No creo que se tragara lo que le dije, pero no ha vuelto a sacar el tema.

Roth no parecía demasiado preocupado.

—Estoy seguro de que sabe la verdad; acerca de todo. Pero ¿cómo va a decirlo sin confesar todas las mentiras que te ha contado? —Sus manos ascendieron un par de centímetros y se detuvieron justo debajo de mis costillas—. Y, además, no va a matarte ni nada parecido.

Arrugué la nariz.

—Espero que no.

Él se rio con suavidad.

—No creo que tu intrépido líder vaya a hacer nada que moleste al Rocosó. Y, por cierto, parecía muy aliviado de verte el lunes.

—Estaba... —Negué con la cabeza—. Te lo he dicho. Conozco a Zayne desde pequeña. Estamos muy unidos.

—Parecía muy aliviado de verte el lunes. —Sus pulgares se movieron en círculos lentos y perezosos que hacían que me resultara difícil concentrarme—. Creo que solo he visto a un Guardián correr con tanta rapidez si estaba persiguiendo a un demonio.

Sentí que el calor volvía a inundar mi rostro mientras le tomaba las muñecas.

—Roth, no quiero hablar de Zayne.

—¿Por qué no quieres hablar del Rocosó?

La irritación ardió calurosamente.

—No lo sé, ¿porque hay cosas más importantes de las que hablar, tal vez?

Roth volvió a bajar la cabeza, y cuando habló su aliento era cálido contra mi oído.

—Pero yo quiero hablar del Rocosó. ¿Recuerdas cuando te dije que le importabas, Layla?

Le agarré las muñecas con más fuerza.

—Sí. Como he dicho...

—Lo conoces desde pequeña. Lo pillo. —Sus labios rozaron el espacio bajo mi oreja, y yo solté un jadeo—. Pero ¿alguna vez ha sido... así?

Antes de que pudiera preguntar «así, ¿cómo?», los labios de Roth recorrieron mi

pómulo. Unos escalofríos pequeños y ardientes salieron disparados por mis nervios. Sus labios rozaron la comisura de los míos, y mi pulso se aceleró salvajemente. Era demasiado para mí, tanto que ni siquiera resultaba divertido.

—¿Es así, Layla?

¿Así? Ah, su tacto... su forma de estar a punto de besarme.

—No. —Apenas reconocía mi propia voz—. No puedo...

—Que no puedes, ¿qué? —Los bordes de sus dientes bajaron sobre mi labio inferior. Un mordisquito, como había dicho antes, y mi cuerpo entero se arqueó contra el suyo—. ¿Que no puedes qué, Layla?

—No puedo estar tan cerca de él —admití con voz temblorosa.

Los labios de Roth se curvaron en una sonrisa junto a los míos.

—Qué pena.

Su falta de sinceridad resultaba épica.

—Seguro que te da muchísima pena.

Se rio, y esa vez, cuando se inclinó hacia atrás y volvió a agachar la cabeza, puso los labios contra mi pulso. Aquello era ridículo. Teníamos cosas de las que hablar. Cosas importantes. No me estaba saltando las clases para hacer... bueno, lo que quiera que estuviera haciendo con Roth. Pero, maldita sea, lo que estaba haciendo era totalmente nuevo para mí.

Y me sentía increíblemente bien con la expectación que estaba creando, la promesa de que realmente podría ir a alguna parte. El fiero anhelo era como una tempestad dentro de mí, arremolinándose y haciéndome girar tan alto que sabía que la caída rompería algo valioso. Porque aquello era diferente; aquello no estaba construido sobre fantasías desesperanzadas. Darme cuenta de aquello era tan emocionante como terrorífico.

Con un esfuerzo del que no sabía que era capaz, me aparté de él. Roth arrugó una ceja mientras bajaba las manos a los costados. Sus ojos eran de un ardiente color leonado, consumiéndome en su intensidad, y terroríficos por su habilidad de atraerme hacia él, de hacerme olvidar todas las cosas realmente importantes.

Me aclaré la garganta y aparté la mirada.

—Vale. Volviendo a mi pregunta.

—¿Qué era lo que querías saber? —Su voz estaba teñida de diversión—. Se me ha olvidado.

—Seguro que sí. —Suspiré, preguntándome si alguna vez iba a ser capaz de mantener a Roth centrado en un tema—. ¿Dónde has estado?

Se reclinó contra la pared y cruzó los brazos.

—Tenía que ir a casa.

—¿Con «casa» te refieres al...? —Bajé la voz, aunque no había nadie a nuestro alrededor—. ¿Al Infierno?

Roth asintió con la cabeza.

—Tenía que informar, y me pareció que sería una buena oportunidad de preguntar

por ahí, de ver si alguien sabía qué demonio estaba manejando los hilos.

Me cambié la mochila de un brazo a otro.

—¿Descubriste algo?

—Todo el mundo tiene la boca bien cerrada al respecto. Nadie está dispuesto a decir de quién se trata, lo que me dice que es alguien con mucha influencia.

—Evidentemente será un demonio de Nivel Superior como tú, ¿verdad?

—Pero sin duda no será tan genial como yo. —Me guiñó un ojo y, que Dios me ayudara, no le sentaba nada mal hacerlo—. Pero no regresé con las manos vacías. Tenía razón con todo el asunto de la *Llave Menor*. El encantamiento exacto para invocar a los Lilin se encuentra en la *Llave*, y hay un montón de demonios buscándola, en ambos bandos.

Todo encajaba.

—Por eso hay tantos demonios de Nivel Superior por aquí.

—¿Qué quieres decir?

Asentí con la cabeza.

—Eso es lo que he oído.

—¿Y dónde has oído eso? —Como no dije nada, él se apartó. Sus pasos lentos y precisos me obligaron a retroceder, hasta que quedé pegada a la pared. Unas pequeñas motas de pintura flotaron por el aire—. Es de buena educación compartir, Layla.

Decirle a Roth lo que sabían los Guardianes no era fácil. La culpa se acumulaba en mi estómago como bloques de cemento, pero confiaba en él. Además de haberme salvado de Petr y Dios sabía cuántas otras veces, jamás me había pedido que confiara en él. Ni una vez. Quizá solo por esa razón confiaba en él.

—Estamos juntos en esto, ¿verdad? —dije, y levanté la mirada hacia él—. O sea, ¿vamos a averiguar quién es el demonio que está detrás de esto y a detenerlo?

Los ojos de Roth se encontraron con los míos.

—Tú y yo somos como pan y mantequilla en este asunto.

Se me crisparon los labios.

—Vale, porque no me parece correcto contarte esto, pero... confío en ti. —Hice una pausa y tomé una gran bocanada de aire—. Los Alfas han dicho que ha habido muchos movimientos de demonios de Nivel Superior en la ciudad. Los Guardianes están tratando de capturarlos y detenerlos. Pensaba que... Bueno, da igual, eso es lo que han dicho los Alfas.

Giró la cabeza, y una sonrisa torcida jugueteó con sus labios.

—¿Pensabas que me habían capturado? ¿A mí? —Soltó una fuerte risotada—. Me siento halagado por tu preocupación, pero eso no es algo de lo que debas preocuparte jamás.

Me sentí bastante segura de que mi cara estaba ardiendo, así que me concentré en la hoja de marihuana que alguien había tallado en la pared detrás de él.

—No estaba preocupada por ti, gilipollas.

—Ajá. Sigue convenciéndote a ti misma de ello.

Mi paciencia comenzó a desvanecerse.

—Entonces, es evidente que los demonios están buscando la *Llave*, ¿verdad?

Roth volvió a ocupar todo mi espacio personal una vez más. ¿Por qué siempre tenía que acercarse tantísimo? ¿Y debería quejarme por ello?

—Verdad —murmuró. Su mano se curvó sobre mi hombro, y yo respiré hondo. Transcurrió un latido, y mi cuerpo se tensó—. Eso no es lo único que he descubierto.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Tenemos que encontrar la *Llave* antes de que otros lo hagan, y encontrar un libro antiquísimo que probablemente esté bien protegido no va a ser fácil. Pero tengo una pista.

—¿Y bien? ¿Cuál es la pista?

Estiró la mano para atrapar un mechón suelto de mi pelo y se lo enroscó en el dedo. La palidez destacaba en fuerte contraste con el tono más oscuro de su piel.

—Hay un vidente cerca.

Le quité el pelo de la mano.

—¿Un tarotista?

Roth resopló.

—No, no es uno de esos charlatanes que salen por la tele. Es un vidente que tiene una conexión en un solo sentido entre arriba y abajo. Si alguien sabe quién es el demonio o dónde se encuentra la *Llave*, el vidente lo sabrá.

Todavía tenía mis dudas.

—Los videntes están protegidos por los Alfas. ¿Cómo iba a saber un demonio dónde está uno de ellos?

—He dicho que tenía una pista, no que fuera fácil conseguirla. —Roth dio un paso hacia atrás y se metió las manos en los bolsillos. Abrí la boca, pero él me atajó —: Y antes de que preguntes, no quieras saber lo que he tenido que hacer para conseguir esta pista.

Maldita sea. Tenía muchas ganas de preguntar.

—Entonces, ¿dónde está el vidente?

—A las afueras de Manassas —respondió.

—No está muy lejos. —Una burbuja de nerviosa emoción se hinchó en mi pecho—. ¿Por qué no vamos ahora?

—Eh, eh. —Roth levantó las manos—. Yo siempre estoy dispuesto a saltarme las clases y a cometer actos que puedan generar un caos generalizado; después de todo, soy un demonio. Pero no «vamos» a hacer nada.

—¿No vamos a ir juntos? —No podía creerlo—. ¿Por qué?

La expresión de su rostro dejaba claro que quería darme un golpe encima de la cabeza.

—Porque probablemente no soy el único demonio que ha hecho cosas

innombrables para obtener la localización del vidente. Podría ser peligroso.

Crucé los brazos, dispuesta a pelear.

—Todo podría ser potencialmente peligroso ahora mismo. ¿Ir al instituto? Podría volver a aparecer un zombi para tratar de llevarme a su malvado líder. Un demonio podría poseer a algún profesor. Podrían secuestrarme cuando volviera a casa al salir de clase.

Frunció el ceño.

—Pues es una idea apetecible.

Puse los ojos en blanco.

—Mira, no voy a quedarme al margen y dejar que todo el mundo arriesgue la vida por mí y haga todo el trabajo duro mientras yo me quedo sentada en clase de Historia.

—Bueno, si estás en contra de quedarte sentada en clase, siempre puedes ir a mi apartamento y hacerle compañía a mi cama hasta que yo vuelva.

Había muchas posibilidades de que le diera un buen puñetazo.

—Esto tiene que ver conmigo... con mi vida. Estamos en esto juntos. Eso significa que vamos a ir a ver al vidente juntos.

—Layla...

—Lo siento, pero no voy a aceptar un «no» por respuesta. Voy a ir contigo, así que asúmelo.

Roth me miró fijamente, con aspecto de estar algo aturdido.

—No sabía que fueras capaz de esto.

—¿Qué?

Me dio un golpecito en la punta de la nariz.

—Eres una luchadora a pesar del aspecto enclenque.

—No sé si debería sentirme ofendida o no —refunfuñé.

—No. —Dijo algo entre dientes en un idioma diferente, y después extendió la mano—. Entonces venga. Hagámoslo. Juntos.

## Capítulo dieciséis

Saltarme el instituto por, bueno, por primera vez, y encima para ver a un vidente, gritaba «problemas» por todas partes. Y lo mismo pasaba con la forma que tenía Roth de conducir su Porsche, como si fuera la única persona con derecho a estar en la carretera. Naturalmente, *Paradise City* sonaba a todo volumen por los altavoces.

—Puede que seas un demonio inmortal —dije, aferrándome al cinturón de seguridad que me cruzaba el pecho—, pero yo no.

Me dirigió una especie de sonrisa salvaje que me hizo pensar muchas estupideces.

—Estarás bien.

Dejando a un lado la posibilidad de morir en un enorme accidente de coche, aquello era mucho mejor que quedarme sentada fingiendo que no pasaba nada. Estaba siendo activa. En cierto sentido, estaba ocupándome yo misma del asunto, con la ayuda de Roth, y eso calmaba el pánico y la intranquilidad que habían estado creciendo en mi interior.

Mientras entrábamos en Manassas, Roth hizo algo inesperado y paró en el aparcamiento del primer supermercado por el que pasamos. Lo miré fijamente mientras apagaba el motor.

—¿Tienes que ir a hacer la compra justo ahora?

Roth me lanzó una mirada, pero no respondió. Con un suspiro, salí del coche y lo seguí hasta el supermercado. Una parte de mí esperaba que alguien saltara sobre nosotros y exigiera saber por qué no estábamos en clase, pero una vez dentro vi a unos seis adolescentes más, y supuse que no desentonaríamos entre ellos.

Se detuvo en la sección de las aves, frunciendo el ceño.

—¿Qué estás buscando?

—Un pollo —dijo, buscando entre los estantes—. Preferiblemente un pollo vivo, pero me parece que no lo voy a encontrar.

Me acerqué más a él.

—¿Quiero saber siquiera por qué necesitas un pollo vivo ahora mismo?

—Pensaba que sería un buen compañero de viaje. —Me dirigió una sonrisita cuando entrecerré los ojos—. Siempre debes llevar un regalo de agradecimiento cuando visitas a un vidente, y he oído que los pollos son un buen regalo. —Tomó un pollo entero envuelto en un paquete que aseguraba que lo habían criado en una granja—. A todo el mundo le gustan las cosas naturales, ¿no?

—Esto es muy extraño.

Su boca se curvó en una sonrisa torcida.



—Todavía no has visto nada.

Diez minutos después, estábamos de vuelta en la carretera, en dirección al campo de batalla de Manassas con nuestro pollo comprado. No sabía muy bien qué esperar, pero cuando atravesamos la vieja valla de madera y los muros de piedra y nos metimos por el camino de entrada de una casa que tenía aspecto de tener agujeros de la batalla de la Guerra de Secesión, me preparé para las cosas extrañas que estaban a punto de suceder.

Roth caminaba a zancadas por delante de mí, y sus ojos examinaban los arbustos bien recortados que bordeaban el camino como si esperara que un gnomo de jardín nos atacara. Subimos al porche. Un columpio en el extremo izquierdo se movía en la débil brisa. Había un espantapájaros de madera sentado en una calabaza que colgaba de la puerta.

Esta se abrió antes de que Roth pudiera levantar la mano para llamar.

Una mujer apareció en el umbral. Cuando el débil tono azul de su alma se desvaneció, pude observarla bien. Tenía el pelo rubio recogido en un moño elegante, y unas finas líneas rodeaban unos ojos grises afilados como cuchillas. Su maquillaje era immaculado. Llevaba una rebeca de un rosa pálido y pantalones de lino, ambos sin arrugas. Incluso llevaba un collar de perlas.

No se parecía en nada a lo que había esperado. Nos recorrió con una mirada fría que se quedó fija en Roth, y sus labios se tensaron.

—Esto no me hace ninguna gracia.

Roth arqueó una ceja oscura.

—Diría que lo siento, pero no sería cierto.

Abrí la boca para disculparme, ya que esa clase de actitud no iba a llevarnos a ninguna parte, pero la mujer se apartó a un lado de todos modos.

—En la sala de estar —dijo, haciendo un gesto a su derecha.

Con el pollo dentro de una bolsa de plástico, Roth bajó primero por un estrecho pasillo. La casa olía bien, como a manzanas asadas. De la sala de estar salían los sonidos de un videojuego, y mientras entrábamos en la enorme habitación mi mirada fue directamente al televisor.

*Assassin's Creed*. A Sam le encantaría aquel sitio.

—Os agradezco lo del pollo, pero no es exactamente lo que se le trae a un vidente.

Se me cayó la mandíbula hasta el suelo.

Al principio solo era un borrón de un blanco perlado; un alma pura. Ver a un humano con un alma pura era como ganar la lotería, pues en muy pocas ocasiones las veía en aquellos que no eran de la raza de los Guardianes. Se me secó la boca y se me cerró la garganta. Un anhelo profundo me golpeó directamente en el estómago, y no desapareció cuando el alma se desvaneció, revelando al vidente. Roth me puso la mano en la parte inferior de la espalda, y hasta entonces no me di cuenta de que había avanzado un paso. La expresión de su rostro decía «no te comas el alma del vidente»,

pero, sinceramente, lo único que calmó el ansia fue el aturdimiento que me recorrió cuando volví a girarme hacia el vidente.

Sentado con las piernas cruzadas enfrente del televisor había un niño de unos nueve o diez años, con el mando de la videoconsola en la mano. No podía ser...

Roth cambió su peso de pierna.

—Lo siento, pero te sorprendería saber lo difícil que es conseguir un pollo vivo con tan poca antelación.

El juego del televisor se detuvo, y el niño se giró hacia nosotros. Unos rizos dorados cayeron sobre su frente. Tenía el rostro de un querubín, con un hoyuelo en la barbilla y todo.

—Habéis tenido suerte, porque tengo antojo de pollo asado.

—¿Tú eres el vidente? —pregunté, sorprendida—. ¿Por qué no estás en el colegio?

—Soy un vidente. ¿De verdad piensas que tengo que ir al colegio?

—No —mascullé—. Supongo que no.

—Pareces asombrada. —Unos ojos de un azul brillante cayeron sobre mí, y di un paso atrás y golpeé el brazo de un sofá a cuadros azules. El centro de sus pupilas era blanco—. No deberías estarlo, hija de Lilith. Si hay algo verdaderamente asombroso en esta habitación es el hecho de que estés aquí. Con un demonio.

Tenía la boca abierta, como si fuera un pez fuera del agua. No tenía ni idea de qué decir. El vidente era un niño.

Su madre se aclaró la garganta mientras se adelantaba por detrás de nosotros y tomaba el pollo de las manos de Roth.

—Os ofrecería bebidas, pero no creo que estéis aquí mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Tony, ¿qué te he dicho de sentarte tan cerca de la pantalla? Vas a estropear los ojos.

Me giré hacia Roth con lentitud, y vi que sus labios se movían un poco.

La carita de Tony se arrugó.

—Mis ojos estarán bien. Lo he visto.

Bueno, eso acabó con esa parte de la conversación. La mujer nos dejó a solas con el vidente y, cuando este se puso en pie, solo llegaba hasta la cadera de Roth. Aquello era sumamente extraño.

—Sé por qué estáis aquí —dijo, cruzando unos brazos regordetes—. Queréis saber quién quiere invocar a los Lilin. Eso no lo sé, y si lo supiera, no os lo diría. Me gustaría llegar a una edad en la que pueda crecerme vello facial.

Roth entrecerró los ojos.

—¿Cómo es que un vidente no sabe quién quiere invocar a los Lilin?

—¿Cómo es que un demonio de tu estatura no lo sabe? Si tú no lo sabes, ¿por qué esperas que yo sí lo sepa? Veo las cosas que quiero ver, y las cosas que me afectan. Así es como supe que ibais a venir hoy con un pollo de corral, y por eso le dije a mi madre que no se molestara en preparar nada. También sé que si echara un vistazo al

demonio que hay detrás de esto, mis ojos acabarían dentro de un tarro en la repisa de alguien, como si fueran un trofeo. Y prefiero mantenerlos intactos.

Era un tanto perturbador oír a un niño hablando de ese modo.

Tony inclinó la cabeza hacia un lado mientras me observaba.

—Y tú deberías tener mucho cuidado.

Se me erizó el vello de todo el cuerpo.

—¿Por qué?

—¿Además de lo obvio? —preguntó—. Luchas todo el tiempo contra lo que eres realmente... debe de ser agotador. Tanto que, cuando tengas que luchar de verdad, estarás demasiado desgastada como para ser capaz de hacer gran cosa.

Tomé un breve aliento.

—Yo...

—¿No has venido aquí por mis consejos? Lo sé. Quieres saber dónde está *La Llave Menor de Salomón*. —Tony soltó un suspiro como si estuviera hastiado de la vida, y sonó muy extraño proviniendo de un niño—. ¿Sabías que un Guardián y un demonio escondieron la *Llave*? Es la única vez que dos de ellos han trabajado juntos. Las dos razas volverán a trabajar juntas en el futuro.

La impaciencia emanaba de Roth y le daba a su voz un matiz acerado.

—¿Sabes dónde está la *Llave*, vidente?

Las pupilas de Tony llamearon.

—Dejad que os haga una pregunta. ¿Quién creéis que saldrá ganando si invoca a los Lilin?

Eché un vistazo a Roth antes de responder.

—No veo cómo nadie podría salir ganando. No se puede controlar a los Lilin.

—Eso no es completamente cierto —replicó el vidente—. Lilith puede controlar a los Lilin, pero esa no es la cuestión. Si se libera a los Lilin, nadie los detendrá. Y tienes razón: nadie será capaz de detenerlos en cuanto los suelten.

—¿Entonces? —Roth cruzó los brazos—. Ya sabes la respuesta a esa pregunta. ¿Por qué la haces?

El niño sonrió, mostrando unos pequeños dientes rectos.

—He hecho la pregunta para hacer que penséis, pero al parecer tratar de conseguir que un demonio piense es pedir demasiado.

Roth entrecerró los ojos y dio un paso hacia delante. Sabía que no pondría ninguna objeción a levantar a un vidente diminuto y lanzarlo al otro lado de la sala, así que intervine.

—¿Por qué crees que un demonio está tratando de hacer esto?

El vidente no le quitó los ojos de encima a Roth.

—Solo hay una cosa que puede salir de esto, y es el comienzo del apocalipsis. —Sonaba como si estuviera hablando de una serie de dibujos animados, como si no fuera para tanto—. Si los Lilin vuelven a caminar sobre la Tierra, los Alfas intervendrán. Tratarán de derrotar a todos los demonios de la superficie, y eso hará

que comience una guerra. Y una guerra entre los Alfas y los demonios es algo que os suena familiar, ¿verdad? El Armagedón no está programado hasta dentro de unos cuantos cientos de años, pero los Lilin se encargarán de que la fiesta con los Cuatro Jinetes comience pronto.

El estómago me dio un vuelco.

—¿Ese demonio quiere dar comienzo al apocalipsis?

—Eso es lo que acabo de decir. —El chaval nos dio la espalda y volvió a tomar el mando de la videoconsola—. Lo siento, chicos, pero los demonios no son los que mandan en la superficie, y la única forma que tienen de hacerlo es desatar el apocalipsis y esperar ganar. Es una jugada arriesgada, pero... —Miró a Roth por encima del hombro—. Tú sabes perfectamente que el Infierno es un asco. Los demonios quieren salir, y algunos están dispuestos a destruir el mundo entero para conseguirlo. No puedes decirme que nunca has pensado cómo sería poder salir a la superficie siempre que quisieras, sin tener que preocuparte de que los Guardianes te den caza. Libertad... Eso es lo que quiere cualquier criatura viviente.

Los nudos de mi estómago se triplicaron, magnificados por el hecho de que Roth no negó nada de lo que decía el vidente. ¿Realmente pondría el mundo en peligro? ¿A quién pretendía engañar? Roth lo haría, porque era un demonio, y los demonios se dedicaban básicamente a hacer lo que les daba la gana. Pero el Infierno tenía que ser un asco de proporciones épicas, así que ¿quién era yo para juzgarlo?

—Lo único que tengo que decir es que, si este demonio tiene éxito, será mejor para la humanidad que Dios sea más como en el Nuevo Testamento que como en el Antiguo, porque las cosas van a irse a tomar por culo.

—¡Tony! —La voz de su madre sonó desde algún lugar en el interior de la casa—. ¡Vigila esa lengua!

Roth sonrió con suficiencia.

—Sí, vigila esa boca, niño.

Sus mejillas se sonrojaron, y tuve la sensación de que estaba a punto de echarnos de una patada antes de que obtuviéramos alguna información.

—¿Puedes decirnos dónde está la *Llave Menor*?

Tony respiró hondo y exhaló sonoramente por la nariz.

—¿Por qué debería contaros nada? Él no ha sido muy agradable.

—Yo no soy agradable con nadie —replicó Roth tranquilamente.

—Con ella sí —señaló el niño.

Roth bajó la voz.

—Eso es porque es guapa. Un día, cuando crezcas, entenderás por qué.

—Un día, cuando te encuentres encadenado en los fosos de fuego del Infierno, me reiré de ti —contraatacó Tony.

En lugar de reírse de él o de tratar de responder algo inteligente, Roth palideció y se irguió, como si su columna vertebral se hubiera vuelto de acero. Una emoción parpadeó en su rostro, algo parecido al terror, y mi intranquilidad se multiplicó. Fue

breve, y desapareció antes de que pudiera estar realmente segura de que había tenido ese momento de vulnerabilidad.

Una tensa sonrisa apareció en la cara de Tony.

—Encontrad el lugar donde el monolito se dibuja contra la luna llena y hallaréis la entrada al lugar donde yace la verdadera *Llave Menor*. Y ahora, como podéis ver, tengo que repartir unas cuantas tortas...

—Espera. Eso no tiene ningún sentido —lo interrumpí. No tenía ni idea de lo que era un monolito. Pues sí que me había servido todo el tiempo que había pasado en la biblioteca...

—Tiene todo el sentido. —Agitó el mando de la videoconsola—. Y estoy ocupado.

—¿En qué planeta podría tener sentido esa frase tan extraña?

—¿No podrías decirnos dónde se encuentra y ya está?

—¿Y también os dibujo un mapa?

—Eso sería genial —respondí con sequedad.

Tony produjo un sonido de exasperación y aferró el mando.

—No puedo decirnos exactamente dónde se encuentra la *Llave*.

—Porque eso sería demasiado fácil —murmuró Roth entre dientes.

—No. Porque esas son las reglas —explicó el vidente—. Si os digo dónde se encuentra exactamente la *Llave*, entonces tendré que darle la misma información al siguiente demonio que pase por esa puerta. No puedo escoger bandos, ni siquiera contar la verdad como estoy haciendo. Os he contado suficiente para que lo averigüéis. —Se sentó frente a la puerta—. Así que id a averiguarlo. Ahora.

—Pero hay muchas posibilidades de que el otro demonio sepa lo que hace falta para invocar a los Lilin —protesté.

—Entonces será mejor que os deis prisa. —Tony continuó el juego. Una flecha atravesó la pantalla plana y golpeó el hueco entre la armadura de un caballero—. No os olvidéis de cerrar la puerta al salir.

\* \* \*

—Bueno, eso ha sido extraño de narices —dije mientras miraba por la ventana. Los muros grises que separaban la carretera de las urbanizaciones vecinas estaban emborronados—. ¿Tienes alguna idea de lo que ha dicho? ¿Eso del monolito? —Eché un vistazo al teléfono, donde había buscado en internet lo que significaba aquello—. Un monolito es una roca enorme. ¿Alguna idea de dónde podríamos tener a mano una roca enorme?

—No.

Lo miré. Desde que nos habíamos ido de la casa del vidente, no había dicho gran cosa.

—¿Te encuentras bien?

Su mirada se dirigió hacia el retrovisor.

—Tan bien como puedo estarlo.

Me mordí el labio y me recliné en mi asiento.

—¿Lo crees?

—¿Qué parte?

—La parte en la que dijo que estarás encadenado en los fosos de fuego del Infierno.

Sentí frío al decir esas palabras.

—No. —Roth se rio, pero había algo en ese sonido que me hizo sentir aún más frío—. En fin, tenemos que averiguar lo que quería decir con todo eso del monolito. Necesitamos la *Llave*.

Asentí con la cabeza y volví a dirigir la atención hacia la carretera mientras Roth adelantaba a un taxi. Una rápida mirada al reloj del salpicadero me dijo que, si volvíamos ya al instituto, llegaríamos justo antes de la hora de la comida. Volvería a clase como si no acabara de conocer a un vidente de diez años que me había dado un acertijo que no tenía esperanzas de averiguar. Y no haríamos ningún avance en el descubrimiento del demonio que había detrás de todo aquello.

—¿Quieres volver a clase? —preguntó Roth.

—¿Estás seguro de que no sabes leer mentes? —Giró con el Porsche para adelantar al coche que teníamos enfrente, y abrí mucho los ojos cuando no chocamos contra su parte delantera por muy poco—. O conducir —añadí entre dientes.

Roth sonrió.

—Estoy seguro. Aunque tengo curiosidad por saber lo que pasa por tu cabeza.

En esos momentos estaba preguntándome si lograríamos llegar con vida a la ciudad.

—No. No quiero volver al instituto —admití.

—Así que los buenos también hacen cosas malas. —Bajó la voz, que adquirió un matiz provocativo—. Yo tenía totalmente decidido llegar a tiempo para ir a la clase de Matemáticas.

—Seguro que sí.

Torció hacia la salida a una velocidad brutal y se rio con suavidad.

—Podemos volver a mi casa.

El estómago me dio un vuelco, y no porque hubiera frenado de golpe.

—No sé yo...

Roth me dirigió una mirada torcida.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de que te lleve a mi guarida para aprovecharme de ti?

El calor recorrió mis mejillas.

—No.

—Mierda. Ese era mi plan maestro. —Tomó una calle a la derecha—. Pasear por la ciudad no es demasiado inteligente, teniendo en cuenta que hay un demonio detrás de ti. Así que es o el instituto o mi casa.

Sintiéndome como una preadolescente inepta, me encogí de hombros rígidamente.

—Tu casa está bien.

—Pensaba que podíamos emplear el tiempo en descubrir lo que quería decir el vidente del lugar donde está oculta la *Llave*.

Parecía un buen plan, pero una nerviosa emoción vibraba dentro de mí como un colibrí por todas las razones equivocadas.

Roth metió el Porsche en un aparcamiento oscuro. Lo miré con curiosidad.

—Esta no es tu casa.

—Lo sé, pero solo está a un par de manzanas. —Apagó el motor—. No voy a aparcar a este bebé en la calle. Alguien podría tocarlo.

Su amor por el coche lo hizo parecer muy humano en ese momento, y era difícil no sonreír. Salió del vehículo y me abrió la puerta antes de que pudiera pestañear siquiera.

Se dobló por la cintura y extendió el brazo.

—¿Puedo escoltaros?

Entonces no pude evitar sonreír. Coloqué la mano sobre la suya y dejé que me sacara del coche. Entrelazó los dedos con los míos, y me sentí como si estuviera en una montaña rusa.

—¿Qué haces con el coche cuando estás... eh... abajo?

—¿Recuerdas a Cayman? Es un buen amigo. Le echa un ojo por mí.

Bajé la mirada hasta nuestras manos unidas y estuve a punto de tropezar en una grieta en la acera.

—¿Tienes amigos?

—Au.

Sonreí.

—¿Qué pasa? Es una pregunta sincera.

—Hay algunos como yo que viven en mi edificio. Confío en ellos.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza, y me hizo bajar por la rampa que llevaba a las plantas inferiores del aparcamiento. Había bombillas en el techo cada pocos metros que emitían unas franjas de luz sobre las hileras de coches, reflejándose en sus capós.

—Pues sí, Cayman se ocupa de mi bebé cuando estoy abajo.

—Cayman parece un nombre extraño para un demonio.

Soltó una risa profunda.

—Cayman es un Dirigente Infernal que permanece en la superficie. Como la mayoría de los Dirigentes Infernales, se ocupa de controlar a los demonios. Los mantiene bajo control, y manda informes semanales y mensuales. También es una especie de asistente para mí.

Así que había subordinados hasta en el Infierno.

Negué con la cabeza mientras llegábamos a la segunda planta y, como por un

acuerdo no verbal, los dos nos detuvimos por completo. Experimenté un temor profundo que se asentaba en mi estómago como si fueran piedras. Notaba los pies pegados al cemento. Roth me soltó la mano y dio un paso hacia delante, entrecerrando los ojos.

Antes de que pudiera preguntar qué estaba pasando, las luces del techo comenzaron a parpadear. Después, en rápida sucesión, explotaron una tras otra, provocando una lluvia de chispas que cayeron como gotas de agua. Cada explosión fue como un disparo, y solo quedó una de las luces, parpadeando con rapidez.

Unas sombras espesas se extendieron entre los coches y subieron por las paredes. Un ruido como de chasquidos llenó el aire mientras las sombras trepaban, tragándose la señal roja de «SALIDA» y cubriendo la mitad del techo. Las sombras se movían y palpitaban, y durante un entrecortado latido, se hincharon como una baya demasiado madura y después se detuvieron.

Roth soltó una maldición.

Como si hubieran cortado un cable, las sombras cayeron y cubrieron el suelo frente a nosotros en una masa espesa y viscosa, como aceite hirviendo. De ella salieron disparadas por el aire unas columnas, más de una docena de ellas, que tomaron forma en un nanosegundo. Sus cuerpos se inclinaron hacia delante, y unos bultos salieron de su piel y sus espaldas huesudas. Los dedos se inclinaron y se afilaron en unas garras. Brotaron unas orejas puntiagudas, y los cuernos atravesaron unos cráneos sin pelo. Tenían la piel de un gris pastoso, y arrugada en pesadas capas, casi cubriendo los ojos pequeños y rojizos. Unas colas gruesas y parecidas a las de unas ratas golpearon el suelo.

Los demonios Mortificadores provenían de las entrañas del Infierno; eran de los que se pasaban la eternidad torturando almas. Y estábamos completamente rodeados.



## Capítulo diecisiete



Había una razón por la que esa clase de demonios jamás salía a la superficie, y no era por su aspecto horrible. Los Mortificadores se alimentaban del dolor de los demás, y si no tenían almas que torturar, no se quedaban sentados esperando.

Roth soltó un gruñido.

—Vale. ¿Alguno de vosotros ha comido después de medianoche? Porque sois peores que un mogwai.

—Los mogwais son monos —no pude evitar protestar—. Estas cosas no lo son.

—Pero los mogwais se convierten en gremlins con cresta, así que...

Le lancé una mirada mientras daba un paso hacia atrás, casi ahogándome en el hedor del sulfuro.

—Eh... ¿crees que querrán capturarme o matarme?

—¿Sabes? A estas alturas, no creo que importe —replicó él con voz lóbrega.

Uno de los Mortificadores abrió la boca y mostró un montón de dientes serrados, como los de un tiburón. Produjo una serie de chasquidos desagradables. No entendía en absoluto el idioma que estaba hablando, pero Roth levantó las cejas.

—Me parece que quieren llevarte a algún sitio. ¿Quizá de luna de miel? —Agitó las manos—. No, me parece que no. Vamos allá.

Fue como si hubiera sonado la campana de la cena para unos perros salvajes muy hambrientos. Todos a una, los demonios se lanzaron hacia Roth.

Comencé a avanzar, pero la voz brusca de Roth sonó con fuerza.

—¡No te acerques, Layla!

Entonces se agachó y lanzó una patada, que golpeó al primer demonio y derribó sus piernas torcidas desde debajo de él. Moviéndose a la velocidad del rayo, se enderezó mientras el demonio se ponía en pie tambaleándose. Roth estiró el brazo, esquivando las mandíbulas que se abrían y cerraban de aquella cosa, y le puso la mano en la frente.

Un resplandor de luz roja salió de la palma de Roth y bañó la cabeza del Mortificador. No sé si sería por el toque de Roth o por la luz, pero fue como gasolina. Un fuego iluminó al demonio, resplandeciendo desde las cuencas de sus ojos y su boca abierta. Medio segundo después, el Mortificador era una pila de cenizas.

—Dios... —susurré.

Roth me lanzó un guiño por encima del hombro y se lanzó hacia delante,

tumbando a tres Mortificadores con un barrido del brazo. El fuego los envolvió e incineró sus cuerpos. Tres más se abalanzaron hacia él, agachándose y siseando.

Se acercaron a Roth, y él permaneció ahí de pie, con la cabeza inclinada hacia un lado, y después levantó el brazo derecho. De la manga de su jersey, una criatura oscura que se retorció se derramó en el espacio que había delante de él.

La sombra se separó en un millar de puntos del tamaño de una canica, y a continuación cayeron al suelo y avanzaron con mayor rapidez de la que mis ojos eran capaces de seguir.

—*Bambi* —susurré.

En un latido, la enorme serpiente estuvo enroscada entre los demonios Mortificadores y Roth, levantando en alto su cabeza con forma de diamante, hasta que quedó justo por encima de los Mortificadores.

Estos retrocedieron un paso.

—Es la hora de cenar, cariño —dijo Roth—. Y papá te ha traído a un bufé libre.

*Bambi* se lanzó hacia delante y atacó al Mortificador más cercano. El demonio gritó mientras los colmillos de *Bambi* atravesaban su piel y su carne. Tragué saliva con fuerza, y quise apartar la mirada de esa visión tan perturbadora, pero era incapaz de hacerlo. El estómago me dio un vuelco cuando una sustancia negra como la tinta voló por los aires y se derramó en el suelo.

Roth se dirigió hacia los demonios restantes y soltó una risa baja que provocó que unos escalofríos me recorrieran la piel. Jugó con ellos, acercando a dos Mortificadores para después atacarlos, disfrutando claramente.

El enorme cuerpo de *Bambi* se deslizaba por el suelo lleno de arañazos mientras seguía a otro demonio que se había atrevido a avanzar. Pero Roth... oh, Dios, estaba rodeado. No había forma de que pudiera derrotar a seis Mortificadores él solo, sin importar lo increíble que fuera su fogoso toque de la muerte.

Tomé aliento, ignoré la orden de Roth y traté de vencer el miedo. No podía quedarme ahí plantada sin hacer nada.

—¡Eh! —los llamé—. ¿Qué pasa conmigo?

Tres de los Mortificadores se giraron hacia mí, abriendo las bocas en un grito silencioso.

—¡No! —chilló Roth.

Se lanzaron hacia mí.

—Mierda —murmuré, con el corazón a punto de explotar.

Los músculos de mi estómago y mis piernas se tensaron mientras trataba de recordar todas las aburridas clases de autodefensa de Zayne. Siempre estaba predicando acerca de entrar en la zona o alguna tontería por el estilo, para anticiparme al próximo movimiento del enemigo. Pero estaba bastante segura de que eso significaría dejar que uno o más demonios Mortificadores me comieran la pierna.

El primero de ellos me alcanzó, y el instinto finalmente se apoderó de mí. Di un salto hacia atrás, girando a medio camino mientras lanzaba una patada, y golpeé al

Mortificador en el estómago. Este cayó sobre una rodilla, pero no había tiempo para celebrar la pequeña victoria.

Giré y lancé el brazo en un barrido limpio, y alcancé al siguiente Mortificador en la garganta. El frágil hueso se aplastó mientras la criatura retrocedía un paso y después se lanzaba hacia mí. Eché el brazo hacia atrás, cerré la mano y le di un puñetazo en la mandíbula al muy cabrón.

El demonio Mortificador cayó al suelo, noqueado como un pelele.

Levanté la vista y me encontré con la mirada impresionada de Roth.

—¿Qué pasa? Sé pegar puñetazos.

Sus ojos se llenaron de orgullo y algo más; algo parecido a la atracción que se arremolinaba en sus profundidades leonadas. Era como si verme pegar un puñetazo a un demonio fuera el equivalente a verme con un biquini diminuto, y eso era un tanto extraño. Pero entonces la expresión se desvaneció y el miedo se filtró en sus ojos, expandiendo sus pupilas.

—¡Layla!

Un aliento caliente y entrecortado siseó junto a mi mejilla.

Me di la vuelta con rapidez y me encontré cara a cara con un demonio Mortificador. Produjo ese sonido que hacía que me sangraran las orejas y se abalanzó hacia mí, con una mano llena de garras por delante.

Oh, maldita sea, no.

Me giré y comencé a agacharme, tal como me había enseñado Zayne. Sentí cómo el demonio agarraba el aire vacío por encima de mí. Me lancé por debajo de su brazo y comencé a levantar una rodilla, pero entonces el demonio cambió de dirección. Antes de que pudiera formar la palabra «mierda», una explosión de dolor me atravesó la columna vertebral.

Un fuego me recorrió las palmas de las manos, y mis vaqueros se rasgaron por las rodillas cuando golpeé el frío cemento. Se me escapó un grito un segundo antes de que un peso me golpeará una vez más. Mi cabeza cayó hacia atrás, y estuve a un segundo de comerme el suelo.

Un pánico puro y desenfrenado me atenazó la garganta mientras el Mortificador me arrancaba un puñado de pelo, y después me agarraba la mano en la que llevaba el anillo de Lilith.

A continuación me soltó con tanta rapidez que mi cabeza salió disparada hacia delante. La criatura voló por los aires y golpeó algo detrás de mí... ¿tal vez un coche? Me giré y vi a *Bambi* atravesando el cemento, y después golpeando al Mortificador antes de que pudiera volver a ponerse en pie. Examiné el aparcamiento y vi unas cuantas pilas de cenizas y algunos charcos de aspecto asqueroso, pero ningún demonio más.

Roth se arrodilló delante de mí y me agarró las muñecas.

—¿En qué diablos estabas pensando, Layla?

—¿Qué? —Traté de liberarme, pero él me giró las manos e inspeccionó mis

palmas magulladas—. No iba a quedarme ahí plantada y ya está. Sé luchar.

Entrecerró los ojos mientras miraba mi piel rosada y después los levantó hasta los míos.

—¿Quién te ha enseñado todo eso? ¿Rocoso el gárgola?

Hice una mueca.

—Se llama Zayne, y sí.

Roth negó con la cabeza mientras recorría mis palmas con el pulgar.

—Verte darles una paliza ha sido muy sexi... muy muy sexi. Pero si alguna vez vuelves a hacer algo parecido, voy a ponerte por encima de mi hombro y darte una torta en el...

—Si terminas esa frase, te clavo la rodilla en cierta parte de tu anatomía.

Bajó la mirada e hizo una mueca.

—Está bien, tú ganas. He visto tus patadas.

Comencé a responder, pero *Bambi* subió deslizándose por mi cuerpo y colocó su cabeza del tamaño de la de un caballo sobre mi hombro. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, y cerré los ojos con fuerza. Hubo una especie de soplido en el aire que movió el pelo junto a mi sien. La lengua bífida de *Bambi* salió disparada y me hizo cosquillas en un lateral del cuello.

—Eh, mira, a *Bambi* le gustas.

Abrí un ojo.

—¿Y si no fuera así?

—Ah, pues ya lo sabrías, porque a estas alturas te habría devorado.

\* \* \*

Me escocían un poco las palmas, pero después de todo podría haber sido peor. Los dos estábamos vivos, y *Bambi* volvía a estar en su lugar, en la piel de Roth. Alguien estaba aumentando sus esfuerzos, y al meter demonios Mortificadores de por medio, las cosas solo podían empeorar.

—¿Crees que tu casa es un lugar seguro?

—Ningún demonio se atrevería a acercarse a mi casa. Y antes de que me acuses de tener un ego innecesario, hay muchos demonios aquí que se cabrearían mucho si invadieran su territorio.

Esperaba de verdad que ese fuera el caso, pues lo cierto es que no quería una segunda ronda con los Mortificadores. La adrenalina seguía fluyendo por mis venas, haciendo que mi corazón palpitara contra mis costillas. Si hubiera estado sola identificando demonios y me los hubiera encontrado... Ni siquiera quería pensar en ello. Normalmente los demonios eran nocturnos, porque era más fácil para ellos mezclarse entre los humanos cuando el sol comenzaba a ponerse. Que los Mortificadores hubieran salido de ese modo no era nada bueno.

Abrí mucho los ojos cuando atravesamos la puerta principal del edificio de

apartamentos y entramos en un vestíbulo muy bien iluminado. La última vez que había estado allí habíamos utilizado la entrada lateral, así que todo aquello era nuevo para mí.

Una enorme lámpara de araña dorada colgaba del centro de un techo cubierto por un mural. La imagen era, eh... ¿interesante? El enorme techo estaba cubierto de ángeles, representados en escenas encarnizadas de batalla. Estaban luchando los unos contra los otros con espadas de fuego. Algunos caían a través de las espumosas nubes blancas. Habían dedicado tiempo a sus expresiones. Las muecas de dolor y el resplandor honesto de sus ojos parecían demasiado reales.

Puf.

Había unos sofás y sillones de cuero de la vieja escuela dispuestos por debajo de la luz. En el aire flotaba un débil y nada desagradable aroma a café y tabaco, y parecía que había una cafetería o algo por el estilo tras las puertas oscuras justo al otro lado del vestíbulo.

Todo tenía un aspecto muy de viejo hotel de Hollywood, y casi esperaba que el fantasma de Marilyn Monroe se materializara en el aire. El vestíbulo no se encontraba vacío, pero estaba segura de que nadie de allí tenía nada de ADN humano.

Había demonios por todas partes, tirados en los sofás, hablando con sus móviles, aovillados en los sillones, leyendo libros, y algunos estaban reunidos en pequeños grupos.

Roth me puso la mano en la espalda y me condujo hacia las escaleras.

—¿No hay ascensor? —pregunté.

—Ninguno en el que quieras montar. —Sonrió al ver la expresión de mi rostro—. Los ascensores de aquí solo van hacia abajo.

Vaya. Sabía que había... puertas, por toda la ciudad y el mundo. El sentido común me decía que tenía que haberlas, porque, si no, ¿cómo iban a ir y venir los demonios? Pero nadie sabía dónde se encontraban, especialmente los Guardianes, y yo desde luego nunca había visto una. El hecho de que Roth me llevara hasta ahí y me dijera que había un portal era una estupidez monumental.

En la escalera, me dirigió una mirada astuta.

—Confío en que no le cuentes al Rocosito lo de nuestro sistema de ascensores.

Por supuesto que no tenía pensado hacerlo. No dejaba de pensar en los Esbirros y los demás que había en el vestíbulo. Todos parecían muy... muy normales.

—¿Layla? —insistió.

—No lo haré. —Y lo decía en serio—. Además, he mantenido la boca cerrada acerca de todo lo demás, y se supone que debería estar en el instituto ahora mismo.

Asintió con la cabeza y comenzamos a subir la escalera. Ver otra vez su *loft*, y su cama, me puso un poco de mal humor. Cuando Roth fue hasta el piano, murmuré algo acerca de ir al baño y me metí dentro. Notaba la cara vergonzosamente caliente, y tenía el pulso fuera de control.

Su cuarto de baño era bonito, sorprendentemente limpio y espacioso. No me

había fijado la última vez. Unas toallas negras a juego colgaban entre la bañera con patas y el plato de ducha. Los grifos eran dorados, y tenía la sensación de que se trataba de oro auténtico. Me tomé mi tiempo, tratando de calmar el latido frenético de mi corazón.

«Tan solo estoy aquí para hablar de dónde podría estar la *Llave Menor*. Eso es todo. El hecho de que quiera que me bese no tiene absolutamente nada que ver con esta visita. En absoluto... y en realidad no quiero que me bese».

Dios, mi monólogo interno me hacía parecer loca.

Cuando abrí la puerta, Roth estaba sentado junto al piano, molestando perezosamente al gatito negro con una mano y con una copa (¿era de vino?) en la otra. La luz del final de la mañana se colaba por una ventana cercana y lo rodeaba con un halo. Ningún chico debería ser tan guapo como él, y especialmente no un demonio. Me mantuve ocupada mirando su habitación, sintiéndome repentinamente tímida. Había algo íntimo en el hecho de volver a estar en su *loft*.

Roth levantó la mirada y me observó por encima del borde de su copa.

—Hay una copa aquí para ti, si quieres.

Me acerqué un poco a él.

—No, gracias. Tu... tu casa es bonita. No sé si te lo dije la última vez.

Soltó una carcajada y se puso en pie.

—Supongo que no. —Se detuvo enfrente de mí y me apartó la mano del pelo—. Deja de moverte con tanto nerviosismo. No voy a violarte.

Sentí que mi cara aumentaba tres tonos de rojos y caminé furtivamente hasta las hileras de libros colocados en las estanterías. Un segundo más tarde, estaba junto a mí, y esa vez solo me sobresalté un poco. La media sonrisa de Roth era al mismo tiempo arrogante y traviesa. Tarareó entre dientes y pasó un dedo por los lomos de los distintos libros de una forma lánguida que me hizo pensar en él tocándome de ese modo. Solté aire en silencio, sintiéndome agradecida porque no estuviera mirándome. Entonces su mano se detuvo sobre uno de los libros, un volumen delgado, y lo sacó. Me guiñó un ojo mientras pasaba junto a mí.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté, sentándome en la silla de su escritorio.

Sin mirarme, Roth llevó el libro hasta la cama y se tumbó de costado. El delgado ejemplar colgaba de dos dedos.

—Es una copia comercial de *La Llave Menor de Salomón*. ¿Quieres echarle un vistazo?

Me acerqué a la cama.

—¿Una copia comercial?

Asintió con la cabeza.

—Sí, para todos esos pequeños aprendices de satánico que hay por ahí fuera. Está incompleta, obviamente, pero tiene una lista de todos los demonios principales. La he leído más de una docena de veces, pero a lo mejor se me ha escapado algo.

Llegué hasta los pies de la cama y extendí la mano.

—Déjame ver.

—Siéntate a mi lado.

Lo miré fijamente durante un momento, y a continuación puse los ojos en blanco. Todavía de pie, me acerqué cuidadosamente al lugar donde estaba tumbado.

—¿En serio?

—Ajá. —Apartó el libro—. Siéntate a mi lado.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Porque me siento solo.

—Eso es ridículo. Estoy justo aquí.

Bajó las pestañas.

—Pero eso es muy lejos, Layla.

Mis manos se cerraron en puños mientras una sonrisa provocadora aparecía en sus labios. No iba a ceder. Murmuré entre dientes y me senté junto a él.

—Gracias.

—Lo que tú digas. ¿Puedo ver el libro ya?

Roth me lo entregó. Era estrecho, y no podía tener más de cien páginas. En la portada había dibujado un círculo con una estrella.

—El auténtico tiene el símbolo grabado, y la portada parece cecina envejecida —explicó—. Está encuadernado en piel humana.

Me costó mucho que no se me cayera la réplica de la mano.

—Puaj.

—Sip. Es lo que les iba en esa época.

Abrí el libro y solté un silbido bajo.

—Qué bonito.

Estaba examinando un dibujo hecho a mano de un ser mitad humano, mitad mirlo. El pie de foto aseguraba que su nombre era Caym, el gran Presidente del Infierno, dirigente de treinta legiones.

—«Maestro de la lógica y los acertijos» —leí—. Parece un monstruo.

—Deberías verlo en persona.

En la página de al lado había un encantamiento medio completo para invocarlo y para desterrarlo de vuelta al Infierno. Permanecí en silencio mientras Roth estiraba el brazo y pasaba las páginas, escuchando mientras hacía un comentario aquí y allá.

Me detuve en un demonio llamado Paimón.

—«De primer rango y el principal Rey del Infierno, gobierna el oeste. Es el comandante de doscientas legiones». Vaya —dije.

—Eso es cierto, pero es, o era, de alto rango. Prácticamente el asistente del Jefe. Era el más fiel al Jefe.

—¿«Era»?

No pude evitar mirar fijamente el dibujo. Se trataba de un hombre con alguna especie de tocado oscuro, montado encima de un camello. O de un caballo con

problemas en el lomo. Una de las dos cosas.

—Él y el Jefe tuvieron una pelea hace unos cuantos siglos.

Mis oídos se agudizaron.

—¿Una pelea lo bastante grande como para que pueda ser él quien está detrás de todo esto?

—La mitad de los demonios han tenido algún altercado con el Jefe alguna que otra vez. —Se sentó fluidamente y puso el hombro contra el mío—. ¿Ves ese hechizo de destierro cutre en la página de al lado, que sin duda han robado de un episodio de *Sobrenatural*? —Sonreí—. El libro de verdad tiene un hechizo de verdad, que incluye... ¿puedes adivinarlo? Una trampa demoníaca de verdad. Por eso ese libro es tan poderoso. Si los rocosos, es decir, tus Guardianes, se apoderaran de él, podrían librarse de verdad de los demonios.

El jadeo se me escapó antes de que pudiera detenerlo.

—¿Qué hay de...?

—¿Mí? —Se encogió con un solo hombro—. Pueden intentarlo.

Me aparté el pelo hacia atrás.

—¿Y no te importa?

Soltó una risotada.

—Soy difícil de atrapar.

Lo observé durante un momento, volví a dirigir la atención hacia el libro y cambié de tema. Pensar que desterraban a Roth me molestaba más de lo que debería.

—Todavía me sorprende que el Infierno siga las normas, ¿sabes? Me parece un poco contradictorio.

—Sea cual sea el acuerdo que el Jefe tiene con Él, se ha mantenido en pie desde hace más de dos mil años. Nosotros tratamos de seguir las normas, y los Alfas no nos borran del planeta. —Pasó la página y miró una lista de demonios menores que podían invocarse para pedirles favores—. Tiene que haber bien y mal en el mundo. Tiene que haber elección. Y tú eres mitad demonio. Lo creas o no, al Jefe no le gusta que nos peleemos entre nosotros. Piensa que es una pérdida de tiempo y objetivos. Pero cuando uno de los suyos comienza a romper las normas, no se lo toma muy bien.

Solté una risita.

—Sí, porque deberíais pasar el tiempo corrompiendo almas humanas en vez de eso.

—Exactamente —respondió Roth, sin dejar de pasar las páginas—. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo por ponerte en plan maestra de kung fu con los demonios?

Negué con la cabeza.

—No. Todo se me ha curado desde... Bueno, ya sabes desde qué. Y tengo las manos bien.

Roth asintió con la cabeza mientras pasaba a la siguiente página, pero yo ya no estaba mirando el libro. Estaba observándolo; en realidad, estaba examinándolo.



—Te debo una disculpa.

Levantó la mirada, con la mano por encima del libro.

—En realidad no necesito oír disculpas. Me parece que se dan demasiado a menudo como para significar algo.

—Lo siento —dije de todos modos—. No debería haber sido tan gilipollas contigo al principio.

Roth se quedó en silencio, y yo continué pasando las páginas. Demonios y más demonios, y entonces uno me llamó la atención.

—¡Eh! —grité cuando Roth trató de quitarme el delgado libro—. ¡No! ¡Para! Planté las manos sobre el libro.

Roth tiró del borde.

—Layla.

—Si sigues tirando de él, vas a romperlo. —Presioné con más fuerza—. Déjame verlo.

Me miró fijamente durante lo que pareció una eternidad, con los ojos llameantes.

—Vale.

Soltó el libro y se sentó sobre sus piernas.

Hice una mueca y me fijé en la página. El dibujo era de un hombre joven con una corona plateada bastante corriente. Tenía alas casi tan largas como su cuerpo, unas alas tan impresionantes como las que había visto en Roth. En un brazo se enroscaba una serpiente negra, y había un Sabueso Infernal junto a sus pies.

También estaba desnudo, y completamente dibujado.

Se me ruborizaron las mejillas.

—Astaroth, el... ¿Príncipe Heredero del Infierno? —No dijo nada—. «Astaroth es un demonio muy poderoso de la Primera Jerarquía, que seduce utilizando la indolencia, la vanidad y filosofías racionalizadas». —Resoplé—. Suenas como tú. «También tiene el poder de hacer invisibles a los mortales, y puede entregarles dominio sobre las serpientes».

Roth suspiró.

—¿Has terminado?

—No. —Me reí y leí por encima el encantamiento parcial para invocarlo. Tenía algo que ver con desnudarse y la sangre de una virgen, lo cual no era ninguna sorpresa. No había ningún hechizo de destierro, aunque había una especie de sello que parecía un compás estropeado—. ¿Cómo me libro de ti?

—Ninguno de los demonios de la Primera Jerarquía tiene hechizos de destierro conocidos. Tendrías que utilizar una trampa demoníaca en luna llena, lo cual se explica en la *Llave Menor*. Pero una trampa demoníaca no solo destierra a un demonio; lo envía a los fosos de fuego. Eso es como la muerte para nosotros.

Lo miré, y mi diversión se desvaneció lentamente. Un músculo se tensó en su mandíbula mientras miraba al otro lado de la habitación, por las ventanas.

—¿Qué? —Solté una risa corta—. Este no eres tú de verdad. No puede ser.

Giró la cabeza hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿Cuál crees que es mi nombre completo?

—Da igual. Solo tienes dieciocho años, y... —Mi voz se apagó mientras volvía a mirar el dibujo. El Roth que tenía sentado delante de mí no podía ser el Príncipe Heredero del Infierno. Entonces lo comprendí, y quise estamparle el libro en la cara—. Me has estado mintiendo.

—No. Nací hace dieciocho años. —Negó con la cabeza—. No lo entiendes.

—Tienes razón. No lo entiendo. Puede que este libro sea falso, pero la *Llave Menor* auténtica es más vieja que las piedras. ¿Cómo podrías estar en ella?

—Tan solo soy uno de muchos —dijo, con la voz plana y fría—. Aquellos que vinieron antes de mí encontraron su fin prematuramente, o ya no sirvieron a su propósito. —Me dirigió una sonrisa, pero le faltaba todo lo que la habría hecho humana—. Soy el Príncipe Heredero más reciente.

Me recliné un poco.

—Entonces... ¿eres como un sustituto?

—Un sustituto idéntico. —Se rio sin ningún humor—. Cada Roth que ha habido antes de mí tenía el mismo aspecto que yo, hablaba como yo, y probablemente fuera igual de encantador. Así que sí, soy un sustituto.

—¿Ocurre lo mismo con los demás demonios?

Roth se pasó la mano por el pelo.

—No. Los demonios no pueden morir realmente, pero los fosos de fuego son nuestro equivalente de la muerte. Todos los Príncipes anteriores se encuentran allí, sufriendo de formas que ni siquiera puedes imaginar. Puedo oír sus gritos. Es una especie de recordatorio para que me comporte. —Se encogió de hombros con indiferencia, pero yo sabía que todo ese asunto le molestaba—. Así que ya ves, sí que te he mentado un poco. Prácticamente ni siquiera soy real.

Cerré el libro, y me entraron ganas de tirarlo de la cama. Roth seguía sentado junto a mí, rígido como una piedra. Era un sustituto, creado porque el anterior a él había fallado en algo, o había caído en una trampa demoníaca. Ni siquiera era capaz de comenzar a imaginar cómo debería sentirse. ¿Era siquiera su propia persona, o una acumulación de las docenas, si no cientos, que vinieron antes de él?

Me sentía fatal por él. Mientras que yo apenas había arañado la superficie de mi ascendencia, él sabía demasiado de la suya.

El silencio se extendió. Podía oír a los gatitos bajo la cama, ronroneando como trenecito de mercancías. Me atreví a mirarlo, y vi que me observaba con atención. Clavé los ojos en los suyos, y él respiró hondo.

—¿Qué?

—Tan solo... Lo siento.

Roth abrió la boca y después la cerró. Pasaron varios segundos antes de que hablara.

—No deberías sentirlo por mí. Yo no lo hago.

No lo creía. De pronto, muchas cosas cobraron sentido.

—Y una mierda. —Abrió mucho los ojos—. Por eso te gusta tanto estar en la superficie. No quieres estar ahí abajo. Quieres estar aquí, donde todo es real. —Me incliné hacia delante y le sostuve la mirada—. Porque cuando estás aquí eres real, y no solo otro Roth.

Pestañeó y después se rio.

—A lo mejor ese sería el caso si realmente me importara esa clase de cosas. Soy lo que soy. Soy...

—Un demonio. Lo sé. —Me puse sobre mis rodillas, mirándolo—. Siempre dices eso. Como si estuvieras tratando de convencerte a ti mismo de que eso es lo único que eres, y yo sé que no es cierto. Eres más que eso, más que simplemente otro Roth.

—Ah, ahí estamos. —Roth se tumbó boca arriba y sonrió en dirección al techo—. Lo siguiente que me dirás es que tengo conciencia.

Puse los ojos en blanco.

—Yo no iría tan lejos, pero...

Su risa cortó mis palabras.

—No tienes ni idea. Que me guste estar en la superficie no significa nada más que el hecho de que me gusta estar en lugares que no huelan a huevos podridos y tengan una temperatura de mil grados.

—Eres un mentiroso.

Se incorporó sobre los codos, y su risa se desvaneció en una sonrisita de suficiencia.

—Y tú eres increíblemente ingenua. No puedo creer que sientas lástima por mí. Ni siquiera tengo corazón.

Le di un empujón en el hombro, y él cayó sobre su espalda, no tanto porque lo hubiera empujado con fuerza como porque lo había tomado por sorpresa. Estaba por toda su cara.

—Eres un gilipollas. Me voy a marchar ya.

Roth se incorporó rápidamente, me atrapó los brazos y me hizo bajar en medio segundo. Se puso encima de mí.

—¿Por qué te enfadas cuando te digo la verdad?

—¡No es la verdad! —Traté de volver a levantarme, pero me tenía sujeta—. No entiendo por qué tienes que mentir. No eres malo del todo.

—Tengo razones para hacer lo que hago. —Su mirada recorrió mi cara y bajó por mi cuerpo—. Ninguna de ellas son angelicales. Todas son egoístas.

—No —susurré. Sabía que no era cierto—. Eres más que simplemente el próximo Príncipe.

Se agachó, y estuvimos pecho con pecho. Su cara se encontraba a solo tres o cuatro centímetros de la mía, y el aire se me quedó atascado en la garganta.

—Simplemente soy el próximo Príncipe Heredero. Eso es lo que soy... todo lo que soy.

—No es cierto.

Roth no respondió mientras aflojaba su agarre y me recorría el brazo con los dedos. Su mano fue hasta mi cintura, y después hasta mi cadera. El calor siguió a su caricia, provocando una aguda punzada de anhelo, y también miedo. Levantó la mirada, y la intensidad de sus ojos ejercía una atracción magnética sobre mí. La tensión embriagadora seguía ahí, acercándonos cada vez más. Estaba cansada de ignorarla, cansada de creer que estaba mal cuando era lo que deseaba... lo que necesitaba.

Porque Roth era más que simplemente un demonio, y yo era más que simplemente una chica atrapada entre dos razas.

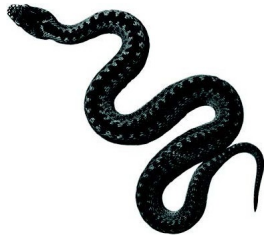
Lentamente, levanté la mano y la puse sobre su mejilla. Solo su pecho se movió, subiendo y bajando de forma irregular. Fue entonces cuando me di cuenta de que él se sentía tan afectado como yo por lo que quisiera que hubiera entre nosotros. No era solo un juego o un trabajo. Era más que provocación y coqueteo.

—Eres más que simplemente otro Roth. Eres más que eso. Eres...

Sus labios rozaron los míos. Tomé aire con un sobresalto, quedándome paralizada debajo de él. No fue un beso demasiado intenso, tan solo una caricia vacilante, sorprendentemente suave y dulce. Roth no me presionó ni profundizó el contacto. Simplemente se quedó allí, y el beso ligero como una mariposa me hacía más de lo que nada lo había hecho jamás.

Y quería más, muchísimo más.

## Capítulo dieciocho



Roth levantó la cabeza y me miró. Lo que había en sus ojos no era tanto una pregunta como una fiera promesa de cosas que probablemente ni siquiera podría comenzar a comprender.

Le puse las manos temblorosas en el pecho, aunque no sabía si era para empujarlo o para acercarlo más a mí. Tenía demasiados pensamientos confusos en la cabeza. Quería aquello, pero no sabía qué era «aquello» exactamente. El día cerca de un parque con Roth había sido mi primer beso, y ni siquiera estaba segura de que contara como un beso de verdad. Ah, había sido bueno, muy bueno, pero ¿había sido a causa de la pasión? No me lo parecía. Si acaso, me había besado simplemente para demostrar que podía hacerlo.

Pero ahora iba a besarme de verdad. Lo sabía hasta en los huesos.

Moví mis manos temblorosas hasta sus hombros. No empujé demasiado, pero Roth me liberó de inmediato, y los músculos de sus brazos se abultaron mientras respiraba de forma entrecortada.

—¿Qué?

Su voz era profunda e infinita.

Con el corazón latiéndome con fuerza, aparté las manos y las crucé por delante del pecho. Mi camiseta estaba levantada, y nuestras piernas seguían enredadas. Sus ojos... parecían emitir un resplandor dorado.

—Creo... No sé si esto es buena idea.

Roth se quedó muy quieto durante un momento, y a continuación asintió con la cabeza. Me mordí el labio mientras se tumbaba de costado. Esperaba que se levantara o se enfadara porque hubiera echado el freno antes de que pasara algo. Maldita sea, una gran parte de mí misma estaba enfadada. ¿Por qué lo había parado?

—Lo siento —susurré mientras me sentaba y tiraba de mi camiseta—. Es solo que nunca he...

—No pasa nada. —La cama se hundió cuando Roth me envolvió entre sus brazos y volvió a bajarme a la cama. Se estiró y me mantuvo presionada junto a su costado—. No pasa nada, de verdad.

El gato blanco y negro saltó al borde de la cama y se frotó contra el pie de Roth, y después contra el mío, atrayendo nuestra atención. La distracción fue algo bueno, porque me sentía como si hubieran soltado un enjambre de mariposas en mi

estómago.

El gato blanco y negro se quedó inmóvil y me miró con unos brillantes ojos azules. Esperé a que me mordiera el pie o me clavara las garras en la piel, pero entonces pareció aburrirse de mí. Se enroscó en una bolita a los pies de la cama, y los otros dos gatitos se apresuraron a unirse a él.

Transcurrieron unos momentos de silencio mientras trataba de poner mi corazón bajo control y de entender el sentido de todos los grados de decepción y alivio que sentía. Entonces Roth comenzó a hablar de cosas corrientes y mundanas, como las series de televisión que se había perdido mientras estaba abajo.

—No tenemos televisión por cable allí abajo —dijo—. Tan solo televisión por satélite, y en cuanto alguien lanza una bola de fuego, que es cada cinco malditos minutos más o menos, se apaga.

Me contó cómo él y Cayman habían acabado siendo amigos. Al parecer, Cayman vigilaba el portal y el edificio de apartamentos. Había tratado de ligar con Roth, y él acabó consiguiendo un *loft* encima del bar tras explicarle que le gustaban las chicas. No sabía muy bien cómo había funcionado aquello, pero ni siquiera se lo pregunté.

Y entonces me habló de su madre.

—¿Tienes madre? —pregunté, riéndome, porque me parecía extraño. Todavía seguía imaginándolo saliendo de un huevo, completamente crecido.

—Sí, tengo madre y padre. Sabes cómo se hacen los bebés, ¿verdad?

Casi me entraron ganas de demostrarle que sabía exactamente cómo se hacían los bebés.

—¿Cómo se llama?

—Ah, tiene muchos nombres, y ha estado por aquí desde hace mucho mucho tiempo. —Fruncí el ceño. ¿Por qué me resultaba eso familiar?—. Pero yo la llamo «Lucy» —añadió.

—¿No la llamas «mamá»?

—Ni de coña. Si alguna vez conoces a esa mujer, y créeme, jamás querrías conocerla, comprenderás por qué. Es muy... de la vieja escuela. Y controladora.

—¿Como Abbot?

Estaba demasiado bien donde estaba como para moverme y quitarme el pelo de la cara. Traté de hacerlo soplando, pero no funcionó.

—Sí, como Abbot. —Me apartó el pelo hacia atrás, y sus dedos se quedaron unos instantes sobre mi mejilla—. Pero creo que a Abbot le importas de verdad.

Fruncí el ceño contra su pecho.

—Si me quisiera, no me habría mentado.

—Te miente para protegerte. —Un suave suspiro lo hizo estremecer—. Eso es diferente.

Una parte de mí quería preguntar por qué estaba de parte de Abbot tan de repente, pero lo dejé correr.

—¿Cómo es tu madre?

Roth inclinó mi cabeza hacia arriba, y su pulgar me recorrió el labio inferior.

—Es... muy suya.

Permanecimos en silencio durante unos cuantos minutos.

—Tengo que volver pronto.

—¿El Rocosó va a recogerte en el instituto?

—Ya no es seguro que Morris siga recogíendome. —No sabía por qué, pero me sentía como si necesitara darle una razón; una razón válida—. Así que sí, Zayne va a recogerme.

Su brazo se tensó alrededor de mi cintura.

—A lo mejor debería presentarme.

—No creo que sea una buena idea.

Me dirigió una sonrisita.

—Creo que es una idea magnífica.

Me desenredé de él, me senté y me alisé la camiseta. Una fracción de segundo después, la mano de Roth estaba junto a mi mejilla. Ni siquiera lo había visto moverse.

—Estás muy guapa así... con las mejillas sonrojadas y los ojos tan abiertos.

Mi corazón hizo una especie de bailecito estúpido.

—Piropearme para que te presente a Zayne no va a funcionar.

Bajó la mano y se apartó.

—Mierda. Necesito un nuevo plan.

Me levanté de la cama y me alejé de ella.

—De verdad que tenemos que irnos.

Roth soltó un suspiro fuerte y profundo, y después se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza. Tenía los pantalones muy caídos, mostrando más de la cola del dragón y de las hendiduras del ancho de un dedo junto a sus caderas.

Me pilló mirándolo.

—¿Ves algo que te guste?

Le lancé una mirada inexpresiva, y después, bueno, nos miramos el uno al otro incómodamente. Todo había cambiado entre nosotros, aunque no podía señalar el momento exacto en el que había sucedido, ni estar segura de lo que significaba realmente. Pero más tarde, mientras fingía salir del instituto y me dirigía hacia el Impala de Zayne, me di cuenta de dos cosas.

Los extraños espasmos que notaba en el pecho cada vez que pensaba en Roth probablemente no fueran a desaparecer en breve. Y la verdadera razón para ir al *loft* de Roth había desaparecido en el momento en que sus labios habían tocado los míos tan delicadamente. Si continuábamos de ese modo, estábamos bien jodidos.

\* \* \*

Las cosas fueron más o menos normales durante la siguiente semana, si es que

«normal» significaba tener a un demonio en clase y pasar el tiempo libre del que disponía tratando de averiguar dónde podía ocultarse un libro demoníaco. Tanto Roth como yo o bien estábamos pasando por alto lo obvio, o bien no éramos las estrellas más brillantes del cielo, porque siempre acabábamos con las manos vacías.

Aparte de todo el problema demoníaco, era bueno que Zayne me llevara y me recogiera del instituto. Nadie había encontrado a Elijah y a los miembros de su clan ni había oído nada de ellos. No habían vuelto a su distrito, y Zayne creía que seguían estando en algún lugar cerca de la ciudad. En el fondo sabía que el asunto de Elijah no había terminado todavía, pero ese no era el mayor problema. Con cada día que pasaba, me sentía como si nos estuviéramos quedando sin tiempo. No pasaría demasiado antes de que apareciera otro demonio. Miraba constantemente por encima del hombro.

El jueves, a la hora de la comida, Sam abrió un periódico delante de mí. El titular ponía: «GUARDIANES: ¿DEBERÍAN QUEDARSE O DEBERÍAN MARCHARSE? La Iglesia de los Hijos de Dios interviene».

Tomé el periódico con un suspiro de repugnancia y examiné la página. De vez en cuando, la Iglesia de los Hijos de Dios hacía alguna campaña en contra de los Guardianes, y después aparecían en los titulares. Llevaban haciéndolo desde que el público había descubierto la existencia de los Guardianes.

Roth prácticamente irradiaba alegría mientras miraba por encima de mi hombro. Había estado comiendo con nosotros cuando no nos marchábamos para investigar un poco sobre lo que había querido decir el vidente o quién era el demonio.

—Tendrían que empezar a conceder entrevistas —dijo Sam—. Si no, idiotas como estos van a conseguir que los crucifiquen y los quemem.

—¿Qué hay de malo en una buena hoguera? —preguntó Roth, y me dio un golpecito en la rodilla por debajo de la mesa. Le pegué un puñetazo en la pierna.

Sam estiró el brazo por encima de la mesa y me quitó un puñado de patatas.

—¿Has leído esa mierda?

—No le he prestado mucha atención —dije, y dejé el periódico sobre la mesa.

Stacey se inclinó para mirar el periódico entre nosotras.

—¿Qué coño...? Dice, y cito, que «los Guardianes se asemejan a las mismas criaturas que fueron desterradas del Cielo y enviadas al Infierno. Son pecadores que se disfrazan de santos». Vale. ¿Qué droga se mete esta gente y dónde puedo conseguirla?

—Mira. —Roth señaló el tercer párrafo mientras me rodeaba la cintura con el brazo. Nos tocábamos tanto que la mitad del instituto pensaba que Roth y yo estábamos juntos. Yo no estaba segura de lo que éramos. No habíamos hablado de etiquetas—. La Iglesia dice que los Guardianes son una señal del apocalipsis. Qué bonito.

Sam resopló.

—Voy a cabrearme mucho si hay un apocalipsis y no veo ni un solo zombi.



Roth abrió la boca mientras me quitaba el brazo de la cintura, pero lo corté antes de que hablara.

—Los fanáticos están locos.

Sam le echó un vistazo a Stacey.

—¿Vas a comerte esas patatas?

—¿Desde cuándo preguntas antes de servirte? —Le agarré la mano a Roth, que estaba subiéndola por mi pierna—. A mí me las quitas y ya está.

Las mejillas de Sam se sonrosaron.

—¿Sabíais que una persona media quema doscientas calorías durante treinta minutos de sexo? —El rosa se convirtió en rojo mientras sus ojos se ensanchaban detrás de las gafas—. No sé por qué he dicho eso.

Traté de ahogar mi risita con la mano, pero fracasé. Stacey se quedó totalmente boquiabierta, y Roth levantó las cejas.

—¿Estás teniendo pensamientos impuros, tío?

Sam murmuró algo, y después se aclaró la garganta.

—En fin, ¿sabíais que los plátanos son radiactivos?

—Vaya. —Stacey negó con la cabeza, pero estaba sonriendo—. Estás lleno de conocimientos absurdos.

—Sí, eso del plátano es muy... —Me puse erguida de golpe, con la columna rígida. Roth me dirigió una mirada de extrañeza, pero la ignoré. Era cierto que Sam era una fuente de conocimientos absurdos. ¿Cómo no había pensado en ello antes? La emoción me atravesó como una flecha—. Oye, la otra mañana oí un acertijo en la radio, y llevo dándole vueltas desde entonces.

Los ojos de Sam brillaron con interés.

—Dispara.

—Vale. Creo que hacía referencia a algún lugar de la ciudad, un sitio donde se dibuja un monolito. —Prácticamente estaba botando en mi asiento cuando Roth comprendió a qué me refería—. ¿Alguna idea de lo que podría ser?

Sam me miró durante un momento y después se rio, golpeando la mesa blanca con la mano.

—¿Lo dices en serio?

No comprendía qué era tan gracioso.

—Sí, lo digo en serio.

Roth tomó un tenedor de plástico.

—Supongo que sabe de qué lugar se trata.

—¡Pues claro! ¿Cómo podéis no saberlo? Es muy obvio. Tan solo un... —Sam dejó de hablar al darse cuenta de que Roth estaba a punto de convertir el tenedor en un proyectil—. Vale, quizá no sea tan obvio.

—Sam —dije, impacientándome.

Se subió las gafas por la nariz.

—Mirad, el acertijo está expresado de forma ambigua para confundir a la gente.

Así que la clave está claramente en descifrar significados más comunes para algunas de las pistas. Por ejemplo, ¿qué podría ser un monolito? Un obelisco. ¿Y qué podría significar lo de dibujarse? Reflejarse. Así que lo que os están pidiendo realmente es que encontréis un lugar donde se refleja un obelisco. Y todos sabemos qué lugar es ese.

—Tío —dijo Stacey, mirándolo malhumorada—. No todos.

Sam suspiró.

—¿Es que tengo que dároslo todo masticado? Es el Monumento a Washington. Y su reflejo está en el estanque. ¿Veis? Es bastante obvio, ¿verdad?

—Obviamente, no —murmuró Roth.

Me entraron ganas de abrazar a Sam.

—¡Eres genial! Muchas gracias.

—Soy genial —dijo con una sonrisa—. Lo sé.

Eché un vistazo a Roth y tomé mi bandeja.

—Bueno, chicos, ¿nos vemos en Inglés?

—Claro —murmuró Stacey, todavía mirando fijamente a Sam.

Apostaría veinte dólares a que estaba pensando otra vez en quemar doscientas calorías. Roth y yo tiramos los restos de la comida y nos escapamos por nuestra escalera junto al antiguo gimnasio. Los pasamanos oxidados tenían la pintura descascarillada.

—Esperaba que quisieras probar eso de las doscientas calorías.

Le dirigí una mirada vacía.

—No, Roth. Buen intento.

—Bueno, un demonio puede tener esperanzas, ¿verdad?

—Ya sabemos dónde se encuentra la *Llave Menor*. —Me aparté el pelo hacia atrás—. Dios, no puedo creer que no lo adivináramos nosotros. ¿Hola? ¡Son buenas noticias!

—Lo sé. —Atrapó el mechón de pelo con el que estaba jugando y se lo enroscó en el dedo—. Pero todavía sigo atascado en esa idea de las doscientas calorías.

Le aparté la mano de un golpe.

—¡Roth!

—Vale. Vale. —Volvió a tomar el mechón de pelo salvaje—. Quién iba a saber que toda esa información inútil que tiene Sam en la cabeza realmente sería... útil.

—Lo sé. —Me reí—. Ahora solo necesitamos una luna llena.

—Estamos de suerte. Hay una el sábado por la noche.

Hice una mueca.

—¿Cómo diantres es posible que sepas eso?

Roth tiró de mí hacia él.

—Los demonios y las lunas llenas somos como guisantes y zanahorias.

Puse las manos en su pecho para mantener algo de espacio libre entre nosotros.

—Esa es la mayor estupidez que he oído nunca.

Sonrió.

—¿Sabes qué es lo mejor?

Solo Dios sabía lo que iba a salir de su boca a continuación. Levanté los ojos y los fijé en los suyos.

—¿Qué?

—¿Hum? —Se acercó a mí, y yo me aparté un poco—. ¿Recuerdas aquello de lo que estabas tratando de convencerme el otro día, en mi casa?

Mi espalda golpeó el viejo muro de cemento.

—¿Lo de que no eras solo otro Roth?

Él me soltó el pelo, y después puso las puntas de los dedos en mi barbilla. Una chispa de electricidad descendió hasta mis pies. Eché la cabeza hacia atrás, y él me miró con una sonrisa traviesa.

—Cuando te dije que no era un chico de verdad.

—Sí.

Su sonrisa se intensificó mientras se inclinaba hacia delante. Traté de cerrar las piernas, pero su muslo se deslizó entre los míos.

—Creo que sin duda me estoy convirtiendo en un chico de verdad.

Oh, Dios santo...

La campana sonó, señalando el final de la hora de la comida. Sonaba muy lejana.

—Roth...

—¿Qué?

Bajó la cabeza, frotando la nariz contra la mía. Sus labios flotaban a solo unos centímetros de mi boca. Una serie de descargas atravesaban mi cuerpo, friendo mis sentidos. Bajó la cabeza y me rozó con los labios el pómulo y el lóbulo de la oreja. Me dio un mordisquito, atrapando la piel sensible. Solté un gemido, y mis dedos se enroscaron en la parte delantera de su camiseta.

Roth me soltó y dio un paso hacia atrás.

—Deja de distraerme.

Lo miré boquiabierto.

—¿Qué? Yo no estoy haciendo nada. Eres tú quien...

—Es que eres demasiado irresistible. —Su sonrisa aumentó un poco—. Pero volvamos a las cosas importantes.

Sentí la tentación de pegarle, pero crucé los brazos.

—Sí, volvamos a las cosas importantes.

—Puedo ir a por la *Llave* el sábado.

—Yo voy contigo —declaré.

Roth suspiró.

—Sabía que ibas a decir eso, pero hay un problemilla con el hecho de que quieras hacerlo. ¿Cómo vas a salir del fuerte de los Guardianes en mitad de la noche?

—Puedo escaparme. —Me dirigió una mirada suspicaz, y solté un gruñido—. Vale, probablemente no pueda escaparme, pero podría intentar que me dejaran

quedarme a dormir en casa de Stacey.

—¿Y de verdad van a dejarte?

—No lo sé. —Me reajusté la correa de la mochila—. Pero al menos quiero intentarlo.

Roth soltó aire sonoramente.

—Vale. Inténtalo. Mándame un mensaje y avísame cuando te digan algo. —Inclinó la cabeza y abrió la puerta—. ¿Crees que puedes ir caminando a clase, o tienes las rodillas demasiado débiles?

Entrecerré los ojos y pasé junto a él, rozándolo.

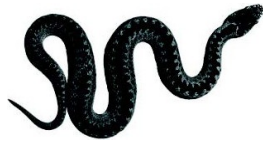
—No tengo las rodillas débiles. Y tú tienes un ego enorme.

—Eso no es lo único que tengo enor...

—¡Cállate! Demasiada información, Roth. Demasiada información. —Levanté una mano—. Ya te avisaré.

Roth se internó entre la marea de estudiantes mientras yo me dirigía hacia el aula. Había mentido. Tenía las piernas muy débiles.

## Capítulo diecinueve



Pasé por décima vez por delante del estudio cerrado de Abbot. Haría falta un pequeño milagro para conseguir que me dejara quedarme en casa de Stacey el sábado por la noche. Aunque no había habido ningún ataque demoníaco desde el de los Mortificadores, y los Guardianes ni siquiera sabían que eso había sucedido, dudaba seriamente que fuera a permitírmelo.

Pero tenía que intentarlo.

Zayne dobló una esquina y se detuvo cuando me vio. Acababa de terminar de entrenar, y su camiseta gris estaba húmeda y pegada a su estrecha cintura. Sonrió.

—¿Qué estás haciendo, bichito?

—Estoy esperando a que Abbot termine de hablar con Nicolai y Geoff. —Eché un vistazo a la puerta de roble, deseando que se abriera. Al ver que no pasaba nada, me dejé caer en el peldaño inferior—. Están tardando una eternidad.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí dentro?

—Desde que terminó la cena. —Me aparté a un lado para hacer hueco a su enorme cuerpo—. Tu padre ha tenido muchas reuniones a puerta cerrada últimamente.

Zayne se sentó y puso los codos sobre las rodillas dobladas.

—Sí.

—¿No sabes nada al respecto?

Lo miré.

—No. —Se rio entre dientes—. Mi padre tiene algo entre manos, pero no sé de qué se trata. —Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Esperaba que lo que quisiera que tuviera su padre entre manos no tuviera nada que ver conmigo—. ¿Estás bien? —me preguntó, y me dio un golpecito en la pierna con la suya.

—Estupendamente. —Sonreí, me aparté el pelo de la cara y lo retorcí por encima del hombro—. ¿Y tú?

Frunció el ceño.

—Estoy bien.

Lo miré a los ojos durante un momento, y después asentí con la cabeza y volví a concentrarme en la puerta de su padre. Desde el ataque de Petr, las cosas habían sido diferentes entre Zayne y yo. Parecía estar siempre vigilándome, esperando la inevitable crisis histérica... o que se me fuera la pinza y comenzara a absorber almas a puñados. Quizás eso no fuera justo. Zayne tan solo estaba preocupado.

—Estás distinta.

El estómago me dio un vuelco ante el comentario inesperado.

—¿Eh?

Zayne inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es solo que me parece que estás distinta.

Los fríos nudos se tensaron, y me sentí como si alguien me hubiera rodeado el pecho con una cuerda.

—¿Qué quieres decir?

—Es difícil de explicar. —Volvió a reírse, y sonó inseguro—. No sé de qué se trata exactamente. —Su mano fue hasta el puñado de pelo que tenía sobre el hombro, pero no tiró de él ni entrelazó los dedos en los mechones, como haría normalmente. Recorrió mi pelo con los dedos, tanteándolo, y yo me quedé muy quieta—. A lo mejor soy solo yo.

Unas imágenes repentinas de Roth se me pasaron por la mente; del beso en el parque y de todos aquellos casi besos que había habido después. Porque, además de los secretos que había estado guardando, lo único que había distinto en mí era que ya... ya me habían besado. Pero no podía ser eso. No había forma de que Zayne lo supiera. No lo llevaba escrito en la frente.

Oh, Dios santo, ¿y si de algún modo sabía algo? Zayne siempre parecía saberlo todo.

Negué con la cabeza, lo cual hizo que su mano cayera hasta mi hombro.

—Sigo siendo la misma tonta...

—No eres tonta —me cortó. Su mano se curvó sobre mi hombro—. Nunca has sido tonta.

Sonreí, tratando de aligerar el ambiente.

—Bueno, en realidad sí que soy un poco tonta, porque...

—Para. —Zayne negó con la cabeza—. Odio que digas esa clase de cosas. Y lo que odio más todavía es que las creas realmente.

Abrí la boca para responder, pero mi negación se marchitó como una flor seca. Había demasiadas cosas que hacían que Zayne fuera diferente de mí, y a veces parecía que fuéramos totalmente opuestos. Las inseguridades resurgieron como viejos amigos que no quería ver. Yo no era como Zayne. Jamás podría ser como él, sin importar lo mucho que lo intentara. Izzy y Drake podían cambiar de forma con dos años, y allí estaba yo, con diecisiete, y no podía hacerlo. Aparté la mirada e hice una lista mental de mis fallos más grande que la torre Eiffel.

Lo extraño era que, cuando estaba con Roth, no iba por ese camino tan perturbador.

Zayne murmuró algo, y después me pasó el brazo por los hombros caídos. Me acercó a él, poniéndome contra un costado, y dejó descansar la barbilla sobre mi cabeza. Cerré los ojos, inhalando su fresco aroma a menta. Permanecimos así hasta que oí unos pasos pesados que se acercaban a la puerta cerrada.

Me aparté de Zayne, ignoré el escalofrío repentino que me bajó por el cuerpo y

me puse en pie. Nicolai y Geoff salieron primero, y me guiñaron un ojo mientras se dirigían hacia las puertas bajo la escalera que conducían a los niveles subterráneos.

Abbot nos miró a su hijo y a mí.

—Supongo que alguno, o los dos, me estabais esperando.

—Yo. —Di un paso hacia delante y retorcí los dedos por detrás de la espalda, más nerviosa que un pavo en Navidad—. Quería pedirte un favor. —Abbot cruzó los brazos—. Bueno, en realidad no es un favor. Es más bien una petición. —Una calidez se derramó por mis mejillas. Había algo en ese hombre que siempre me convertía en una idiota balbuceante. Miré por encima del hombro y vi que Zayne escuchaba con interés desde donde estaba, reclinado en los escalones. Suspiré—. Tenemos un examen muy importante de Biología el lunes. —Mentira—. Y como no ha habido ningún ataque de demonios últimamente... —Mentira—. Esperaba poder pasar la noche del sábado en casa de Stacey para estudiar.

Mentira. Mentira. Mentira.

Zayne intervino antes de que Abbot pudiera responder siquiera.

—No ha habido ningún ataque porque no has estado en ningún sitio donde pudieran encontrarte.

Bueno...

Le lancé una mirada que decía claramente «cállate o muere».

—Si Zayne me lleva hasta su casa y me deja allí, podría examinar el barrio y...

—Ah, espera un momento. —Zayne se puso en pie en una fracción de segundo—. No me metas en esta locura. Ni de broma vas a pasar la noche fuera después de todo lo que ha ocurrido.

Fruncí el ceño.

—No me había dado cuenta de que estuviera pidiéndote permiso.

Me devolvió la mirada fulminante.

—Ni siquiera deberías estar sugiriendo algo parecido ahora mismo.

Respiré hondo y volví a girarme hacia Abbot.

—Por favor. De verdad que necesito estudiar, y...

—Yo puedo ayudarte a estudiar —dijo Zayne, plantando las manos sobre las caderas.

—No, no puedes. Tú no estás en mi clase.

Él inclinó la cabeza.

—Pero he dado Biología, y probablemente fuera mucho más difícil que lo que estás estudiando en el instituto.

Imité su postura.

—Bueno, gracias por informarme, pero tengo que estudiar lo que me enseña el pobre instituto público con Stacey. —Puse mi mejor mirada de cachorrito, y estaba a unos segundos de suplicar—. Prometo que en el momento en que algo parezca turbio o sospechoso, llamaré al clan entero. No voy a...

—¿No te preocupa en absoluto poner a tu amiga en peligro? —preguntó Zayne y,

maldito fuera, me entraron ganas de saltarle a la espalda—. Layla, sé razonable.

—¿Por qué no eres razonable tú? ¡No puedo quedarme en casa eternamente y salir solo para ir al instituto! ¿Quieres que suspenda? —Sí, aquello era un poco ruin, pero estaba desesperada—. Porque voy a suspender si no estudio.

—Nadie quiere que suspendas —dijo Abbot con un suspiro. Se pellizcó el puente de la nariz, un gesto que hacía siempre que Zayne y yo nos enzarzábamos en discusiones absurdas delante de él, pero había cierta astucia en su mirada—. No creo que ir a casa de tu amiga el sábado sea tan mala idea.

—¿En serio? —chillé.

—¿Qué? —gritó Zayne, más o menos al mismo tiempo.

Abbot miró a su hijo con el ceño fruncido.

—Sí. Creo que no ocurrirá nada. Necesitas estudiar, y probablemente te gustaría pasar algo de tiempo a solas con tu amiga. —Su mirada se agudizó—. Sobre todo después de todo lo que ha sucedido.

La sorpresa recorrió todo mi cuerpo; era como si los alienígenas hubieran abducido a Abbot. Aquello había sido demasiado fácil, pero sabía que a caballo regalado no se le mira el diente.

—Gracias —dije con rapidez, y me contuve para no correr hacia él y darle un abrazo.

—Yo no creo que esto sea una buena idea —señaló Zayne, con la voz grave por el aturdimiento.

—Bueno, pues yo pienso que sería una buena idea que la llevaras a casa de Stacey y la recogieras después, dado que eres tan protector en lo que a Layla se refiere —replicó Abbot, y se quitó un hilo de los pantalones—. Si pasara algo, Layla sabe que tiene que contactar con nosotros de inmediato.

Asentí con la cabeza de forma entusiasta, pero lo cierto era que una gran parte de mí se sentía mal por mentir, especialmente teniendo en cuenta que el rostro de Zayne emanaba preocupación mientras golpeaba la espalda contra la pared color crema. Mi único consuelo era el hecho de que estaba mintiendo por un bien mayor. Aquello tenía que compensarlo.

Abbot nos dejó en el pasillo, y me giré para apresurarme a salir. Zayne me agarró el brazo antes de que pudiera llegar al primer escalón.

—Sigo pensando que esto es una muy mala idea —dijo.

—Estaré bien. Te lo prometo.

—Esto no me gusta.

—Pero tú vas a llevarme y recogerme. —Me liberé de él—. Y te asegurarás de que todo marcha bien.

Zayne entrecerró los ojos.

—Estás tramando algo.

El estómago me dio un vuelco mientras subía un escalón.

—Ojalá estuviera tramando algo. Mi vida no es tan emocionante.



—Ah, ¿no? —Subió el escalón inferior y se alzó como una torre por encima de mí—. ¿Alguna vez ha estudiado Stacey realmente para un examen?

Maldición. Todas las veces que le había contado historias sobre Stacey y el instituto habían vuelto para atormentarme, pero me mantuve firme.

—Bueno, por eso voy a estudiar con ella. Al ayudarla a ella, me ayudaré a mí.

Zayne resopló.

—Eres una mentirosa.

—¡No lo soy! —Le di un golpe en el pecho—. ¿Qué otra cosa que estudiar con Stacey podría estar haciendo? No es como si fueran a invitarme a una fiesta. —Jugar con la compasión de Zayne era algo bastante miserable—. Y, evidentemente, no voy a escaparme para quedar con un tío.

—Layla...

—Tan solo voy a estudiar con Stacey. Eso es todo.

Una expresión de enfado apareció en su cara, como si ya supiera que se arrepentiría de lo que iba a decirme.

—Eres una cría.

Le dirigí una sonrisa y subí la escalera corriendo para mandarle un mensaje a Roth diciéndole que lo del sábado seguía en pie.

\* \* \*

A Stacey le parecía más que bien que la utilizara como excusa para «quedar con Roth», y después me sentí un poco mal. No porque estuviera utilizándola como coartada, sino porque estaba demasiado emocionada con la idea de que fuera a una «cita nocturna» con Roth. Aunque no era una cita, y realmente no pensaba que fuera a llevarme toda la noche, la idea de pasarla con Roth hizo que me entraran ganas de reír como una tonta y de que me salieran sarpullidos al mismo tiempo. A veces pensaba que a Stacey le emocionaba más la idea de que tuviera novio que a mí.

Cuando Zayne me dejó en casa de Stacey poco antes de las siete de la tarde del sábado, lo observé pasar un par de veces por delante de la casa desde la ventana de su salón. Tras la quinta, puse los ojos en blanco.

—¿Estás segura de que no sabe lo que estás haciendo? —preguntó Stacey, y se puso a su hermano contra la cadera. Su madre había salido con su novio, al parecer tenía una cita, y eso nos venía estupendamente—. ¿O es que está entrenando para ser un acosador?

—Tan solo está siendo sobreprotector. —Y muy muy molesto—. Pero creo que ya ha terminado.

Stacey arqueó una ceja mientras dejaba a su hermano sobre el sofá demasiado mullido.

—Entonces... ¿vas a llevar esa ropa?

Me aparté de la ventana, me giré y me eché un vistazo.

—¿Qué hay de malo en llevar vaqueros y un jersey?

—¿En serio? —Suspiró y tomó un elefante de juguete—. Si yo fuera tú, llevaría la mínima cantidad de ropa que fuera legal.

—Esto está bien. —No me parecía que llevar una falda y que se me salieran las tetas mientras íbamos a Dios sabía dónde para conseguir la *Llave* fuera algo bueno. Por supuesto, Roth probablemente pensaría que era genial—. Es mono.

—Es aburrido. —Agitó el juguete frente a la cara de su hermano, y él soltó una risita—. Muy muy aburrido.

¿Lo era? Me tiré del dobladillo del jersey, y después puse los ojos en blanco. Aburrido o no, daba igual. Caminé hasta donde había dejado mi mochila y saqué el móvil. En algún momento, Roth me lo había quitado y había reemplazado el nombre de Zayne por «Rocoso» y había guardado su propio número como «Bestia sexual». Menudo imbécil.

Sonreí.

Le mandé un mensaje rápido para decirle que estaba lista, y volví a girarme hacia Stacey. Tenía el juguete justo fuera del alcance del bebé, y finalmente se lo devolvió.

—La verdad es que me siento orgullosa de ti. Te estás escapando con un chico, como haría cualquier adolescente normal.

Hice una mueca.

—Solo tú te sentirías orgullosa por algo parecido.

Se acercó a mí y me alisó los lados del pelo. Mis ondas estaban hechas un desastre ese día.

—Es como un rito de iniciación. Prométeme que me llamarás por la mañana para contármelo todo. Quiero todos los detalles, y más te vale que haya un montón de detalles sexis.

—Voy a volver esta noche —dije, y le aparté las manos de un golpe.

—Seguro que sí —dijo. Un claxon sonó en el exterior del edificio, y Stacey abrió mucho los ojos. Me levantó el dobladillo del jersey para mostrar una pequeña parte de mi vientre, y después me empujó en dirección a la puerta. Iba a dejar la mochila ahí, con ella: no iba a estudiar en absoluto—. No te esperaré despierta.

Me guiñó un ojo mientras abría la puerta. El Porsche plateado de Roth ronroneaba junto a la acera. Cuando la ventana tintada bajó y Roth apareció, Stacey lo saludó con la mano.

—Ahora vete. Haz que mamá se sienta orgullosa.

—¿Orgullosa cómo?

Stacey arqueó una ceja.

—Utiliza la imaginación. Simplemente recuerda que uno solo puede ser joven e imprudente una vez. Y ese es un buen espécimen con quien ser joven e imprudente.

—Eres una perversa.

Le di un abrazo rápido y me marché antes de que empezara a decirle también a Roth que la hiciera sentir orgullosa.

Me apresuré a bajar los escalones delanteros, me detuve en la acera y me aseguré de que no sentía la presencia de ningún Guardián. Como no la sentía, solté un suspiro de alivio. Lo último que necesitaba era que Zayne decidiera ir a ver cómo estaba en ese momento.

Roth sonrió mientras entraba por el lado del copiloto.

—¿Por qué tienes la cara tan roja?

A veces odiaba a Stacey.

—Por nada —murmuré—. ¿Adónde vamos a ir?

Para que pareciera que Roth y yo realmente teníamos una cita, habíamos quedado pronto; aún faltaban varias horas para que la luna saliera y pudiéramos comprobar el reflejo en el estanque.

—Había pensado que podíamos ir a cenar algo y luego volver a mi casa. Así podríamos matar un par de horas.

Me aferré a los bordes del asiento de cuero y asentí con la cabeza mientras mi estómago se retorció. Acabamos en Chan, a un par de manzanas del apartamento de Roth. Vi a unos cuantos Esbirros, e incluso a un Impostor. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no marcar al Impostor. Hacerlo atraería la atención sobre mí tanto de los demonios como de los Guardianes.

Una vez de nuevo en el *loft* de Roth, este guardó las cajitas de arroz sobrante en el frigorífico y después se quitó los zapatos. No sabía muy bien qué hacer, así que me senté en el borde de la cama. Los gatitos estaban apiñados en una bolita encima del piano.

Roth se reclinó contra la pared, con una sonrisita en la cara.

—Estás nerviosa.

—No, no lo estoy.

Se rio.

—Puedo oler tu nerviosismo, Layla. No puedes mentir sobre ello.

Pues vaya. Me llevé las rodillas al pecho y rodeé mis piernas con los brazos.

—¿Tú no estás nervioso? ¿Qué pasa si la *Llave* no está ahí? ¿Qué pasa si está, pero están custodiándola? Dudo que podamos entrar, sacar el libro y ya está.

—No estaba hablando de eso. —Se apartó de la pared y caminó hasta donde me había sentado. Se acomodó junto a mí y puso las manos en cada lado de mis pies desnudos—. Pero, para responder a tu pregunta, no, no estoy nervioso. Da igual lo que nos echen encima, seré capaz de ocuparme de ello.

—Vaya, sí que eres especial. Qué arrogante, ¿no?

—Soy muy especial, pero eso ya lo sabes. —Se inclinó hacia delante y colocó la barbilla sobre una de mis rodillas—. Te sientes nerviosa porque estás aquí conmigo.

Teniéndolo tan cerca era difícil pensar en una buena mentira.

—Me pones nerviosa.

Esa sonrisa suya se extendió lentamente por sus gruesos labios mientras se incorporaba, dejando poco espacio entre nuestras bocas.

—Deberías estar nerviosa.

—Eso es muy reconfortante.

Quería reclinar me hacia atrás, pero me mantuve donde estaba.

Roth rio entre dientes, y después se puso en pie. Fue hasta las estanterías, sacó un DVD y después me miró por encima del hombro.

—¿Vemos una película?

Asentí con la cabeza, aturdida.

Tras poner la película, Roth se sentó en la cama junto a mí y se estiró como un gato perezoso tomando el sol. Cuando llevábamos como un minuto de película, la reconocí.

—¿*El abogado del diablo*? —Me dirigió una sonrisita—. Buena elección.

Suspiré y sacudí la cabeza.

—Tú ponte a verla y disfruta.

Por mucho que lo intentara, apenas podía concentrarme en la película. Entre mirar el reloj que había junto a la cama y tratar de ignorar a Roth, estaba muy ocupada. Mi cerebro no dejaba de recordar lo que había dicho Stacey. No es que hubiera sido de mucha ayuda, pero sí que tenía algo de razón: solo podía ser joven e imprudente una vez.

Y había muy pocas opciones entre las que elegir con quién iba a ser joven e imprudente.

Le lancé una mirada furtiva a Roth, y mis ojos se quedaron fijos en esas pestañas imposiblemente largas. Tenía los ojos entrecerrados en unas estrechas rendijas, y las pestañas rozaban la piel de los pómulos. La ancha extensión de sus mejillas suaves me rogaba que las tocara. Tenía los labios ligeramente separados. Un leve resplandor se reflejaba en el *piercing* de su lengua. Cerré los ojos al recordar la suave frialdad del *piercing*.

La verdad es que sí que era un buen espécimen.

Una tensa maraña de nervios se retorció en mi estómago, y mi ritmo cardíaco se incrementó. Sin tener ni idea de lo que estaba pensando ni de lo que estaba a punto de hacer, me fui tumbando poco a poco hasta quedar de costado junto a Roth. Había algo de espacio entre nosotros, pero notaba un hormigueo por todo el cuerpo, como si nos estuviéramos tocando.

Abrí los ojos y me concentré en el televisor. Keanu acababa de comprar un apartamento nuevo en Nueva York, y las cosas estaban a punto de liarse muy rápido. Mi habilidad para prestar atención a la película duró cosa de un minuto, y dio paso a un agudo anhelo que crecía en mi interior.

Me acerqué un poco a Roth, de modo que mi muslo tocara el suyo. Había estado respirando con normalidad hasta ese momento, pero ahora parecía haber dejado de respirar por completo. Alzó una ceja oscura.

Seguía sin saber realmente qué estaba haciendo, ni por qué. ¿Era porque simplemente quería ser como una adolescente normal por una vez? ¿Ser joven e

imprudente? ¿O estaba buscando una forma de olvidar lo que estábamos a punto de hacer, y el futuro tan incierto que me esperaba?

¿O se trataba sencillamente de que deseaba a Roth?

En cuanto esa pregunta apareció en mis pensamientos, ya no hubo forma de negar la verdad que se escondía tras ella. Un escalofrío comenzó en mitad de mi espalda y se extendió hasta mis brazos y piernas. No era solo que quisiera besarlo. Había algo en Roth que conectaba conmigo, con todo mi ser. Algo que no estaba segura de haber sentido antes.

Mi mano se movió antes de que supiera lo que estaba haciendo. La puse sobre su estómago, justo debajo de su pecho. Me quedé inmóvil. Roth estaba inmóvil. Los dos teníamos los ojos fijos en la película, pero sabía que él estaba como yo en ese momento, sin prestar atención realmente.

—Layla... —El gruñido grave en su voz me provocó escalofríos. Comencé a apartar la mano, pero él me la atrapó de forma firme y al mismo tiempo suave—. ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

El aire se me quedó atascado en la garganta y no pude responder, no pude explicar con palabras lo que estaba haciendo, lo que deseaba hacer. Roth produjo otro sonido profundo, y después se movió a la velocidad del rayo. Un latido más tarde, me encontré tumbada boca arriba con él encima de mí, y sus músculos se flexionaron bajo la camiseta que llevaba mientras me sostenía con los brazos.

Sus ojos se quedaron fijos en los míos, y eran como dos trozos de cuarzo. Estaba leyendo algo en mi mirada. Tenía que estar haciéndolo, porque un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Soy un demonio, Layla. Lo que veo en tus ojos y lo que siento en tu cuerpo es algo que voy a tomar; no te equivoques. Te daré una oportunidad. Cierra los ojos y lo dejaré correr. —Me sentía débil bajo su mirada abrasadora, pero no cerré los ojos—. Layla.

Pronunciaba mi nombre como si le doliera.

Y entonces me besó. No fue como la primera vez en el parque. No fue como la otra vez en esa misma cama. Atrapó mis labios en un beso prolongado. Gemí al saborearlo por primera vez, dulce como el chocolate. Unos pequeños escalofríos de placer y pánico me atravesaron el cuerpo cuando profundicé el beso y sentí la frialdad del *piercing* de su lengua. Mi cuerpo cobró vida con una chispa; el corazón se me hinchó y me martilleó el pecho. La ráfaga de sensaciones que me recorría el cuerpo era enloquecedora, hermosa y terrorífica.

Enterré las manos en su pelo, sin sorprenderme en absoluto al descubrir que era suave al tacto. Roth me presionó hacia abajo y enganchó mi pierna alrededor de su cintura. Jadeé contra su boca. Su mano se deslizó bajo mi camiseta y sus dedos me recorrieron la piel, de modo que la sangre recorrió cada parte de mi cuerpo.

Quería tocarlo como él me estaba tocando. Roth gimió cuando me moví y le pasé las manos por debajo de la camiseta. Su estómago estaba duro, plano y abultado en

los lugares correctos. Se separó de mí el tiempo suficiente para quitarse la camiseta. Permaneció por encima de mí durante un momento, poderoso y fuerte. No era la primera vez que lo veía sin camiseta, pero me maravillé ante su belleza de todos modos. Incluso *Bambi*, que le cubría el brazo, y el dragón que subía por su estómago me parecían hermosos. Me pregunté qué pensaría él de mí, pero entonces estábamos besándonos otra vez mientras él me hacía tumbarme, me besaba la mejilla y después los párpados, y yo trataba de poner bajo control a mi corazón palpitante.

Entonces Roth me puso la mano en la cara, y nuestros labios apenas se tocaban una y otra vez. Me quitó el jersey tras un emocionante forcejeo. Hice bajar las puntas de los dedos por su pecho, hasta el botón de sus vaqueros. Él tenía lo mismo en la mente, porque se encontraba entre mis piernas, y yo estaba nadando en sensaciones puras. El placer y la inseguridad se alzaban juntos. No tenía ninguna experiencia en nada de aquello.

Durante un breve instante, Roth se quedó paralizado por encima de mí. Cerró los ojos con fuerza y echó la cabeza hacia atrás, en dirección al techo. No me había dado cuenta de que había estado ejerciendo alguna clase de control hasta que este se rompió.

Sus brazos se tensaron a mi alrededor y me aplastaron contra su pecho mientras sus caderas se movían con las mías. Estábamos piel con piel en algunas zonas, enredados juntos, y con cada aliento que tomábamos, el otro parecía inhalar. Nuestros pechos se alzaron, nuestros corazones latían con fuerza. Su piel era dura y suave bajo mis dedos, que la aferraban. Me sujetó las caderas, haciéndome subir y acercándonos aún más. Cuando volvió a besarme, fue de esa clase de beso profundo y abrasador que me empujaba hacia el borde de un precipicio. Estaba lista para saltar de cabeza, para sentir finalmente todo lo que siempre había creído que se me negaba.

Mis dedos se enterraron en la piel suave de sus bíceps mientras su mano libre me recorría el estómago, rodeando mi ombligo con los dedos y después descendiendo más, bajo la cinturilla de mis vaqueros. Cada músculo de mi cuerpo se tensó de una forma extraña. No era una forma mala, pero era intensa, demasiado e insuficiente al mismo tiempo.

—Roth, no... No sé...

—No importa —susurró contra la comisura de mis labios—. Esto es por ti. Sí, es totalmente por ti. —Parecía sorprendido por sus propias palabras, y cuando volvió a hablar, su voz sonó ronca mientras presionaba la frente contra la mía—. Me desarmas. No tienes ni idea de cómo me desarmas.

Antes de que pudiera procesar lo que quería decir con eso, su mano comenzó a moverse, su muñeca se retorció, y las células de mi cuerpo se tensaron a un nivel casi doloroso. No podía controlarlo. Mi cuerpo se movía por cuenta propia y mi espalda se arqueó. Una ráfaga de sensaciones me atacó de golpe. ¿Ese borde del precipicio en el que me encontraba? Caí al vacío mientras mis células parecían desperdigarse en todas direcciones. Roth aprovechó ese momento para besarme, y sus labios

silenciaron los sonidos por los que me avergonzaría más tarde.

Me abrazó durante todo el tiempo. Pasaron horas mientras volvía a recomponerme con lentitud. Tal vez fueron solo minutos, eso no importaba. El corazón me latía con fuerza. Me sentía gloriosa. Viva. Mejor que después de probar un alma.

Nuestros ojos se encontraron, y sonreí un poco. Algo se fracturó en su mirada mientras sus dedos me recorrían la mejilla.

—Lo que daría a cambio de...

Roth no terminó la frase, y mi cerebro estaba demasiado aturdido como para adivinar su significado. Presionó los labios contra mi frente rojiza y se tumbó boca arriba lentamente. Lo imité, aunque sin tanta gracilidad, y mi pierna acabó enredada con la suya.

Roth levantó una mano; su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Necesito un momento. —Abrí la boca, y después la cerré de golpe. Ruborizándome, comencé a alejarme, pero entonces su brazo me rodeó la cintura, manteniéndome inmovilizada—. Vale. A lo mejor necesito más de un momento.

Su voz sonaba tensa y fatigada, pastosa. Puede que tuviera poca experiencia, pero no era completamente ingenua.

—¿Por qué...? ¿Por qué has parado?

—No lo sé. —Soltó una risa corta—. De verdad que no lo sé, pero no pasa nada. Sí, estaré bien.

Cerré los ojos durante un momento y después me permití relajarme contra su costado, reconfortándome en el movimiento constante de su pecho. Sentí su mano suave sobre mi mejilla, apartándome el pelo por detrás de la oreja. El aliento se me entrecortó en la garganta, y cuando abrí los ojos estaba mirándome de una forma que no comprendía.

Incapaz de sostenerle la mirada, la mía bajó hasta su pecho y su estómago desnudos. Los detalles del dragón eran tan impresionantes como los de *Bambi*. Unas escamas iridiscentes verdes y azules relucían bajo la luz natural que se derramaba por la ventana, y su cuerpo ondeaba sobre su estómago duro. Cuando Roth respiraba, parecía que el dragón también lo hacía. Sus ojos eran iguales que los de Roth, un bonito tono dorado que brillaba por dentro.

—Si sigues mirándome de ese modo, voy a ponerme enfermo.

Me ruboricé y me apresuré a apartar la mirada, pero no la mantuve alejada mucho tiempo. Me incorporé sobre el codo, y necesité toda mi fuerza de voluntad para no tocarlo.

—Ese tatuaje... ¿también sale, como *Bambi*?

—Solo cuando estoy muy muy enfadado. —Roth levantó los brazos por encima de la cabeza y su espalda se arqueó, haciendo que el tatuaje del dragón se estirara con él—. E incluso entonces, no lo dejo salir salvo que no haya otra opción.

—¿Tiene nombre?

Roth arqueó una ceja.

—*Tambor*.

Me reí sonoramente.

—¿Qué te pasa con los nombres de Disney?

—Me gusta ese nombre. —Se sentó con rapidez y me besó por detrás del hombro, y a continuación volvió a tumbarse y me rodeó la cintura con el brazo. Su mano aterrizó sobre mi cadera con impresionante facilidad—. Puedes tocarlo si quieres.

Lo hice.

Seguí el contorno del ala, pensando que sería áspera, o al menos estaría levantada sobre la piel, pero era tan suave como el resto de su cuerpo. Recorrí la tripa del dragón, y bajé hasta el lugar donde su cola desaparecía, bajo la cintura de los vaqueros de Roth.

Respiró hondo.

—Vale, a lo mejor lo de tocarlo ha sido una mala idea.

Aparté la mano y le eché un vistazo. Estaba mirando al techo, con un músculo palpitando en su mandíbula.

—Lo siento.

Levantó la comisura de los labios.

—Me... me has sorprendido. Pensaba que irías de blanco.

—¿Qué? —Entonces lo comprendí: mi sujetador era rojo. Le di un golpe en el pecho—. No soy una princesa de la pureza, por todos los santos.

—No. Desde luego que no lo eres. —Se giró para ponerse de lado y me miró. Tenía una sonrisa divertida en los labios. De pronto parecía joven, y... completamente tranquilo—. En realidad, eres bastante salvaje.

Negué con la cabeza.

—Yo no estoy tan segura.

—No tienes ni idea.

Su voz sonaba áspera, y tiró de mí hacia abajo de modo que quedara medio tumbada sobre su pecho. Envolvió mi barbilla con los dedos y llevó mis labios hasta los suyos. La respuesta estaba en un beso profundo que me quemó a fuego lento e hizo que el corazón se me acelerara. Su mano se deslizó desde mi barbilla hasta mi nuca, y me abrazó contra él mientras sus besos me dejaban sin aliento y aturdida.

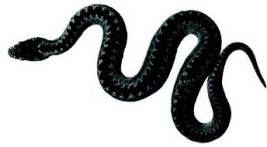
Entonces se levantó, y toda la pereza sensual desapareció de su hermoso rostro. El pulso se me aceleró, y un escalofrío descendió por mi columna vertebral.

Roth respiró hondo.

—Ya es la hora.



## Capítulo veinte



Salimos poco antes de la medianoche, y aparcamos a unas manzanas de distancia del monumento. Un Porsche como el de Roth atraería demasiado la atención, y estaba empezando a preocuparme que nos encontráramos con algún Guardián. Estarían fuera cazando demonios... demonios como Roth.

Fuimos por Constitution Avenue, y no me sorprendió la cantidad de personas que había a esas horas de la noche. La mayoría eran humanos que iban de fiesta, pero mezclados entre ellos había algunos que no tenían alma. Una mujer Esbirro, con el pelo color vino recogido en una coleta alta, estaba pidiendo un taxi, lo cual me pareció extraño. Junto a ella había un hombre humano, y me pregunté si sabría qué era lo que tenía al lado.

Mientras nos acercábamos al National Mall, la luna llena estaba alta en el cielo, grande e hinchada. Roth me tomó la mano y yo le eché un vistazo.

—¿Qué? ¿Tienes miedo otra vez?

—Ja, ja. En realidad, nos estoy haciendo invisibles.

—¿Qué? —Bajé la mirada hasta mi cuerpo, esperando ver a través de mi pierna—. No me siento invisible.

—¿Y qué se siente al ser invisible, Layla? —Su voz estaba teñida de diversión. Le hice una mueca, y él me dirigió una sonrisita burlona—. El National Mall cerró hace como media hora. Lo último que necesitamos es un guardia de seguridad que se meta en nuestros asuntos.

No le faltaba razón.

—¿Ahora somos invisibles?

Me lanzó una rápida sonrisa y me llevó justo delante de dos hombres jóvenes que estaban holgazaneando junto a la calle. Bajo la luz de las farolas, los extremos de sus cigarrillos emitían un resplandor rojizo cuando inhalaban. Caminamos hasta ponernos justo delante de ellos, tan cerca que podía ver el pequeño *piercing* que llevaba uno de ellos en la nariz. Ni siquiera pestañearon cuando Roth les hizo un corte de mangas; no hubo ningún tipo de reacción. Para ellos, era como si no estuviéramos allí.

Seguimos bajando la calle, y finalmente logré hablar.

—Eso mola mucho.

—Pues sí.

Cruzamos la ancha calle, y las partes superiores de los museos de arenisca se asomaron por el cielo nocturno, lleno de estrellas.

—¿Haces esto de volverte invisible muy a menudo?

—¿No lo harías tú si pudieras? —preguntó a su vez.

—Probablemente —admití, tratando de ignorar lo cálida que sentía su mano en la mía.

Unos nudos apretados se formaron en mi estómago cuando el Monumento a Washington apareció ante nosotros. No tenía ni idea de lo que iba a pasar, y supuse que habría trampas al estilo Indiana Jones para darnos la bienvenida.

Cuando llegamos al Monumento a Lincoln, la luna se encontraba detrás de una gruesa nube y el estanque era enorme y oscuro, tranquilo como siempre. El estanque estaba rodeado de árboles, y el aroma húmedo y musgoso del río Potomac me inundaba la nariz.

Esperé hasta que el guardia de seguridad se moviera antes de hablar.

—¿Y ahora qué?

Roth levantó la mirada.

—Esperamos hasta que la luna vuelva a salir.

Un minuto y diez mil años después, la nube se movió y la luz plateada de la luna apareció centímetro a centímetro. Tragué saliva con fuerza mientras observaba el agua, preguntándome si realmente habíamos encontrado el lugar correcto.

Bajo la luz pálida de la luna llena, el reflejo del Monumento a Washington comenzaba en el centro del estanque, lejos del lugar donde estábamos enfrente del Monumento a Lincoln. El pilar recorría el estanque mientras el reflejo crecía, hasta que su extremo puntiagudo llegó hasta el borde donde nos encontrábamos.

Contuve el aliento.

Y no pasó nada. Ninguna puerta apareció de repente. No sonó ningún cuerno. Indiana Jones no se materializó del aire. Nada.

Miré a Roth.

—Vale. Esto es muy decepcionante.

Frunció el ceño mientras examinaba la zona.

—Tiene que habérsenos escapado algo.

—A lo mejor Sam se equivocaba, o a lo mejor el vidente solo se estaba riendo de nosotros. —El nivel de desilusión que sentía era un asco—. Porque todo parece igual... Espera. —Di un paso hacia delante, todavía sujetando la mano de Roth, mientras me arrodillaba al borde del estanque—. ¿Soy yo, o el agua donde se refleja el monumento parece un poco... reluciente?

—¿Reluciente?

—Sí —respondí. Era débil, pero parecía como si alguien hubiera tirado cubos de purpurina al agua—. ¿No lo ves?

Levanté la mirada hasta él, que entrecerró los ojos.

—Sí, pero podría ser solamente el agua.

Bajé la mano libre hasta el agua, metí los dedos dentro y después la aparté con rapidez.

—¿Qué diablos...?

—¿Qué? —Roth se arrodilló en un segundo, y sus ojos brillaron en la oscuridad —. ¿Qué?

Era demasiado difícil de explicar. El agua... no era agua en absoluto. Mis dedos la habían atravesado por completo y estaban secos como el desierto.

—Mete los dedos.

La expresión de su cara me dijo que tenía un comentario bastante asqueroso preparado, pero optó por mantener la boca sabiamente cerrada. Utilizando la otra mano, metió los dedos en el estanque y después se rio.

—Joder, el agua...

—¡No está! —Impresionada, negué con la cabeza—. ¿Crees que todo esto es una ilusión óptica?

—Imposible. Hay idiotas que saltan aquí todo el tiempo; tiene que ser alguna clase de encantamiento que esté reaccionando ante nosotros. —Movié la mano por el agua falsa, cubriendo un espacio de unos dos metros hasta que debió de llegar a la de verdad, porque una pequeña onda se movió por el estanque—. Está en este espacio. —Su mirada fue hasta el centro del estanque, y después se alzó—. Ocupa toda la extensión del reflejo.

Eso esperaba, porque estaba bastante segura de que el estanque tenía al menos cinco metros de profundidad, y la idea de ahogarme no me parecía muy divertida.

—¿Estás lista para esto?

Lo cierto era que no, pero asentí con la cabeza mientras me ponía en pie. Roth fue primero, probando la teoría de que el agua no era agua realmente. Su bota y después su pierna cubierta por el vaquero desaparecieron. No hubo ninguna onda ni movimiento.

Sonrió.

—Hay un escalón, y no está mojado. —Descendió un poco más hasta que la oscuridad se lo tragó hasta el muslo y nuestros brazos se estiraron tanto como podían —. No pasa nada. Sea lo que sea esto, no está aquí en realidad.

Respiré hondo y di el primer paso. El agua no me empapó la zapatilla ni los vaqueros, y entonces di otro paso y estuve a unos centímetros de Roth.

—Esto es muy extraño.

—He visto cosas más extrañas.

Una parte de mí quería más explicaciones, pero entonces solo estaría retrasando lo inevitable, que era meter la cabeza bajo lo que quiera que fuera esa cosa. Cuando la oscuridad llegó hasta mis hombros, me estremecí. Era como atravesar una niebla espesa, que tenía una sustancia que podías sentir, pero no sujetar. Levanté la mirada, cruzándola con la de Roth, y él me dirigió una sonrisa tranquilizadora. Por costumbre, contuve el aliento y bajé.

El peso aplastante de miles de litros de agua no se desplomó sobre mí. Mi pelo seguía siendo un desastre, seco y ondulado sobre mis hombros y mi espalda. Inhalé por la nariz y no me ahogué con el agua. Había un aroma húmedo y mohoso que me

hacía cosquillas en la parte posterior de la garganta.

—Abre los ojos, Layla —dijo la voz de Roth cerca de mi oído.

Abrí un ojo y me quedé boquiabierta.

—Me cago en la leche...

Soltó una risita y me soltó la mano.

—Qué elegante.

Estábamos en el interior del estanque, o al menos eso es lo que pensaba, pero era como estar en un mundo diferente.

Había antorchas encendidas a poca distancia las unas de las otras en ambos lados del túnel, proyectando unas sombras parpadeantes por el camino húmedo. El techo encima de nosotros no era realmente un techo, tan solo la parte inferior de lo que quiera que fuera la sustancia que habíamos atravesado.

—Voy a arriesgarme a hacer una suposición y decir que vamos por el camino correcto —dije, pasándome las palmas húmedas por los vaqueros—. O estamos ahogándonos y alucinando.

La risa de Roth fue tan oscura como el túnel.

—Venga. Vamos a acabar con esto.

Comenzamos a bajar por el túnel, y nuestras pisadas reverberaron en los muros de cemento. Roth estaba tarareando lo que ahora consideraba su canción. Caminamos durante lo que pareció una eternidad, y teníamos que estar ya cerca de los museos cuando llegamos hasta un lugar donde el túnel se dividía en dos secciones.

—Qué pena que no haya un mapa que podamos utilizar ahora —bromeó Roth, mientras se dirigía hacia el derecho. Un par de metros después, se detuvo y retrocedió—. Esta puerta está cubierta de cemento, así que espero que no sea allí donde vamos.

No teníamos otra opción, así que elegimos el otro túnel. Me abracé el pecho con las manos y me estremecí a causa del aire frío y húmedo. Poco después, el túnel se curvaba hacia la derecha. Delante de nosotros había una antigua puerta de madera. Con sus tablones anchos y sus bisagras de acero, parecía algo salido de tiempos medievales.

—En cualquier momento, un caballero templario va a salir corriendo por esa puerta —dije.

Roth curvó la comisura de los labios.

—La verdad es que eso sería muy divertido.

—¿A que sí? Y después nos pediría que eligiéramos...

Una ráfaga de viento bajó por el túnel, levantándose el pelo y haciendo que las antorchas parpadearan en una danza alocada. Se me erizó todo el vello del cuerpo mientras me giraba.

—Roth...

El sonido de algo chasqueando sobre el cemento se alzó *in crescendo*, como si hubiera una oleada de gente bailando claqué a toda velocidad. Di un paso hacia atrás, y el estómago me cayó hasta los pies. Los chasquidos aumentaron, ahogando el

sonido de mi corazón palpitante.

—Uf —dijo Roth, cerrando las manos en puños.

—¿Qué?

—Son unos diablillos muy feos. Has visto *La princesa prometida*, ¿verdad?

—Eh... sí.

Roth hizo una mueca.

—¿Recuerdas esas ratas tan grandes del bosque?

Abrí mucho los ojos.

—Ay, madre.

—Sí, así que intenta abrir esa puerta. Date prisa.

Me giré, corrí hasta la puerta y solté una maldición. No estaba cerrada con llave, pero tenía una barra de acero en la parte delantera. La agarré por debajo y traté de levantarla, pero, a pesar de la fuerza de demonio y de Guardián de mi interior, la cosa no se movió.

—Eh, Roth, esto no...

Las palabras se desvanecieron cuando los chasquidos dieron paso a un castañeteo. Me giré y vi unas formas que bajaban disparadas por el túnel.

Ahugué un grito mientras Roth maldecía.

Los diablillos medían alrededor de un metro de altura, y eran como ratas que caminaran sobre dos patas. Tenían los largos hocicos muy abiertos, mostrando unas bocas llenas de dientes de tiburón. Unos ojitos rojos resplandecían entre las sombras, y unas garras se extendieron mientras sus colas golpeaban el suelo.

—Dios santo —susurré, y después retrocedí.

—Esto va a ponerse muy feo —dijo Roth, como si no fuera completamente obvio.

Uno de los diablillos saltó por el aire, dirigiéndose directamente hacia Roth. Este se apartó enseguida a la derecha, y la criatura peluda se estampó contra la pared. Cayó al suelo y agitó las patitas mientras trataba de volver a ponerse en pie.

Vale. Era evidente que no eran unas criaturas muy listas, pero no comprendía por qué nos estaban atacando. Eran del Infierno, ¿y el Infierno no quería que encontráramos la *Llave Menor*? E incluso si las estaba controlando el demonio responsable, ¿por qué querría detenernos a esas alturas? Si no sabía cuál era el encantamiento, la información estaba en la *Llave Menor*. No tenía sentido, pero no podía darle al *pause* y preguntar.

Roth envió a un diablillo volando hasta la pared cercana, y la criatura se golpeó contra ella con un repugnante crujido. Otro aterrizó sobre su espalda, y Roth se inclinó para quitárselo de encima y lo tiró contra un grupo de más diablillos. Había docenas de ellos, atacando las piernas y los brazos de Roth mientras este se giraba dando patadas. Uno de ellos le desgarró los vaqueros.

Era imposible que pudiera quitárselos a todos de encima, sobre todo si estábamos de espaldas a un callejón sin salida en la forma de la puerta más pesada del mundo. Estábamos atrapados.

Mi mirada se dirigió hacia las antorchas.

Me aparté de la puerta, corrí hasta el muro y me estiré para agarrar la base pringosa de la antorcha. Un diablillo pequeño me agarró la pierna y se subió por ella. Solté un chillido agudo, y agité la pierna hasta que el maldito bicho perdió el agarre y cayó sobre su tripa.

Se puso en pie de un salto y se giró hacia mí, siseando como una cobra. Yo agité la antorcha a mi alrededor, e hice una mueca cuando las primeras llamas lamieron el cuerpo peludo de la criatura. Fue como tirar una cerilla a un charco de gasolina. Las llamas cubrieron al diablillo, y el olor amargo a pelo chamuscado se elevó rápidamente en el aire.

El diablillo soltó un chillido como el de un cerdo y corrió en circulitos hasta que se estampó contra la pared y cayó al suelo, derrumbándose en unas cenizas rojizas.

Roth agarró al diablillo que se lanzaba contra su garganta y lo estampó contra otro que estaba saltando por los aires. Estaban rodeándolo como un enjambre, mordiéndolo y agarrándole la ropa con las garras. Dos de ellos estaban sobre su espalda.

Corrí junto a él y sostuve la antorcha hacia atrás mientras tomaba a uno de los monstros peludos por el cogote y se lo quitaba de encima. La cosa forcejeó y atacó el aire. Lo tiré a un lado, y atrapé a otro antes de que llegara a la cabeza de Roth. Lo lancé al suelo, y me estremecí, sintiendo que necesitaba desesperadamente algún jabón antibacteriano y una terapia intensa.

Roth me dirigió una sonrisa de agradecimiento mientras me quitaba la antorcha.

—Gracias.

Se agachó y atacó con la antorcha. El diablillo más cercano se prendió en llamas, pegó un chillido y después salió corriendo y chocó contra otro. A partir de ahí fue una acción en cadena. No dejaron de chocar los unos contra los otros, y las llamas se extendieron como si fueran un virus.

Roth se giró hacia la puerta.

—Sujeta esto y mantenlos a raya mientras trato de abrirla.

—Vale. —Lo seguí hasta la puerta, con los ojos en la masa de cenizas y cuerpos peludos que chillaban. Mi mirada salió disparada hacia Roth, y lo examiné rápidamente en busca de heridas. Su camiseta blanca tenía manchas de sangre, y el estómago se me retorció—. Estás herido.

—Estaré bien. —Agarró la barra de acero, y los músculos de su espalda se tensaron mientras la levantaban—. Tú mantén alejados a esos pequeños cabrones.

Me giré e hice una mueca.

—No creo que vayan a ser un problema. Están todos muertos.

—Hasta que vengan más. —Gruñó mientras sacaba la barra de su agarre—. Dios. ¿De qué está hecha esta cosa?

Retrocedí y le di espacio para que tirara la barra al suelo. El impacto resonó a través del túnel y resquebrajó el suelo. Un momento más tarde, los chasquidos

comenzaron a sonar otra vez.

—Uf —murmuré.

—Vamos. —Roth me agarró la mano libre mientras abría la puerta. Una bocanada de aire helado nos golpeó cuando entramos. A continuación, Roth cerró la puerta un segundo antes de que un montón de cuerpos golpearan el otro lado—. Dios, no dejan de venir.

Tragué saliva con fuerza y me giré para ver otro maldito túnel. Al final había una puerta. Corrimos hacia ella, aunque no dejé de mirar por encima del hombro, esperando que los diablillos derribaran la puerta que habíamos dejado atrás. Roth levantó otra enorme barra de metal y la tiró al suelo, haciéndome dar un salto cuando el sonido atravesó el túnel. Abrió la puerta de golpe.

Unas sombras salieron de la puerta. No... No eran sombras. Unas alas batían el aire. Roth se giró y me agarró el brazo. Sobresaltada, solté la antorcha mientras él me metía en un pequeño hueco, apretándome contra la pared con el cuerpo.

—Murciélagos —susurré contra su pecho, aferrándome a sus costados. Él asintió con la cabeza.

—Un montón de murciélagos.

Los animales chillaron y aletearon como un coro perturbador que me provocó unos escalofríos que me recorrieron la columna. Los sonidos continuaron durante lo que pareció una eternidad, pero finalmente me di cuenta de algo más. El cuerpo de Roth estaba tan apretado contra el mío que no sabía dónde acababa él y comenzaba yo.

Sus manos descendieron hasta mi cintura, y sus dedos subieron deslizándose por el dobladillo de mi jersey. Su pulgar trazó unos círculos perezosos contra mi piel mientras el aleteo continuaba en el túnel y comenzaba en mi pecho.

Roth produjo un profundo sonido en la garganta.

—Olvida la *Llave*. Mejor nos quedamos justo donde estamos.

—Eres muy malo —dije.

Su risa profunda retumbó en mi interior.

—Todavía no has visto nada.

Incliné la cabeza hacia arriba, y su boca aterrizó sobre la mía. No estaba preparada para la intensidad del beso, pero enseguida le pillé el ritmo. Mis labios se separaron mientras el *piercing* se metía dentro, deslizándose sobre mi labio inferior. Un sonido estrangulado y necesitado se alzó y rompió el silencio.

Lo cual significaba...

Roth levantó la cabeza, respirando profundamente. El túnel había quedado en silencio. Cuando dio un paso hacia atrás, traté de ralentizar mi corazón y lo seguí fuera del hueco. Tardé unos pocos segundos en formar palabras.

—¿Adónde se han ido los murciélagos?

Roth levantó la barbilla.

—Supongo que se habrán ido por la grieta del techo.

Recogió la antorcha olvidada y avanzó hacia la puerta abierta.

Lo seguí por la abertura hasta una cámara pequeña y circular, tenuemente iluminada por unas antorchas. Hacia el final de la cámara había un arco que conducía hasta otro túnel. Roth mantuvo la antorcha cerca de la pared, dando luz a unos extraños grabados que había en el cemento.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El lenguaje antiguo —dijo, avanzando con la antorcha.

—¿Latín?

Las palabras cubrían toda la cámara, desde el techo hasta el suelo. Roth resopló.

—No. Esto es anterior al latín. La *Llave* tiene que estar aquí. —Se giró hacia el centro de la habitación y se arrodilló—. ¿Qué tenemos aquí?

Miré por encima de su hombro. Había un cuadrado de alrededor de un metro de ancho cortado en el suelo. En el centro se encontraban las huellas de dos manos. Las dos eran más o menos del mismo tamaño, y había algo en ellas que me recordaba a las manos de un Guardián. Los dedos eran largos y esbeltos, y las palmas anchas.

Al igual que las manos de Roth en su auténtica forma.

Roth dejó la antorcha en el suelo y me miró.

—Pon la mano en una de las huellas.

Me arrodillé junto a él y lo observé mientras se estiraba y ponía la mano en la huella de la izquierda. Recordé lo que había dicho el vidente sobre un Guardián y un demonio trabajando juntos para esconder la *Llave*. Puse la mano en la huella. La mía era mucho más pequeña.

Se oyó un estruendo bajo la cámara, y comencé a moverme cuando Roth me detuvo.

—Quieta. Está funcionando.

Unas piedras cayeron al suelo de la cámara, y una grieta atravesó el techo. Se levantaron volutas de polvo que atravesaron las llamas, convirtiéndose en pequeñas chispas doradas que flotaban por el aire. Recé para que la cámara no se derrumbara sobre nosotros.

El cuadrado tembló y después comenzó a levantarse. Entonces aparté la mano, y Roth hizo lo mismo. Nos pusimos de pie juntos y dimos un paso hacia atrás mientras un pedazo de cemento salía del suelo, provocando un sonoro chirrido.

—Bingo —dijo Roth.

En mitad del bloque de cemento había un compartimento, y en su interior se encontraba lo que solo podía ser *La Llave Menor de Salomón* original.

Roth tomó la antorcha y la acercó. La cubierta era tal como me había dicho, y parecía cecina vieja. Estaba encuadernado en piel humana; piel humana de verdad.

Me entraron ganas de vomitar.

En la portada estaba tallado el mismo símbolo que había en la réplica de Roth. Era un círculo con una estrella en medio, con los contornos dorados. La estrella estaba ligeramente torcida hacia la derecha, un poco descentrada. Había numeritos y



letras pequeñas tallados cerca de las cuatro puntas.

Roth me entregó la antorcha, y yo la tomé gustosamente. Ni de coña iba a tocar aquella cosa. Lo observé mientras estiraba las manos y las situaba cautelosamente a cada lado del libro. Sería un verdadero asco si explotaba en una nube de polvo, y casi me reí ante la imagen, salvo porque en realidad no sería tan gracioso.

Roth retrocedió con la *Llave Menor* en la mano. De pronto, la grieta del techo explotó, y unos pedazos de piedra se estrellaron contra el suelo. Roth saltó hacia delante y me agarró del brazo para quitarme del camino de un trozo grande. Cayó sobre el lugar donde había estado hacía unos instantes.

Otro trozo cayó, bloqueando el camino por el que habíamos entrado. El terror me recorrió, tan espeso como el polvo que llenaba la caverna.

—¡Roth! —Me agarró la mano y tiró de mí hacia el otro lado del cuadrado elevado. Atravesamos el arco corriendo—. ¿Sabes adónde conduce esto? —chillé.

Soltó una especie de risa salvaje.

—No. Pero tiene que llevar a algún sitio.

Algún sitio era mejor que el lugar donde estábamos. Llegamos corriendo hasta el túnel, y la cámara entera se derrumbó detrás de nosotros, a causa de algún fallo en su construcción. O tal vez la habían diseñado de ese modo, para que cuando movieran la *Llave Menor* todo el lugar se derrumbara, atrapando al libro y a quienquiera que lo hubiera tomado.

Con el corazón latiendo con fuerza, bajamos corriendo por el túnel y torcimos a la derecha al llegar a una intersección. Una nube de polvo y piedras nos perseguía por el laberinto de túneles, golpeándonos los talones. Tropecé una vez y estuve a punto de caer de cara contra el suelo, pero Roth me atrapó en el último momento y me puso en pie.

Cuando finalmente atravesamos un arco más grande que el anterior, caímos. Aterrizamos bruscamente, y caímos sobre unas vías. Recuperé el equilibrio y me giré mientras la última sección del túnel se derrumbaba, sellándolo.

Solté un aliento áspero.

—Bueno, no vamos a devolver el libro, ¿verdad?

—No. —Roth se apartó de las vías y puso el libro sobre un saliente. Después me tomó por la cintura y me ayudó a incorporarme—. Ya está.

Gateé junto al saliente, me puse en pie y me di cuenta de que estábamos en un túnel de metro. En la distancia vi una luz parpadeante.

—Dios mío, debemos de estar a kilómetros del Monumento.

Roth apareció junto a mí en una cantidad indecente de tiempo, con la *Llave Menor* en la mano. Le eché un vistazo, y vi que sus ojos estaban iluminados por la euforia.

—Ha sido divertido, ¿verdad? —dijo—. El corazón me late muy fuerte.

—¡No ha sido divertido! Había ratas caminando sobre dos patas. ¡Murciélagos! Y entonces todo el túnel se ha derrumbado...

Se movió con tanta rapidez que no tuve oportunidad de prepararme. Un segundo estaba allí, y al siguiente estaba rodeándome la nuca con la mano.

—Necesitas algo —dijo, y al ver que lo miraba fijamente, añadió—: Tu cara.

—¿Mi cara?

—Necesita mis besos.

Comencé a reírme, pero sus labios encontraron los míos como si estuvieran hechos específicamente para hacerlo. Mi boca se abrió en un gemido y el beso se profundizó, dejándome sin aliento. Sus dedos se me clavaron firmemente en el cuello. El tiempo pareció ralentizarse y su boca no dejó la mía; sus labios se empapaban de mis reacciones como si estuviera muriéndose de sed. El beso me hacía sentir bien, muy bien; y me hizo recordar lo que habíamos hecho en su *loft*.

Pero la realidad se interpuso en el camino. Se apartó un poco y dejó descansar la frente contra la mía. Aquellos hermosos ojos estaban cerrados.

—Tenemos que salir de aquí y echar un vistazo al libro.

—Jo —murmuré, pero me aparté de él y caminé hacia delante, dando tiempo a mi corazón para que se calmara, al igual que mi cuerpo. Había cosas mucho más importantes en las que debíamos concentrarnos. No me sorprendió que Roth me alcanzara con facilidad—. No puedo creer que realmente hayamos conseguido el libro, ¿verdad?

—Yo no lo he dudado ni por un segundo. —Se puso delante de mí mientras entrábamos en un túnel estrecho que se abría en una estación de metro—. Formamos un buen equipo.

Volví a notar ese estúpido aleteo en el pecho. Un equipo... como si estuviéramos juntos. Y, Dios santo, la parte más adolescente de mí estaba haciendo un baile muy feliz, lo cual era ridículo, porque un futuro juntos estaría lleno de problemas. Estaba el problema de que yo era mitad Guardian y todo el asunto de que mi especie tiene que destruir a su especie, pero era más que eso. Roth no podría quedarse en la superficie eternamente. Solo estaba haciendo un trabajo.

Y su trabajo ya casi estaba terminado.

Cuando salimos de la estación de metro, me di cuenta de que nos encontrábamos a un par de manzanas de Union Station. El olor almizcleño del túnel permanecía sobre nosotros, y respiré hondo el aire más o menos fresco mientras miraba las estrellas que se asomaban por detrás de las nubes.

Entrecerré los ojos.

Una de las estrellas estaba cayendo.

El temor se formó en mi estómago como un cañonazo, y después explotó un segundo más tarde.

No era una estrella cayendo.

Era un Guardián.

## Capítulo veintiuno



Bajó del cielo y aterrizó grácilmente frente a nosotros.

El impacto agitó los coches que estaban aparcados cerca, añadió otra grieta a la calle e hizo que los pocos humanos que había por ahí salieran corriendo en busca de refugio. Las alas del Guardián estaban extendidas y medían cerca de dos metros y medio, si no más. El ancho pecho, del color del granito, estaba lleno de cicatrices, pero su cara era suave y hermosa.

Nicolai.

Sus ojos amarillos, con las pupilas verticales como las de un gato, se dirigieron hacia Roth. Soltó un gruñido que hizo que me temblara el pecho por dentro.

—Demonio.

—Felicidades —replicó Roth, tenso—. Sabes de qué especie soy. ¿Quieres una galletita?

Nicolai entrecerró los ojos, y una voz que nunca le había oído salió de él.

—¿Cómo te atreves a hablarme, *alandlik* demonio?

El cambio al estonio, la lengua nativa de Nicolai, me pilló con la guardia baja. Y, sinceramente, con todo lo que había pasado, no tenía ni idea de por qué. Mi cerebro tardó en procesar lo que estaba sucediendo y, antes de que pudiera comprenderlo, otra sombra cayó.

—Layla —dijo, levantándose del suelo y flotando como un ángel retorcido. Sus alas no produjeron ningún sonido mientras se movían por el aire. Lo único que dijo fue mi nombre, pero había tanto peso en esa única palabra que tenía que saberlo. Todo.

El miedo me golpeó en las tripas, pero no por mí.

Nicolai se giró hacia Roth, mostrando los colmillos. Hubo un segundo, una fracción de tiempo, en que mis ojos se clavaron en los de Roth y el aire se me escapó de los pulmones. Él me miró fijamente, como si no pudiera creerlo. Su mirada mostraba la traición que sentía, atravesándome como un cuchillo.

—No —susurré con voz ronca.

Roth se giró en el último segundo, y desvió el ataque de Nicolai con un solo golpe del brazo.

—No quieres hacer eso —rugió. Sus pupilas se dilataron mientras empujaba a Nicolai—. De verdad.

—No tienes ni idea de con quién te estás metiendo —gruñó el Guardián.

Roth soltó una risa fría.

—Ay, odio tener que decírtelo, pero no eres tan especial.

Solo él podría ponerse en plan listillo en una situación tan seria.

Se lanzaron el uno contra el otro. No tenía ni idea de cómo lograba Roth sujetar la *Llave Menor* mientras atacaba a Nicolai. La pelea fue brutal. Volaron los puñetazos. Las garras rasgaron ropa y piel. La sangre, del mismo tono y textura, salía volando de los dos.

No podía permitir que aquello sucediera.

—¡Parad! ¡Por favor! —Me lancé hacia delante, pero Abbot salió de la nada y me agarró desde atrás. Debía de haber llegado cuando no estaba mirando—. Tenéis que parar. No es...

—¿Un demonio? —preguntó Abbot junto a mi oído con voz áspera—. ¿Te has olvidado de la sangre que fluye en tu interior?

Le clavé los dedos en el brazo, pero no sirvió de nada. Su piel era como piedra. Le pegué un pistón, y él soltó una sonora maldición. Aflojó el agarre, me liberé y salí corriendo hacia donde luchaban el demonio y el Guardián.

No logré llegar.

Abbot me alcanzó en un segundo, me sujetó el brazo y me apartó de los dos. No estaba preparada para la fuerza que utilizó, así que perdí el equilibrio y caí sobre la acera con un fuerte golpe. El dolor estalló sobre mis rodillas y solté un jadeo agudo.

Roth se giró con un rugido, y vi que sus ojos emitían ese resplandor de un amarillo iridiscente. La distracción le costó cara. Otro Guardián cayó junto a él y le arrebató la *Llave Menor* de entre las manos, pero a Roth no pareció importarle. Salió disparado y golpeó a Abbot en su forma humana, derribando al Guardián en un remolino de mandíbulas chasqueando y alas.

Me puse en pie tambaleándome, y el corazón me dio un vuelco al ver que Roth estaba rodeado. Por muy poderoso que fuera, no podía derrotar él solo a todos los Guardianes. No a menos que liberara a *Bambi* o al dragón, pero yo tampoco podría soportar ver a mi familia herida.

El aire se agitó a mi alrededor y noté un soplo caliente en mi espalda. Supe sin mirar que Zayne había llegado.

—Llévatela de aquí —ordenó Abbot, sin apartar los ojos de Roth.

El demonio se puso en pie y retrocedió, respirando pesadamente mientras tres Guardianes lo rodeaban. Le salía sangre de la nariz y la boca.

Formé con la boca la palabra «vete» mientras Zayne me rodeaba la cintura con el brazo, y rogué silenciosamente para que me escuchara. Él se tensó detrás de mí y después se lanzó al aire. Justo antes de que la noche se tragara todo lo que había debajo, vi que Roth parpadeaba hasta desaparecer.

\* \* \*

Zayne no me había hablado ni una sola vez desde que aterrizamos en el balcón, al otro lado de mi habitación. Ni siquiera mientras me dejaba en el cuarto y cerraba la puerta desde fuera.

Me temblaban las manos, y me las metí bajo los brazos mientras caminaba por mi habitación. ¿Cómo habían sabido dónde estaríamos? Era demasiado sospechoso que todos hubieran aparecido de golpe, especialmente Abbot. No podían habernos seguido. Los habría sentido.

Dios, estaba muy jodida. El único alivio que sentía era que Roth hubiera escapado, pero había visto la expresión de sus ojos. Creía que lo había traicionado, lo cual era una conclusión a la que no era demasiado difícil llegar.

Cerré los ojos con fuerza cuando una puerta se cerró de golpe en algún lugar de la casa, y me di cuenta de que no era él de quien debía preocuparme en ese momento. Podía contarles que Roth había estado allí para ayudarme a mí, para ayudarnos a nosotros. Podía convencerlos.

Pero ¿y yo? Ay, madre, aquello no iba a salir bien. Les había mentido. Había protegido a un demonio. Su furia no tendría límites. Y Zayne... Noté un espasmo en el pecho al pensar en él, en la forma tan tensa que había tenido de llevarme y dejarme allí, en la rigidez antinatural de su columna vertebral mientras salía de la habitación.

Me senté en el borde de la cama y apoyé la cabeza en las manos. Nunca había querido hacerle daño a Zayne, ni que se sintiera decepcionado conmigo. Incluso aunque supiera la historia completa, sabía que no cambiaría demasiado. Hasta entonces nunca le había ocultado ningún secreto.

Pero ¿él me habría ocultado secretos a mí?

Me dolía el corazón de pensar que él sabía todo el tiempo quién era mi madre y lo que eso significaba. Había tantas mentiras entre todos nosotros que la verdad estaba como cubierta por una red.

El corazón me dio un salto en el pecho cuando sonó un golpe en la puerta. Me levanté sobre piernas temblorosas y fui hacia ella. Nicolai esperaba al otro lado, en su forma humana, con un moratón de un tono rojizo en la mandíbula. Su ojo izquierdo estaba hinchado, y tenía aspecto de dolerle.

—Nicolai...

Levantó la mano.

—No hay nada que puedas decir ahora mismo, pequeña.

Me quedé en silencio de golpe, llena de vergüenza a pesar del hecho de que no había estado conspirando contra ellos. Lo que estaba pasando no era nada parecido a eso.

Me llevó hasta el estudio de Abbot en silencio, y descubrí que odiaba cómo me miraba, como si fuera una extraña junto a él. Peor todavía, una enemiga de la que tener cuidado. Abbot apareció unos minutos más tarde, y no estaba solo. Zayne se encontraba con él, y a juzgar por la palidez y la expresión afligida de su rostro, supe que se lo habría contado todo.

Zayne ni siquiera me miraba. No lo hizo ni una vez desde que Abbot cerró de un portazo, cruzó la habitación y se detuvo enfrente de mí. Zayne ni siquiera pestañeó cuando di un salto; lo único que hizo fue permanecer de pie detrás del escritorio, con la mirada fija en la pared, en algún lugar detrás de mí.

De todo lo que había pasado aquella noche, estaba bastante segura de que aquello era lo peor.

—Lo único que puedo decir ahora mismo es que tienes muchísima suerte de que recuperásemos *La Llave Menor de Salomón*. —Abbot se alzaba sobre mí, y su mera presencia resultaba asfixiante. Él también estaba herido, aunque no tanto como Nicolai, pero tenía la frente rojiza—. Si no lo hubiéramos hecho, no habría habido forma de evitar que los Alfas intervinieran.

Los dedos todavía me temblaban cuando me aparté el pelo hacia atrás.

—No lo entiendes.

—Tienes razón. No lo entiendo. No logro comprender en qué estabas pensando para ayudar a un demonio a recuperar *La Llave Menor de Salomón*.

—Él me estaba ayudando a mí. No es...

—No termines esa frase. —La furia agravaba su voz—. Porque si dices que no es como los demás demonios, tal vez no pueda controlarme.

—Pero es que no lo es. No lo entiendes. Deja que te explique...

Abbot se lanzó hacia delante y agarró los brazos del sillón donde me sentaba. Me encogí, temerosa de la ira que manchaba su rostro. Por encima de su hombro, vi que tanto Nicolai como Zayne daban un paso hacia delante, y no sabía si iban a acudir en mi ayuda o estaban a punto de ayudar a Abbot a asfixiarme.

—Estoy tan decepcionado que tengo hasta ganas de vomitar —dijo, echando humo—. ¿Cómo has podido, Layla? No te he criado para esto, te he criado como si fueras de mi propia sangre, ¿y así es como me lo pagas?

Me encogí de dolor.

—Por favor, Abbot, deja que te lo explique. No es lo que piensas. —Dirigí los ojos hacia Zayne, pero él apartó la mirada—. Por favor.

Abbot me miró fijamente durante un momento y después se apartó, cruzando los brazos. Tomé su silencio como un asentimiento reactivo.

—No estaba trabajando con un demonio para conspirar contra ti. Yo soy mitad demonio, ¿verdad? Pero no soy como los demás demonios.

—Eso es lo que siempre he creído —replicó fríamente.

Tomé aire con brusquedad. Aquello dolía.

—Me ha ayudado, fue él quien me salvó del Buscador que me encontré. —Respiré hondo y le conté casi todo, salvo las cosas más personales, que probablemente lanzarían a los Guardianes a través del tejado—. Lo enviaron del Infierno para que se asegurara de que un demonio no invocara...

—¿No invocara a los Lilin? —dijo—. ¿Y te contó lo que eres? ¿Lo importante que es el encantamiento de la *Llave Menor*? ¿Te contó que esa es la razón por la que

escondieron la *Llave* hace tantos años? ¿Para asegurarse de que nadie sería capaz de traer a los Lilin de vuelta a la Tierra?

—Sí. Me lo contó todo. Necesitábamos la *Llave* para ver qué había en el encantamiento. No la estaba utilizando para invocar a los Lilin.

—¿Y lo creíste? —Abbot se arrodilló frente a mí, obligándome a mirarlo a los ojos—. ¿Por qué confiaste en un demonio, Layla?

Noté un nudo en la garganta.

—Porque no me había mentido, y me había ayudado...

—¿Fue él el demonio que mató a Petr?

La habitación se quedó tan silenciosa que habría podido oírse el estornudo de un saltamontes.

—Sí.

—¿Te atacó Petr siquiera, o eso fue una mentira?

Solté un jadeo, indignada.

—¡Sí! Claro que me atacó. ¿Por qué iba a mentir acerca de ello?

Los ojos de Abbot emitieron un resplandor de un celeste brillante.

—¡No has hecho nada más que mentir desde que conociste a ese demonio! ¿Por qué debería suponer que hay alguna verdad mezclada entre las mentiras?

No sé qué fue lo que dijo lo que lo provocó, y quizá fuera una combinación de miedo y frustración, porque no había sido capaz de soltar una sola frase, pero entonces mi autocontrol se rompió. Me puse en pie tan deprisa que Abbot se levantó y retrocedió; realmente retrocedió para alejarse de mí. La furia me recorría la piel como si fuera electricidad estática.

—¡Te estás lanzando contra mi garganta cuando tú me has mentido desde el principio! —Las fosas nasales de Abbot se ensancharon—. ¿Qué? ¿No tienes nada que decir al respecto? —Di un paso hacia delante, espoleada por la ira. Había demasiada furia, era como una segunda alma en mi interior—. ¡Tú has sabido todo el tiempo quién era mi madre y lo que podría suceder! ¡Me has contado tantas mentiras como yo a ti! —Recorrí la habitación con los ojos, fulminándolos con la mirada. El dolor fue insoportable cuando mis ojos cayeron sobre Zayne—. ¡Todos vosotros me habéis estado mintiendo!

—Estábamos tratando de protegerte —dijo Nicolai.

—¿Cómo va a protegerme mantenerme en la ignorancia? ¡Hay demonios ahí fuera buscándome! ¡Y no es ese al que habéis atacado esta noche! De no ser por él, probablemente tendríamos a los Lilin sueltos por el mundo ahora mismo, o yo estaría muerta.

—Pensaba que mantenerte alejada de la verdad era mejor que dejar que supieras la mancha que hay en tu sangre —dijo Abbot.

Me encogí.

—¿La mancha de mi sangre?

—Eres la hija de Lilith.

—¡También soy una Guardiania!

Los ojos de Abbot echaban chispas de furia.

—¡Un Guardián jamás habría trabajado con un demonio!

—Padre —gruñó Zayne.

Estaba demasiado sumida en mi furia como para darme cuenta de que Zayne estaba hablando.

—Es evidente que un Guardián ha hecho algo más que trabajar con un demonio anteriormente. ¿Hola? ¿Cómo estaría yo aquí si no?

—¿Te has acostado con ese demonio? —inquirió Abbot.

Aquella pregunta me pilló con la guardia tan baja que la mayor parte de la furia escapó de mí.

—¿Qué?

—¿Sigues siendo virgen?

Vaya. El nivel de incomodidad de la habitación igualaba el de la tensión y la furia.

—¿Qué tiene eso que ver?

—¡Respóndeme! —rugió Abbot.

Empalidecí, y después me ruboricé.

—No me he acostado con él, ni con nadie. Dios. —Abbot bajó los hombros con alivio, tanto que mis sospechas ascendieron hasta el tejado—. ¿Por qué? ¿Qué es lo que pasa?

El cuerpo de Zayne estaba tenso.

—Sí, a mí también me gustaría saber qué es lo que pasa.

Su padre resopló.

—¿Por qué si no iba a estar un demonio de su edad merodeando junto a ella? Su inocencia, o más bien su pérdida, es una parte del encantamiento.

—¿Qué? —Mi voz llegó a un nuevo nivel de agudeza—. ¿Tengo que seguir siendo una maldita virgen? —Entonces me di cuenta de algo más—. ¿Sabes cuál es el encantamiento?

Ninguno de los tres hombres de la habitación me miraba mientras Abbot hablaba.

—Sí. Teníamos que saberlo, para poder evitar que lo llevaran a cabo.

Me pregunté cómo diablos esperaban hacer eso cuando nunca habían sentido la necesidad de contarme nada.

—¿Qué es?

Abbot arqueó una ceja.

—¿No te lo ha dicho tu demonio?

Noté un pinchazo de irritación.

—«Mi demonio» no sabía cuál era el encantamiento. Por eso íbamos a por el libro, para saber cómo evitarlo.

Y estaba bastante segura de que si Roth hubiera sabido esa parte, habría dicho algo sin dudar.

Hubo una pausa.



—El encantamiento requiere la sangre muerta de Lilith y la pérdida de tu inocencia. No solo el estado de tu... bueno, ya hemos aclarado eso, pero tu inocencia también está atada a tu habilidad demoníaca. Su pérdida es total si has tomado un alma.

Se me secó la boca.

—¿Un alma?

Abbot asintió con la cabeza.

—Además de las implicaciones morales de que tomes un alma, por eso es tan importante que no te corrompas.

No estaba segura de si estaba hablando de lo del sexo o de la parte de tomar un alma. Me desplomé en la silla, aturdida. Oh, Dios, había tomado un alma, lo que significaba que tres de las cuatro cosas necesarias para que el encantamiento funcionara ya estaban en marcha.

—Creo que necesitamos tomarnos unos segundos —dijo Zayne, concentrándose en su padre—. Layla jamás habría hecho nada de esto de no ser por ese demonio. Es una Guardiania, pero es joven e...

—¿Ingenua? —replicó Abbot, cerrando las manos en puños—. Es lo bastante inteligente como para permitir que un demonio la utilice. No está libre de culpa.

—Pero tampoco tiene toda la culpa —insistió Zayne, y aunque quería señalar que no era ingenua, mantuvo la boca cerrada—. Nunca ha... —No me miró, pero lo vi tragar saliva—. Nunca le han...

Entonces me di cuenta de lo que estaba tratando de decir.

—¿Nunca me han prestado atención antes?

Zayne no respondió, pero sabía que eso era lo que estaba tratando de decir, y noté un doloroso vuelco en el pecho. Joder, aquello era insultante, e inintencionadamente dañino.

—En cualquier caso, tampoco es tonta. —Abbot soltó un resoplido de disgusto—. Deberías haber acudido a nosotros desde el principio.

Levanté la mirada.

—Y tú deberías haberme dicho la verdad.

Estábamos en un punto muerto. Los dos habíamos mentido. Los dos deberíamos haber hablado con el otro. Había un montón de «deberíamos», «tendríamos que» y demás. El silencio se extendió, y no sabía qué más decir. Se lo había contado todo a Abbot; bueno, casi todo, y no me había creído. Mi convicción de que podría convencerlo era polvo en el viento.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté con voz queda. Él inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sabía que estabas metida en algo en el momento en que llegaste a casa aquella mañana con esa ropa. No sabía de qué se trataba exactamente, pero sabía que solo era cuestión de tiempo que esto pasara —dijo—. Por eso te dejé ir a casa de Stacey esta noche.

Maldición. Sabía que Abbot había decidido darme permiso con demasiada facilidad.

—Si sabías que estaba planeando esto, ¿por qué dejasteis que pasara?

—¿Dejar que pasara? —Soltó una risa seca—. Hemos conseguido la *Llave Menor*, y ahora está a salvo. También queríamos al demonio, pero daremos con él. —Eché un vistazo a Zayne. Se encontraba estoicamente en una esquina, y puede que tratara de defenderme, pero seguía sin mirarme—. ¿Cómo se llama, Layla? —preguntó Abbot.

Volví a dirigir la mirada hacia él y tragué saliva con fuerza.

—¿Por qué? Si no me crees. Pensarás que está...

—¡Es un demonio! Te ha utilizado, Layla, tal como haría un demonio. ¿Es que no lo entiendes? Solo un demonio y un Guardián trabajando juntos podían recuperar la *Llave Menor*. Necesitaba a un Guardián, y tú estabas más que dispuesta a complacerlo. —El enorme cuerpo de Abbot tembló cuando tomó aliento—. Tienes la sangre suficiente como para que funcionara.

—Ya lo sé —dije rechinando los dientes—. Pero él...

—No puedes ser tan ingenua, Layla. ¿Cómo sabes que no estaba trabajando en contra de nosotros? ¿Que él no era precisamente el demonio que trataba de recuperar la *Llave*? A lo mejor necesitaba saber el encantamiento y te utilizó para conseguirlo.

Quería detener sus palabras, porque en el momento en que golpearon el aire entre nosotros, el daño era irremediable. Lo que no ayudaba era el hecho de que nunca había visto a ese otro demonio. La única vez que había visto a otro demonio de Nivel Superior fue ese vistazo mientras esperaba a que Morris me recogiera.

—Te ha utilizado. Solo era cuestión de tiempo que te manipulara para tomar un alma y perder tu inocencia.

—Eso no lo sabes. —Cerré los ojos—. Ha tenido...

Negué con la cabeza. Roth había tenido muchas oportunidades para presionarme con el tema del sexo. Maldita sea, ahí estaba lo que había pasado justo antes de que nos marcháramos a por la *Llave*. Teniendo en cuenta lo hermosa e increíble que me había sentido, probablemente le hubiera dado luz verde para llegar hasta el final.

—¿Que ha tenido qué? —preguntó Abbot.

—Nada. —Cuadré los hombros. Había poder en el hecho de saber el nombre de un demonio. Con unas velas negras y malas intenciones, uno podía invocar a un demonio por su nombre, y ni de coña iba a arriesgarme a eso—. No voy a decirte su nombre.

Las cosas salieron como era de esperar.

Se alzaron voces. Abbot tenía aspecto de estar a punto de estrangularme, pero me mantuve firme. No iba a traicionar a Roth, incluso aunque pareciera que estaba traicionando a los Guardianes.

—Eso no importa —dije, exhausta. Eran casi las cuatro de la madrugada, y no parecía que aquello fuera a tener fin—. Lo que sí importa es el demonio que quiere

invocar a los Lilin. ¿Qué vamos a hacer con él?

—¿Vamos? —Abbot resopló—. No hay un «vamos». Y no hay razón para preocuparse. Tenemos la *Llave Menor*, y aunque eres tan increíblemente ingenua como para no creer que ya estabas con el demonio responsable, nosotros no lo somos.

Lo miré fijamente, boquiabierta.

—No es él. ¡Dios! ¿Por qué no queréis escucharme? No es él, y el verdadero culpable ya podría saber lo que hace falta.

Abbot negó con la cabeza y entrecerró los ojos.

—Vas a decirme su nombre. Quizá no esta noche, pero lo harás.

Me agarró las muñecas y me levantó del sillón. Zayne se lanzó hacia delante y fue a nuestro lado.

—Padre, le estás haciendo daño.

Así era. Bajó la mirada hasta sus manos, frunció el ceño y después me soltó. Retrocedió y respiró hondo.

—No hace falta decir que estás castigada. —Por alguna razón, casi me entraron ganas de reírme ante eso. Por suerte no lo hice, porque dudaba que Abbot encontrara humor en el hecho de haberme castigado—. De por vida —añadió.

Oh.

Zayne me rodeó el antebrazo de una forma mucho más amable. Me saldrían moratones en las muñecas.

—Llévala a su habitación —dijo Abbot, y me lanzó una última mirada envenenada—. Y reza para que no cambie de opinión y utilice las celdas de la ciudad.

Me estremecí. Por furioso que estuviera Abbot, esperaba que aquello no fuera una amenaza seria.

Dejé que Zayne me sacara de la habitación, y una vez que estuvimos en el pasillo, me atreví a echarle un vistazo. Las cosas no tenían buen aspecto.

—¿De verdad me metería en una de las celdas?

No respondió hasta que estuvimos en mitad de la escalera, cubierta por una alfombra color borgoña.

—No lo sé.

Aquello no resultaba muy tranquilizador. Aflojé el ritmo. Estaba cansada, pero no tenía ganas de que me encerraran en mi habitación hasta que tuviera noventa años.

—Zayne...

—Sé lo que estás pensando —dijo, y un músculo se tensó en su mandíbula—. Que sabía lo de esa maldita Lilith, pero no es así. De haberlo sabido, te lo habría contado en cuanto hubieras podido comprender lo que eso significaba.

Tropecé sobre mis pies, en parte a causa del alivio porque no lo hubiera sabido. ¿Y la otra parte? Una ráfaga de culpa me golpeó como una bala dirigida directamente hacia mi corazón. En ese momento creí que Zayne me lo habría contado si lo hubiera sabido. Habría confiado en mí, y me habría puesto por delante de su padre.

Yo no lo había puesto por delante de Roth.

Zayne se detuvo junto a mi puerta. Cerró los ojos durante un momento y después se giró hacia mí.

—Una parte de mí puede comprender por qué no hablaste con mi padre, pero podrías haber hablado conmigo. Yo podría...

—¿Que podrías qué? —Mantuve la voz baja—. ¿Me habrías creído? ¿O se lo habrías contado a Abbot?

Su mirada pálida se encontró con la mía.

—No lo sé. Supongo que jamás lo sabremos.

Apreté los labios mientras el arrepentimiento se hinchaba, amenazando con asfixiarme. Lo cierto era que Zayne jamás me había decepcionado en el pasado. Sí, a veces había intervenido cuando yo no quería que lo hiciera, y estaba el asunto con Danika, pero nunca había hecho nada que me hiciera pensar que no podía confiar en él.

Cerré los ojos para detener la quemazón de mis lágrimas y tomé un aliento tembloroso.

—La he cagado, Zayne. La he cagado mucho contigo. Lo siento.

—Sí —dijo con voz baja y ronca—. Sí, lo has hecho.

## Capítulo veintidós



El domingo me sirvieron todas las comidas en mi habitación. Zayne recuperó mi mochila de casa de Stacey. Me confiscaron el móvil, pero no antes de que pudiera borrar el número de Roth de la memoria. También me confiscaron el portátil y la tele. Esperaba que Nicolai me quitara los libros, pero debí de darle lástima, porque los dejó en su sitio.

Traté de hablar con él, pero no estaba dispuesto a hacerlo.

Además de los breves momentos que había estado allí, la única visitante que tuve fue Danika, cuando me trajo la comida. No me habló, y me pregunté si le habrían ordenado no hacerlo. Abbot apareció para preguntarme por enésima vez cómo se llamaba y, al ver que no se lo decía, cerró la puerta con tanta fuerza que las ventanas de mi habitación repiquetearon.

No volví a ver a Zayne hasta el lunes por la mañana. Llamó una vez a la puerta antes de abrirla, y así fue como supe que se trataba de él.

—Prepárate para ir al instituto —dijo, mirando al suelo.

—¿Abbot me deja ir al instituto?

Lo miré fijamente, sorprendida.

—Me parece que está planteándose enseñarte en casa, pero por el momento piensa que el instituto es suficiente castigo.

Gracias a Dios que no les había contado que Roth iba allí.

Salí de la cama, me duché y me vestí en tiempo récord. Sentí una chispa de esperanza, pero traté de mantener mi emoción al mínimo. Zayne no me habló durante todo el camino al instituto, salvo cuando me bajé del coche.

—No pienses siquiera en escaparte del instituto. Abbot comprobará que estás a lo largo del día.

Se alejó antes de que pudiera decir una palabra.

Con un suspiro, me giré y me apresuré a entrar en el edificio.

Stacey se encontraba junto a mi taquilla cuando llegué.

—Vale. Tienes que contármelo todo. Empezando por la razón por la que Zayne fue a buscar tu mochila y por qué no me llamaste ayer.

—Me pillaron. —Saqué mi libro de Biología—. Y estoy castigada de por vida.

—¿Cómo? —preguntó con un jadeo.

—Uno de los Guardianes nos vio. —Cerré la taquilla, odiando tener que contarle una mentira más después de todo lo que había pasado ese fin de semana—. El resto es historia.

—Eso es muy injusto. Jamás haces nada malo, y para una vez que lo haces, te pillan. —Negó con la cabeza—. Dios te odia.

—Y que lo digas.

Entrelazó el brazo con el mío y frunció los labios.

—Bueno, pasando a las cosas más importantes. ¿Al menos pudiste estar un rato con Roth?

—Un rato, pero no... No pasó nada. Nos pillaron bastante rápido.

Cambié de tema enseguida, demasiado nerviosa para hablar sobre Roth cuando debería verlo en un minuto o así.

Salvo porque cuando estuve sentada en clase de Biología y sonó la última campana de advertencia, Roth no apareció. La ansiedad se deslizó sobre mí como una segunda piel, empeorando cuando llegó la hora de la comida y seguía sin haber señales suyas.

—Espero que Abbot no lo matara y escondiera su cuerpo —comentó Stacey—. Porque los Guardianes dan un poco de miedo, ya sabes.

Mi apetito murió por completo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sam, enderezándose las gafas.

Mientras Stacey le resumía rápidamente cómo me habían pillado el fin de semana, yo no dejaba de mirar las puertas dobles en la parte delantera de la cafetería. Con las palmas sudadas y el estómago lleno de nudos, esperé.

Esperé a Roth, pero no apareció.

\* \* \*

A medida que los días se convertían en una semana y seguía sin haber señales de Roth ni ningún cambio en casa, ya no estaba segura de qué creer. Las propias palabras de Roth volvieron para atormentarme una y otra vez. «Soy un demonio. Todo lo que hago es mentir».

¿Podía haber estado mintiéndome desde el principio, utilizándome para conseguir la *Llave* y poder invocar a los Lilin? ¿Era eso por lo que no había tenido noticias suyas ni lo había visto?

No... no podía ser. Roth no me había manipulado. Era imposible que todo fuera una estratagema. No podía creerlo. O a lo mejor simplemente no podía permitirme creerlo. Dolía demasiado planteármelo siquiera. Pero, en los momentos oscuros, aquellas preguntas me hacían perder la cabeza.

Algunos días me pareció captar ese aroma único y salvaje suyo. En los pasillos entre clase y clase, o en el exterior mientras me dirigía hacia donde había aparcado Zayne. Lo buscaba por todas partes, pero jamás lo veía. Jamás lo oía tararear *Paradise City*.

Las cosas no habían mejorado entre Zayne y yo. Salvo cuando prácticamente lo obligaba a responderme, no le hacía mucha gracia la idea de hablar conmigo. Yo

seguía castigada en mi habitación, pero las pocas veces que me permitían salir, estaba con Danika o los demás Guardianes.

El antojo me golpeaba con fuerza durante la noche. Probablemente tuviera algo que ver con la ansiedad y el estrés por todo, pero mi puerta siempre estaba cerrada. El balcón también, y las ventanas las habían cerrado con clavos desde el exterior, como si les preocupara que fuera a saltar por ellas. Sin acceso al zumo o a algo dulce, las noches eran horribles.

Extrañamente, la necesidad de ceder a mi lado demoníaco apenas había sido una preocupación estando cerca de Roth. El anhelo siempre había estado ahí, pero había sido débil y fácil de dominar, como si su presencia me ayudara a controlarlo. O a lo mejor se trataba de otra cosa. En realidad no lo sabía.

Después de una noche particularmente horrible en la que acabé paseándome por la habitación hasta quedar agotada, Zayne rompió el silencio entre nosotros durante el camino hacia el instituto.

—Estás hecha una mierda.

Me encogí de hombros y tiré de un hilo de mis vaqueros.

—Noche larga.

No dijo nada de inmediato, pero pude notar sus ojos sobre mí cuando aparcamos frente a la gran fachada de ladrillos del instituto.

—¿Has estado teniendo muchas noches largas? —Como no respondí, respiró hondo—. ¿Cómo de malas, Layla?

—No es nada. —Me bajé, entrecerrando los ojos bajo el intenso resplandor matutino del sol de noviembre—. Nos vemos luego.

Como mi suerte era maravillosa, la primera persona con la que me encontré fue Eva, con su pelo perfectamente peinado. Recordar que ni siquiera me había molestado en lavarme el pelo aquella mañana, junto al hecho de que su alma parecía más oscura, con más franjas rojas que rosa, significaba que era la última persona a la que necesitaba acercarme.

—Apártate de mi camino, monstruo.

Mis pies estaban clavados al suelo. Lo único que podía ver era su alma y la oscuridad. Una quemazón apareció en mi garganta y en mi estómago, como ácido.

Eva miró a su alrededor, y después chasqueó los dedos delante de mi cara.

—¿Hola? ¿Estás ahí plantada por algo?

Espesa y peligrosa, el ansia oscura creció desde mi interior. Me giré, contando mis inspiraciones hasta que la peor parte se desvaneció, y después puse un pie delante del otro. El día parecía arrastrarse; yo misma me arrastraba. Día ocho sin Roth.

Aquella noche, cuando el ansia me atacó mientras dormía y me despertó, me puse de costado y mantuve los ojos cerrados. «Otra vez no. Por favor, otra vez no». Noté como si se me retorcieran las entrañas. Un fuego recorrió mi piel, y comencé a sentirme helada al mismo tiempo.

Abrí los ojos y pestañeeé para contener las lágrimas. Saltar por la ventana

empezaba a parecer mejor idea con cada día que pasaba. Me senté y miré a mi alrededor, a la habitación. Mi mirada pasó de largo por una forma extraña sobre mi escritorio, y después volvió hacia ella. Fruncí el ceño, sin reconocer qué era lo que había allí. Aparté la sábana, me puse en pie y me tambaleé hasta el escritorio.

En cuanto mis ojos reconocieron lo que era, me llevé la mano a la boca.

Había una jarra con zumo de naranja junto a un vaso y un paquete de masa de galletas de azúcar sin abrir.

Zayne había estado allí mientras dormía; era la única explicación.

No tuve forma de detener las lágrimas. Se derramaron por mis mejillas y me empaparon el cuello de la camiseta. No sabía por qué lloraba tanto, pero era un llanto de los feos. A lo mejor era porque ese pequeño acto de amabilidad por parte de Zayne significaba que no me odiaba. No del todo. Y a lo mejor era más que eso. Algunas de las lágrimas eran por Abbot, el único padre que había conocido jamás. En ese momento, estaba segura de que se arrepentía de haberme traído a casa aquel día, hacía tantos años. A lo mejor algunas de esas lágrimas eran por Roth, porque cuanto más tiempo pasaba sin él, más peso tenían las palabras de Abbot. Si realmente había otro demonio ahí fuera que quisiera invocar a los Lilin, ¿no estaría Roth todavía por ahí, asegurándose de que no acababa colgada de una cruz boca abajo?

Pero no estaba por ahí.

Se había marchado.

\* \* \*

El martes me sentía como si un tamborilero chiflado se hubiera instalado en mi cabeza, y me dolía toda la cara por el festival de llanto. Apenas podía prestar atención a nada de lo que estaba diciendo Stacey en Biología. Por algún pequeño milagro, todavía no me había preguntado por Roth aquel día.

Puede que Stacey estuviera obsesionada con los chicos, pero no era estúpida. Pensaba que era extraño que desapareciera después de que me pillaran con él, y apostaría a que ya no creía que su comentario sobre los Guardianes matando a Roth fuera tan divertido.

No podía concentrarme en las diapositivas del proyector. En lugar de eso, dibujé unos pies grandes por el margen del cuaderno. A mitad de la clase volví a captar aquel aroma, el aroma de Roth, ese olor dulce y salvaje que me recordaba a sus besos.

Dejé el lápiz sobre el pupitre y miré a mi alrededor, a la clase. No veía a Roth por ninguna parte, pero su aroma seguía estando ahí. Genial. Ahora, además, estaba perdiendo la cabeza oficialmente.

La señora Cleo pasó a la siguiente diapositiva y se dirigió de nuevo a su asiento. Acabé mirando fijamente la pizarra, sin ver nada en concreto, hasta que sonó la campana.

Entre clase y clase, me dirigí hacia los lavabos. No sé por qué me senté en uno de



los compartimentos hasta que todos se marcharon y sonó la última campana. Simplemente no podía aguantar otra clase. En cuanto estuve segura de que el lavabo se encontraba vacío, abrí la puerta del compartimento.

Solté la mochila en el suelo, me aferré al borde del lavamanos y miré mis propios ojos muy abiertos en el espejo. Unos mechones de pelo rubio claro se enroscaban alrededor de mis mejillas demasiado pálidas, y me dio la impresión de que parecía un poco trastornada, allí de pie como una idiota.

Abrí el grifo y metí las manos bajo el chorro de agua fría. Me lavé la cara, esperando aplacar el fuego que ardía en mi interior. Ayudó un poco.

La puerta del lavabo se abrió ligeramente mientras tomaba varias toallas de áspero papel marrón. Me giré, pero no había nadie delante de la puerta, que se estaba cerrando. Fruncí el ceño ante la sensación de *déjà vu*, y mi mirada se apartó de la puerta y fue hacia los compartimentos vacíos.

Ahugué un jadeo de sorpresa.

Encima de la segunda puerta había un cuervo; un cuervo muy grande y muy negro. Su pico amarillo debía de ser de la mitad del tamaño de mi mano.

Mi instituto tenía una política de seguridad bastante mediocre, ya que normalmente no tenían muchos problemas, pero no podía imaginar cómo un cuervo tan grande había entrado en el edificio... o cómo había sido capaz de abrir la puerta del lavabo.

—¿Qué demo...?

Di un paso hacia atrás y golpeé el borde del lavabo.

El cuervo graznó sonoramente, y el sonido resultó tan perturbador como fascinante. Se lanzó al aire, y sus alas oscuras se extendieron cuando recorrió el espacio entre el compartimento y yo. Abrí mucho los ojos mientras el cuervo planeaba delante de mí durante un segundo, y después... se expandió.

Se expandió de verdad.

El vientre oscuro se alargó, y las alas adoptaron unas formas similares a unos brazos. El pico se hundió, y unos dedos reemplazaron las garras afiladas. ¿Roth? Llena de esperanza, di un paso hacia delante, lista para correr a abrazarlo.

Me detuve en seco cuando el hombre apareció, vestido con unos pantalones de cuero y una camisa blanca y suelta. Había plumas mezcladas con su pelo negro, que le llegaba a la altura del hombro.

Pestañeeé con lentitud. Sin duda no era Roth.

El hombre sonrió.

—Mi nombre es Caym. Dirijo treinta legiones, y soy leal únicamente al Infierno.

—Oh, mierda —susurré. ¿Qué diantres pasaba con los demonios y los lavabos de chicas?

Los ojos opacos de Caym se clavaron en los míos.

—No tengas miedo. Tan solo te dolerá un momento.

Entonces trató de alcanzarme.

Reaccionando por instinto, lancé el brazo hacia él, y lo alcancé en la garganta. El demonio produjo un sonido estrangulado, pero no esperé a ver si le había hecho daño. Por millonésima vez en mi vida, maldije mi incapacidad de cambiar de forma mientras salía corriendo hacia la puerta.

Me agarró del pelo, retorciendo los mechones en su puño grueso mientras tiraba de él. Comencé a preparar un grito en la garganta, poderoso y que seguramente atraería la atención. Abrí la boca, a punto de soltarlo, cuando la mano de Caym se cerró en mi garganta, sofocándolo.

—No peeles —dijo con voz lisonjera, soltándome el pelo—. Será más fácil así.

Arañé la mano que me rodeaba la garganta, hundiendo las uñas profundamente en su piel mientras Caym me levantaba, hasta que mis pies quedaron colgando en el aire. Le agarré la mano, tratando de aflojarla mientras me asfixiaba. No tenía aire. No podía respirar, no podía apartar los dedos de mi cuello.

—Y ahora —continuó, llevando su mano libre hasta mi frente. Sentí como si sonaran unas campanas de advertencia—. Tan solo relájate y...

Lancé una patada salvajemente, y alcancé al demonio en el estómago con la fuerza suficiente como para sobresaltarlo. Me soltó, y yo caí hacia atrás. Mi cadera cayó sobre el borde del lavamanos, y el lateral de mi cabeza golpeó la cerámica. Un nuevo estallido de un dolor ardiente me atravesó y me sacó el poco y preciado aire que me quedaba en los pulmones. Golpeé con fuerza el sucio suelo de baldosas del lavabo. Jadeando en busca de aire, me incorporé sobre un codo, aturdida, y llevé una mano hasta el lateral de mi cabeza, donde notaba un dolor palpitante. La mano se me manchó de rojo.

¿Rojo? Me esforcé por superar el dolor y la confusión, y me metí bajo el lavamanos antes de que Caym pudiera alcanzarme otra vez. No era el mejor escondite del mundo, pero era todo lo que tenía.

—No deberías haber hecho eso —dijo, echando humo, y se arrodilló para agarrarme la pierna, que no dejaba de agitar—. Ahora me has cabreado.

—¿No estabas cabreado cuando tratabas de estrangularme?

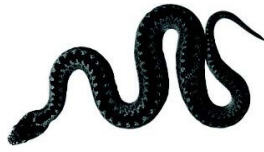
Me agarré al metal que había bajo el lavamanos.

La puerta del lavabo se abrió antes de que Caym pudiera responder, y de inmediato capté el dulce y familiar aroma de almizcle. El corazón me dio un vuelco, y la esperanza, junto a algo mucho más poderoso, se alzó como una marea.

Roth estaba en el umbral de la puerta, y sus ojos dorados fueron con lentitud desde donde estaba yo hasta el demonio.

—Caym, no esperaba encontrarte en el baño de las chicas.

## Capítulo veintitrés



Casi no podía creer que estuviera viéndolo.

—Tiempos extremos requieren medidas extremas —replicó Caym con una extraña sonrisa, mientras tiraba otra vez de mi pierna y me sacaba un par de centímetros más de debajo del lavabo.

Lancé una patada con mi pierna libre, y lo alcancé en la rodilla. El demonio me soltó, retrocedió tambaleándose y se enderezó. La furia emanaba de él en oleadas de calor.

—No parece que esté funcionando —comentó Roth, levantando las cejas.

Caym suspiró.

—Ha sido uno de esos siglos, hermano. No tengo ni un maldito respiro.

—Roth —lo llamé, y mi voz sonó como un graznido. Él no le quitó los ojos de encima al otro demonio... estaba demasiado ocupado charlando con él. Cualquier esperanza que pudiera tener se desinfló como un globo.

—Ya veo. —Bajó la mirada, y sus espesas pestañas le acariciaron los pómulos. Una sonrisita apareció en sus labios, y cuando habló su voz era suave, aunque profunda y poderosa—. Ya sabes que no puedo dejar que te la lleves.

—¿Qué? —dijo Caym—. ¡Conoces el riesgo que hay! Debemos ocuparnos de ella, o todos nosotros moriremos si invocan a los Lilin. No puedes detenerme.

Roth se encogió de hombros.

—Claro que puedo.

Caym frunció el ceño mientras lo miraba fijamente, y entonces la comprensión apareció en su rostro. El aire que había a su alrededor comenzó a resplandecer, pero era demasiado tarde. Roth se lanzó hacia él, y era rápido de narices. Sus manos aparecieron en el cuello del otro demonio en un segundo, y entonces las retorció.

El crujido fue ensordecedor y se tragó el grito de Caym.

Una niebla negra y oscura explotó, provocándome un escozor en los ojos. Y apestaba; apestaba de verdad. Me cubrí la boca y me dieron arcadas mientras los vapores que expulsaba el demonio, o lo que quedaba del demonio, hacían explotar la ventana que había al fondo del lavabo. Unos fragmentos de cristal cayeron al suelo, y entonces sonó la alarma de incendios, que me taladró los oídos con estridencia.

El humo llenó el cuarto de baño, volviéndolo todo negro. En la oscuridad, sentí unas manos cálidas que me tocaban las mejillas. Di un salto hacia atrás, incapaz de ver nada más que el fuego en sus ojos.

—No pasa nada. Soy yo —dijo Roth, y deslizó las manos hasta mis hombros—.

¿Te encuentras bien?

Tosí.

—No puedo ver... nada.

Roth se inclinó, recogió algo del suelo, y después me rodeó la cintura con el brazo.

—Estás sangrando.

—Me he dado un golpe en la cabeza.

Me puso en pie.

—¿En el lavabo bajo el que te estabas escondiendo?

—Sí, bueno, las cosas no iban demasiado bien por aquí. —Dejé que me guiara fuera de la espesa niebla, hasta el pasillo. Respiré hondo y me empapé de aire puro, pero el humo también había llegado hasta allí. Me costaba distinguir las formas que tenía delante—. Roth, ¿dónde has estado? Estaba muy preocupada.

—He estado por ahí —fue todo lo que dijo.

Algunos alumnos salían corriendo medio histéricos de las aulas. Me pareció oír que alguien gritaba «¡Bomba!» en el caos apenas controlado.

Noté que Roth me soltaba, y moví las manos a ciegas.

—¿Roth...? No puedo ver.

—Estoy aquí.

Me rodeó la cintura con el brazo, y me medio llevó por el pasillo.

Me tambaleé junto a él, sorprendida por su repentina reaparición, y todavía aturdida por mi encuentro con el demonio. La palpitación de mi cabeza estaba disminuyendo de intensidad, pero el escozor de mis ojos hacía que fuera imposible ver.

Me agarró con más fuerza.

—Sujétate. Ya casi estamos fuera.

Un estallido de luz brillante me hizo hacer una mueca mientras las puertas dobles se abrían. Los profesores estaban gritando, ordenando a los estudiantes que cruzaran la calle y se quedaran en el parque. El aire frío me acariciaba las mejillas y aliviaba parte de la quemazón.

Roth me guio por los terrenos.

—¿Cómo te sientes?

A mi alrededor oía a chicos tosiendo, algunos llamando a sus padres y otros llorando. Supuse que a mí me estaba yendo mejor que a ellos.

—Me queman los ojos. ¿Cómo es que todavía puedes ver?

—Cerré los ojos.

—Jo —murmuré, frotándomelos con las palmas de las manos—. Supongo que eres más listo que yo.

—Nah, tan solo sabía que iba a pasar, pero tú no. Sigue pestañeando —me ordenó con suavidad, haciéndome bajar los brazos y sujetándome las muñecas con una mano—. Debería desaparecer en unos pocos minutos si dejas de frotarte con los dedos

durante tres segundos.

Todavía notaba los ojos llorosos y ardientes.

—Roth...

—No quiero hablar de eso ahora —dijo.

Tragué saliva con fuerza.

—No te traicioné. Te lo juro. No tenía ni idea de que iban a estar ahí.

Hubo una pausa.

—Eres mitad Guardiania. No esperarías menos de ti.

Noté una presión en el pecho.

—También soy mitad demonio.

—¿Qué pasa? ¿Es que esa parte de ti es ahora más importante que tu parte de Guardiania? —No respondí, porque no estaba segura—. ¿Les dijiste mi nombre? —preguntó, con voz sorprendentemente suave—. Me gustaría tener al menos un aviso antes de que me absorbiera un hechizo de invocación.

—No, no les dije tu nombre. —Mantuve la cabeza baja para evitar el brillante resplandor del sol, y respiré hondo mientras deseaba que el dolor desapareciera—. Ya lo sabrías si lo hubiera hecho.

—Cierto. —Se movió de forma que pude notarlo detrás de mí. Seguía sujetándome las muñecas, como si esperara que fuera a comenzar a arañarme los ojos de inmediato—. Es una pena que te estés perdiendo esto. Todo el mundo está aterrorizado, y la policía y los bomberos están dentro.

Deseé poder ver algo.

—¿Alguien parece herido? Stacey y Sam estaban allí.

Roth suspiró.

—Todo el mundo está bien, te lo prometo. Era solo humo; no va a matar a nadie. Y también he traído tu mochila del lavabo, está justo a tu lado.

Mi visión estaba comenzando a aclararse. Me giré para mirar a Roth, y en lugar de ver un borrón vi unos ojos color miel y pestañas oscuras. Entonces lo comprendí. Todas las veces que había pensado que captaba su esencia no habían sido imaginaciones mías.

—Has estado aquí todo el tiempo. —No respondió—. Tan solo eras invisible. —Mantuve la voz baja—. Pero has estado aquí.

Una extraña sonrisita le levantó los labios, e insistí en el tema, porque quería que lo admitiera, necesitaba que lo admitiera; pero entonces sus dedos se deslizaron sobre mi mejilla. Su tacto provocó un centenar de deliciosos cosquilleos que comenzaron en mi tripa y después se extendieron. Nos miramos a los ojos, y de pronto me resultó difícil respirar, o incluso recordar de qué estábamos hablando.

Su mirada se apartó de la mía, y entonces suspiró.

—Aquí llega la caballería, con cien años de retraso. Concentrada en Roth, no había sentido la presencia de otro Guardián hasta que estuvo justo encima de nosotros.

—Suéltala —dijo la voz de Zayne.

No tuve oportunidad de sorprenderme por el hecho de que Zayne se encontrara allí, porque el agarre de Roth aumentó.

—¿O qué? —dijo—. ¿Vas a ponerte en plan rocoso conmigo y obligarme a que te pegue una patada de demonio en el culo? ¿Dónde nos dejaría eso? Estoy seguro de que a los Alfas no les haría mucha gracia que tuviéramos un enfrentamiento delante de un montón de jóvenes impresionables.

Un gruñido bajo sonó en la garganta de Zayne.

—Estoy dispuesto a arriesgarme.

—Seguro que sí.

Pero Roth me soltó las muñecas, y unas manos fuertes me agarraron los brazos y me pusieron en pie. Solté un grito de sorpresa y un poco de dolor cuando los dedos se me clavaron profundamente. Capté el olor de la menta justo antes de que Zayne me hiciera girar en sus brazos.

Parecía furioso, y la emoción aumentó aún más cuando se fijó en la herida que tenía en la cabeza.

Roth nos observaba desde la sombra de debajo de los árboles, y sus labios se curvaron en una sonrisita de suficiencia mientras Zayne me apartaba el pelo hacia atrás y echaba un vistazo a la herida.

—Su cabeza se pondrá bien —aseguró Roth—. El brazo que casi le arrancas de cuajo es otra historia.

Zayne relajó el agarre.

—Cállate.

Roth se puso en pie en un movimiento fluido.

—Me parece que no me gusta tu tono.

—Y a mí no me gusta tu cara —replicó Zayne.

—Mi cabeza... Mi brazo está bien. Estoy bien. —Me libré de él, ignorando la oleada de mareo—. Los ojos todavía me quemán un poco, pero ahora puedo ver.

Zayne me puso las manos en los hombros.

—¿Por qué no podías ver? ¿Qué ha pasado?

—El sulfuro —respondió Roth, acercándose un paso y hablando en voz baja. No tenía miedo de Zayne, ninguno en absoluto, y no sabía si debería sentirme orgullosa de él por ello, o furiosa—. Había un demonio en el instituto, y no, no era yo. Quería matarla, así que deberías vigilarla un poco mejor. De ese modo, yo no hubiera tenido que intervenir.

Zayne gruñó y dio un paso hacia él.

La media sonrisa en la cara de Roth se incrementó mientras se ponían frente a frente. Eran más o menos de la misma altura, pero Roth era unos pocos centímetros más alto, mientras que Zayne era más ancho. Eché un vistazo a mi alrededor, y me di cuenta de que algunos alumnos habían comenzado a mirarnos.

La cantidad de testosterona que estaban emitiendo los dos era ridícula, así que me

puse en medio.

—Contrariamente a la creencia popular, vosotros no sois los enemigos aquí.

Roth soltó una risita.

—Y obviamente él no es capaz de mantenerte alejada de los problemas.

Había muchas opciones de que Zayne estuviera a punto de estrangular a Roth.

—Me va a encantar arrancarte la garganta.

—Sí, sí. —Roth dio un paso hacia atrás y dirigió la mirada hacia mí—. Tienes que protegerla, o de lo contrario los espectros no tendrán siquiera la oportunidad de arrancarte la garganta a ti. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Abrí la boca para decirles a los dos que no necesitaba que me protegieran, pero entonces Roth giró y desapareció entre la marea de estudiantes. Miré fijamente el lugar donde había estado hasta que Zayne me pegó a él. Solté un chillido ahogado.

—Mierda. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Sí.

Presioné su pecho para conseguir algo de aire, pero no había forma de moverlo. Suponiendo que solo podría aplastarme durante un tiempo limitado, dejé caer los brazos y esperé a que me soltara.

Cuando finalmente lo hizo, Zayne recogió mi mochila del suelo y me tomó la mano. Un músculo palpitaba en su mandíbula mientras miraba directamente hacia delante.

—Voy a llevarte a casa.

—Él no me ha hecho daño, Zayne. No ha sido él. —Al no recibir respuesta, le apreté la mano—. Zayne...

—Eso da igual ahora —dijo—. Lo que importa es que ese cabrón tiene razón. No te hemos mantenido a salvo. Y si él es quien lo ha hecho realmente, entonces aquí pasa algo muy raro.

\* \* \*

Jasmine sostuvo un trapo empapado de antiséptico a un par de centímetros de mi cara.

—A lo mejor te escuece un poco.

Supuse que no podía escocerme más de lo que lo habían hecho los ojos. Todavía los tenía sensibles mientras seguía los movimientos entrecortados de Abbot desde el invernadero donde me encontraba. Jasmine me puso el trapo en la sien, e hice una mueca.

—Lo siento —susurró con una sonrisa compasiva.

Asentí con la cabeza y me mantuve firme mientras me limpiaba la herida. Las cosas podrían haber salido peor, teniendo en cuenta que Caym quería matarme.

Zayne se encontraba cerca de allí, con los brazos cruzados.

—Padre, decir esto va en contra de todo lo que sé, pero deberíamos considerar lo

que Layla nos ha estado diciendo. Ese demonio...

—Lo sé —soltó Abbot.

Traté de ocultar mi sonrisa, pero fracasé. Jasmine entrecerró los ojos mientras me miraba, y la satisfacción fue breve.

—No puede volver al instituto ni ir a ninguna parte sin un Guardián que la acompañe hasta que lleguemos al fondo de este asunto. —Abbot me miró y se frotó la barba—. Y que no se te ocurra discutir conmigo sobre esto.

Me marchité bajo su mirada fulminante.

—Pero ¿qué vas a decirle al director del instituto?

—Que tienes mononucleosis, o cualquier otra enfermedad humana. En realidad no importa. Mientras tanto, te enviarán aquí los deberes. —Se giró hacia donde estaba Geoff—. ¿Has oído algo de la policía?

Él asintió con la cabeza.

—Nadie sabe qué ha sucedido realmente en el instituto. Están haciendo un informe diciendo que fue una broma que salió mal; una bomba de humo. Pero hemos estado a punto. Si el demonio se la hubiera llevado...

—O si mi amigo no hubiera aparecido —intervine, solo para molestar.

La mirada de Abbot pareció golpearme.

—Incluso si por algún extraño motivo ese demonio no quiere invocar a los Lilin, no es ni jamás será tu amigo.

—En cualquier caso —dijo secamente Geoff—, la exposición habría sido más que dañina.

Jasmine me apartó el pelo hacia atrás y siguió limpiándome la herida mientras miraba la puerta. Danika entró con Izzy en brazos; la pequeña cabeza descansaba sobre su hombro.

—¿Y Drake? —preguntó Jasmine.

—Sigue dormido —respondió Danika, y levantó un poco más a Izzy—. Esta no se duerme salvo que la tomen en brazos, y no quiero perderme esta conversación.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no poner los ojos en blanco.

Fue hasta donde Zayne se encontraba, y no pude evitar pensar que ya parecían una familia, sobre todo con Izzy en los brazos de Danika. Casi deseé volver a tener humo negro demoníaco en los ojos.

—Lo que no entiendo es por qué no hemos logrado encontrar a ningún demonio de Nivel Superior —dijo, acariciando los rizos de la niña.

—Los demonios saben cuándo esconderse —gruñó Abbot.

—Tiene sentido. —Zayne me miró, y enseguida apartó la vista—. Me refiero a toda la actividad de demonios de Nivel Superior por la ciudad. Un demonio tratando de invocar a los Lilin tiene que atraer a los demás a montones.

—Sí, pero es una estupidez por su parte. Están más seguros abajo, donde los Guardianes no podemos alcanzarlos —dijo Geoff, que se sentó en una de las sillas y estiró sus largas piernas.



Oírlos hablar con tanta seriedad me resultaba extraño, pero intervine.

—Quieren comenzar el apocalipsis.

Abbot murmuró entre dientes.

—Niña, el apocalipsis...

—No está destinado a ocurrir todavía, o solo Dios sabe cuándo será. Sí, lo sé. Pero esto es lo que pasa. Nadie se beneficia de que los Lilin renazcan, ¿verdad?

Con todos los ojos sobre mí, me sentí expuesta allí sentada mientras Jasmine se ocupaba de mi cabeza como si fuera una inválida. Me zafé de ella, me puse en pie y me situé tras la silla de mimbre en la que había estado sentada.

—Cuando un Lilin toma un alma, el humano se convierte en espectro, y ni el Cielo ni el Infierno lo consiguen. Y por eso el Infierno no quiere que renazcan los Lilin. —Había tratado de explicarles aquello antes, pero todos habían estado tan enfadados conmigo que estaba segura de que ninguno me había escuchado—. Pero algunos demonios quieren salir del Infierno. Quieren poder venir a la superficie, y no tener que seguir las normas ni preocuparse por los Guardianes. Saben que si los Lilin renacen, los Alfas intervendrán e irán detrás de todos los demonios. No van a darse por vencidos sin luchar. La humanidad va a descubrir la verdad sobre los demonios. Habrá una guerra, que probablemente hará que el apocalipsis se adelante.

Nadie habló durante unos momentos, y entonces Geoff rompió el silencio.

—Es arriesgado, pero a los demonios nunca les ha preocupado esa clase de riesgos.

Danika le entregó la niña dormida a Jasmine.

—Es un poco como el novio chiflado, ¿verdad? Si yo no puedo tener la Tierra, entonces nadie la tendrá.

Casi sonreí ante la comparación.

—¿Cuándo puede completarse el encantamiento? —preguntó Zayne.

—No hay un tiempo fijado —dijo Abbot, toqueteando una planta frondosa que tenía cerca—. Tan solo puede ocurrir después de que Layla cumpla los diecisiete años, o al menos así es como se ha traducido el texto.

—No puedo quedarme aquí encerrada para siempre. Me volveré loca.

—No tienes elección —replicó Abbot.

La irritación me cubría la piel.

—¿Ahora sí me crees?

—A estas alturas, ya no sé lo que creo. —Arrancó una hoja seca y cerró la mano a su alrededor—. Todo esto son tan solo teorías. Nada está respaldado por evidencias o la verdad.

Puse las manos en alto.

—Es la verdad. Es lo que te he estado diciendo desde el principio.

—Hay otra forma —dijo Zayne, antes de que su padre pudiera soltar lo que sin duda era un ataque verbal como nunca antes había visto—. Encontramos al demonio responsable y lo mandamos de vuelta al Infierno.

—Me gusta esa idea —asentí, y crucé los brazos para contener las ganas de darle un golpe a algo.

—Es una buena idea, pero el problema es que hay hordas de demonios ahí fuera —señaló Geoff, pellizcándose el puente de la nariz—. Podríamos comenzar a invocarlos con la *Llave Menor*, pero eso nos llevaría años.

—El demonio... —empezó Zayne, y después respiró hondo—. ¿Tu amigo no sabe quién es el demonio?

Sabía lo mucho que debía de costarle a Zayne decir que Roth era mi amigo, y lo aprecié.

—No. Eso es lo que estaba tratando de averiguar, pero nadie habla. O bien hay un montón de demonios que apoyan esto, o bien tienen miedo de quienquiera que esté detrás de este asunto.

—Eso no es muy reconfortante —dijo Danika.

Las cejas de Zayne se alzaron en señal de asentimiento.

—Podríamos ver si ha hecho algún progreso desde que...

—¡Absolutamente no! —gritó su padre, y su voz sonó como un trueno—. No vamos a trabajar con un demonio.

—Padre...

—No, Zayne —replicó Abbot, que se dirigió a la puerta y después se detuvo. La furia manchaba sus mejillas—. Ese es un camino que no estoy dispuesto a recorrer bajo ninguna circunstancia. La historia ha demostrado que hacerlo acaba en traición.

Sabía que daba igual lo que hiciera Roth, o cualquier demonio: la visión de Abbot jamás cambiaría. Estaba demasiado arraigada dentro de él, hasta el punto de una intolerancia ciega, y nada que no fuera un milagro cambiaría sus creencias. La mayoría de los Guardianes eran así, especialmente los más mayores.

Mi mirada fue hacia Zayne, que no estaba dispuesto a rendirse todavía.

—La vida de Layla está en peligro, y también la de miles de humanos, si no millones.

—¿Crees que no lo sé? —Abbot cruzó la habitación en un instante y se detuvo enfrente de su hijo—. ¿Crees que tiempos desesperados implican medidas desesperadas? Ya hemos estado así antes, a punto de que el mundo se derrumbe. No es nada nuevo. Y confiar en un demonio tan solo ayudará a su destrucción.

—Eso no va a suceder. —Geoff se puso en pie, con las manos apoyadas sobre las caderas—. Hemos presenciado de primera mano las consecuencias de confiar en un demonio.

—Así es. —Abbot me miró por encima del hombro, y su expresión era ilegible—. Después de todo, Elijah ya confió estúpidamente en un demonio antes.

—¿Qué? —Me reí—. Elijah se mataría antes de confiar en un demonio.

Abbot se giró por completo hacia mí.

—Ahora sí lo haría, y tiene buenas razones para su cautela. Hace poco más de diecisiete años cometió el error de confiar en una... una demonio que aseguraba que

preferiría estar muerta a ser lo que era. Nadie salvo Elijah conoce la historia completa, pero una cosa está clara: se acostó con ella, y al final el demonio obtuvo lo que quería.

Abrí la boca, y después la cerré de golpe. Un viento frío descendió por mi columna vertebral. Unas palabras de negación se formaron en la punta de mi lengua, pero no salió ninguna.

—El demonio en quien confió era Lilith —continuó Abbot—. Y como Elijah confió en ella, la ayudó a crear la única cosa que podría destruir el mundo. Tú.

## Capítulo veinticuatro

Nunca había sido de las que se desmayan, pero casi besé el suelo cuando soltó esa pequeña bomba. Alterada y muy perturbada, volví a sentarme.

—¿Elijah es su padre? —El tono de Zayne estaba teñido por la impresión—. Tienes que estar de broma.

—De ningún modo —replicó Abbot, y tomó aliento con cansancio—. No supe que el demonio era Lilith hasta que años más tarde encontramos a Layla en la casa de acogida.

Pestañeeé con lentitud, pero la habitación seguía estando borrosa.

—¿Sabía que yo era su hija?

—Así es.

—Pero él... él me odia. —Me recliné sobre los cojines de flores—. Siempre me ha odiado. —En cuanto las palabras salieron por mi boca, finalmente comprendí por qué—. Dios, debo de haberle recordado...

—¿Su falta de juicio? —Abbot fue hasta donde me encontraba, hablando en voz baja—. Jamás pudo aceptar la parte de ti que era él.

Giré la cabeza.

—¿No quiso matarme cuando me encontrasteis?

Abbot apartó la mirada.

Tomé un aliento entrecortado.

—Sí que quiso. Vaya. Ni siquiera... —Mis ojos buscaron una respuesta en la cara de Abbot—. ¿Evitaste que me matara y sabías que era mi padre?

Nuevamente, no dijo nada. Fue Geoff quien intervino.

—La cicatriz que tiene Elijah no se la hizo un demonio. Abbot lo detuvo aquella noche y te acogió. Después de todo, tienes sangre de Guardián en tu interior.

—Oh, Dios mío. —Negué con la cabeza—. Esto es...

Demasiado.

Los ojos de todos estaban sobre mí, una mezcla de sorpresa y lástima. Era demasiado descubrir aquello y no disponer de un momento para asumirlo realmente sin tener público.

Me puse en pie y pasé junto a Abbot a ciegas. Alguien me llamó, pero no me detuve hasta llegar a mi habitación. Me senté en la cama y miré una mancha en la pared. Nada más parecía importar en ese momento. Elijah era mi padre; el Guardián que me odiaba con la fuerza de mil soles, el mismo Guardián que quería verme muerta. Probablemente hubiera ordenado a Petr que me matara.

Oh, Dios mío...

Noté unas fuertes náuseas. Petr había sido mi medio hermano. Ese asqueroso hijo de...

Había tomado el alma de mi hermano.

Me tumbé de costado, me aovillé y cerré los ojos para detener la quemazón que no tenía nada que ver con lo que había sucedido en el instituto. Un temblor comenzó en mi pierna y ascendió hasta mis dedos. Me los apreté contra el pecho.

¿Cómo asumía uno algo así? Dudaba que hubiera formas de sobrellevarlo que no hubiera aprendido todavía. No sabía qué era lo que me ponía más enferma, que mi propio padre hubiera querido matarme o haber tomado el alma de mi hermano.

\* \* \*

Durante el siguiente par de días, realmente no llegué a comprender demasiado todo lo que me habían revelado. No había forma de entenderlo. Lo único que podía hacer era no pensar en ello, pero aquello no resultaba tan fácil. Era como tratar de no respirar. En los momentos más extraños, aparecía en mi cabeza y no había forma de sacármelo.

Mi propio padre quería verme muerta.

Saber eso lo eclipsaba todo, dejándome entumecida hasta la médula. Una parte de mí podía comprender el odio de Elijah por lo que le recordaba, pero seguía siendo su hija. Durante todos esos años había estado construyendo una fantasía en torno a mi padre, convenciéndome a mí misma de que, aunque era parte demonio, él me quería de todos modos. Que algo desafortunado le había sucedido, y yo me había perdido en la tragedia.

Ahora aquel sueño estaba hecho pedazos.

Todo el asunto de Petr también me pesaba. El hecho de que fuera mi medio hermano no cambiaba mi opinión sobre el monstruo, pero me pregunté si, de haber sabido lo que era, habría hecho lo mismo.

No estaba segura.

Zayne me había llevado el portátil a la habitación el día después de que me lo contaran todo. Supuse que seguía estando castigada, pero debía de sentirse mal por mí. Después de enviarle un correo electrónico a Stacey diciendo que estaba enferma y que no sabía cuándo volvería al instituto, perdí todo el interés por internet.

Quería ser más fuerte que todo aquello, pero en mi vida había deseado con tanta fuerza como entonces poder ser otra persona u otra criatura.

No sé qué me pasó el viernes por la noche. Estaba de pie frente a esa maldita casa de muñecas, y la odiaba.

Rodeé el piso superior con los dedos, y tiré de él con la fuerza suficiente como para arrancarlo de la casa. No bastaba. Notaba un cosquilleo en la nuca mientras agarraba el tejado y lo arrancaba también. Lo sujeté y me planteé brevemente la

posibilidad de utilizar aquel trozo como un bate y derribar las paredes.

—¿Qué estás haciendo?

Solté un gritito y me giré. Zayne se encontraba en el umbral de la puerta, con las cejas levantadas, y tenía el pelo húmedo de la ducha. Me ruboricé.

—Eh... No estoy haciendo nada. —Bajé la mirada hasta el tejado de juguete—. Bueno...

Su mirada fue hasta detrás de mí.

—Si ya no querías tener la casa de muñecas en la habitación, podríamos habérsola llevado.

Dejé el tejado en el suelo con suavidad.

—No lo sé. —Inclinó la cabeza hacia un lado, y yo solté un suspiro—. No sé lo que estoy haciendo.

Zayne me miró fijamente durante lo que parecía una eternidad.

—Está bien.

—¿Está bien?

El hecho de que me hubiera pillado volviéndome loca con la casa de muñecas no me parecía que estuviera bien.

—Tengo algo que hacer para ti. Tiene que ver con helado.

Abrí mucho los ojos.

—¿Helado?

En su rostro apareció una sonrisita.

—Sí, había pensado que podíamos ir a tomar uno.

La emoción me atravesó como una tormenta de verano. Era como si fuera el día de Navidad. Podría salir de la casa, y habría helado. Pero la alegría se desvaneció con rapidez.

—Abbot jamás me dejará.

—Le parece bien, siempre que yo esté contigo.

—¿Crees que saldrá todo bien? —pregunté, demasiado asustada de alegrarme otra vez—. ¿Y si pasa algo?

—Un demonio no va a atacarte mientras yo esté contigo. —La confianza en su voz borró cualquier preocupación. Zayne tenía razón: sería un acto suicida si alguno lo hiciera—. Parece una buena noche para tomar un helado. ¿Te apetece? —preguntó.

A mí siempre me apetecía tomar un helado.

\* \* \*

Me encantaba montar en el Impala *vintage* de Zayne. La vibración que producía, las miradas que recibía. En un mar de Mercedes y BMW, nada destacaba más que un Impala rojo cereza de 1969.

Me había dejado conducirlo una vez, en mi decimosexto cumpleaños, pero conducir había resultado ser demasiado, pues todas las almas resplandecientes eran

una distracción buenísima. Había acabado estampándome contra un coche de policía.

No había vuelto a ponerme detrás de un volante desde entonces.

Paramos en una tienda de alimentación para comprar un paquete de regalices. Casi me vomito cuando Zayne los llevó a la heladería.

—Qué asquerosidad —murmuré, y él me dirigió una mirada inocente.

—No lo juzgues antes de probarlo.

—Jamás mojaré un regaliz en helado de chocolate.

Zayne me dio un empujón juguetón y me robó el puesto en la cola. Le devolví el empujón, pero no se movió un centímetro. Las almas que había a nuestro alrededor eran de distintos tonos de colores pastel, suaves y, por suerte, poco interesantes para mí. Y no había demonios a la vista. Bingo. Zayne pidió un cuenco de helado de chocolate y yo un *banana split*, lo mismo que pedía siempre.

Una temperatura agradable para ser noviembre había llevado a la gente en masa hasta la heladería. Era un verano indio, como lo llamaba Zayne. Tuvimos suerte de encontrar un pequeño reservado donde acomodarnos. Aquella tienda era mi lugar favorito de la ciudad, un negocio familiar en mitad de una zona céntrica moderna, y me sentía bien estando allí. El suelo tenía un diseño tipo ajedrez en blanco y negro, los reservados y las mesas eran rojos, y había fotos familiares adornando las paredes. ¿Cómo no iba a gustarme?

Daba sensación de hogar.

Observé a Zayne metiendo alegremente el regaliz en el chocolate. Captó mi mirada y me guiñó un ojo.

—¿Estás segura de que no quieres probar?

Hice una mueca.

—No, gracias.

Me ofreció el regaliz, con un grueso pegote de sirope de chocolate que goteaba de la punta y salpicó la mesa.

—A lo mejor te gusta.

En lugar de eso, tomé un bocado de mi *banana split*. Zayne se encogió de hombros, se metió el regaliz en la boca y suspiró. Lo examiné.

—¿Crees que voy a estar de arresto domiciliario hasta que cumpla los dieciocho?

—Me temo que sí —respondió—. Mi padre no tiene intención de ceder.

—Eso es lo que me imaginaba.

Me pinchó la mano con un regaliz que no había mojado todavía.

—Te sacaré de ahí tan a menudo como pueda.

—Gracias. —Me obligué a sonreír—. Y bueno... ¿cómo van las cosas entre Danika y tú?

Frunció el ceño mientras se concentraba en el cuenco de helado, como si contuviera las respuestas de la vida.

—Bien. Es una... chica genial.

—Está buenísima. Mataría por tener su cuerpo. —Bajé la mirada hasta mi comida

—. Ahora que lo pienso, ¿cuántas calorías hay en esta cosa?

Zayne levantó los ojos, que parecían más brillantes de lo normal.

—Tú eres... perfecta tal como eres.

Puse los ojos en blanco.

—¿Es que has estado viendo *El diario de Bridget Jones*? —Me examinó durante unos cuantos segundos más, y después volvió a su helado. Había una rigidez en sus hombros que no había estado ahí antes, como si de pronto llevara algún peso invisible. Como una idiota, seguí hablando—: El otro día oí a Jasmine y a Danika charlando. Decía que habíais estado hablando de vuestro futuro... juntos.

Pareció que sus hombros se tensaban aún más.

—No. No es cierto.

Moví una cereza por el plato.

—Entonces, ¿estás planeando enfrentarte al sistema?

Zayne se pasó una mano por el pelo, entornando los ojos.

—Yo no lo veo de ese modo. Si voy a apa... Si voy a casarme, quiero hacerlo con mis propias condiciones.

—¿Y qué tiene que decir Abbot al respecto? —Le ofrecí la cereza, y él la tomó—. ¿O es que todavía no le has dicho nada?

Se encogió de hombros mientras examinaba el tallo de la cereza.

—He estado evitando el tema.

—Pero no has estado evitando a Danika —señalé—. Te gusta, así que ¿cuál es el problema?

—No se trata de que me guste o no. —Se reclinó en el reservado, dando golpecitos inquietos en la mesa con las manos, mientras miraba fijamente los contenedores de helado que había detrás del cristal—. Es una chica genial. Me lo paso bien con ella, pero la verdad es que ahora mismo no me apetece hablar de eso.

—Ah.

Tenía una idea de adónde se dirigía la conversación. Zayne me lanzó una mirada astuta.

—Te preguntaría cómo has estado, pero creo que la casa de muñecas puede responder a eso.

Solté un suspiro.

—Estoy tratando de no pensar en ello, pero no funciona. Es decir...

—¿Es algo muy fuerte?

Sonreí.

—Sí, es bastante fuerte. —Moví un trozo de plátano por el plato y negué con la cabeza—. Zayne, no...

—¿Qué? —preguntó después de unos pocos segundos.

Levanté la mirada y lo miré a los ojos antes de perder el valor.

—No he sido completamente honesta.

—¿En serio? —replicó secamente—. No me había dado cuenta.



Me ruboricé.

—Lo siento, Zayne. No porque me pillaran, sino porque sé que te hice daño, y actué mal. Debería haber confiado en ti.

—Lo sé. —Puso la mano sobre la mía y me dio un suave apretón—. Estaba cabreado; una parte de mí sigue cabreada, pero es lo que hay.

Esperando que todavía quisiera respirar el mismo aire que yo después de haber descubierto lo que había hecho, retiré la mano y dirigí los ojos hacia mi helado, ya medio derretido. Decidí abordar el tema como si estuviera quitando una tirita.

—Tomé el alma de Petr.

Zayne se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño como si no entendiera del todo lo que había dicho, y después se reclinó en su asiento. Apartó las manos de la mesa mientras su garganta se movía. El silencio cayó como una bomba.

—Sé que te lo imaginabas cuando llegué a casa y estaba enferma. —Mis dedos retorcieron la cuchara—. Estaba defendiéndome, porque iba a matarme. No quería hacerlo. Dios, era lo último que quería hacer, pero no dejaba de atacarme, y no sabía qué más hacer. Le pasó algo extraño, Zayne. No se convirtió en un espectro, como le ocurriría a un humano. Se transformó, pero sus ojos eran rojos. Lo siento mucho. Por favor, no...

—Layla —dijo con suavidad. Me tomó la mano que aferraba la cuchara y separó mis dedos del mango con suavidad—. Sé que lo hiciste para defenderte, y que no tenías intención de hacerlo.

—Pero la expresión de tu cara... —Suspiré.

Me dirigió una sonrisa, pero era tensa.

—Estaba impactado. Como has dicho, sospechaba algo, pero pensaba que tan solo habrías probado su alma. No sabía que habías llegado... hasta el final.

La vergüenza fue como si me hubiera tragado un cubo de clavos. No podía evitar sentirla, a pesar de que sabía que lo más probable sería que estuviera muerta si no hubiera tomado su alma, dándome una prórroga hasta que apareciera Roth.

—Estás decepcionado, ¿verdad?

—Oh, Layla, esto no tiene nada que ver con que esté decepcionado. Te defendiste, y desearía que no hubieras tenido que hacerlo. No por lo que eres —mantuvo la voz baja—, sino porque sé lo enferma que te sientes después. Odio verte de ese modo. Odio verte de este modo. —Utilicé la mano libre para secarme por debajo de los ojos. Dios, estaba llorando—. ¿Ves? Te estás culpando por lo que hiciste. Y odio lo que te estás haciendo.

—Pero dijiste que era mejor que esto.

Hizo una mueca.

—Dios, ojalá nunca te hubiera dicho eso. Y, por cierto, la forma que tienes de verte es en parte culpa nuestra.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Se reclinó en su asiento y levantó las manos.

—Te hemos criado para que odies esa parte de ti. A lo mejor eso no era lo correcto, ya no estoy tan seguro. No estoy seguro de nada. —Se pasó los dedos por el pelo—. Lo que sí sé es que no me has decepcionado. No te odio. Jamás podría odiarte, incluso aunque no seas capaz de ver el placer de mojar regalices en chocolate.

Solté una risa estrangulada mientras pestañeaba para contener más lágrimas.

—Qué gracioso.

Su sonrisa fue un poco más real.

—¿Estás lista para salir de aquí?

Sorbiendo por la nariz, asentí con la cabeza. Recogimos nuestra basura y, una vez fuera, Zayne me pasó el brazo por encima de los hombros mientras caminábamos al lugar donde había aparcado. Me sentía bien estando así con él, volviendo a tener esa conexión. Era algo que hacía maravillas, y calentaba aquel punto helado en mi pecho.

Zayne se aseguró de que estuviera a salvo en el lado del copiloto antes de rodear el coche y meterse dentro. Me hizo sonreír.

Escuchando música de camino a casa, me reí mientras Zayne cantaba una canción pop que sonaba en la radio. Tenía muchas habilidades, pero cantar no era una de ellas. Mientras llegábamos al camino privado que conducía al edificio, me echó un vistazo. Había algo extraño reflejado en sus ojos, algo que había visto antes, pero que nunca había comprendido lo que significaba hasta que... hasta que llegó Roth. Noté que algo se hinchaba en mi pecho mientras él volvía a dirigir la mirada a la carretera.

—¡Dios! —exclamó, pisando el freno con fuerza.

Algo chocó contra el capó del Impala y resquebrajó el parabrisas.

Al principio pensé que un gorila demasiado grande había escapado del zoo y se había tirado desde alguno de los muchos árboles cercanos. Pero entonces vi los dientes serrados y olí el sulfuro. Solté un grito; un grito de verdad.

Era un Sicario Infernal.

Un Sicario Infernal grande, peludo y apestoso que acababa de hacer daños serios al preciado Impala de Zayne. Un pelo áspero y apelmazado cubría su enorme cuerpo. Sus gigantescos cuernos de carnero eran lo que había roto el parabrisas. Pero tenía que estar viendo visiones. Los Sicarios Infernales no tenían permitido ir a la superficie, por razones obvias.

Zayne estiró el brazo y me presionó contra el asiento mientras el Sicario Infernal trataba de alcanzar el interior del coche. Sus cuernos se atascaban en el metal, y parecía demasiado estúpido como para darse cuenta de que tan solo necesitaba bajar la cabeza para caber.

Soltó un rugido. Era como si un Tiranosaurio Rex te gritara en la cara.

—¡Zayne! —chillé, mientras las gruesas garras delanteras de la criatura se movían a unos centímetros de mi cara—. ¡Zayne!

—Layla, necesito que me escuches. —Se desabrochó el cinturón de seguridad con

una mano—. Necesito que mantengas la calma.

Las garras del Sicario alcanzaron el antebrazo de Zayne y le hicieron sangrar, pero él ni siquiera se inmutó.

—Oh, Dios mío —susurré, observando los hilillos de sangre que goteaban desde su brazo hasta mi regazo—. Zayne, tu brazo.

—Layla, vas a tener que salir corriendo cuando yo te lo diga. ¿De acuerdo? —dijo con tono de urgencia. Llevó el brazo hasta el botón de mi cinturón de seguridad y lo desabrochó—. Cuando te diga que corras, tú corres, y no quiero que mires atrás ni trates de luchar. No puedes luchar con esta cosa.

No quería dejarlo atrás, no con esa cosa atacándolo. Los Sicarios Infernales eran infames asesinos. Podían desgarrar a los Guardianes miembro por miembro utilizando su fuerza bruta.

—Pero puedo ayu...

Otro amplio zarpazo estuvo a punto de alcanzarme. Zayne me acercó a él y me bajó, presionando mi mejilla contra su muslo.

—Quédate abajo —ordenó—. Estate atenta a mi orden. Ya conoces el bosque. Vuelve a casa y busca a mi padre. No te detengas. Así es como puedes ayudarme.

El corazón me martilleaba con fuerza en el pecho. Asentí con la cabeza lo mejor que pude.

Su mano me recorrió la mejilla y el pelo. Cerré los ojos mientras el Sicario Infernal aullaba una vez más. Entonces Zayne abrió la puerta, y caí al asiento del conductor. El coche tembló mientras el Sicario Infernal cambiaba de objetivo, al ver al Guardián fuera del coche.

Se rio con un sonido gutural.

Sabía que debería quedarme pegada al asiento, pero me incorporé mientras el Sicario saltaba del coche. Pensaba que Zayne dudaría sabiendo que yo estaba cerca, pero no lo hizo.

Se transformó.

Las alas fueron lo primero en brotar, alzándose en arco hacia el cielo detrás de él, desplegándose a ambos lados de su cuerpo. Únicamente podía verlo de perfil, pero eso solo ya era bastante impresionante. Su piel se volvió de un gris oscuro, y su mandíbula se ensanchó mientras su nariz se aplanaba. Le salieron dos cuernos, muy parecidos a los del Sicario Infernal, pero los del Guardián eran negros como la noche y hermosos de una forma extraña. Se curvaron hacia atrás desde la cabeza, dándole un aspecto fiero. Como para recordarme que seguía tratándose de Zayne, una brisa jugó con su pelo rubio, haciéndolo flotar alrededor de sus cuernos.

Tomé aire de golpe, un jadeo que no debería haberse oído, pero Zayne se giró una fracción de centímetro hacia mí. El dolor atravesó su rostro mientras nuestros ojos se cruzaban durante tan solo un segundo. Por el rabillo del ojo vi que el Sicario Infernal se movía.

—¡Zayne! —grité, aferrándome al salpicadero.

Se giró de nuevo hacia el Sicario, y atrapó la gruesa mano antes de que pudiera agarrarlo. Todavía sujetando a la bestia, Zayne se inclinó hacia atrás y lo golpeó en el abdomen con el pie. El Sicario Infernal salió volando hacia atrás varios metros, gruñendo. Se puso en pie y echó a correr hacia el Guardián, y ambos chocaron con la fuerza suficiente como para hacer temblar el suelo y el coche.

Zayne se dobló por las rodillas y se lanzó al aire, llevando al Sicario Infernal con él. Desde las copas de los enormes robles, trazó un arco en el cielo y salió disparado hacia el suelo. Se estamparon contra la tierra, y el impacto se tragó un par de metros de carretera. Zayne puso en pie y rodeó el cuello de la bestia con un brazo musculoso.

—¡Vete! —gritó con una voz que era la suya, pero no lo era—. ¡Corre! ¡Vete!

Abrí la puerta de golpe, y casi me caí por ella. Me giré para mirar a Zayne. Había algo oscuro —¿sangre?— goteando de su nariz, y una zona irregular de la piel de su mejilla parecía de un gris más oscuro. El Sicario Infernal forcejeó, lanzando dentelladas.

—Vete —ordenó Zayne—. Por favor.

El demonio se aferró al brazo de Zayne. Lo último que vi fue a Zayne saliendo disparado hacia el aire. Ahogando un grito, me giré y salí corriendo. Traté de decirme que no estaba huyendo, que iba en busca de ayuda, pero con cada paso que me alejaba de Zayne me sentía como si me dieran una patada en el pecho. ¿Y si salía herido de verdad?

¿Y si moría?

No podía permitirme pensar eso. Seguí corriendo, consciente de que lo mejor que podía hacer era advertir al clan. Las ramas de los árboles me golpeaban la cara y se me enredaban en la ropa. Varias veces tropecé con una piedra o una raíz levantada, y tuve que parar la caída con las manos y después volver a levantarme. Era como una película de terror cutre, salvo porque lo que me perseguía no era un tío muerto con una máscara de hockey. De hecho, en realidad preferiría a ese tío antes que el Sicario Infernal, con su machete, su montón de víctimas y todo.

Seguí corriendo, con la garganta tensa y los músculos ardiendo. Una parte de mí se daba cuenta de que debería haber aceptado el ofrecimiento de Zayne de salir a correr con él. Estaba en muy baja forma.

Sopló un viento cálido que esparció hojas muertas por el aire. Cayeron encima de mí como una lluvia formada por rojos oscuros y marrones. Un sonido parecido a un chasquido atravesó la noche, seguido por otro y otro más.

Sentí que algo atravesaba el aire un segundo antes de que me rodeara la pierna y me derribara. Golpeé el duro suelo con los codos y me puse boca arriba, haciendo una mueca. Unas gruesas raíces de árboles me estaban subiendo por las piernas, apretando hasta que estuve segura de que iban a partirme los huesos. Frenética, sujeté el extremo de una raíz áspera y comencé a separarla con manos temblorosas, pero esta me empujó hacia delante, derribándome del todo. Varias piedrecillas se me clavaron en la espalda mientras me arrastraban por el suelo. Agité los brazos, tratando

de sujetarme a los pequeños arbustos. Cuando finalmente me detuve, el olor a sulfuro era asfixiante.

Se alzó sobre mí un segundo después, ocupando un espacio que había estado vacío. No tenía alma ni nada a su alrededor, y supe que era un demonio de Nivel Superior. Llevaba el pelo en una cresta al estilo *mohawk*, con las puntas teñidas de un rojo sangre. Parecía tener solo veintipico años, y llevaba un traje de raya diplomática que, además del hecho de que parecía ridículo en el oscuro bosque, era algo sacado de viejas películas de criminales. Incluso tenía una corbata roja de satén con un pañuelo a juego. Se me escapó una risita corta e histérica.

Y entonces me di cuenta de que ya lo había visto brevemente. El día que había estado esperando a que Morris me recogiera; él era el demonio que me vigilaba.

—Mi nombre es Paimón. Soy un Rey grande y poderoso, comandante de doscientas legiones —dijo con un distintivo acento sureño. Entonces me pregunté algo muy extraño: ¿el Infierno tendría norte y sur? Porque aquel tío era sureño. Se inclinó por la cintura, en una parodia de elegancia—. Y tú eres Layla, hija del Guardián Elijah y la demonio Lilith. Finalmente, después de todo este tiempo, tengo el placer de conocerte.

Paimón... Lo reconocía de la *Llave Menor*, era el que tenía el camello/caballo. No era necesario imaginar demasiado para concluir que me encontraba cara a cara con el demonio que quería invocar a los Lilin.

—Mierda.

Me incorporé, tratando desesperadamente de desenredar mis piernas, pero él alzó una mano y volví a quedar pegada al suelo, mirando al cielo nocturno sin nubes.

—No me lo pongas difícil, querida. —Tomé aire, moviendo las manos por la tierra. Encontré una roca, y la apreté hasta que sus bordes rugosos me cortaron la palma—. Me siento un tanto benévolo, así que voy a darte una oportunidad que jamás le he dado a nadie. Si vienes conmigo sin poner demasiados inconvenientes —me mostró unos dientes blancos y perfectos—, no haré una corona con los huesos de todos los que amas. Puedo prometerte riquezas más allá de tu imaginación, la libertad de ser lo que quieras y una vida envidiada por todos.

Sentía el peso de la piedra en la mano y estuve a punto de reírme otra vez.

—¿Quieres invocar a los Lilin?

—Ah, me alegra no tener que explicar mi deseo, aunque lo cierto es que tenía un discurso planeado. —Me guiñó un ojo color carmesí—. Siempre habrá tiempo más tarde, querida.

El miedo me atenazaba el estómago, pero me obligué a mostrar tanta bravuconería en mi voz como pude.

—Y después de utilizarme para invocar a los Lilin, ¿de verdad vas a dejarme vivir?

—A lo mejor —respondió—. Depende de lo feliz que me hagas.

—Sí, pues puedes irte al Infierno.

Paimón apartó la cabeza, y después volvió a mirarme. Su piel se fundió, revelando una calavera roja y unas cuencas oculares llenas de llamas. Su boca estaba abierta en un agujero grande y distorsionado, y el aullido que soltó me congeló el alma. Grité hasta quedarme sin voz, incapaz de moverme más que un par de centímetros hacia atrás.

Entonces volvió a ser un hombre guapo, y sonrió.

—Querida, eres un medio para lograr un fin... un fin que será maravilloso para mí. —Paimón se agachó junto a mí e inclinó la cabeza hacia un lado—. Ahora, puedes hacer que esto sea fácil o muy muy difícil.

Respiré hondo, pero me pareció que no conseguía meter suficiente aire en mis pulmones. Estaba preocupada por Zayne, y sabía que si dejaba que Paimón me capturara, jamás tendría la oportunidad de conseguirle ayuda.

—Vale. ¿Podrías... podrías quitarme estas raíces asquerosas de las piernas?

Paimón me mostró otra breve sonrisa y después movió la mano. Las raíces temblaron, se secaron y se convirtieron en nada más que cenizas en cuestión de segundos.

—Me alegra mucho que vayas a...

Giré el brazo con todas mis fuerzas y le estampé la piedra en la sien. Su cabeza salió disparada en dirección contraria, pero un segundo más tarde estaba mirándome y riéndose. ¡Riéndose! Unas llamas lamían la herida en el lugar donde debería haber manado la sangre.

Me agarró el brazo con fuerza.

—Bueno, bueno, eso no ha estado muy bien, querida.

Miré su cabeza ardiente.

—Dios.

—No precisamente. —Me obligó a ponerme en pie—. Da las buenas noches.

Abrí la boca, pero, antes de que pudiera producir ningún sonido, mi mundo se quedó a oscuras.

## Capítulo veinticinco

Comencé a tener conciencia de las cosas con lentitud. Las sensaciones fueron lo primero, lo cual fue el primer indicio de que algo iba muy mal. No podía mover los brazos ni las piernas. Estaban atados al suelo frío, y la cuerda era tensa y me cortaba las muñecas mientras me esforzaba por incorporarme.

Oh, mierda.

El olor fue lo siguiente. El aroma mohoso me resultaba familiar, envolviéndome la cabeza, pero no era capaz de recordar por qué exactamente. Cuando logré abrir los ojos, me encontré mirando unas vigas de metal.

Las velas no emitían demasiada luz, pero en el baile parpadeante de sombras pude distinguir una canasta de baloncesto sin tablón trasero. Mi mirada cayó y siguió unas marcas de arañazos visibles hasta que desaparecían en una línea blanca dibujada con tiza; un círculo. Unas líneas rectas se extendían hasta llegar a él. Giré la cabeza, haciendo una mueca ante el dolor sordo en mis sienes. Había más líneas al otro lado de mí.

Era un pentagrama ligeramente torcido. Oh, aquello iba mal.

Me encontraba en el viejo gimnasio en la planta más baja de mi instituto, atada en mitad de un pentagrama, y... ¿era eso un cántico? Dios. Estiré el cuello y traté de ver más allá de los cientos de velas blancas que seguían la circunferencia del círculo.

En las sombras, había cosas que se movían. Sus suaves parloteos y chillidos como de cerdos me congelaban por dentro. Eran demonios Mortificadores.

—Estás despierta. Bien —dijo desde las sombras una voz con un profundo acento sureño—. Pongamos en marcha el espectáculo.

Bajé la barbilla para mirar en dirección a mis pies. Paimón se había quitado la chaqueta y se había desabrochado la camisa roja. Fue hasta el borde del círculo, se detuvo y bajó la mirada. Dio un paso hacia atrás, y mis sospechas crecieron.

—¿No vas a entrar aquí? —pregunté.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Ese pequeño pentagrama torcido puede convertirse fácilmente en una trampa demoníaca, y mis mocasines Hermès no van a tocar siquiera esa tiza.

Cerré las manos en puños y noté cómo el anillo me mordía la piel.

—Eso va a hacer que sea difícil realizar el encantamiento, ¿verdad?

—En absoluto, querida —dijo mientras se arrodillaba. Esa cresta que llevaba

debía de medir más de medio metro de altura—. Para eso están los sirvientes. ¡Eh, sirviente!

A mi izquierda, otra forma salió de las sombras. No lo había visto antes, pero su sonrisa era más que escalofriante. Tragué saliva mientras mis ojos iban de un demonio a otro. Nadie iba a aparecer para salvar el día. No sabía si Zayne había sobrevivido al Sicario Infernal. Roth probablemente ni siquiera supiera que me habían capturado. Y, a menos que me librara de las cuerdas en plan Houdini, no iba a poder hacer gran cosa para defenderme. En ese momento supe tres cosas. Estaba jodida. La humanidad estaba jodida. El universo entero estaba jodido.

—Confieso que estoy decepcionado con Naberius. Debería haber logrado capturarte sin que yo tuviera que intervenir. Muéstrale lo disgustado que estaba.

El lacayo me mostró la mano izquierda. Le faltaban cuatro dedos, y solo le quedaba el central.

—Volverán a crecer. Lentamente.

—Dolorosamente —añadió Paimón con una alegre sonrisa, y a continuación se puso en pie con un movimiento fluido—. En fin, Naberius, derrama la sangre de Lilith. No tengo toda la noche.

Como un idiota obediente, Naberius cruzó el círculo cuidadosamente y se arrodilló. El corazón me dio un vuelco.

—Espera. —Naberius me agarró la mano con el único dedo, y un metal emitió un destello en su otra mano—. ¡He dicho que esperes!

Paimón suspiró.

—¿Ahora vas a suplicarme? ¿A pasarte al lado oscuro? Ya has tenido tu oportunidad, querida. Cuando acabe, voy a matarte. Bueno, probablemente me divertiré un poco primero, pero te mataré.

El pánico me atenazó la garganta, pero supe que si cedía ante él, sería el fin. Con el corazón latiendo, traté de alejar el brazo más cercano a Naberius, pero la cuerda no cedió.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —replicó Paimón, imitando mi voz.

—¿Por qué quieres hacer esto? —Tenía la boca seca—. ¿De verdad quieres desatar el apocalipsis? ¿De verdad piensas que va a funcionar?

Paimón inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿El apocalipsis? —Soltó una risa profunda que reverberó por el gimnasio—. Oh, querida, ¿eso es lo que piensan los Guardianes?

—Es también lo que piensan en el Infierno.

—¿El Jefe piensa eso? Fabuloso. Aunque el apocalipsis parece muy divertido, eso no me importa lo más mínimo.

Una oleada de sorpresa me recorrió.

—¿No... no quieres salir del Infierno?

—Oh, ¿qué demonio no quiere salir del Infierno? Mírame a mí, por ejemplo. He



servido al Jefe durante más de dos mil años. Nada me gustaría más que decir *au revoir* a esa vida, pero no estoy aquí por lo que quiero. Estoy aquí por lo que necesito. Al igual que tú, otro medio para lograr un fin.

—No... no lo entiendo.

Realmente no lo entendía. Sus labios, anchos y expresivos, se curvaron en una sonrisa burlona.

—Es un tanto irónico que no lo entiendas. Y también un poco triste.

—Ah, ¿sí? —Naberius me estaba toqueteando la mano, tratando de hacer girar el anillo—. Entonces, explícamelo. Si voy a morir, me gustaría conocer la verdadera razón por la que voy a hacerlo.

Paimón miró por encima del hombro, y después volvió a dirigir la mirada hacia mí.

—¿Alguna vez has estado enamorada?

—¿Qué? —Desde luego, no esperaba esa pregunta.

—He preguntado que si alguna vez has estado enamorada.

—Eh... —No lo sabía. Quería a Zayne, pero no sabía qué clase de amor era ese, y Roth... Pensaba que podría enamorarme de él, con el tiempo. O a lo mejor ya lo estaba en cierto sentido—. No lo sé.

—Interesante —respondió el demonio—. Cuando estás enamorado, te arriesgarías a todo con tal de asegurar la felicidad de tu amado. Incluso el fin del mundo. —Se encogió de hombros—. Cuando te separan de la persona que amas, harías cualquier cosa con tal de volver a estar con esa persona. Cualquier cosa. ¿Qué pasa? Pareces impactada. ¿Pensabas que los demonios no podíamos enamorarnos? Claro que sí. Nuestro amor es un poco oscuro y retorcido, y amamos hasta la muerte. La mayoría no querría recibir nuestros afectos, pero sentimos lo que sentimos igualmente.

No tenía ni idea de lo que tenía que ver el hecho de que estuviera enamorado con invocar a los Lilin, salvo que pensara que su amante podría reencarnarse en uno.

Puso los ojos en blanco.

—Está claro que todavía no lo has averiguado. Es tu madre, querida. Por eso es tan irónico.

—¿Lilith? —chillé.

—¿No puedes llamarla «mamá»? Estoy seguro de que eso le alegraría el corazón.

—No. No, no puedo.

Se paseó junto al círculo de tiza.

—Tu madre está atrapada en los fosos de fuego; el mismo lugar exactamente al que una trampa demoníaca enviaría a un demonio. Con el Jefe en el Infierno, nadie se acerca a los fosos ni sale de ellos, y la única forma que tengo de rescatarla es atraer al Jefe a la superficie. Se desate o no el apocalipsis, el Jefe se atreverá a salir a la superficie si los Lilin están allí. Y un minuto con mi amada vale el riesgo de una eternidad sin ella.

—Si saliera, dejaría los fosos sin vigilancia —comprendí. Cuando Paimón dio

una palmada en señal de aprobación, me sentí aturdida. ¿Todo aquel asunto había sido para liberar a Lilith porque la quería? Aquello era demasiado retorcido, y...

—¿Naberius?

—¡Espera! —El terror estaba comenzando a superar al pánico, lo cual era mucho peor—. ¿Cómo sabes que el encantamiento va a funcionar? Ni siquiera tienes la *Llave Menor*.

Paimón frunció el ceño.

—Como si necesitara la *Llave Menor*. Tenía a Lilith... la ayudé a escapar para que pudiera tenerte.

—¿La quieres, así que la ayudaste a que otro la dejara embarazada?

—Es la única forma de que pudiéramos estar realmente juntos. —Se encogió de hombros—. Y ahora estás lista. Puedo ver la mancha de tu alma.

No sabía qué me sorprendía más: que el demonio pudiera ver mi alma, que tuviera un alma, o que pensara que estaba manchada. Me limité a seguir mirándolo fijamente mientras seguía retorciendo la muñeca izquierda, esperando poder liberarla.

—Cuando descubrí que el Jefe había enviado a Astaroth a la superficie, pensé que era un regalo de cumpleaños. Evidentemente, el Jefe pensaba que necesitaba la *Llave Menor* y lo había enviado para ayudarme a obtenerla. —Eché la cabeza hacia atrás y se rio sonoramente—. ¿Podrían habérmelo puesto más fácil? Lo único que necesitaba era tiempo para que Roth te llevara a la cama, y realmente tan solo era una cuestión de tiempo. Es un demonio, después de todo. Puedo oler tu pecado carnal, Layla.

No sé qué pecado carnal estaba oliendo, porque no era ese. Comencé a señalarlo, porque aquello era un gran fallo en su plan. Mi virginidad se encontraba intacta, y si lo averiguaba, no habría forma de evitar que remediara el problema él mismo.

Estaba jodida, pero la humanidad y la Tierra no lo estarían si le dejaba creerlo. El encantamiento no funcionaría. Los Lilin no renacerían, y no conseguiría liberar a Lilith. Noté un entumecimiento hasta en los huesos mientras miraba al demonio. Probablemente iba a acabar muerta, pero debía tener una visión más amplia. Tal vez fuera la sangre de Guardián que había en mí lo que hizo que me fuera más fácil aceptar mi destino, porque no estaba preparada para morir. Había demasiada vida que no había experimentado. No era justo.

O a lo mejor era la humanidad que había aprendido de Stacey y Sam.

Dejé que mi cabeza cayera contra el suelo frío y levanté la mirada hasta las vigas oscuras. Junto a mí, Naberius finalmente logró que la joya del anillo estuviera en la dirección correcta. Bajó el borde desafilado de su cuchillo y rompió la superficie de la piedra.

Me mordí mientras el dolor explotaba en mi mano, y después una humedad fría y pegajosa se derramaba por mis dedos. En cuanto el líquido cayó al suelo en el interior del círculo, las velas parpadearon.

La charla y los cánticos cesaron.

—La sangre muerta de Lilith —dijo Paimón—. La sangre viva de la hija de

Lilith.

Vi un rápido destello en la mano de Naberius, y algo me cortó la muñeca. El corte no era profundo; en realidad, no fue más que un pinchazo del que fluyeron unas pequeñas gotas de sangre. Un delgado hilillo me corrió por el brazo y se acumuló en la parte carnosa de mi codo.

—Ahora —dijo el demonio—, tan solo está la cuestión de si has tomado un alma.

¿No sabía que ya había sucedido? Abrí los ojos mientras una nueva ansiedad me recorría. Paimón gritó algo en un idioma profundo y áspero. Hubo unos movimientos, y me esforcé por ver detrás de mí.

Unas sombras aparecieron, y mientras se acercaban a la luz, solté un grito. No. No. No. Aquello no podía estar pasando. Forcejeé salvajemente para librarme de las cuerdas.

Cuatro demonios Mortificadores se aproximaban, y cada pareja llevaba a un cuerpo encorvado. Dos de ellos llevaban a Zayne, y los otros dos, a Roth. Ambos parecían haber metido la cara en una trituradora. Tenían la ropa rota, y el cuello y el pecho manchados de sangre.

Paimón sonrió, como un padre complacido.

—¿Te estás preguntando cómo he conseguido que los demonios Mortificadores hagan mi voluntad?

—No —dije con sequedad.

—Piensa en todo el sufrimiento del que podrán alimentarse cuando los Lilin campen libremente por la Tierra —dijo de todos modos—. ¿Naberius?

El demonio se puso en pie y salió del círculo, con cuidado de no mover la tiza o las velas. En su mano, ese cuchillo...

Las velas parpadearon otra vez, y llevé la mirada hasta mi brazo. Una gota de mi sangre había caído al suelo, y lo estaba quemando como si se tratara de ácido. No había tiempo para preguntarme por qué.

—Volvamos a mi cuestión sobre el amor —dijo Paimón, que caminó hasta detrás de los Mortificadores que sujetaban a Roth y a Zayne—. ¿Los quieres? ¿Y si te pidiera que tomaras el alma del Guardián?

Comencé a notar un zumbido en los oídos mientras miraba fijamente la clara crueldad en los ojos de Paimón.

—No.

—Me imaginaba que no aceptarías tan fácilmente. —Paimón observó a Naberius, que estaba rodeando a Roth. Su cabeza oscura estaba inclinada, y sus hombros apenas se movían. Roth ni siquiera reaccionó cuando Naberius puso el cuchillo bajo su barbilla inmóvil—. Lo atraparon yendo al rescate del Guardián. ¿No es completamente ridículo? Un demonio ayudando a un Guardián... Claro que probablemente estuviera yendo a salvarte.

Tiré de las cuerdas hasta que mi piel y mis músculos ardieron.

—Suéltalos.

—Ah, tengo planeado hacerlo. —Paimón sonrió—. Si no tomas el alma del Guardián, entonces Naberius, aquí presente, estará encantado de cortarle la cabeza al Príncipe Heredero.

—Y tengo muchas muchas ganas de hacerlo —añadió el lacayo.

La palpitación de mi corazón se unió al zumbido de mis oídos, y el terror me inundó por dentro.

—No. No puedes... no puedes hacer eso.

Paimón se rio.

—Puedo, y lo haré. O bien tomas el alma del Guardián, o bien yo mato a Roth. Sé lo increíblemente ingenuas y estúpidas que son las adolescentes, pero seguro que no quieres ver degollado al chico que fue tu primera vez, ¿verdad?

Roth no había sido mi primera vez; nadie había sido mi primera vez, pero eso no significaba que pudiera permitir que aquello sucediera. Una furia intensa e impotente me atravesó por dentro, tensándome la piel.

—Y no morirá y ya está —continuó el demonio—. Oh, lo sentirá. —Se movió a la velocidad del rayo, agarró un mechón de pelo de Roth y tiró de su cabeza hacia atrás—. ¿Verdad que sí, Alteza?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Roth, y sus ojos se abrieron.

—Que te jodan —escupió.

—Esto es terriblemente aburrido. —Paimón soltó la cabeza de Roth, pero esta vez no cayó de nuevo. Sus ojos se encontraron con los míos, y estaban sorprendentemente alertas para alguien que parecía encontrarse en tan mal estado. Paimón miró a Zayne—. Roth acabará en los fosos de fuego, lo cual es peor que la muerte.

El terror provocó unos dolorosos nudos en mi estómago. No podía tomar el alma de Zayne y verlo convertirse en un monstruo, tal como le había pasado a Petr. Y no podía dejar que mataran a Roth.

—¿Cuál es tu respuesta, Layla?

Un rugido grave y terrible resonó en el pecho de Roth.

—Layla...

Mi mirada se deslizó hacia él. Tenía los ojos dilatados y resplandecientes.

—No puedo.

—No lo hagas —gruñó—. No...

El cuchillo se movió, apretándose contra su cuello hasta que manó sangre fresca.

—¡Para! —grité. Traté de cerrar las manos en puños, pero no podía hacer que se movieran—. ¡Para ya!

Paimón levantó una mano, y Naberius retrocedió.

—¿Sí?

—Layla, ¡no digas una palabra más! Tú...

El puño de Naberius silenció a Roth.

—No tengo que tomar su alma —dije con un jadeo—. Ya he tomado una, un alma pura.

Paimón me miró durante un momento, y después ladró una fuerte risotada.

—Vaya, vaya. Este es un desarrollo interesante de los acontecimientos.

—Sí. ¡Sí! Era un Guardián. Tomé su alma.

Estaba soltando aire con demasiada rapidez, y en patrones extraños. Una inspiración. Dos espiraciones.

—Vaya. Eso no me lo esperaba.

Parecía perplejo, y me pregunté si esa sería la mancha que había sentido, y que había confundido con todo eso de la actividad carnal. En cualquier caso, no importaba. Chasqueó los dedos.

Los demonios Mortificadores tiraron a Zayne al suelo, y él se quedó allí, un bulto inmóvil de carne y hueso. Un segundo más tarde, Naberius estuvo tras él y le agarró un mechón de pelo rubio. Tiró de su cabeza hacia atrás, exponiendo su garganta.

—Bueno, incluso aunque ya hayamos aclarado eso, ¿sabes lo que dicen de los Guardianes? —La sonrisa de Paimón se extendió lentamente por su rostro—. El único Guardián bueno...

Naberius agitó la daga de aspecto cruel, y colocó el letal filo junto a la garganta de Zayne.

—Es un Guardián muerto.

—¡No! —grité, y arqueé la espalda.

Los ojos inyectados en sangre de Zayne se abrieron en unas estrechas rendijas.

Eché la cabeza hacia atrás, y mi propio grito me resultó ensordecedor. Un montón de imágenes se me pasaron por la mente como un álbum de fotos, juntándose y chocando gloriosamente en un momento de puro dolor, mayor que cualquiera que hubiera conocido.

La furia desató al demonio que había en mi interior.

Mientras forcejeaba hacia delante, las cuerdas que rodeaban de mis brazos se tensaron. Los hilos se separaron, partiéndose por los extremos, y entonces la cuerda se rompió. Mis piernas quedaron libres, y segundos más tarde me puse en pie. No pasaba ningún aire por mi garganta. Lo que pasaba era fuego, quemando mi interior y derramándose por mis venas. Estaba ardiendo desde dentro. Los músculos se me tensaron, y mis manos se curvaron en garras. Mi visión se agudizó, y el mundo se tiñó de rojo. Los huesos se me quebraron en un estallido de dolor y después volvieron a soldarse. Tenía la piel estirada y cubierta de electricidad estática. Mi ropa se rompió mientras mi cuerpo cambiaba, expandiéndose con músculos fibrosos y creciendo. Mis zapatillas quedaron destrozadas, y caí a un lado.

Unas pequeñas hebras de pelo se elevaron por toda mi cabeza. Un dolor explotó en mi espalda, pero era bueno, la clase de dolor que provocaba un suave alivio mientras mis alas se desplegaban, arqueándose muy alto en el aire sobre mí.

Mientras levantaba las manos, me quedé aturdida. Mi piel era blanca y negra, convertida en mármol con una mezcla cambiante de ambas especies. Una hermosa combinación del Guardián y el demonio que llevaba mucho tiempo enterrado muy

profundamente en mi interior.

—¡Atrapadla! —gritó Paimón.

Los Mortificadores que habían estado sujetando a Zayne se lanzaron hacia mí en el mismo momento en que Roth se echaba hacia atrás, librándose de los demonios que lo sujetaban a él.

Con el piloto automático puesto, controlada por algo innato y vinculante, ni siquiera me detuve a pensar. Levanté la cabeza, mostré los dientes y siseé.

Atrapé al primer demonio Mortificador por la garganta y hundí las garras en él. Hubo un crujido satisfactorio, y después lo solté. Jugué con el segundo Mortificador, así que lo atrapé por el cuello y lo levanté en el aire. Soltó un chillido ronco parecido al de un cerdo que me hizo mostrar una sonrisa llena de dientes. Me giré y lo lancé a través de la pared, sobre las gradas.

Pasé por encima de las velas y extendí las alas.

Ensangrentado y apaleado, Roth me sonrió mientras dejaba caer a uno de los demonios Mortificadores.

—Sigues estando buena aunque seas un monstruo de piedra. —Bajó la mirada—. Quizás incluso más buena. Joder.

—¡Atrapadlos! —rugió Paimón—. ¡Matadlos! ¡Haced algo!

Volví la cabeza hacia donde estaba, al lado de Zayne. Me alcé del suelo y aterricé enfrente del demonio. Hice girar el brazo y le di un revés, lanzándolo por los aires como una peonza.

Me arrodillé junto al Guardián y lo puse boca arriba cuidadosamente.

—¿Zayne?

Tenía los ojos abiertos y estaba pestañeando con fuerza.

—Estoy bien. El corte no es profundo. —Rodeó mi mano con la suya; su mano humana sobre la mía. El contraste era aún más sorprendente, porque habíamos intercambiado los papeles. Su mirada recorrió mi brazo, donde las mangas de mi jersey se habían roto por las costuras. Separó los labios al echarme un buen vistazo.

—Eres...

—¡Layla! —gritó Roth.

Me giré por la cintura y lancé un golpe al demonio Mortificador que corría hacia mí. La cosa se derrumbó, pero había docenas más, si no cientos. El gimnasio entero estaba lleno de ellos. Y, detrás, había criaturas más grandes y peludas que rugían.

Sicarios Infernales.

—Estoy bien. —Zayne se puso en pie, tambaleándose—. Puedo luchar.

—Espero que sí —dijo Roth, levantando el brazo, y *Bambi* salió de su piel y se enroscó en el suelo entre nosotros—. Porque, si vas a quedarte ahí tirado sangrando, eres imbécil.

Entonces Roth se transformó. Su piel se volvió del color de la obsidiana, pulida y brillante. Era más grande que Zayne, que ya estaba en modo gárgola completo, y que yo. El tono de piel era diferente y no tenía ningún cuerno, pero el parecido entre

nosotros seguía siendo asombroso.

Los tres nos giramos como un solo ser.

Detrás de Paimón y Naberius, una horda completa de demonios esperaba.

Se lanzaron hacia delante en una masa caótica, y no hubo tiempo para pensar mientras los cuerpos chocaban los unos contra los otros. Derribé a un Mortificador, me aparté del camino de un Sicario Infernal y dejé pasar a *Bambi*, que salió disparada por los aires y clavó los colmillos en el cuello de la bestia. Se enroscó alrededor de la criatura, apretando hasta que el Sicario arqueó la espalda y rugió. Un humo negro salió de su boca abierta, y entonces explotó.

Roth fue a por Paimón, mientras que Zayne tenía un obvio asunto pendiente con Naberius, después del incidente con el cuchillo en la garganta. Eso era un asco, porque me hubiera gustado de verdad darle una paliza a ese imbécil en lugar de luchar contra demonios Mortificadores.

—Has sido un enorme grano en el culo —dijo Roth, caminando en círculos alrededor de Paimón—. El Jefe se lo va a pasar genial metiéndote atizadores calientes por donde nunca te da el sol.

—Vaya, si es el cachorrito inofensivo de la familia —siseó Paimón—. El Príncipe favorito y la pequeña mascota del Jefe.

—No hace falta que me odies. —Roth bajó al suelo, que tembló bajo su peso—. Solo estás celoso porque no te han dado permiso para regresar a la superficie desde la Inquisición. Siempre lo conviertes todo en un desastre.

—Mientras que tú eres un chico muy bueno. —Paimón agitó los hombros, y la tela se desgarró. Unas alas oscuras y retorcidas brotaron de su espalda, y el fuego se extendió por su piel hasta que no fue más que una llama con un traje de Armani—. Voy a disfrutar destrozándola. Quemándola desde dentro hasta fuera. Oirás sus gritos desde las entrañas del Infierno.

Roth rugió y se lanzó contra Paimón. Este se encontró con él a medio camino, y la colisión fue un estallido de llamas y después oscuridad. Retrocedí mientras Paimón lanzaba a Roth por los aires y lo tiraba contra un grupo de Sicarios Infernales. Roth voló hacia atrás, pero metió la mano en las llamas y sujetó a Paimón. Se giró, y tiró al Rey contra un grupo de Mortificadores.

Las puertas del gimnasio se abrieron de golpe.

Los Guardianes invadieron la habitación, destrozando a los demonios Mortificadores como si no fueran más que papel. Reconocí a Abbot y a Nicolai liderando el ataque. Se dirigieron directamente hacia el lugar donde *Bambi* tenía acorralado a un Sicario Infernal. El enorme monstruo se lanzó hacia delante y sujetó a la serpiente antes de que esta pudiera rodear a la bestia con su poderoso cuerpo.

*Bambi* voló hacia las gradas y se estrelló en ellas.

La preocupación por la serpiente me invadió mientras lanzaba a un Mortificador hacia el poste de baloncesto y comenzaba a avanzar.

—¿Layla? —La voz de Abbot resonó sonoramente en la habitación.

Me detuve y me giré hacia él. El aturdimiento de su voz, reflejado en su expresión, hubiera sido gracioso en cualquier otro momento.

—Supongo que no soy una mula... En realidad no.

Tal vez hubiera respondido, pero había un montón de demonios que matar y, por primera vez en mi vida, me lancé a la batalla. La fuerza de un Guardián me atravesó, tan embriagadora y poderosa como probar un alma. Las garras del demonio Mortificador ni siquiera me atravesaron la piel. Era más fuerte y rápida de lo que jamás podría haber imaginado.

Fui hasta Zayne y sujeté a Naberius desde atrás. El demonio se retorció salvajemente, pero lo mantuve en su sitio mientras Zayne atacaba y le arrancaba la cabeza.

No había tiempo para celebrar aquella pequeña victoria. Roth forcejeaba con Paimón, que sin duda había visto ya cómo sus sueños se destrozaban y salían ardiendo, y estaba tratando de emprender la huida. Comencé a avanzar hacia ellos, pero Zayne me detuvo.

—No. Se lo debo.

Iba en contra de mis instintos, pero me mantuve atrás mientras Zayne se metía por debajo del brazo de Paimón y lo sujetaba desde atrás. Los tres retrocedieron tambaleándose, y me di cuenta de que estaban llevando a Paimón hacia el pentagrama.

—¡Padre! —gritó Zayne, y Abbot se giró.

Iban a atrapar a Paimón.

Mientras los Guardianes terminaban con el resto de los demonios, Zayne y Roth sujetaron a Paimón en el pentagrama, boca abajo. Juntos, ataron a Paimón, tal como había estado yo unos minutos antes.

—Saluda al Jefe de mi parte —dijo Roth, clavando la rodilla en la espalda de Paimón mientras tensaba la última cuerda—. Ah, espera. No vas a hablar mucho. Más bien vas a gritar un montón.

Roth se puso en pie y tanto él como Zayne se giraron para salir de la trampa mientras Abbot se acercaba al pentagrama. Me di cuenta de que se había terminado. Por fin se había terminado todo. Mis ojos fueron desde Zayne hasta Roth. Ambos estaban en sus auténticas formas, que eran terroríficas al mismo tiempo que extrañamente hermosas.

En su forma demoníaca, Roth me guiñó un ojo.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Solté aire, y fue como deshacerme de mi piel. Mis músculos se relajaron y se encogieron. Unos pocos segundos después, volvía a ser yo, descalza y vestida con ropa destrozada y estirada.

Y entonces todo se fue al Infierno.

Paimón soltó un rugido inhumano, y su cuerpo se contrajo. Las cuerdas explotaron y salieron disparadas. El demonio se elevó y sujetó al objetivo más cercano, arrastrando a Zayne hasta el círculo. El corazón me dio un vuelco, y un grito



se me quedó ahogado en la garganta.

—¡Hazlo! —gritó Zayne, mirando a su padre con los ojos muy abiertos—. ¡Hazlo ya!

Se me congeló la sangre en las venas. Cualquier cosa que hubiera en la trampa demoníaca quedaría atrapada, fuera un humano, un Guardián o un demonio. Zayne iría a los fosos de fuego junto a Paimón.

El terror me invadió.

—¡No!

Roth se giró y, en un torbellino de movimiento, agarró a Zayne y lo libró de Paimón. Lo empujó fuera del círculo, y después rodeó al demonio con los brazos.

Entonces lo comprendí. No había forma de que Paimón se quedara dócilmente sentado en la trampa, y las cuerdas no iban a sujetarlo. Alguien tenía que hacerlo, y Roth acababa de tomar esa decisión.

—¡Sujétala! —gritó Roth, manteniendo a Paimón en la trampa—. ¡Zayne, hazlo!

—¡No! ¡No! —Corrí hacia ellos, y mis pies desnudos resbalaron sobre la sangre y la porquería, mientras Abbot tiraba la sal negra hacia la trampa—. ¡Roth, no!

En ese pequeño instante en el tiempo, tan solo una fracción de segundo, sus ojos dorados se cruzaron con los míos.

—Libre albedrío, ¿eh? Joder. Es una verdadera putada. —Y entonces sonrió, me sonrió; una sonrisa de verdad, mostrando esos profundos hoyuelos—. Me perdí por completo en el momento en que te encontré.

Se me rompió la voz, y también el corazón.

Los brazos de Zayne me rodearon, y entonces se giró, obligándome a caer de rodillas. Sus alas se estiraron, y se enroscó a mi alrededor mientras su cuerpo se inclinaba, protegiéndome.

Hubo un destello de luz roja, tan brillante e intensa que me cegó desde debajo de Zayne. Un fuerte viento rugió en el gimnasio. Grité. Grité de verdad, porque sabía que Roth no produciría ningún sonido mientras los fosos de fuego le daban la bienvenida. Y no dejé de gritar. Ni siquiera cuando el olor a sulfuro me ahogó. Ni siquiera cuando el aire abrasador nos golpeó, provocando que unas gotitas de sudor aparecieran en mi piel. Ni siquiera cuando el viento, el calor y el olor a sulfuro remitieron.

Entonces hubo silencio.

—Lo siento —susurró Zayne, y aflojó su agarre.

Me libré de él y di unos pocos pasos hacia el círculo quemado antes de que me cedieran las piernas. Caí de rodillas. El espacio donde Roth había estado con Paimón estaba quemado, y el suelo se había carbonizado.

Alguien me dijo algo. Tal vez Abbot o Nicolai, no importaba. No había nada que pudieran decir en ese momento. Roth se había sacrificado por mí; por Zayne. Un demonio había escogido una eternidad de sufrimiento por otra persona.

No podía soportarlo.

Las lágrimas descendieron por mis mejillas, mezclándose con la sangre y el hollín. Bajé la cabeza hasta que mi frente quedó descansando contra el suelo, e hice algo que no había hecho desde hacía una eternidad.

Recé.

Recé por Roth. Recé para que los Alfas intervinieran. Lo que había hecho se merecía una intervención divina. Recé para que los ángeles descendieran hasta el Infierno y se lo llevaran volando. Recé hasta que quise volver a gritar.

Pero las plegarias así no obtenían respuesta.

Algo frío y resbaladizo me tocó la mano, y levanté la cabeza con lentitud. Pestañeeé una vez, y después dos antes de creer lo que estaba viendo.

—¿*Bambi*?

La enorme serpiente se enroscó en mi brazo y levantó la cabeza hasta dejarla descansando sobre mi hombro. Una nueva oleada de lágrimas me nubló los ojos, pero no lo suficiente como para impedirme ver a un Guardián que avanzaba hacia nosotros con una expresión asesina en los ojos mientras miraba a *Bambi*.

—Hazlo y será lo último que hagas —le advertí con una voz que apenas reconocí. El Guardián se detuvo y después retrocedió. Nadie se acercó a nosotros.

Miré de nuevo al círculo. Cerca del poste de la derecha, un pequeño agujero había atravesado el suelo ardiendo. Probablemente fuera una respuesta del Infierno, y no tenía nada que ver con aquel punto quemado en el centro en el que Astaroth, el Príncipe Heredero del Infierno, había hecho algo muy poco demoníaco.

«Me perdí por completo en el momento en que te encontré».

Miré aquel punto.

Roth ya no estaba.

## Capítulo veintiséis



Me recogí los mechones de pelo rubio pálido en un moño desordenado en la nuca y me subí la camiseta. La tela parecía muy ligera entre mis dedos. A veces yo me sentía muy ligera.

En unos pocos días volvería al instituto, tras haberme recuperado milagrosamente de la mononucleosis, para deleite de Stacey y Sam. Habían cancelado las clases durante tres días después de la visita del Infierno al viejo gimnasio. Abbot y la policía habían convencido al equipo directivo de que habían logrado impedir alguna clase de ataque terrorista casero.

La población general seguía sin saber que los demonios caminaban entre ellos, y cuál era el verdadero propósito de los Guardianes. La amenaza de los Lilin había terminado, más o menos. Al menos, siempre que no hubiera más demonios enamorados de Lilith, o que quisieran desencadenar el fin del mundo. Las cosas estaban a punto de volver a la normalidad, como si octubre y noviembre jamás hubieran existido. Por lo tanto, todo iba bien, al menos para los Alfas y los Guardianes.

Yo no me había transformado desde aquella noche, hacía no mucho tiempo.

Tal vez no volviera a hacerlo jamás, y Abbot no me había presionado con el tema. Ya no era una mula, pero tampoco era como los demás Guardianes. Si acaso, ahora que sabía el aspecto que tenía realmente, me sentía más diferente de lo que lo había hecho antes.

También trataba de no pensar en Petr y en mi padre, pues sabía que Elijah seguía ahí fuera y probablemente estuviera planeando mi muerte prematura. Aunque eso no me importaba demasiado. Ya me ocuparía de él cuando llegara el día.

Pero, por el momento, tenía cosas más importantes de las que preocuparme.

Mis ojos se movieron hasta el espejo, y al igual que cada día desde el enfrentamiento en el viejo gimnasio, me sorprendí. Probablemente pasarían años hasta que me acostumbrara a lo que veía.

Me retorcí delante del espejo, y me sentí extrañamente aliviada y reconfortada por lo que veía en el reflejo. Mi nuevo e inesperado tatuaje servía como un recordatorio agridulce.

Bajé la mirada y solté aire de forma irregular mientras unas lágrimas me quemaban los ojos. *Bambi* se había fusionado con el único demonio que quedaba en

pie. Conmigo. Era demasiado grande para mí, pero estábamos intentando que funcionara. En ese momento, la parte inferior de su cuerpo me rodeaba el torso, y su cuello grueso de un ónice brillante se extendía entre mis pechos y subía por mi cuello. La cabeza con forma de diamante descansaba detrás de mi hombro. De algún modo, el detalle seguía impresionándome. Cada escama estaba perfectamente replicada, y también la línea que recorría el centro de su cuerpo y el vientre, más suave.

Me pasé la mano por encima del ombligo, y la cola se agitó. El movimiento me sobresaltó, e incluso me hizo un poco de cosquillas.

—Tienes que dejar de hacer eso —le dije.

*Bambi* movió la cabeza y me estremecí, pues la sensación me provocaba escalofríos. La serpiente compartía algunos rasgos de la personalidad de Roth. En el escaso tiempo que había estado conmigo, pensaba de verdad que vivía para encontrar nuevas formas de atormentarme. Como cuando en mitad de la noche quería salir de mi piel para ir a cazar. Me daba miedo averiguar siquiera lo que cazaba.

Tan solo esperaba que no fueran animales pequeños... o niños.

O cuando se movía en mi piel para quedar visible cuando estaba con Zayne, tal como imaginaba que habría hecho Roth si...

Me puse bien la camiseta y atajé aquel pensamiento, pero la parte posterior de la garganta me quemaba. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces, volviendo a concentrarme en *Bambi*.

El día anterior se había movido hasta un lado de mi cara mientras Zayne veía una película conmigo, y no quiso marcharse, sin importar lo que hiciera.

Zayne trató de ignorarla, pero eso tan solo sirvió para provocar a *Bambi* y que saliera de mi piel y le pusiera la cabeza justo encima del muslo.

Así que sí, la serpiente era como Roth.

Un golpe en la puerta atrajo mi atención.

—¿Sí?

Zayne entró, con el pelo recogido en una coleta baja. Estaba esperando que viniera, y no solo porque últimamente pasábamos mucho tiempo juntos. En realidad no hablábamos de lo que había ocurrido ni de lo que Roth había hecho por él, por nosotros, pero sabía que le molestaba no saber qué decir.

Yo tampoco lo sabía.

Así que habíamos pasado mucho tiempo juntos desde entonces, y no había palabras suficientes en este mundo para demostrar mi gratitud. La presencia de Zayne había hecho lo que Roth sabía que haría. Había mantenido a raya la parte más áspera y oscura del dolor. Nuestro lazo desde la infancia era como un amortiguador que bloqueaba la dura realidad de que había perdido una parte de mí antes de tener oportunidad siquiera de darme cuenta.

—¿Estás seguro de que quieres ir conmigo? —pregunté.

—Sí. —Su mirada bajó hasta el dobladillo de mi camiseta—. Dios, odio que esa

cosa no deje de moverse por todo tu...

—¿Cuerpo?

Un rubor rosado se extendió por sus mejillas.

—Sí, eso.

Me reí con suavidad.

—Oye, que *Bambi* es una chica.

—Eso no hace que sea mejor —gruñó mientras alcanzaba mi sudadera y me la entregaba. La tomé.

—Creo que le gustas. —Me puse la prenda y me subí la cremallera de la parte delantera—. Creo que por eso se mete contigo.

—Yo creo que me odia, y esa es la razón. —Estiró el brazo y tiró de los cordones de la sudadera para que estuvieran a la misma altura—. Esa serpiente es una...

La cola de *Bambi* se deslizó de pronto por mi cintura, y di un salto hacia un lado, soltando una risita.

Zayne bajó las manos.

—¿Qué pasa?

—*Bambi* —expliqué—. Se está moviendo... me hace cosquillas. —Zayne entrecerró los ojos, y las comisuras de sus labios bajaron un poco—. Esa cara de cabreo no ayuda. La provoca. —Sonreí cuando puso los ojos en blanco, pero la sonrisa enseguida se desvaneció al pensar en lo que teníamos que hacer—. ¿Estás listo?

—¿Lo estás tú?

—No —susurré, y después sacudí la cabeza—. Sí.

Zayne esperó.

—No pasa nada. Tómate el tiempo que necesites. Estoy aquí contigo.

Tal como Roth había sabido que lo estaría.

\* \* \*

Aparcamos a varias manzanas del apartamento de Roth, y Zayne esperó en un pequeño aparcamiento un bloque más abajo. No me pareció que a los demonios les hiciera mucha gracia la presencia de un Guardián, aunque Zayne no fuera a intentar nada. No estaba muy segura de lo bienvenida que sería yo con mi sangre de Guardián, pero eso no iba a detenerme.

Respiré hondo, abrí las puertas y entré en el opulento vestíbulo, mirando a mi alrededor. Había pocos demonios. Uno de ellos sentado en un sofá, bebía una taza de café mientras trasteaba con su móvil.

Levantó la mirada, me vio y después volvió a su pantalla. Vale. Fui hasta la escalera y llegué a mi destino sin interrupción. Alcancé la puerta de la escalera, pero mi mirada fue hasta el ascensor que había cerca... el portal al Infierno.

—Sé lo que estás pensando.

Me giré.

—Cayman.

El dirigente infernal inclinó la cabeza en señal de saludo.

—No tienes forma de bajar y encontrar a Roth. —Abrí la boca para contestar, pero él continuó hablando—: Si no te come la primera docena o así de demonios que te encuentres y llegas realmente hasta los fosos, el Jefe no va a dejarte pasar de todos modos.

Solté aire ásperamente y eché un vistazo a las puertas del ascensor.

—No soy lo bastante estúpida como para intentarlo.

—No. No lo eres. Pero un momento de desesperación podría haberte llevado a tomar una decisión muy poco inteligente. No es lo que Roth hubiera querido.

Cerré los ojos.

—Odio que habléis de él como si estuviera muerto.

—¿No es así como piensas en él?

Una afilada punzada de agonía que me iluminó el pecho me dijo que sí.

—Tan solo quiero ir a su apartamento, eso es todo. Tenía unos gatitos...

—Ah, ¿los tres monstruitos? —preguntó—. Eran tatuajes.

Abrí mucho los ojos.

—¿En serio? Nunca se los vi puestos.

Cayman pasó junto a mí y abrió la puerta de la escalera.

—Raramente los llevaba. No sé si los tenía aquella noche, no había pensado en comprobar su habitación.

—¿Vas a dejarme entrar?

Hizo un gesto en dirección a la escalera.

—Después de ti.

Subimos en silencio hasta la planta superior, y cuando el demonio abrió la puerta de Roth los músculos de las piernas me ardían.

Cayman permaneció en el exterior cuando entré. No sé qué era lo que estaba esperando sentir al entrar, pero nada podría haberme preparado para el doloroso vacío que se abrió en mi corazón ante el aroma almizcleño.

Las cosas estaban tal como Roth las había dejado, o eso suponía. Había un libro en su escritorio, boca abajo, y al tomarlo vi que eran los *Cuentos de Poe*. Sonreí débilmente y lo dejé tal como lo había encontrado. No sé por qué, pero no quería mover sus cosas.

Me senté en su cama y esperé a que las bolitas de pelo se materializaran y se pegaran a mi piel expuesta, pero no lo hicieron. Y aun así me quedé ahí sentada, recorriendo con la mirada las paredes, los libros, el televisor y todas las pequeñas cosas que hacían real a Roth; que lo convertían en algo más que solo otro Príncipe Heredero.

Tragué saliva con fuerza, me arrodillé y levanté la colcha. Los gatos no estaban. Miré debajo del piano. Nada. Lo mismo en el cuarto de baño. El armario estaba

sorprendentemente vacío, y me pregunté de dónde sacaba Roth su ropa. Comprobé todos los rincones y rendijas del *loft*, pero los gatitos no estaban.

Miré el pasillo, más allá de la puerta abierta.

Cayman estaba esperando.

—Debía de llevarlos puestos.

Asentí con la cabeza. No sabía si debería sentirme aliviada o no, pero al menos no se habían quedado ahí para morir de hambre. Claro que tampoco tenía ni idea de lo que comían, probablemente fuera sangre.

—Tan solo necesito un segundo más —dije.

Cayman me dirigió una débil sonrisa y yo me giré para abrir la puerta que daba al tejado. Subí la escalera una última vez. El jardín estaba en flor, y el nudo en mi garganta creció. ¿Un demonio aficionado a la jardinería? Roth... Dios, Roth no era más que sorpresas.

Observé los divanes y los toldos que se movían con suavidad, suspiré y avancé hasta el borde del tejado. El dolor en mi interior era demasiado real, y lo cierto era que no podía imaginar que se fuera. La lógica me decía que algún día desaparecería, pero...

El olor dulce y almizcleño salió de la nada, superando los aromas de las flores que me rodeaban. Se me puso la piel de gallina mientras un escalofrío me recorría el cuerpo.

Me di la vuelta, con el corazón latiéndome contra las costillas.

—¿Roth?

Allí no había nadie, pero seguía oliendo su aroma mientras mi mirada volvía al diván. Algo metálico me llamó la atención. Me acerqué y encontré una cadena de plata enrollada en la pequeña mesa junto al diván. No estaba allí unos segundos antes. La tomé, y la sorpresa me dejó sin aliento.

Era mi cadena; la que había roto Petr. Pero habían arreglado los eslabones, y limpiado el metal hasta que estuvo reluciente y nuevo. Sabía que era mía porque nunca había visto una cadena con unos detalles tan intrincados, como si fuera a juego con el anillo. En cierto modo, supuse que sería así.

Las lágrimas me obstruyeron la garganta mientras me giraba con lentitud. No podía haber sido... Pero ¿de dónde había salido el collar?

—¿Roth? —susurré, y la voz se me rompió en mitad de su nombre—. ¿Estás aquí?

No sé qué es lo que esperaba. ¿Que saliera de la nada delante de mí como hacía normalmente? No lo hizo. Bajé la mirada hasta la cadena. Antes no estaba allí.

Una brisa cálida, más como un suave soplo de aire, me acarició la mejilla e hizo que el corazón me diera un vuelco, y después... después el aroma almizcleño se desvaneció, como si nunca hubiera estado allí.

Cerré los dedos alrededor de la cadena, la presioné contra mi pecho y cerré los ojos con fuerza. El dolor aumentó hasta que estuve segura de que iba a derrumbarme.

Dios, por mucho que odiara llorar, respetaba esas lágrimas que se escapaban de mis párpados bien cerrados. Significaban algo. Significaban todo. Eran la única forma que tenía de pagar a Roth por lo que había sacrificado.

Cayman seguía esperando en el pasillo cuando regresé.

—Me ocuparé del jardín.

Pestañeé lentamente.

—Gracias.

No hablamos mientras bajábamos la escalera y me dirigía hacia la puerta, con el corazón y los pensamientos irrevocablemente pesados. No sabía lo que significaba el collar, si no lo había visto al principio o si su aroma era simplemente un producto de mi imaginación esperanzada. No estaba segura, pero la mano que sujetaba la cadena me tembló.

—¿Layla?

Me giré hacia Cayman.

—¿Sí?

Sonrió un poco. Era más bien una mueca, pero suponía que contaba para ser un demonio.

—¿Sabes?, los demonios no mueren cuando van a los fosos de fuego. Roth hizo su trabajo, Layla. Vino aquí para evitar que invocaran a los Lilin. —Clavó los ojos en los míos—. Los fosos de fuego son una especie de viaje solo de ida, pero el Jefe es de la vieja escuela, y Roth ha sido el Príncipe Heredero favorito del Jefe hasta el momento.

Tomé aire, pues todo aquello era demasiado reciente para dejar que esa pequeña chispa de esperanza creciera.

—¿Qué quieres decir? —Con las manos todavía temblando, le tendí la cadena para que la viera—. He encontrado esto en el tejado. No estaba allí cuando he llegado, y después ha aparecido.

La sonrisa de Cayman se ensanchó un poco, y después se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos. Se giró y atravesó el vestíbulo. A medio camino entre los sofás y los sillones, me echó un vistazo por encima del hombro y me guiñó un ojo. Entonces desapareció en un parpadeo.

La esperanza y la incredulidad luchaban en mi interior. Quería creer, necesitaba creer que Roth no se encontraba en esos fosos. Que estaba bien, que era él quien había dejado el collar para mí. Eso hacía que enfrentarme al mañana fuera un poco más fácil, pensando que tal vez hubiera una posibilidad de volver a verlo. Algún día.

No sé durante cuánto tiempo permanecí allí de pie, pero finalmente me obligué a moverme. Zayne debía de estar poniéndose nervioso ahí fuera.

Salí del edificio de apartamentos e inhalé el aire fresco. Zayne estaba esperándome donde lo había dejado, tal como había dicho que haría. Sintió mi presencia y levantó su cabeza dorada. No sonrió. Diera o no voz a lo que sospechaba que eran mis sentimientos por Roth, y si estaba de acuerdo o no con ellos, sabía de



todos modos cómo me sentía.

Por impulso, me llevé la mano hasta el anillo. Salió con facilidad, y la luz se reflejó en la superficie quebrada. Sin la sangre de Lilith, se parecía más a una piedra normal. Realmente no había ninguna necesidad de que me lo quedara, pero no podía deshacerme de él. Todavía no.

Cuando le entregué la cadena y el anillo a Zayne, pareció saber qué hacer con ellos. La zona donde *Bambi* se había tatuado en mi brazo me picaba muchísimo. Resistí la necesidad de rascarme hasta desollarme la piel mientras Zayne metía el anillo en la cadena.

—¿Has... has hecho lo que tenías que hacer? —me preguntó, apartándose un mechón de pelo rubio que se había escapado de su coleta.

Me aclaré la garganta, pero el nudo seguía estando ahí.

—Creo que sí.

Zayne movió los dedos y yo me giré, obligándome a respirar hondo otra vez. Mientras me cerraba la cadena detrás del cuello, mi mirada fue hasta el *loft* de Roth. Las ventanas estaban demasiado oscuras como para ver su interior. No había nadie dentro, pero de haberlo yo no lo vería.

—¿Estás lista? —me preguntó Zayne.

El dolor de mi pecho disminuyó un poco mientras miraba sus ojos azules. Traté de sonreír para él, y creo que el pequeño esfuerzo lo alivió. Sabía que no iba a aovillarme y marchitarme por haber perdido a Roth. De todos modos, había momentos en los que era lo único que quería hacer.

Me metí el collar por debajo del jersey y di unos golpecitos al lugar donde descansaba entre mis pechos.

Me ofreció la mano.

Y yo se la tomé, entrelazando mis dedos con los suyos. Bajamos la calle en silencio. El corazón se me aceleraba con cada paso que me alejaba más de todo lo que me recordaba a Roth. No podía parar, a pesar de que quería girarme y correr hasta su apartamento, y acampar allí hasta que... hasta que pasara una eternidad. De vez en cuando miraba por encima del hombro, buscando una cabeza de pelo oscuro y una sonrisa que me enfurecía y me emocionaba. Me esforcé por escuchar a alguien tarareando *Paradise City*. Entre todas las caras que abarrotaban la calle, no vi la que estaba buscando.

Pero pensé en el collar y en el guiño de Cayman, y me pregunté si algún día volvería a encontrarla.

## El abogado del diablo



Tener a Layla en el lugar que llamaba «hogar» era abrumador. Cada célula de mi cuerpo era hiperconsciente de cada vez que tomaba aire, cada vez que se movía, aunque fuera mínimamente. Que estuviera allí hacía que notara un cosquilleo en la piel por las ganas de cambiar de forma.

Y, joder, eso probablemente estuviera más que mal.

Layla estaba sentada en el borde de la cama mientras yo metía las cajas de arroz sobrante en el frigorífico. Me quité las botas, observándola por el rabillo del ojo. Estaba toqueteando las mangas de su camiseta, y después sus ojos fueron hasta los extremos de su pelo y comenzó a jugar con los mechones de un rubio pálido.

Dirigí el cuerpo hacia ella sin darme cuenta realmente, e incliné la cabeza hacia un lado. El depredador que era tomó aire profundamente, saboreando el olor cítrico del nerviosismo. Una parte de mí quería abalanzarse sobre ella, pero la otra parte, el extraño que parecía haberse colado en mi interior, se contuvo.

Dirigió la mirada hacia mí y después la apartó, asustadiza como un potro recién nacido. Los demonios como yo disfrutaban de las emociones humanas, especialmente las que derivaban de alguna debilidad. Estaba en mi naturaleza explotar eso, explotarla a ella.

Ni una sola parte de mí era humana, y mi verdadera naturaleza no estaba domesticada, pero estar con ella era... diferente.

Me recliné contra la pared y sonreí ligeramente mientras ella se envaraba.

—Estás nerviosa.

Levantó su pequeña barbilla redondeada.

—No, no lo estoy.

El dragón de mi estómago se movió en respuesta a su negación, y me reí.

—Puedo oler tu nerviosismo, Layla. No puedes mentir sobre ello.

Arrugó la nariz mientras se llevaba las rodillas al pecho y se rodeaba las piernas con los brazos.

—¿Tú no estás nervioso? ¿Qué pasa si la *Llave* no está ahí? ¿Qué pasa si está, pero están custodiándola? Dudo que podamos entrar, sacar el libro y ya está.

Como si estuviera preocupado por eso.

—No estaba hablando de eso. —Me aparté de la pared y me dirigí hacia ella. El olor como a naranjas se incrementó, y ralenticé el paso. Me senté junto a ella y puse las manos cerca de sus pies desnudos. Eran unos pies pequeños, y unos dedos pequeños, pintados de rosa. Demonios, todo en ella era pequeño. Todo salvo su

personalidad y su valor—. Pero, para responder a tu pregunta, no, no estoy nervioso. Da igual lo que se nos eche encima, seré capaz de ocuparme de ello.

Frunció los labios.

—Vaya, sí que eres especial. Qué arrogante, ¿no?

—Soy muy especial, pero eso ya lo sabes. —Me acerqué más a ella, porque no podía evitarlo, aunque no es que lo hubiera intentado siquiera, y puse la barbilla sobre sus rodillas. El olor a cítricos se incrementó y después decayó—. Te sientes nerviosa porque estás aquí conmigo.

Sus labios ligeramente rosados se separaron y, maldita sea, recordaba el sabor y el tacto de esos labios. Había pasado una perturbadora cantidad de tiempo pensando en ellos.

—Me pones nerviosa —dijo.

Mi boca se curvó en una sonrisa mientras me enderezaba, acercándome más al objeto de mi obsesión.

—Deberías estar nerviosa.

—Eso es muy reconfortante.

Se quedó inmóvil.

Solté una risita, y después me giré. Fui hasta los estantes repletos, y pasé los dedos por los lomos hasta que encontré el que estaba buscando. Miré por encima del hombro y observé cómo el rubor se extendía aún más por sus mejillas.

—¿Vemos una película?

Asintió con la cabeza.

Tras poner la cinta, me estiré en la cama y esperé. No tuvo que pasar ni un minuto.

—¿*El abogado del diablo*? —dijo, y tuve que dirigirle una sonrisita—. Buena elección.

Sacudió la cabeza, y su propio perfume me inundó. Era una mezcla de vainilla y melocotones. Me gustaba. Me gustaba mucho. En el Infierno, todo olía a sulfuro y sangre.

Hogar, apestoso hogar.

—Tú ponte a verla y disfruta —dije.

Layla se centró en la pantalla, pero sabía que no estaba prestándole atención. Ni por asomo. Estaba inquieta hasta el punto de que me quedé esperando a que saliera de su propia piel, pero después de un rato su ansiedad disminuyó y se convirtió en... otra cosa.

Inhalé, y el corazón me latió contra las costillas. Un aroma dulce y fuerte me envolvía los sentidos.

Vaya.

El corazón me dio un vuelco más, y el pulso se me aceleró. Dirigí la mirada hacia ella, y recorrí sus mejillas ligeramente sonrojadas. Prácticamente sabía lo que estaba pensando. Joder, sabía exactamente adónde estaba yendo su mente.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó mientras respiraba hondo y después se tumbaba junto a mí. Mi pecho dejó de moverse. Respirar estaba sobrevalorado. ¿Iba a...?

Se acercó a mí, presionando mi muslo con el suyo, y puso una mano pequeña sobre mi pecho. Por el amor de todo lo que es impío, la respuesta de mi cuerpo me azotó como el viento de los fuegos del Infierno.

Layla no se movió. Yo seguía sin respirar, y sabía, lo sabía, que era completamente inocente y no tenía ni idea de lo que estaba empezando realmente, de la puerta que estaba abriendo.

—Layla... —Sobresaltada, apartó la mano, pero yo le atrapé la muñeca moviéndome tan deprisa como una serpiente atacando—. ¿Qué estás haciendo? —pregunté.

Su pecho subió bruscamente, pero no respondió. No hacía falta que lo hiciera; el aroma pesado e intenso me lo decía todo. Me giré para ponerla boca arriba, y mis brazos la atraparon por debajo de mí.

Nuestras miradas se encontraron. Tenía los ojos muy abiertos, y todo por lo que sentía curiosidad estaba estallando a través de esos discos de un gris pálido. Un escalofrío me estremeció mientras me apartaba. Buena parte de mí quería comérsela.

En más de un sentido.

—Soy un demonio, Layla. Lo que veo en tus ojos y lo que siento en tu cuerpo es algo que voy a tomar; no te equivoques. Te daré una oportunidad. Cierra los ojos y lo dejaré correr. —No cerró los ojos—. Layla.

Una serie de intensos cosquilleos descendió por mi columna vertebral. No sabía lo que era, pero una vocecita en la parte posterior de la cabeza me advirtió de que fuera lento, de que reprimiera las necesidades más primarias. Qué raro. En toda mi vida jamás me habían importado una mierda las preocupaciones de nadie, sus miedos, sus inquietudes o su falta de experiencia. Ni una sola vez.

Pero con Layla...

Estaba pensando demasiado.

Bajé la boca hasta la suya y la besé. Nada de esa gilipollez de la primera vez que nos habíamos besado. Tomé su boca y, cuando gimió, casi perdí el control. Sus emociones estallaron por todas partes cuando sintió el *piercing* de mi lengua.

Subió las manos y las hundió en mi pelo. Cuando tiró de él, la pequeña chispa de dolor produjo un profundo gruñido en mi garganta. Deslicé la mano por su espalda hasta llegar a su cintura y a su pierna, y rodeé mi cintura con su muslo. Jadeó en el beso mientras nuestros labios seguían pegados, y no podía tener duda alguna en su mente de que yo estaba sintiendo aquello. Lo estaba sintiendo de verdad.

Pero quería más. Joder, siempre quería más.

Mi mano se metió bajo el dobladillo de su camiseta. Al primer roce de su piel desnuda en mi mano me sentí como si jamás hubiera tocado a una chica. Era patético. Y ligeramente perturbador. Pero lo único en lo que podía pensar era en lo suave que

era su piel.

Y entonces me cambió las tornas de golpe. Pam. Así de fácil.

Su cuerpo se movió bajo el mío, atrayéndome hacia ella, y mientras sus manos me recorrían la parte inferior del estómago, solté todo el aire que había estado conteniendo en un áspero gruñido. Su tacto era vacilante e inseguro al principio, y de algún modo eso me desarmaba más de lo que podía haber hecho la caricia más experta.

Me separé de ella, me quité la camiseta y la tiré a un lado, dándole más acceso. Sus ojos me recorrieron con lentitud, tocando cada cicatriz de mi piel y deteniéndose en algunas zonas, especialmente donde descansaba el dragón.

Cuando levantó la mirada hacia la mía, algo dio una sacudida en el interior de mi pecho. No lo entendía. No quería pensar demasiado en ello. Volví a unir mi boca a la suya, la tumbé y después la levanté, besando sus mejillas y cada centímetro de su piel mientras acariciaba su hermoso rostro.

Me perdí en la sensación de sus labios durante un rato, y entonces las manos me temblaron mientras le quitaba el jersey y lo tiraba a dondequiera que hubiera aterrizado mi camiseta. Ella estaba dispuesta, y llevó las puntas de los dedos hasta el botón de mis vaqueros. Ah, sí, mi cuerpo se preparó y se dio cuenta de adónde estaba yendo.

Pero entonces hice lo más extraño del mundo.

Atrapé sus manos y las aparté, y entonces fueron mis dedos los que exploraron un poco. Pero los sonidos, su forma de moverse, me estaban volviendo loco. Maldita sea, notaba cómo se me tensaba la piel, y cada pocos segundos era como si una onda sísmica me recorriera.

Mi cuerpo se movió y supe que la estaba aplastando contra mí, pero no podía parar. Nuestros cuerpos estaban apretados en todos los lugares correctos. Mis caderas se movían contra las suyas, imitando exactamente lo que quería hacer. La sensación de su piel contra la mía me dejó temblando. Nadie... nadie tenía esa clase de poder sobre mí, pero cuando volví a besarla, cuando nuestros labios se fundieron y el beso se volvió ardiente y se profundizó, fue la primera vez que probé el cielo.

Me clavó los dedos en los brazos mientras bajaba la mano, por debajo de su pecho, alrededor de su ombligo y después más abajo... y más abajo todavía. La observé fijamente, incapaz de apartar la mirada mientras sus pupilas se dilataban.

—Roth, no... No sé...

—No importa —susurré, rozando mis labios con los suyos, y joder, era verdad que no me importaba. No lo comprendía. A mi cuerpo sí que le importaba, pero a mí no... realmente no—. Esto es por ti. Sí, es totalmente por ti. —La verdad de aquello fue como un puñetazo en el pecho—. Me desarmas. No tienes ni idea de cómo me desarmas.

Layla tomó un aliento entrecortado, y después demostré mis palabras. Todo era por ella, y me regocijé en ello. ¿Tocarla de ese modo? ¿Abrazarla mientras su cuerpo

cedía? ¿Oír los suaves sonidos que producía? Sí, todo era por ella, y merecía totalmente la pena.

Pero entonces soltó un gritito, y también... joder... supe cómo debía de sonar el cielo. Quedé aturdido. Hecho añicos. Completamente destrozado. Ni siquiera sabía quién o qué era. Lo único que podía hacer era abrazarla, y esa parte dentro de mí, ese aspecto extrañamente nuevo, adoraba esos momentos que parecían una eternidad, pero no eran lo bastante largos. Finalmente me incorporé y separé nuestros cuerpos unos pocos centímetros.

Nuestros ojos se encontraron, y sus labios redondeados se curvaron tan solo un poco en las comisuras, y algo grande se rompió dentro de mí. O quizá no fuera una rotura exactamente. Quizás era como si se estuviera construyendo algo, como si estuviera remodelándome en algo nuevo. Algo con lo que no tenía ninguna experiencia.

Recorrí su cálida mejilla con los dedos.

—Lo que daría a cambio de...

No tenía forma de acabar ese pensamiento, no en voz alta. No sabía demasiado a esas alturas, pero sí sabía que daría mi vida por ella.

Y aquello era totalmente épico.

Los demonios no daban nada por nadie.

Le besé la frente y después me puse boca arriba. La acerqué tanto a mi costado que no había forma de decir dónde acababa ella y terminaba yo.

Levanté la mano cuando comenzó a pegarse aún más, y tomé aire profundamente varias veces.

—Necesito un momento. —Layla comenzó a alejarse, pero la abracé con más fuerza, manteniéndola pegada a mí—. Vale. A lo mejor necesito más de un momento.

Mientras esperaba a que mi respiración se ralentizara, pensé en aquello. Aquella atracción. Aquella necesidad. Aquello que era tan fuerte. Oh, probablemente era algo malo, muy malo. Los demonios no amábamos. Nos obsesionábamos. Ya estaba comenzando a sentirlo. La necesidad de mantenerla cerca, de ocupar todo su tiempo... pero había algo en ello que era diferente a lo que había imaginado. Para empezar, no quería ahogarla. No quería apoderarme de su vida. Una vez más, eso iba en contra de mi naturaleza.

—¿Por qué...? ¿Por qué has parado? —preguntó.

—No lo sé. —Me reí—. De verdad que no lo sé, pero no pasa nada. Sí, estaré bien.

Y, por primera vez, deseé poder rezar. Poder rezar para que todo saliera bien. Por ella. Por nosotros. Pero incluso, aunque pudiera rezar, sabía algo que la mayoría de los mortales y los Guardianes no se atrevían a aceptar.

Las plegarias... quedaban sin respuesta la mayoría de las veces.

O la respuesta no era la que buscábamos.



JENNIFER L. ARMENTROUT (Martinsburg, Virginia Occidental, EEUU, 1980). Es escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.